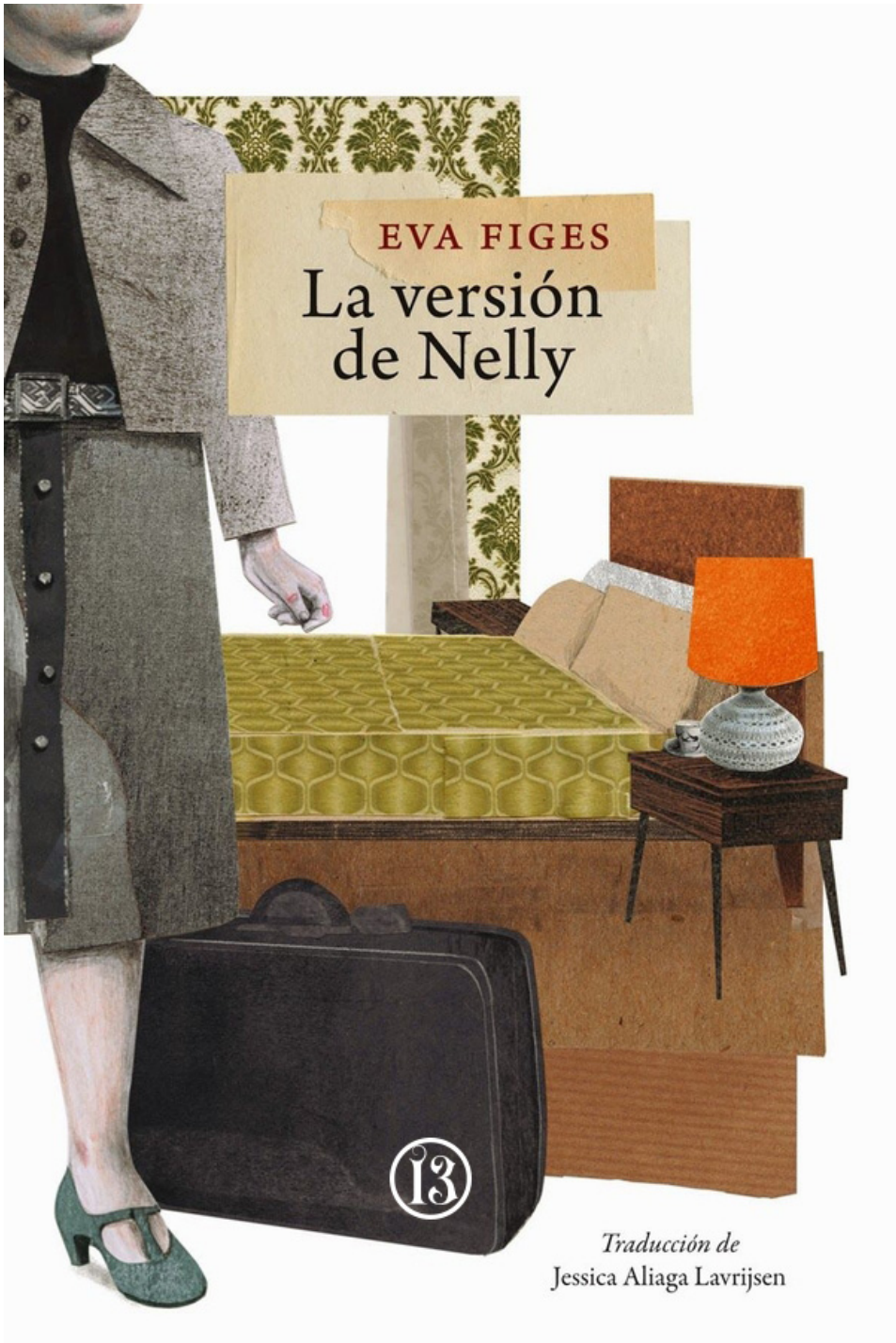
EVA FIGES
La versión de Nelly
13
Traducción de
Jessica Aliaga Lavrijsen

En esta intrigante novela, entre las primeras obras de Eva Figes publicada en español, la protagonista, Nelly Dean, una mujer de mediana edad que padece una amnesia temporal también conocida como «estado de fuga», se registra en un hotel de una pequeña localidad inglesa, con una maleta repleta de dinero y sin saber quién es o por qué está ahí. Entre la paranoia y la confusión, la percepción de Nelly invita al lector a entrar en el extraño y misterioso universo de esta inteligente y divertida mujer, y a no dar nada por sentado. El particular estilo de La versión de Nelly, que combina magistralmente el humor negro con la novela de misterio, la convierte en una lectura adictiva.

Eva Figes

La versión de Nelly

Título original: *Nelly's Version*
Eva Figes, 1977
Traducción: Jessica Aliaga Lavrijsen, 2014

Diseño de cubierta: Ana Bustelo

-

Revisión: 1.0

04/07/2023

A la memoria de Faith Lind

INTRODUCCIÓN

YA HAN TRANSCURRIDO un par de años desde que la escritora británico-judía Eva Figes falleció, exactamente el 28 de agosto de 2012 a la edad de 80 años, dejando tras de sí un legado artístico de gran valor y calidad. El libro que aquí presentamos supone la tercera traducción de una de sus obras al castellano —siendo la primera su manifiesto feminista *Patriarchal Attitudes* (1970), que fue traducido al castellano como *Actitudes Patriarcales* (Alianza Editorial, 1973), y la segunda su última obra (semi) autobiográfica *Journey to Nowhere* (2008), traducida como *Viaje a ninguna parte* (Edhasa, 2009)—; por lo tanto, entendemos esta traducción como una apropiada oportunidad de rendir homenaje a toda una vida dedicada al mundo de las letras. La traducción de *Nelly's Version* (1977) trata de hacer llegar el legado artístico de esta gran escritora al público español y de intentar revitalizar la importancia de su obra. Asimismo, nos gustaría dedicar este libro a Eva Figes y a su familia, a su increíble producción literaria y a una generación de supervivientes del Holocausto que, aunque poco a poco va apagando sus voces, nos ha dejado un legado histórico y artístico que permite a los lectores contemporáneos comprender un poco mejor nuestra historia más reciente.

En general, puede resultar bastante complicado separar la vida de un autor de su producción literaria, pese al gran empeño que el famoso Roland Barthes puso en su día para dar muerte a la figura del autor fuera de sus textos. Sin embargo, esta dificultad aumenta en el caso de la escritora Eva Figes, ya que las vivencias traumáticas que la acontecieron siendo una niña dejaron una huella imborrable ineludible tanto en su persona como en su obra literaria. Eva Unger nació el 15 de abril de 1932 en Berlín en el seno de una familia

acomodada de judíos alemanes asimilados. Eva y su hermano recibieron una buena educación de clase media-alta sin ser instruidos en el judaísmo y toda la familia llevaba una vida tranquila en la zona del Tauenzienstrasse, en Berlín hasta que el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la persecución judía llevada a cabo por el régimen nazi cambió sus destinos para siempre. En marzo de 1939, pocos días antes de su séptimo cumpleaños y después de que su padre consiguiera escapar del campo de concentración de Dachau, donde fue arrestado tras la Noche de los Cristales Rotos, debido a las prácticas corruptas de la Gestapo, Eva y su familia se vieron obligados a emigrar a Gran Bretaña, dejando atrás a sus abuelos maternos, que no consiguieron un permiso para dejar el país. El doloroso momento en el que Eva dijo adiós a sus abuelos en el aeropuerto de Tempelholf quedó grabado en sus memorias para siempre —como puede observarse en sus obras más autobiográficas *Little Edén* (1978), *Tales of Innocence and Experience* (2003) y *Journey to Nowhere* (2008)—, ya que al poco tiempo de su huida del país sus abuelos murieron en el campo de concentración de Trawnki, en Polonia, algo que la escritora nunca fue capaz de perdonarse a sí misma completamente.

Primero en las afueras de Londres y posteriormente en la pequeña localidad inglesa de Cirencester, los comienzos de la joven Eva y su familia en el nuevo país fueron bastante duros, ya que se encontraron con un nuevo idioma, con el latente antisemitismo que impregnaba el país, con el inicial rechazo británico ante aquellos inmigrantes que provenían del país enemigo Alemania, y con un país que sufría constantes bombardeos alemanes durante la Blitz Krieg. Sin embargo, con el paso del tiempo, Eva fue capaz de superar las fronteras lingüísticas y culturales con un gran éxito. Desde muy pequeña sintió que su gran pasión era la literatura; se graduó en el Queen Mary College de la Universidad de Londres en 1953; y en 1954 se casó con el gerente de personal George Figes, con el que tuvo dos hijos, Orlando y Catherine Jane, y del cual se divorció posteriormente en 1963. Hasta dar su último adiós, Eva Figes residía en el norte de Londres; sus hijos siguieron sus pasos, y se han convertido en escritores y académicos muy conocidos en Gran Bretaña, y la convirtieron en abuela de cuatro nietas, una experiencia maravillosa que le cambió la vida, según sus propias

palabras. A lo largo de su obra puede observarse que las memorias traumáticas de aquellos episodios que ella y su familia vivieron durante el Holocausto, la pérdida de sus seres queridos, los sentimientos de inadaptación como una refugiada judía extranjera en Inglaterra, y el hecho de ser una mujer que publicaba en una sociedad arraigadamente patriarcal son temas recurrentes en su producción crítica y literaria.

Eva Figes comenzó su carrera como traductora y escritora freelance antes de convertirse en escritora a tiempo completo en 1966, justo una vez finalizado su matrimonio, con la publicación de su primera novela *Equinox*. Aunque ella misma reconocía que el principio de su carrera fue bastante complicado, siempre tuvo claro que escribir era su vocación, que escribir la hacía sentirse más viva. Desde que publicara su opera prima, Eva Figes publicó trece novelas, tres obras de carácter más autobiográfico, cuatro trabajos críticos, varios relatos breves, obras para la radio y la televisión, cuentos infantiles, alrededor de una docena de traducciones de novelas francesas y alemanas y numerosos ensayos y reseñas de crítica social y literaria en importantes periódicos y revistas británicas, tales como *The Guardian, The Times, The Times Literary Supplement y The Observer*. Algunas de sus obras recibieron premios literarios de gran relevancia en el Reino Unido, como por ejemplo la novela *Winter Journey* que obtuvo el Guardian Prize en 1967. Y Figes también obtuvo diversos reconocimientos durante su larga carrera como sucedió cuando la Brunei University de Londres le concedió un galardón honorífico en 2002.

Sin embargo, a pesar de su extensa producción y de los reconocimientos mencionados, una gran parte de su obra no ha llamado la atención de la crítica, como demuestra el escaso número de ensayos, artículos y monografías sobre sus libros. No fue hasta el año 2009 cuando la British Library de Londres reconoció su importante papel dentro del mundo de las letras anglosajonas, adquiriendo los derechos de todos sus archivos personales, a los cuales se puede ya tener acceso en esta misma biblioteca. No obstante, la fama y el reconocimiento de Eva Figes no fueron siempre minoritarios o superficiales. En la década de los setenta la escritora se convirtió en una de las principales exponentes del movimiento feminista en Gran Bretaña, la llamada «Segunda Ola

del Feminismo», cuando, siguiendo la estela de su predecesora Simone de Beauvoir, publicó su popular manifiesto feminista *Patriarchal Attitudes* en 1970. Además, aunque tras abandonar su énfasis inicial en el feminismo, el interés por su obra decayera, podríamos decir que en los años anteriores a su muerte su nombre había vuelto a escucharse con fuerza en el panorama sociocultural británico debido a las obras (semi) autobiográficas de carácter más político y controvertido, *Tales of Innocence and Experience* (2003) y *Journey to Nowhere* (2008), y a diversas declaraciones que había realizado en los medios vertiendo duras críticas sobre la actuación de Israel en Palestina y las políticas estadounidenses durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Esperamos, por lo tanto, que la traducción al castellano de *Nelly's Version* contribuya a otorgarle la posición que se merece dentro de la literatura europea de las últimas cinco décadas.

Si queremos situar la producción literaria de Eva Figes dentro del contexto histórico y literario durante el cual publicó su obra, ésta se convierte en una ardua tarea si tenemos en cuenta su larga trayectoria, la gran variedad de movimientos artísticos a través de los cuales ha discurrido su arte y los numerosos cambios que tanto su estilo como los temas tratados han experimentado con el paso de las décadas. Eva Figes desarrolló su faceta como escritora entre los polos del modernismo y el postmodernismo, e incluso el llamado *post*-postmodernismo, lo que le permitió renegociar sus visiones de la historia y la cultura constantemente. Sus obras pueden analizarse tanto como precursoras del movimiento feminista en la Gran Bretaña de los setenta, como ejemplos de la literatura británica-judía contemporánea, o como parte de la explosión autobiográfica que está aconteciendo en el panorama literario actual.

A pesar de esta variedad de prismas, la estética predominante en su obra ha sido la experimentalista, una característica que predomina en esta novela. Del mismo modo que escritores como T. S. Eliot, James Joyce y Virginia Woolf experimentaron y crearon una nueva estética como respuesta a la Primera Guerra Mundial, Figes explicó que la tradición socio-realista inglesa no podía expresar la realidad de su tiempo, «horrores que cualquiera podría calificar como surreales si no hubieran sucedido realmente»[1]. Aunque los últimos trabajos de Figes fueron principalmente

autobiográficos, sus novelas de los años sesenta y setenta se caracterizaban por esta estética fragmentada que trataba de representar las dificultades individuales y colectivas a la hora de superar el trauma y el sufrimiento causado por las guerras mundiales y el Holocausto. Aún es más, la mayoría de sus novelas representan personajes rotos que luchan por alcanzar una estabilidad emocional y una identidad unificada, como Nelly en *Nelly's Version* (1977), Janus Stobbs en *Winter Journey* (1967) o Stefan Konek en *Konek Landing* (1969). Estos personajes han sufrido diversas experiencias traumáticas que no les permiten avanzar en su vida y los atan al pasado. Así pues, la mayoría de sus trabajos comparten una serie de temas recurrentes, tales como el fracaso de las relaciones humanas, la incesante búsqueda de identidad del ser humano, la alienación del individuo en las sociedades modernas, las desastrosas consecuencias de la guerra, y también, acuden a técnicas narrativas modernistas, tales como el monólogo interior, que permiten a los lectores adentrarse dentro de las mentes enfermas de los personajes.

Junto con estos rasgos generales, la obra de Figes podría calificarse en tres grandes grupos: novelas feministas sobre la experiencia de la mujer en el mundo patriarcal, como *Equinox* (1966), *Days* (1974) o *The Knot* (1996); novelas postmodernistas que reflejan la inestabilidad de la identidad y la relatividad de la realidad, como *B*. (1972) o *The Tenancy* (1993), y obras de carácter autobiográfico sobre los traumas provocados por la guerra en general y por el Holocausto y la diáspora judía en particular. —*Winter Journey* (1967), *Konek Landing* (1969) o *Little Edén* (1978)—. Si queremos situar *La versión de Nelly* dentro de uno de estos tres grupos, por una parte, podríamos analizarla como una novela que lanza una profunda reflexión sobre el papel de la mujer en la sociedad; y por otra parte, como una novela posmodernista que trata sobre la metaficcionalidad del arte y de la historia.

Algunos críticos se han referido a *La versión de Nelly* como un «*thriller* de misterio»[2], aludiendo a la enigmática y misteriosa historia que Figes nos presenta. La novela comienza cuando una mujer desorientada y aturdida se registra en el hotel Black Swan bajo una identidad falsa, *Mrs*. Dean; aunque realmente ni ella misma sabe cuál es su identidad ya que no recuerda su nombre, no

sabe dónde está ni cómo ha aparecido en aquel lugar. Tampoco recuerda por qué en su habitación del hotel se encuentra una maleta llena de dinero. ¿Ha sido la víctima de alguna conspiración? ¿Alguien la está observando y la ha hecho partícipe de un juego macabro del que ella no comprende nada? ¿Ella misma ha cometido algún crimen del que no tiene ningún recuerdo? Dividida en dos secciones, tituladas «Primer Cuaderno» y «Segundo Cuaderno», *La versión de Nelly* nos presenta las reflexiones de Nelly, una mujer que sufre amnesia y que, sin recordar cómo ni por qué ha llegado hasta este misterioso hotel, vaga por las calles de una desconocida ciudad encontrándose con ciertos personajes que dicen conocerla desde la infancia; pasa los días en el misterioso hotel recibiendo extrañas visitas —del inspector de policía, del que dice ser su hijo David sin que ella lo reconozca o de un supuesto amante llamado George al que tampoco recuerda—; o, sin quererlo, se ve involucrada en ciertos acontecimientos extraños, tales como el incendio de una casa abandonada o el asalto de una antigua amiga a la que encuentra mientras deambula por la ciudad. Para luchar contra la amnesia que padece e intentar imponer un orden coherente en sus pensamientos, recuerdos y vivencias, Nelly comienza a escribir un diario en estos dos cuadernos, el cual se nos presenta a los lectores como el principal acceso a la mente distorsionada del personaje.

La estructura de la novela nos ayuda a recapacitar sobre el tema predominante en esta narración: la división interna de la identidad que sufre el personaje principal, y que a su vez se convierte en una metáfora de la doble identidad de la mujer en la sociedad patriarcal: la identidad rebelde, luchadora, la nueva mujer libre en oposición a la mujer dependiente y oprimida de la que Nelly quiere escapar. Así pues volvemos a un tema muy querido en esta editorial, el tema del doble que ya apareció en la colección de relatos *Doppelganger, ocho relatos sobre el doble + bonus track* (2011) y en la traducción de la novela del escritor escocés Brian McCabe *El Otro McCoy (2012)*. En este caso, Figes nos presenta a una mujer que se observa a sí misma como un ser dividido, incompleto, disociado en numerosas ocasiones: cuando se observa en el espejo y se da cuenta de que la imagen que ve reflejada en él es una criatura patética de la cual quiere escapar; cuando al escribir en sus cuadernos se refiere a si misma alternado el uso de pronombres,

«ella» y «yo», reflejando la disociación en la que vive constantemente; o cuando en el «Primer Cuaderno» Nelly se considera una mujer rebelde que quiere escapar de la identidad que los demás tratan de imponer sobre ella, mientras que en el «Segundo Cuaderno» vuelve a ser esa mujer débil y sumisa que acepta el rol que la sociedad le ha asignado, en este caso, el rol que su supuesto hijo David le ha impuesto, ya que Nelly asume el papel de su madre y de una mujer desvalida al final de la narración.

Asimismo, el tema del doble nos lleva a observar una gran variedad de síntomas de trastornos psicológicos en el personaje principal: alucinaciones, represión de las memorias del pasado, desorientación, irritabilidad, incapacidad para conectar de manera coherente unas ideas con otras, disociación, etc. Todos estos síntomas podrían indicar que Nelly ha sido víctima de algún episodio traumático, el cual ha bloqueado su inconsciente y no le permite recordar nada. Si este episodio traumático es la muerte de un ser querido o el abandono de su familia nunca es revelado de manera clara durante la historia. Lo que sí queda patente es que Nelly trata de luchar contra los efectos del trauma, trata de curarse mediante la escritura en su diario, trata de transformar sus memorias, o mejor dicho falta de memorias, traumáticas en memorias narrativas. Sin embargo, al final del «Segundo Cuaderno» Nelly describe el nuevo lugar en el que ha sido confinada, un espacio que nos recuerda al Black Swan, pero que en este caso se nos revela como un sitio en el que Nelly ya no quiere seguir luchando por conseguir una identidad.

Por lo tanto, queda claro que los principales temas que Figes aborda en esta obra tienen que ver con la identidad frágil y compleja del ser humano en general y de la mujer en particular. Figes se reencuentra parcialmente con el feminismo de su etapa inicial de esta manera y muestra la lucha fallida de la mujer por escapar los roles que le vienen impuestos por la sociedad. A su vez, *La versión de Nelly* refleja un mundo moderno bastante desolador, un mundo en el que nadie se preocupa por aquellos con desórdenes psicológicos, un mundo en el que las relaciones interpersonales están vacías de significado, un mudo en él a nadie le importa la versión de la historia de las minorías, la versión de Nelly. También, Figes nos presenta un mundo metaficcional, como podemos ver

cuando la protagonista se adentra en la biblioteca pública y se encuentra rodeada de libros que narran la propia historia que ella está viviendo en ese momento, en el que las fronteras entre realidad y ficción se disipan, en el que las capas narrativas se superponen unas sobre otras —los diarios de Nelly, las novelas que encapsulan su misma historia, la novela que se nos presenta finalmente a los lectores—, en el que nada es lo que parece y la realidad es completamente subjetiva, dependiendo de aquél que la contempla. Finalmente, del estilo literario que predomina en esta novela, debemos recalcar que Figes hace uso de sus características técnicas modernistas, tales como el monólogo interior, el estilo indirecto libre o la asociación de ideas, para adentrarse en el mundo interior, en la mente disociada de su personaje; permitiendo a los lectores sumergirse en el subconsciente de la amnésica Nelly.

Por consiguiente, *La versión de Nelly* se convierte en una novela que puede dar lugar a numerosas versiones e interpretaciones. ¿Es Nelly esa mujer que intenta escaparse de la identidad que le ha impuesto la sociedad creando en sus diarios un mundo imaginario en el que pueda escaparse de ese rol? ¿Es esta novela una metáfora de la vida abandonada y solitaria que llevan las personas que son internadas en asilos o instituciones psiquiátricas? Cualquiera que sea la interpretación de esta obra, lo que resulta evidente es que se trata de una novela que esconde misterios, un final abierto que nos deja con muchas preguntas sin responder, preguntas que reclaman la interpretación individual de cada lector. Sin embargo, no quiero ser yo la que prive al lector del inmenso placer de descubrir la pluralidad de significados que se esconden tras las enigmáticas líneas de *La versión de Nelly* ni la que imponga un significado a su oscuro final. Simplemente, animo a los lectores de esta novela a que se sumerjan en ella y sean ellos los que decidan e interpreten la identidad de Nelly, el significado de su divagar constante por calles y recuerdos desconocidos durante la narración, las metáforas que esconde su amnesia y los personajes que va encontrándose durante el camino, y la multiplicidad de mensajes que la misteriosa Figes intenta enviarnos mediante esta corta pero intensa historia. Y si así lo hacen podrán darse cuenta de la gran aventura que supone adentrase dentro de cualquiera de las obras de esta escritora, una aventura que no les dejará indiferentes porque, como dice la

protagonista de la historia: «*I was the last person, with a blank past and at present an equally blank future, to ignore thewisdom which might indeed lie between these thousands of pages. Who knows what riddle any one of these books might answer*» (1977: 84)[3].

Dejaremos al lector con la misma pregunta, ¿quién sabe qué enigma puede resolver *La versión de Nelly*? Para encontrar la respuesta continúen leyendo…

SILVIA PELLICER-ORTÍN

NOTA DE LOS EDITORES

UNA MUJER DE MEDIANA EDAD se encuentra frente al hotel The Black Swan —El cisne negro— con una maleta repleta de dinero y sin recordar su propio nombre ni su propósito. Afectada por una explicable amnesia, la protagonista, que firma en el registro del hotel como Nelly Dean —un improvisado nombre que le servirá para vestir su nueva personalidad—, se enfrenta a un mundo nuevo en el que no puede dar las cosas por sentado, ya que el significado de todo permanece muchas veces oculto. Nelly deberá empezar una nueva vida desde el comienzo: sin recordar sus propios gustos o ideas, ni si tenía familia o amigos, sin saber si tiene ahora una misión que cumplir o un designio, explorará su nueva identidad despojada de todo pasado. Para intentar darle una cierta coherencia a su experiencia, totalmente presente, y construirse en cierta manera un nuevo yo, comenzará a apuntar sus pensamientos, percepciones y accidentados devenires en una libreta —que constituye la novela que el lector tiene ahora en sus manos—. Se cree que este estado de amnesia, denominado «estado de fuga», se produce a veces tras un trauma o una crisis nerviosa severa.

Lo cierto es que encontramos una historia muy similar en la vida real: en 1926 una exitosa escritora británica se registra en el hotel The Hydropathic en Harrogate, Yorkshire, con el nombre de Teresa Neele. Once días después, se descubre que Teresa Neele es en realidad Agatha Christie, a la que la policía había estado buscando[4]. Como la famosa escritora de novelas de misterio confesó para el *Daily Mail* en febrero de 1928, catorce meses después de su desaparición, Christie había abandonado su casa, pero no recordaba lo que había pasado después, ni cómo ni por qué había llegado al hotel en el que estuvo once días alojada, hasta que

un huésped, alertado por la noticia de la desaparición en la prensa, reconoció a la escritora y llamó a la policía. Se cree que este estado temporal de amnesia, llamado «estado de Fuga» o «fuga disociativa», se puede producir tras sufrir un trauma o una crisis nerviosa severa[5], como explica Andrew Norman en su libro *The Finished Portrait*, en el que describe minuciosamente la desaparición de Christie. La propia autora ficcionalizó su extraña experiencia en la novela semi-autobiográfica *Unfinished Portrait —Retrato inacabado* — (1934), publicado bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

No podemos asegurar que este suceso ocurrido a Agatha Christie, —experiencia de Teresa Neele, e historia de Mary Westmacott— inspirara a la también británica Eva Figes a la hora de escribir su novela *La versión de Nelly* (1977)[6], aunque nótese el parecido entre el nombre falso de la señorita *Neele* y el de *Nelly*, así como el paralelismo de otros elementos en ambas narrativas —como el inexplicado episodio amnésico o la estancia en el hotel—; pero sí sabemos que Figes estaba muy interesada en la exploración de la identidad y la escritura, y que creía que el acto creativo podía provocar duplicaciones —*Doppelgangern*— así como misteriosas desapariciones.

En muchas de sus novelas Figes explora la naturaleza de la creatividad y de los procesos intelectuales humanos, emocionales, culturales, etc., que nos ayudan a crear un sentido de identidad y de la realidad. Los principales personajes de sus novelas son a menudo narradores poco fiables cuya percepción de la realidad es de alguna manera anormal. *Equinox* (1966) presenta un desesperado intento de la mujer en la reconstrucción de su propia identidad después de su matrimonio se ha roto. El narrador en *Winter Journey* (1968), Janus Stobbs, es un viejo y sordo viudo que recuerda instantes de su vida anterior como marido y soldado mientras deambula por las calles de Londres; y *La versión de Nelly*, que como ya hemos mencionado, es contada por un narrador intradiegético que sufre de amnesia y que no sabe dónde está, qué está haciendo o con quién estaba. En *Days* (1974), el inválido narrador es una combinación de tres generaciones de mujeres, y en *Waking* (1981) —una novela corta que relaciona siete momentos del despertar de la identidad en la vida de una mujer— examina una vez más la identidad femenina. Tanto *La versión de Nelly* como *Days* exploran el tema de la

confusión de la identidad, una obsesión que también aparece en *B.* (1972), una intrincada novela metaficcional en la que entrelazan un escritor y su personaje. Se podría argumentar de este modo que el funcionamiento de una mente en particular y la construcción —y la deconstrucción— de la identidad son una preocupación central en la ficción Figes.

En *B.*, publicada cinco años antes de *La versión de Nelly*, ya encontramos una mujer que desaparece sin explicación alguna, y también personajes que se duplican, reflejando el propio acto creativo de la escritura. En ambas novelas, parece que la escritura acompaña y a la vez sirve de guía para que el *yo* no se pierda en el mundo a causa del carácter engañoso de la representación, la relatividad del conocimiento y la imposibilidad de un acceso no mediado a la realidad.

Eva Figes admitió, en una entrevista realizada en el año 2000, que «es agradable escapar del yo, ya sabes, porque a menudo una está escribiendo acerca del yo interior, que, inevitablemente, forma parte de una misma[7]». Paradójicamente, la fuga de uno mismo es también un retorno a uno mismo, así como el observador imparcial es lo observado también. En realidad, podríamos decir que cualquier acto narrativo es una efectiva forma de situar los recuerdos y la identidad propia en el tiempo, es decir, de construir un yo significativo. Pero como sabemos por Miguel de Unamuno, Jorge Luis Borges, Dermot Trellis o la propia Eva Figes, la escritura no es siempre segura y, a veces, lo escrito, lo creado, nos afecta de manera inimaginable y el equilibrio es tan solo momentáneo.

Por todo esto, les deseamos que se vean íntimamente afectados por la experiencia de Nelly y que puedan vivir su misteriosa aventura vital como si fueran unos completos extraños, porque huyendo del yo, en el estado de fuga de la lectura, quizá encuentren cosas que tenían olvidadas hace tiempo.

Primer Cuaderno

1

OBSERVÉ CÓMO MI MANO se deslizaba por la hoja al firmar en el registro del hotel con un nombre y una dirección falsos. Admiré mi propia frialdad: lo había visto en tantas películas, y ahora era yo la que lo estaba haciendo. En serio, era bastante fácil. Me observé al pie de las escaleras y admiré mi propia apariencia, la manera en la que estaba ahí de pie, relajada y segura, impasible ante las miradas escrutadoras. El portero se acercó para indicarme la dirección de la habitación y lo seguí por la escalera enmoquetada, mientras tomaba buena nota de mis propios progresos: la cabeza recta, una digna seguridad en mí misma y ni un solo traspié. Obviamente, a lo largo de mi vida me había acostumbrado a frecuentar hoteles bastante más lujosos que este.

El uniformado hombre mayor abrió la puerta y se apartó para cederme el paso antes de dejar el equipaje sobre el apoya-maletas. Era una habitación doble, bastante espaciosa, que daba al terreno de la parte trasera del edificio. Vi césped y una hilera de altos árboles a través la ventana. El portero permanecía ahí en medio, parado, mirándome. Creí detectar un ligero gesto de aprobación en sus viejos y reumáticos ojos, en la leve sonrisa que revelaba una dentadura falsísima. No podía culparlo por ello, y así se lo expresé correspondiéndole con una sonrisa amable mientras depositaba unas monedas en la palma de su mano. Confirmó que sentía el mismo placer que experimentaba yo en mi propia presencia. Cuando el pobre viejo me dio las gracias, sentí que lo hacía tanto por verme en este lugar (como si yo fuera un soplo de aire fresco, un olorcillo a primavera y belleza), como por la propina que le acababa de dar.

—Cuando llegue el señor Dean ¿le digo que suba?

Lo miré fijamente, ahí parado en la entrada intentando congeniar conmigo: tenía una estructura ósea menguante y una cabeza cubierta de escaso pelo gris. Había desarrollado una chepa crónica, así que no le costaba ningún esfuerzo dejar las maletas en el suelo. ¿De qué estaba hablando el hombre? ¿Quién narices era el señor Dean? Momentáneamente perdida, como una intérprete que hubiera olvidado el texto, disimulé mi desliz como lo haría una actriz profesional.

—¿El señor Dean? —dije despacio, absorta, para ganar tiempo. Entonces lo recordé. Había dado Dean como nombre al registrarme abajo, en recepción. También había solicitado una habitación doble, añadiendo que mi esposo llegaría después. Di esta información sin pensarlo. Mi instinto, o la expresión en el rostro del hombre en la recepción, me advirtió que mi llegada, a solas y sin reserva previa, dejaría de ser cuestionable en el momento en el que yo dejara de ser solo yo, a solas, y me convirtiera en una mujer casada bajo la perfilada sombra protectora de un esposo mítico que pronto llegaría para encontrarse con ella. Supe que mi intuición había estado en lo cierto cuando vi cómo se disolvía la pregunta en el oscuro rostro del encargado y mutaba en una atenta sonrisa. Ahora, mirándole a la cara al portero, que esperaba una respuesta, deseé sinceramente que las leyes del azar no trajeran a un desprevenido señor Dean a la puerta de mi habitación. Podría resultar incómodo.

—Gracias —le dije—. Pero —era la representación de mis sueños, cada frase venía con facilidad— el señor Dean no llegará hasta dentro de un día o dos. Estoy esperando una llamada.

Estaba a solas, conmigo misma, una extraña. Después de que la puerta cerrase tras él, sentí júbilo, una euforia combinada con miedo, lo que de hecho acentuaba la sensación. Sentí mi pulso golpeando más rápido, un ruido melódico en mis oídos, y, como una niña que va a ser abusada por primera vez, no podía creer que me fuera a decepcionar. Por algún motivo imaginaba a una niña pequeña sola, sentada sobre el andén del tren con una bolsa de equipaje a los pies. Y reconocí esa sensación en la boca del estómago como propia. Pero me reí ante las vías, que brillaban con los rayos del lejano sol, y la sensación se disolvió. El zumbido en

mis tímpanos se había transformado en una orquesta completa de violines y me imaginé a mí misma ejecutando un baile delicado sobre la interminable alfombra. Me tarareé parte de una cancioncilla a mí misma, ahí de pie, aunque las palabras carecían de sentido y no las recordara, y me maravillé ante la riqueza de la imaginería, ya fuera recordada o meramente imaginada, que rebosaba en mi cabeza. Fuera lo que fuese que yo era o que pudiera haber sido en alguna ocasión, no parecía aburrida, no había duda. De hecho, decidí, parecía que yo fuera una buena compañía.

Cuando eché un buen vistazo a la habitación la sedancia seductora de las cuerdas se apagó y desapareció. Me di cuenta de que mis pies habían estado anclados en el mismo punto durante este tiempo; las piernas, olvidadas en el salvaje impulso de mis imaginaciones, no habían comenzado a moverse aún. Ahora, un sentimiento de profunda e inquieta decepción se filtraba en mi felicidad hasta empaparla por completo. No era tanto el hecho de que la habitación no resultara agradable: luminosa, limpia, espaciosa, parecía tener todo lo que razonablemente se podría requerir de una habitación de hotel. No. Mi euforia se había extinguido como velas que se derriten, a causa de la perturbadora impresión, una convicción que no podía disipar, de que, a pesar de todo y en contra de toda razón, ya había estado en esa habitación.

Estudié la textura de las cortinas azules que enmarcaban la ventana, el papel pintado de las paredes, blanco moteado, y las prosaicas flores desparramadas sobre la colcha, sin poder encontrar una pista definitiva. ¿Había estado ya antes aquí, y si lo hubiese hecho, había vuelto por algún motivo en particular, por una fuerza subconsciente que escapaba a mi control? Parecía una habitación corriente, pero su propia normalidad, observé, la hacía opaca. No daba ninguna pista, no me decía nada sobre sí misma, o sobre las circunstancias que me pudieran haber traído ahí, o que me hubieran obligado a volver ahora, si esto fuera así. ¿O era una mera réplica de cientos de otras habitaciones que ya había ocupado, o tan parecida en la forma y la decoración que me hacía pensar que así era, para engañarme y hacerme creer que había vuelto a donde había empezado todo? No podía estar segura, pero empezaba a nacer en mí la sospecha de que quizá no fuera tan fácil escapar como había imaginado.

¿Escapar? Esta palabra que se colaba en mi cabeza me dio otra cosa en la que pensar. ¿De qué o quién? ¿Seguro que no era de algo relacionado con esta cómoda y anodina habitación? La moqueta amortiguaba mis pasos. No necesitaba levantar la colcha floreada para descubrir la estupenda sensación de las sábanas recién lavadas y planchadas, la firmeza del colchón y que daría vueltas en el mar de una cama demasiado grande para una persona.

Pero ¿cómo sabía yo todo esto? ¿Por qué no necesitaba abrir los cajones del tocador para saber que estarían forrados con periódicos viejos, que el armario tendría un gran espejo en el interior de la puerta con llave y que los colgadores chocarían entre sí en el riel confirmando mi premonición? ¿Por qué había visto el césped bordeado por altos árboles si la ventana se encontraba tapada por unos visillos blancos a través de los cuales solo se veía un impreciso borrón? Sabía, incluso antes de cruzar la habitación y apartar los visillos, que vería abajo el césped, un césped que había vivido mejores tiempos, y distinguiría parches de tierra marrón visibles desde arriba, que habría charcos bajo los árboles y arbustos que lo rodeaban, y que uno de los árboles sería mucho más alto y viejo que el resto, con un tronco grueso y pesadas ramas que se extendían.

El cielo estaba gris, encapotado. Llovería pronto.

Solté la cortina y me volví hacia la habitación. Parecía más sombría ahora, más pequeña, con la oscuridad acechando bajo los muebles. Desde luego adecuada para cualquier propósito razonable y suficientemente cómoda, aunque ahora su potencial había disminuido. Decidí que mis posibilidades de que hubiera estado antes aquí eran mínimas. Mi mente estaba jugándome una de esas tretas a las que una debía ir acostumbrándose.

Mi equipaje seguía sin abrir en el apoya-maletas junto a la puerta. Crucé la habitación, preguntándome si la puerta estaría cerrada con llave y, si así fuera, quién la tendría. Fue entonces cuando experimenté otra turbación. Había alguien en la habitación. Me di la vuelta con rapidez y dije en voz alta:

—¿Quién es usted?, ¿cómo ha entrado? —y me vi mirando fijamente a un gran espejo. Me devolvía la mirada, esta mujer madura, de pie junto a los pies de la cama doble, con el ropero a sus espaldas. Ninguna de las dos se movió. Tenía la misma apariencia que el modo en el que yo empezaba a sentirme. El portero debe de

haber cometido un error y me ha dado la habitación equivocada. Me di la vuelta para disculparme y vi la habitación vacía. El producto de mi imaginación, este error visual, se había esfumado tan bruscamente como había aparecido. Estaba preocupada ahora, aún temblando por el *shock* retardado, esto estaba yendo ya demasiado lejos. No me importaba vivir con una mente atípica, dentro de unos límites, pero si iba a empezar a ver cosas… A no ser que creyera en fantasmas. ¿Creía en fantasmas? Sin duda se había comportado como uno. Esperaba que no fuera a ser del tipo supersticioso, o clarividente, eso sería incluso peor.

Esto era demasiado, pensé que tendría que controlarme mucho, y empezar a comprobar estas premoniciones y apariciones si mi mente continuaba comportándose de este modo tan extraño. Caminé a grandes zancadas por la habitación, hasta el armario (¡parecía que no me faltaba coraje!) y abrí la puerta para ver si el interior coincidía con lo que había decidido llamar una premonición. Oí el repiqueteo de las perchas, pero con un sonido a hueco. Y entonces la vi de nuevo, solo que muy de cerca en esta ocasión, sus ojos a unos pocos centímetros de los míos, para que no pudiera escapar; su mirada acusadora sostenida a la mía hizo que me atreviera a darle la espalda, permitiendo que se esfumara en el aire una vez más.

Solté el pomo de la puerta del armario y se cerró, llevándose la imagen consigo. Podía verla ahora en toda su largura, la figura que oscilaba como un objeto que no tuviera nada que ver conmigo, sin ningún control sobre mí. Pero resultaba obvio que debería vigilarla con firmeza. Por mucho que me disgustara esta horrorosa, esta espantosa mujer, por mucha repulsión que me causase, estaba empezando a resultar obvio que no me iba a librar de ella tan fácilmente, si llegaba a hacerlo alguna vez. Estaba condenada a estar con ella.

Quedamos inmóviles las dos y tuve que admitirle eso: ya había terminado con las evasivas, el truco de la desaparición, y ahora me miraba con firmeza, como evaluándome. Tenía coraje. Era necesario tenerla, con esa edad, cuando acabas teniendo ese aspecto. Porque, observando lo que quedaba de ella, era posible deducir que en el pasado había sido un rostro hermoso, por encima de la media, de rasgos proporcionados que ahora quedaban parcialmente ocultos

bajo la piel y la carne, que habían perdido firmeza, se habían aflojado y cuajado como leche agria, y que se habían dispuesto en nuevos pliegues, un poco grumosos; los ojos, grandes, delicados y atractivos, aún miraban inmutables a través de la piel cansada que los rodeaba y que los mantenía atrapados en una urdimbre de finas arrugas, pidiendo auxilio. Pero, si daba un paso atrás, me miraban desafiantes, sin provocar ninguna pena; y con motivo, puesto que a una distancia corta el efecto general no era tan bueno ni por asomo. De hecho era desagradable. El pelo en mechones grises, algo más que la insinuación de una papada, un cuello arrugado y fofo, y una cintura ensanchada. Las piernas, aunque todavía en forma, tenían pequeñas manchas de venas azules, visibles a través de la textura de las medias de nylon; solo los finos tobillos permanecían inalterables al paso del tiempo.

—Bien —dije en voz alta, mirándola con mala cara, un poco de reojo, como habría mirado un conspirador a otro si no hubieran sido informados adecuadamente antes de encontrarse—. No me esperaba a alguien como usted. No diré que no me haya sorprendido, porque lo ha hecho. Pero ahora que lo sé, tendremos que llevarnos lo mejor que podamos ¿no cree? Tendré que aguantarla ¿no? De algún modo.

No me contestó. Sospeché que era una de esas mujeres que había soportado muchas cosas en silencio, sin contestar, y que eso se había convertido en una costumbre para toda la vida. Su cara mostraba una expresión de resignación.

Cerré la puerta del ropero de un portazo, dando al traste con cualquier réplica que pudiera estar pensando. También es lenta, pensé, una mujer insegura, sin el arte de la rápida réplica de una perra. Bien pudiera haberme bajado los humos y ponerme en mi sitio de una vez.

¿Y ahora qué? Pensé. El esqueleto estaba, de momento, guardado a salvo en el armario, y uno podría, si fuera necesario, volver al primer acto, escena primera. La cama a la derecha, la puerta de salida a la izquierda, al fondo la ventana, a través de la cual se oiría un extraño reclamo de ave, iluminación tenue que sugiere el paso de las nubes y una lluvia inminente. También un tocador con un espejo. Solo así engaña al peligro, mejor evitarlo. Probablemente, cierto personaje no apto para ser inscrito en

cualquier situación en la que querría participar o que quisiera ver en una tarde de domingo lluviosa y aburrida, haría una entrada que no figuraba en el guión y lo estropearía todo.

Vi la maleta grande y azul junto a la puerta, sin tocar aún. Me acerqué y probé a abrir los cierres, que no cedían. Entonces recordé que había llegado llevando un bolso de cuero negro, bastante discreto, ahora que lo pensaba, aunque el leve pero característico olor delataba su calidad: realmente estaba confeccionado con piel auténtica. Abrí ese trofeo y volqué el contenido sobre la cama: un monedero, que olía todavía más intensamente a piel teñida, algunas monedas en un bolsillo del forro, un pintalabios y polvos compactos, un pañuelo blanco limpio (sin iniciales) y una pequeña llave. Examiné el monedero y me sentí más tranquila al descubrir que estaba repleto de billetes de alto valor (no tendría que esquivar de la mirada del gerente del hotel, al menos por ahora), saqué el pintalabios e inmediatamente lo tiré a la papelera (era horrible el color), y me percaté de que el bolso no contenía nada ni remotamente personal: ni un diario, ni una libreta de direcciones, ni fotografías. Este hecho no causó en mi otra emoción que no fuera un cierto alivio: no tendría que verme involucrada en deshacerme de pruebas inoportunas.

Así que cogí la pequeña llave y la probé en la maleta. Entró, y abrí primero un cierre, después el otro, y levanté la tapa. Lo hice alegremente, ignorando aún el siguiente impacto emocional que me aguardaba.

La maleta estaba llena de dinero: fajos y fajos de billetes, ordenadamente colocados uno junto a otro, los fajos sujetos por bandas de papel. ¿Era real, todo esto, o se trataba de algún tipo de juego en el que participaba como cabeza de turco o cómplice? ¿Cuánto, si algo, debía saber? Acaso era esto obra de algún bromista al que le gustaba escenificar extravagantes fantasías, que enviaba telegramas a conocidos remotos en los que se leía: REÚNASE CONMIGO EN EL HOTEL METROPOLE PARA JUGAR AL PARCHÍS STOP MERCADOS AL ALZA STOP DEBERÍA FACILITAR MONOPOLY IMAGINARIO STOP ¿HA ADQUIRIDO LICENCIA PARA IMPRIMIR DINERO? Cogí uno de los fajos: los billetes estaban nuevos, lo que me resultó sospechoso, y además los números de serie se sucedían de manera convincente. Saqué el primer billete bajo la banda y lo alcé contra la luz de la ventana, que tampoco era mucha: aún así la tira metálica resaltaba

claramente, y la marca de agua parecía real. Cogí otro fajo de la maleta y saqué un billete al azar de la mitad del montón, sintiendo que un ilusionista invisible me hubiera conducido a elegir el único billete auténtico de entre el montón de falsificaciones, pero parecía tan auténtico como el primero. Con lo cual, lo que estaba a punto de convertirse en una respuesta automática de alivio fue verificado a mitad y se convirtió en algo nada agradable: sentí una presión bombeante en el pecho y la cabeza cuando caí en la cuenta de que podría tratarse de un juego totalmente diferente, posiblemente criminal, seguramente peligroso.

Un *thriller* quizá, con unas asignaciones secretas en un hotel de campo, en las que una mujer puede ser útil porque es menos probable que parezca sospechosa: puede registrarse en un hotel dando un nombre falso y rondar por ahí durante días, parecer modesta, ir a comer, dar cortos paseos, volver, nadie sospecharía de su presencia, sobre todo si es madura, poco deseable, brevemente provista de trabajo por niños adultos o familiares difuntos y ahora sin empleo, nadie le echaría una segunda mirada. Mi mente recorrió rápidamente la escena: era sutil e ingeniosa, sobre todo el fragmento del marido. Por supuesto que un miembro de la banda probablemente fuera a aparecer en cualquier momento para establecer la conexión, disfrazado de señor Dean, y vendría a recoger la pasta al sitio previamente pactado. A pesar de mi agitación nerviosa tuve la precaución de cerrar la puerta antes de examinar el contenido de la maleta con mayor detenimiento.

Comencé a apilar billetes sobre la colcha. Había cuatro capas de fajos de billetes, y la capa superior consistía sobre todo en billetes usados, arrugados y manchados, que, de algún modo, me resultaban reconfortantes. Quizá sea una palabra inapropiada, dada la situación actual en la que me hallaba inesperadamente inmersa, y sentí la necesidad de sentarme sobre la cama junto a mi tesoro, sintiendo claramente que las rodillas se debilitaban.

Bajo el dinero había ropa y artículos de higiene personal, pero el vestuario era mínimo, y más apto para un lluvioso fin de semana que para cualquier tipo de gran aventura imaginable. No había prendas que pudieran servir para una transformación mágica, ni disfraces, a no ser que estas lo fueran. Un par de faldas y blusas, un vestido de lana y algo de ropa interior. Quienquiera que fuese,

parecía que debía camuflarse con el fondo, a juzgar por los diferentes tonos de gris y la ordinariez del corte y el estilo. Como un fantasma discreto. Solo el tejido parecía tener algo de calidad. Aún así, había suficiente dinero para desechar todo esto, cambiar como un camaleón, una vez que hubiera decidido quién era yo, y qué papel se suponía que estaba representando.

Mientras tanto tendría que servirme este vestuario. Todas las prendas me sentaban bien, incluyendo el par de razonables zapatos para caminar, y, como eran grises, todas parecían combinar con todo lo demás, incluyendo el traje que ya llevaba puesto. De hecho, decidí, el contenido inferior de la maleta era el adecuado para alguien que estuviera jugando a esperar, ansioso por permanecer invisible. Tras probarme los zapatos me los dejé puestos: eran cómodos, y obviamente tenía que descubrir la topografía del terreno en cuanto tuviera oportunidad. Tenía que dar un paseo después de comer.

Pero antes tenía que decidir qué hacer con el dinero. Metí un fajo en el bolso y el resto lo volví a colocar en la maleta vacía, que cerré con llave. Conseguí meter la maleta de lado en el fondo del armario, tras la ropa, y lo cerré con llave también. Me metí las dos llaves en el bolso, consciente de que mis medidas de seguridad eran inadecuadas y de aficionada, pero era todo lo que podía hacer por el momento. Me habían pillado por sorpresa. También me di cuenta, considerando mi situación, de que no sabía qué o a quién temer: una hoja en blanco con patas, un nódulo de la nada, debía elegir, temporalmente, entre el miedo total, temblar ante cada sombra y, al menos, una apariencia de despreocupada confianza. Debía estar alerta, obviamente, pero llegué a la conclusión de que, en mi ignorancia, podía ser valiente y atrevida, puesto que no podía evitar correr riesgos. En ese sentido no tenía elección.

2

LA CAMARERA ME PREGUNTÓ el número de habitación y me acompañó a una mesa junto a la alongada ventana. Daba a un río, separado de la casa por una estrecha franja de césped, flanqueada por árboles altos a lo lejos. Todo parecía lo suficientemente en calma. Pensé que era afortunada por tener mesa junto a la ventana, porque el comedor no era demasiado grande. Estaba muy tranquilo: nadie subía la voz por encima del murmullo, y en la habitación prevalecía el sonido de los cuchillos rozando contra la superficie de los platos. Quizá la sala no había sido diseñada para la discreta formalidad de las mesas separadas envueltas en telas almidonadas, porque tuve que sortear ciertas hilachas de objetos personales, como codos, bolsos y culos al intentar salir de la sala, y casi arrastré conmigo un mantel, con cubertería para cuatro, por todo el salón comedor.

Ya me sentí conspicua. Habían vestido mi mesa para una persona, y no solo la silla, también una variedad de cubertería y vajilla dictaba en qué posición debía sentarme con respecto al resto de la sala. Si hubiera sido un camaleón o una especie de criatura extraña con ojos que se movieran independientemente podría haber admirado la escena fluvial con un ojo y a mis compañeros humanos o camaleones con el otro. Pero tal y como estaban las cosas, me vi forzada a hacer una obvia e incómoda elección que eventualmente llegaría a ser tan molesta que me obligaría a mantener la vista hacia el frente: una perspectiva poco atrayente que consistía en una pared con un feo espejo enmarcado en hierro forjado frente a mí y flanqueada por una mesita adornada con botecitos de salsas y algunas vinagreras, y una mesa libre que me separaba de ésta.

Mi situación era, por decirlo suavemente, incómoda. Comencé a escudriñar la carta, pero una vez que ya hube pedido me sentí

expuesta, sobre todo por el flanco derecho. Me estudié las uñas (cortas y sin esmalte), miré el reloj (dorado y con un diseño convencional que sospeché, en cuanto lo vi, que era fatigosamente exacto) y de vez en cuando echaba un vistazo al paisaje del río tras el cristal como si fuera un cuadro famoso que me resultase familiar desde hacía tiempo: tan solo estaba asegurándome de que hacía juego con mi recuerdo de ello, que la superficie no se hubiera agrietado, que no había sido robado. Mientras tanto juntaba y apretaba las rodillas y tobillos, esperando que la parte inferior de mi cuerpo estuviera totalmente oculta bajo el mantel drapeado. Tengo que traer, pensé, un periódico o, mejor aún, un libro, para que parezca que tengo un propósito, si voy a continuar teniendo que cenar sola. El instinto, o los retazos de alguna existencia anterior, me decía que ser una mujer sin acompañante no era una broma: debe ser explicado. En ausencia de una tapadera más convincente, leí la carta varias veces, como si hubiera cometido un error en mi elección, y quizá me fuera a perder la gratificación absoluta, que dependía de descodificar el código y encontrar la permutación correcta de platos. Mantuve el ceño fruncido hasta que la camarera vino con la sopa.

Tibia, sabía familiar, como una fórmula suministrada a miles de hogares en muchos paquetes. El sol había salido momentáneamente y el sol centelleaba a través de las nubes grises, del cristal de la ventana. Me calentó la mejilla izquierda e iluminó el agua de la jarra, descubriendo las burbujas y las manchas. Un camarero se inclinó solícitamente hacia mí y me preguntó si deseaba ver la carta de vinos. Le dije que quería. No estaba de humor para tomar alcohol pero algo me dijo que una respuesta afirmativa era en este caso la correcta; me otorgaría una cierta autoridad. Y haría que el tiempo pasara y me daba algo que hacer. En el ínterin me serví un vaso de agua y observé como el líquido, atrapado en luz, temblaba vacilante, primero sobre el techo, después sobre la pared de enfrente.

El rosbif estaba correoso, las patatas asadas parecían de cuero, y los guisantes habían padecido lo que llaman procesamiento, una transubstanciación misteriosa, sin duda resultado de una pequeña victoria en la lucha humana contra la naturaleza, que los dejaba, tanto en sabor como en apariencia, totalmente artificiales y

sintéticos. Pero el vino estaba bien, lucía rojo rubí en la copa atrapada por la luz del sol (todavía no se había puesto), y era impresionante tanto en nombre como en precio. Degusté el *bouquet*, moviéndolo de un lado a otro con la lengua e intenté capturar el sabor exacto de su impecable *bouquet* con mis papilas gustativas, y aunque me gustó bastante, un aroma más sutil quizá se me hubiera escapado. Si el precio que había que pagar por tener un paladar refinado era siempre el de escupir el vino, preferiría dejarlo estar; además, no te facilitan escupideras en los salones de restaurantes de alta clase.

Tragué el contenido de la copa entero y pensé que quizá podría posar como una avanzada estudiante postdoctoral de alguna cosa, pasar el tiempo anotando ecuaciones complicadas en la servilleta, parando de vez en cuando para fruncir el ceño y mirar con aspecto pensativo por la ventana. O podría calcular el movimiento de la luz a través del estudio de la rata que sube y baja por la pared de enfrente cuando mi mano empuja la garrafa de agua. ¿Acabaría siendo esto tan restringente como la carta? Quizá pudiera estudiar filosofía abstracta, y poner a Kant contra la jarra de agua durante las comidas, como defensa definitiva de la razón pura. Me gustó esta última idea.

El jefe de comedor se acercó a mi mesa una vez más y preguntó, inclinándose hacia delante, en un tono tan bajo que no pudiera ser oído por otros, si todo estaba a mi gusto. Le sonreí debidamente, como parte de la conspiración, y murmuré:

—Sí. Creo que podré escribir un informe positivo para la oficina central. —Mi tono jocoso y lo que esperaba que fuese un parpadeo gracioso hicieron que él aún se mostrara más serio que antes. Se volvió deferente, casi servil, y en ese momento supe que ya no tendría que preocuparme por actuar delante de él—. Tenemos —me susurró al oído— un queso Stilton muy especial. Si la señora quisiera probarlo. —La señora indicó que querría.

En el exterior los breves rayos de sol habían sido oscurecidos por sombrías nubes que amenazaban lluvia. Los árboles de la ribera más alejada comenzaron a agitarse con las ráfagas de viento. La luz en el agua se había apagado, y con ella, el reflejo bailarín de la pared de en frente. Era una pared bastante triste. En el feo espejo pude ver a una anciana sentándose a su mesa individual. Se movía con lentitud

y causando un buen efecto, si alguien la hubiera estado observando; era la personificación de todas las ancianas de los escenarios y de la gran pantalla, con sus frágiles gestos y su ropa antigua. Cada movimiento había sido ensayado cuidadosamente, pero incluso ahora no estaba muy segura de sí misma. Podía ver que las sillas y las mesas se habían convertido en parte del cursillo de obstáculos diarios que requería una resistencia desconocida para los escaladores que ascienden el Everest, totalmente ignorada. Un movimiento en falso, un traspiés, podría acabar en muerte. Pero, a pesar de la ropa anticuada, el pelo blanco, era real: nadie venía a ayudarla.

Y sin embargo había algo de teatral en ella, la manera en la que quedaba quieta antes de acomodarse lentamente en la silla, mirando por el comedor medio vacío en una fría y triste tarde de… ¿qué era?, ¿febrero? No lo sabía, pero por el aspecto de los árboles del exterior el año o bien había muerto o bien no había comenzado aún. Sentí que también ella me había visto, aunque no me di la vuelta. Continué observándola en el espejo, como si estuviera más segura de este modo. Podía fingir que no estaba presente, de hecho, en la misma habitación, simplemente viendo una actuación, un teatrillo de sombras.

El camarero ya había llegado, demasiado tarde para ayudarla a sentarse. La empujó ineficazmente hacia el recto respaldo, y entonces decidió que era mejor mover la mesa.

—No hace un día muy bueno —dijo ella—. Hace mucho frío.

—Sí —coincidió él—. Hace frío.

El camarero hizo ademán como si se fuera a retirar, educadamente. Sus manos aún se encontraban sobre el borde de la mesa, apretando el mantel blanco contra el borde, se inclinó hacia delante como si este comedido intercambio sobre el tiempo fuera todo lo que le interesara, habiendo eliminado todos sus otros pensamientos y consideraciones de la mente; pero uno de sus pies había comenzado ya a retirarse furtivamente.

—Esperaba que hubiera llegado hoy alguna carta de mi hijo. Por eso me he quedado toda la mañana en mi habitación. O quizá un mensaje telefónico.

Su voz, quizá porque era alta y clara, recorría toda la estancia. Noté que sus comentarios quizá fueran destinados a un público más

amplio.

—Ya veo. —El pie impaciente del camarero volvió a su posición inicial, como un bailarín que cree que ha oído la música antes de tiempo.

—Me prometió que vendría a visitarme pronto. Esperaba que hubiese podido arreglárselas para venir este fin de semana.

—Eso sería fabuloso. —El pie se arrastraba otra vez hacia atrás en *chassé*, pero fue obligado a rendirse.

—Pero está muy ocupado ¿sabe? Tiene un trabajo muy importante. Mucha responsabilidad. Es bastante duro, a veces creo que trabaja demasiado y me preocupo por él. Por eso creo que un fin de semana en el campo le haría mucho bien.

—Seguro que sí. —Había visto la mirada del camarero al otro lado de la habitación. Se acercó, sujetando la libreta en equilibrio.

—¿Desearía pedir ya?

—Vaya una forma de comportarse… mira que no decirme nada… ¿Cómo? —Miró vacilante a la impasible silueta de la mujer de negro, inmóvil de pie junto a la desleal cara sonriente del camarero, como si le hubieran pedido que se marchara sin molestar a otros huéspedes. Posiblemente para enfrentarse a algún tipo de discreto exterminio. Sus manos revolotearon en el aire como pájaros sorprendidos en un campo de trigo, solo durante unos instantes. Estaban acostumbrados al sonido de los disparos, y volvieron a anidar sobre su regazo después de una escapada más fugaz a su cuello, el vaso, y el lateral de su cabeza.

—Tomaré lo de siempre —dijo sin consultar la carta. Yo pedí café y me terminé el excelente queso. Un grupo de empresarios trajeados vino del bar y el camarero se acercó apara acomodarlos en una mesa. Podía oír los comentarios amables de sí señor, por supuesto señor, muy bien señor, que eran relegados por su conversación a un elevado volumen, o, mejor dicho, el camarero formaba parte de la orquestación, del ruido de fondo, un papel secundario, pero sin embargo vital si alguno de sus temas hubiera de tener alguna credibilidad. Se acomodaron con sus trajes de ejecutivo, se tomaron su tiempo puesto que él esperaría, repartieron cigarrillos porque él se los encendía, estaban sentados porque él estaba de pie, y hablaban en un volumen alto sobre otros temas porque sabían que se podía confiar en que él permaneciera

sumisamente en silencio. Mientras tanto, continué observando de vez en cuando a la anciana a través del espejo de la pared de enfrente. Se tomaba la sopa a sorbos, elevando la cuchara con lenta deliberación, reemplazada e ignorada ahora que los alborotadores de la mesa de al lado habían llegado, y aparentemente ajena a mi mirada. Sus ojos claros, grises y acuosos estaban ahora fijos en la ventana, se habían abierto para tomar la escena exterior que se reflejaba en ellos: triste, ventoso y frío.

3

POR LA TARDE DECIDÍ ir a dar un paseo, en parte porque no había otra cosa que hacer, y también porque creí que no debía malgastar tiempo en intentar descubrir dónde estaba geográficamente. Esto puede sonar un poco pedante, y debo admitir que tampoco me causaba mucho trastorno no saber dónde me hallaba. A la hora de comer, de hecho, no sentí una necesidad inmediata de descubrir el nombre, caudal y origen del río que veía al otro lado de la ventana. Simplemente me sorprendía que hubiera un río, fluyendo con tanta calma entre sus riberas. Serviría igual de bien, pensé, que cualquier otro río, en caso de que se necesitara un río, para ahogarse, o ir en barca, o pasear por las orillas, era lo suficientemente pintoresco como fondo para un drama personal.

Pero esto me retrotrae al principal motivo por el que decidí salir a dar un paseo: por ahora no había otra cosa que hacer. Y como no tenía ni idea de porqué estaba aquí, y hasta que recibiera instrucciones de algún tipo, diciéndome qué debía hacer, no tenía ni idea de quién debería ser, el propósito de mi estancia en este lugar, o la exacta naturaleza de la acción en la que supuestamente debería participar. Estaba esperando algún tipo de pista, cualquier cosa que pudiera ser una pista. Me faltaba definición. Mientras tanto, el argumento de la vida en un pequeño hotel de campo es notoriamente simple, al menos el borrador del texto. El ambiente es de tedio moderado. Los paseos estaban vinculados al guión.

Así que me fui a pasear. O más bien, decidí dar un paseo, que no es exactamente lo mismo. El exterior no parecía demasiado prometedor, puesto que las nubes grises se habían oscurecido perceptiblemente, se habían vuelto pesadas. Quizá comenzara a llover en cualquier momento; por otro lado, quizá aguantara sin

llover, como tantas otras veces, a pesar del aspecto de las nubes. Nadie podía saberlo a ciencia cierta. Debido a esta imposibilidad para predecirlo, ya había oído una variedad de opiniones entre el tintineo de las cucharillas de café en la cafetería del hotel. El barómetro de la entrada, pensé, era pesimista pero poco fiable, por ser tan viejo. Subí al lavabo de la habitación a valorar qué elementos de mi vestuario podrían servirme de protección.

No había ningún paraguas, así que tuve que apañármelas con un abrigo y una pashmina. La falta de paraguas me pareció significativa, aunque no podía decidir en qué radicaba su significancia. Quizá a la dueña de la maleta y su contenido no le importaba mojarse, o le molestaban los apéndices, o estuviera ligada a un clima cálido en el que nunca llovía. Por otro lado, quizá había olvidado el ausente paraguas o lo había perdido.

El abrigo era prácticamente nuevo, una prenda suelta que podía llevarse encima de casi cualquier cosa sin parecer rara0sentirse incómoda. El tejido parecía caro, un *tweed* discreto que pudiera haber sido impermeabilizado, y el forro no tenía nada de cutre, con costuras invisibles y un tacto sedoso. Me lo puse y encogí los hombros una o dos veces, para disfrutar de lo cómodo que resultaba su corte. Entonces metí las dos manos en los profundos bolsillos.

No estaban vacíos del todo. Mis dedos tocaron un papelito en el bolsillo izquierdo e inmediatamente mi corazón comenzó a bombear a un ritmo rápido y nervioso. Me esperaba el acostumbrado vacío, pero alguien la había pifiado. Con una sensación de pavor saqué lentamente la inesperada prueba, al principio tan apenas me atreví a mirarla. Pero no había razón para que me llegara a preocupar ese descuido, si eso es lo que era, no me indicaba nada perturbador. Simplemente que alguien, en algún lado, había viajado en transporte público en una ocasión desconocida. Era un billete de autobús, la tinta tan borrosa que resultaba ilegible, las únicas marcas claras eran unos números que presumiblemente indicaban las tarifas, lugares de destino y de salida, accesos, en un código solo comprensible para la compañía de bus.

Sin embargo, tomé la precaución de estrujarlo y tirarlo a la papelera. Entonces lo volví a coger y lo rompí en tiras pequeñas. Al otro lado de la ventana, las nubes se movían velozmente, una

rápida invasión de gris uniforme. El jardín de abajo parecía desierto y ligeramente revuelto, como si hubiera reconocido la derrota. Imperturbable, salí de la habitación, sin olvidar de cerrar con llave la puerta tras de mí.

Ya había visto el puente a través de la ventana del comedor. Puesto que tenía carril para tráfico, no solo para paseantes o peatones, decidí tomármelo en serio. Tenía que conducir a algún lugar, tenía que ser un camino además de un puente. Caminé hasta la mitad y me paré para hacer un reconocimiento, apoyando mis codos sobre la barandilla de hierro. Bajo mis pies corría rápida el agua negra, que desaparecía detrás de mí. Su lengua líquida hacía juego con el veloz deslizamiento del cielo arriba. Una podía marearse mirando arriba y abajo. Pero una también podía mirar a ambos lados, y a mi izquierda podía ver el lugar del que acababa de venir. Era una hospedería antigua, convenientemente rotulada con «El cisne negro» en la fachada encalada, puesto que no recordaba nada de mi llegada, ni de ningún suceso anterior a estar de pie delante de la mesa de recepción del hotel, en el interior, para registrarme con el primer (y único) nombre que me vino a la cabeza. Me dio una cierta sensación de confort, la vieja posada con el pequeño porche que conducía a la franja de césped cortado con esmero a lo largo de la ribera del río: no solo no se movía, sino que parecía que llevaba ahí ya tiempo, al menos un par de siglos. No era un edificio elegante, no tenía pretensiones, una posada humilde en el pasado que se había expandido tan lentamente a lo largo de las décadas que el añadido del nuevo edificio anexo en un siglo, y otro pequeño anexo en los siguientes cien años, habían pasado casi desapercibidos.

¿Había caminado por ese porche hacía tan solo unas pocas horas? No podía rastrear ni el recuerdo más vago de ese suceso en mi cabeza, aunque recordaba claramente haber salido hacía un par de minutos. Me inquietó pensar que el recepcionista hubiera notado que no había devuelto la llave al cruzar por el *hall* y que le hubiese parecido sospechoso, cuando de repente encontré que la salida estaba bloqueada por un grupo de jóvenes alborotadores, uno de los cuales se chocó conmigo sin disculparse, ya que por lo visto yo era

invisible para él incluso tras el percance. Su ruidoso ánimo dio paso a expresiones de decepción en voz alta cuando se dieron cuenta de que llegaban tarde: el bar acababa de cerrar unos minutos antes. Sus aullidos de disgustada indignación en mitad del vestíbulo detrás de mí sonaban como una jauría de perros jóvenes sin motivo de persecución y caza: entonces empezaron a discutir sobre el tiempo, dándose cuenta de que ninguno de sus relojes daba la misma hora, y de que uno de ellos se había parado hacía más de una hora.

Ahora estaba de pie en el centro del puente y dejaba que mi mente se perdiera en meditaciones de matiz más bien filosófico. El río fluía bajo mis pies. No conocía su nombre. ¿Pero acaso se podía, de algún modo, poner nombre a un río, que era líquido en continuo movimiento, y al mismo tiempo dejaba de ser el mismo río pasados dos minutos? Tenía dudas incluso acerca de sumar dos minutos enteros, pero lo dejé pasar, puesto que estaba obligada a dejar que el agua pasara bajo mis pies, observando el patrón de los remolinos que se formaban alrededor de la roca. El patrón se repetía una y otra vez, pero era otro agua, no la misma, en absoluto. ¿Podía decirse que la mujer que caminó por ese porche en la ribera izquierda un rato antes de la hora de comer era la misma mujer que acababa de salir? No sabía nada de ella, y no podía ponerle tampoco un nombre, pero quizá no importara. Cualquier nombre serviría, y los signos que habían trazado su existencia anterior eran oficialmente tan engañosos e inadecuados como la fina línea que atraviesa un mapa del servicio oficial de cartografía para representar esta corriente de agua negra y turbulenta que vive y muere bajo mis pies.

Encontré una cierta consolación en estas meditaciones, a pesar del tráfico a mis espaldas, que me ensordecía ocasionalmente. Parecían prometer una nueva dimensión, un potencial que no tenía nada que ver con la persona que había ocultado todo ese dinero en el armario, una excitación más profunda, menos frenética, y también algo cercano a la paz interior. Puede que suene cursi, pero podía haberme quedado ahí en el puente el día entero, observando el agua moviéndose siguiendo su propio impulso, o siendo movida, intentando decidir cuál de las dos; admirando las espirales de agua alrededor de la roca y los pilares del puente. Olvidé por completo el paseo que estaba dispuesta a dar, mi expedición para comprobar el

estado del terreno. El terreno era agua, eso era suficiente, o más bien, sus pliegues habían juntado esta masa de agua para que fluyera bajo mis pies justo en este punto. El resto era basura. Le di un puntapié a una caja de cerillas usada por debajo de la barandilla y observé cómo desaparecía.

Como decía, podía haberme quedado en el puente todo el día, o lo que quedaba de él, aun así un tiempo anormalmente largo. Si no lo hice, no era porque sintiera que debía subir por la carretera impulsada por un brioso propósito, o por la consciencia de la rareza de mi comportamiento, o por la precariedad de mi asidero a la realidad, o por el peligro potencial de mi situación tal y como la entendía. No. Los cielos se abrieron, y fui atacada por una borrasca tan violenta y furiosa que la incomodidad húmeda y fría me hizo volver corriendo al hotel. Supongo que podía elegir entre seguir o darme la vuelta, pero no lo vi como una elección real.

4

EL CHAPARRÓN NO DURÓ MUCHO, aunque la lluvia cayera muy fuerte, y cuando llegué al porche del hotel ya casi había pasado. Me refugié ahí y observé los árboles de la ribera de enfrente retorciéndose, y me pregunté dónde y cuándo había visto esos árboles antes.

Me quedé en el porche. Me sentía reacia a volver al vestíbulo, donde podía ser vista por el recepcionista, que debía de sospechar de mí, creí, o al menos creía que mi comportamiento era lo suficientemente extraño como para almacenarlo en su memoria como material de referencia en el futuro: como mujer resultaba inconsistente, aparentemente no sabía si iba o venía. La que no había entregado la llave al salir. Preocupada por estos pensamientos, mientras miraba el agua goteando del gablete del porche, comencé a preguntarme si mi tonto comentario sobre la sede central durante la comida se habría extendido entre todo el personal. Decirlo había sido una imprudencia, puesto que ni siquiera sabía si existía ese lugar y, en cualquier caso, mi espontáneo chiste podía tener consecuencias desafortunadas. ¿Se molestarían en comprobar la entrada falsa en el registro? Si lo hacían, irían sin duda a mi habitación, usando una llave maestra durante mi ausencia.

Así que, cuando por fin paró de llover, olfateé el aire y me puse en marcha de nuevo, a toda pastilla, una mujer totalmente distinta, de acción y resolutiva, consciente de que no tenía tiempo que perder, desde luego no en meditaciones melancólicas mientras me apoyaba sobre un parapeto que daba al agua profunda, con la que ya había perdido demasiado tiempo, tiempo que aún tenía que crear para su nuevo yo. Lo importante era llegar al otro lado. Cualquier otra consideración era irrelevante, aunque miré hacia abajo el

tiempo suficiente como para ver cómo el río, ahora crecido por las recientes lluvias, se movía mucho más rápido ahora, y que su objetivo parecía ser el de arrastrar consigo los pilares del puente. Me apresuré.

Lo primero que sentí al llegar al otro lado fue decepción. No había merecido la pena. Mi primera impresión al cruzar el puente había sido, en primer lugar (fue una impresión inconfundible, no confirmada por ninguna prueba concreta), de que el meollo y el centro de la pequeña ciudad o pueblo en el que me hallaba estaba en la ribera de enfrente y no en la que estaba yo, y en la que se encontraba el hotel. Esta suposición surgió, no ya de algo que pudiera entrever más allá de la hilera de árboles a lo lejos, sino del carácter anodino y la extraña sensación de falta de vida que mostraba esa zona.

Sin embargo, las casas al otro lado del puente parecían igual de anodinas, aunque había algunas tiendas pequeñas. Sintiéndome ya muy cansada, me pregunté por qué me había molestado en ir, pero esa no es una pregunta a la que pueda responder ahora. ¿Había elegido este pequeño y aburrido lugar por algún motivo desconocido ahora por mí, o era una parada en un viaje a ninguna parte? Confiaba en que el tiempo me diera la respuesta, pero ni siquiera podía estar segura de eso: ¿cómo podía saber si cualquier drama que se desarrollara en este contexto modesto e inusual había sido planeado y no era un mero accidente?

Parecía que había muy poca gente, aunque no sabía si esto se debía al día de la semana, que desconocía cuál era, o a la población total, que también era un misterio, o quizá al tiempo impredecible. Aparte de un hombre que descargaba una furgoneta junto a una tienda, no veía a nadie. La primera tienda en la que entré, en mi lado de la carretera, era un quiosco y estanco, una de esas tiendas que venden de todo y que proveen a todo un vecindario con de todo, desde caramelos hasta pequeñas cosas de papelería. Ningún barrio, pensé mientras miraba desde fuera, podría funcionar sin uno, y la primera vez tuve una sensación de reconocer el lugar. En la acera, sobre el escaparate con paquetes de cigarrillos de exposición y botes polvorientos con caramelos, el viento hacía rechinar un oxidado cartel que publicitaba helados. Me olvidé de mi situación y comencé a contar mentalmente las monedas del bolsillo

polvoriento para ver si me llegaba. La aparición en el dormitorio, el fajo de billetes guardados en el armario, incluso el viento helador que me mordía la cara podían no haber existido nunca, comparado con la promesa de un cucurucho de helado de vainilla que puede que no compre nadie nunca, el lametón de helado rememorado derritiéndose alrededor de mi boca y el pedacito crujiente de un cono menguante.

Miré el viejo cartel oxidándose en la intemperie con su llamativa imagen, un artilugio que parecía listo para tirar a la chatarra, y me pregunté qué pasaba con el ínterin que había hecho que se pareciera a una experiencia infantil trivial, que, al contrario que la señal chirriante, no había dejado nada atrás, ningún recuerdo, ningún sentimiento.

Parada en la acera pensé acerca de mi siguiente elección existencial: entrar o no entrar en la tienda. Tendría, por supuesto, que comprar algo. Pero eso no era importante: cualquier cosa serviría, y no tenía que preocuparme por su precio. Me quedé en un estado de indecisión durante un tiempo, mirando fijamente al cartel de helado, el escaparate polvoriento que no había sido renovado en un tiempo, como si resultaran, de algún modo, amenazantes. Mi indecisión podía parecerle algo extraña, incluso absurda, a un extraño, pero la mayoría de la gente nunca ha experimentado lo que es actuar en un vacío donde cualquier acción puede tanto no tener sentido como tenerlo mucho, y donde la libertad total puede convertirse en un intolerable peso sobre los hombros. Si entraba en esa tienda, pensé, un gran número de cosas podía suceder. Y esta sensación de familiaridad me hacía sentir incómoda: quería llenar el vacío con elementos de mi propia elección, no ser invadida por aquellos que prefería olvidar. Incluso si no sabía cuáles eran. O quizá porque no lo sabía.

Pero en este mundo no hacer nada es imposible. Mientras me hallaba en la acera pensando sobre las posibles consecuencias de entrar en la tienda, la puerta se abrió de repente con el sonido metálico de una campanilla. Una mujer de edad incierta pero avanzada me miraba fijamente desde el umbral, sujetando la puerta entornada con una mano. Me miró con unos ojos recelosos y hostiles en una cara rechoncha, parecida a un pastel que estuviera perdiendo su forma, que se cuajaba y se desparramaba por el paso

del tiempo, como suelen hacer los pasteles de leche. La falda y el suéter sobresalían como un saco relleno de cosas que no podría mencionar.

Nos miramos fijamente durante lo que pareció un largo momento. Sus ojos no vacilaron. —¿Puedo ayudarla en algo?— me preguntó al fin, pero su voz no sonaba servicial. Tenía un tono cortante.

—Lo dudo —le dije. El frío aire soplaba entre nosotras. Me envolví mejor en el abrigo, buscando confort en el acurrucado calor.

Ella aguardaba en el umbral esperando a que yo hiciera algo, su rostro, a causa del frío, se tornaba a un malva saturado. Su desconfianza indicaba que no me conocía en absoluto, lo que me tranquilizó. Me pregunté si debería decidirme a entrar y comprar algo, si no tenía clientes y había salido por aburrimiento, después de espiarme por la ventana. Di un paso adelante, reduciendo el espacio entre nosotras.

—¿Vende helados? —Las palabras casi ni habían salido de mi boca cuando me di cuenta de lo absurdas que eran. Desde luego no era la estación idónea para los helados.

Ella asintió, comenzando a temblar ligeramente. Las puntas de los dedos de la mano que sostenía la puerta entreabierta se había puesto mortalmente blancas, la carne azulada: temblaba, de tal manera que la cartulina que indicaba que estaba abierto giraba sobre el hilo detrás del cristal, diciendo aún abierto. Parecía que fuera a cerrar la puerta de un portazo en cualquier momento. Pero me atreví a dar otro paso hacia delante.

—Ese letrero —le dije, señalando al cartel oxidado que chirriaba con el viento—. ¿Lleva ahí mucho tiempo?

Dio un paso hacia atrás. —¿Cómo voy a saberlo?— me soltó. —Yo solo trabajo aquí.

Dio un portazo y se desvaneció en el oscuro interior. El cartel que decía ABIERTO se balanceó aún con más energía, negándose a sí mismo, mientras yo permanecía afuera, bastante desconcertada, analizando las palabras *cómo voy a saberlo; yo solo trabajo aquí* desde todos los ángulos posibles sin ser capaz de llegar a comprenderlas. Comencé a sentir que había perdido el contacto, no solo con los lugares y las cosas, sino también con el lenguaje

humano, puesto que sus palabras habían sido arrojadas con la garantía de una señal que iba a ser tomada y usada. Y sin embargo no sabía qué hacer con ellas. *Cómo voy a saberlo; yo solo trabajo aquí.* Cuanto más lo pensaba, más oscuro me parecía el mensaje. Quizá ella también estuviera sufriendo algún tipo de amnesia selectiva característica de su empleo, o dijera tal declaración absoluta con otro significado completamente distinto a lo que parecía decir, por lo que una debía escuchar entre líneas, más que a las palabras propiamente dichas. Esta última posibilidad, que no se pueda tomar a ciertos grupos de palabras al pie de la letra, me trastornaba profundamente: si debía encontrar mi situación sin tan siquiera un lenguaje común que me guiase, estaba metida en un buen lío. Me las había arreglado hasta el momento, pensé, pero ahora me daba cuenta de que había dado por hecho ese factor común, suponía que estaba tratando con por lo menos una fracción de elementos conocidos en esta rompecabezas algebraico, trasteando con símbolos no cualificados cuya relación mutua también permanecía sin ser explicada. Pero si mi conocimiento de las reglas del juego no era correcto, si necesitaba acceder a tablas especiales o a reglas de cálculo para hallar la solución, ¿cómo iba a poder esperar encontrar alguna vez una respuesta a mi problema? Si tuviera que arreglármelas en un país extranjero con un vocabulario incompleto ¿cómo iba a saber a ciencia cierta que estaba siguiendo el rastro adecuado?, no digamos ya que tuviera que recoger mensajes secretos que quizá estuvieran destinados a mí. No estaba más allá de la frontera de la posibilidad de que las palabras de la dependienta estuvieran desordenadas. Eso explicaría la extraña manera que tuvo al acercarse a la puerta para hablarme, una extraña, aparentemente, y también explicaría la dureza de su mirada.

¿Debía seguirla al interior de la tienda? Estaba ahí parada en la acera en mitad de una especie de dilema, poco tentada de entrar en ese descolorido y desgastado interior, con las moscas muertas tumbadas con las alas hacia abajo en las estanterías de las cajetillas de exposición, chicle y tebeos viejos. Pero ya había averiguado que no era seguro merodear sin un propósito, y la alternativa no se presentaba más tentadora: seguir caminando por la deprimente y pequeña calle High, con este aire tan frío, buscando ¿qué?

Decidí entrar en el local. Siempre podía comprar alguna cosa.

La campanilla sonó en algún lugar del interior de la tienda, que estaba vacía. Los oscuros y anticuados accesorios, el mostrador con un cristal frontal, sugerían que no había cambiado nada en el último medio siglo, salvo las existencias. La mujer emergió de una puerta que había al fondo, tras el mostrador.

—Oh —dijo—. Es usted. ¿Qué desea?

Tenía miguitas alrededor de la boca, y a juzgar por eso y por los sonidos que provenían más allá de la puerta, había estado merendando té y algo de picar. Quizá la hostilidad de su voz se debiera a que la había interrumpido. Pero existía otra posibilidad, que se me ocurría ahora. *Es usted*, dijo, como evidenciando un hecho, un hecho irrefutable, y me vino a la cabeza la posibilidad alarmante de que quizá me conociese, y que quizá me reconociera como quienquiera que yo fuera. ¿Debía fingir que había cometido un error e ignorar las implicaciones? Supiera lo que supiera, era más de lo que sabía yo, y esto me situaba en una clara desventaja.

Una cosa era segura: me conociera o no me conociera de antes, yo no le gustaba. No me había equivocado en la hostilidad de su voz, que se veía confirmada por sus ojos fríos y grises, que me encaraban desde el otro lado del mostrador. Tenía que pensar en algo rápidamente. Mis ojos recorrieron las latas de tabaco amontonadas, los coloridos expositores de caramelos y revistas, los tebeos infantiles que me resultaban familiares, con una impresión primitiva que hacía pensar en las antiguas imprentas, tipografías viejos, chistes viejos sobre fino papel barato que parecía desgastado por los bordes.

—Querría una libreta —dije.

No lo había pensado antes de decirlo. Simplemente sabía que si quería algo de esta tienda tendría que ser una libreta.

—¿De qué tipo? —me preguntó, fija de pie, sin moverse. Parecía decidida a ser tan poco servicial como le fuera posible, dejando que yo me tuviera que encargar dé todo.

—Oh —dije vagamente—. No me importa. Cualquiera.

Sacó un puñado de libretitas de encuadernado diverso. —Esta es la más barata— dijo, sin intentar ocultar el desprecio en su voz. Me mostró una libreta de cartón rojo con la palabra notas impresa en negro en la parte frontal.

—No —le dije—, no me sirve. Quiero algo mucho mayor.

—Mayor —repitió.

—Sí —continué—, una en la que pudiera escribir tanto como quisiera. Aún no sé cuánto, pero tiene que tener muchas páginas en blanco.

—Muchas páginas en blanco —murmuró para sí misma, agachándose tras el mostrador. Su cabeza reapareció—. ¿Le importa que tenga líneas? —Negué con la cabeza—. Entonces esta es la mejor. —Se levantó y depositó sobre el mostrador un grueso bloc de notas con espiral—. La ventaja de esta es que puede arrancar las hojas si comete algún error.

—Ya veo. —Hojeé el grueso bloc de páginas vacías, marcadas únicamente por finas líneas de color azul claro.

—En un cuaderno escolar, si arrancase una hoja del principio, perdería una del final, y viceversa. Debido a la manera en la que van grapadas. Si ya va por la mitad del cuaderno, no podría arrancarla y empezar de nuevo. —Sorprendentemente, se rió con nerviosismo—. Seguro que el profesor descubría que faltaban páginas. Creo que disfrutan descubriendo los errores de uno, lo que uno ha tachado. Y seguro que éste imaginaba que la página retirada arruinaba la continuidad, o que formaba parte de algo que consideraba que era realmente bueno…

—Entiendo a lo que se refiere —le dije. Y puse la palma de la mano sobre el bloc con espiral—. Creo que este me servirá estupendamente.

Metió el bloc en una bolsa de papel.

—¿Algo más?

Pensé, y entonces dije:

—Supongo que también necesitaría un bolígrafo.

Señaló el recipiente con bolígrafos sobre el mostrador. De entre la amplia gama de plástico de colores chillones, elegí el único bolígrafo negro.

—Mejor, pruébelo —me dijo, y me acercó una libreta de papel en sucio. La primera página estaba cubierta por una multiplicidad de líneas sin sentido en varios colores. Elegí la siguiente hoja en blanco y firmé con un nombre falso mientras ella vigilaba mi mano. Salió con facilidad.

—Bien —le dije—. Me lo llevo. —Y lo arrojó a la bolsa junto con

la libreta.

Eché un vistazo a la tienda, con la sensación de haber realizado una pequeña proeza, de haber conseguido algo. También sentía que la tensión entre nosotras se había suavizado bastante. —¿Vende periódicos?— pregunté con curiosidad.

—Sí —contestó—, pero es algo tarde. La mayoría de la gente compra el periódico por la mañana de camino al trabajo. Ahora ya no me queda ninguno. —Volvió a sumergirse tras el mostrador—. Podría llevarse este. Lo tenía reservado para la señora Glossop pero ya no vendrá. Iba a tirarlo. Ella es muy mayor, muchas veces está mal de salud. Podría haber muerto. En cuyo caso ya no lo necesitaría.

Dejó el periódico plegado sobre el mostrador que nos separaba y leí las palabras DESASTRE, FRACASO, y ACCIDENTE. Aparentemente, además era martes, aunque el día, el mes y el año estaban ocultos al otro lado del pliegue.

—Creo que no lo quiero —dije, empujando el periódico prudentemente—. Solo preguntaba de manera general. Por si decido quedarme.

—Hacía mucho que no venía. —Era más una afirmación que una pregunta. Al menos era así como había sonado.

—No —dije, observando su pálido pulgar con una pálida lúnula sobre la palabra martes y de cómo se deshacía de la crónica de contratiempos humanos bajo el mostrador.

—Está perdiendo la memoria —dijo—. Siempre hemos vendido periódicos. —Su tono seguía siendo brusco, pero ahora tenía un leve tono de familiaridad.

—Tiene razón —le contesté, emitiendo una risa forzada—, es terrible. —Eché un vistazo a la tienda: libros infantiles para colorear en una estantería cercana, un expositor giratorio con postales, el antiguo frigorífico, los carteles de helado pegados en los laterales, ronroneando fríamente. Miré a la cara de la mujer que tenía enfrente, observándome, y reconocí un rostro que empezaba a deshacerse, a pesar del pánico registrado en sus ojos, en el centro de las pupilas, dos pequeños puntos negros viajando hacia atrás a la velocidad de la luz; la piel había perdido su elasticidad y ya no podía sostener la carne cuajada en su sitio. No había nada que los ojos, o aquellas manos, pudieran hacer por ello. Ahí estaba yo

parada, mirándola con una creciente acaloramiento. Hasta que me di cuenta de que estaba esperando a que le pagase.

Abrí el bolso apresuradamente sobre el mostrador y saqué el monedero. Me puso las vueltas en la mano con la caja aún abierta, y de nuevo me fijé en sus pálidas lúnulas. Tenía las manos muy limpias, la piel muy blanca, una blancura subterránea antinatural, con raíces y cosas vivas que nunca salen a la superficie. Tenía algo de nuevo, también su cara, una suavidad de bebé en la textura fofa de su piel.

Las puntas de nuestros dedos se tocaron brevemente cuando mi mano se acercó a la suya para recoger el cambio. Lo dejé caer en el monedero abierto. Nuestra transacción comercial parecía haber terminado. Cerró la caja de golpe, pero algo me hacía resistirme a marchar. Así, de repente, me oí decir:

—¿Aún vende plumillas para escribir?

Negó con la cabeza.

—No, hace años que ya no tenemos. No hay demanda. Los niños utilizan el tipo de cosas que acaba de comprar. Incluso los frascos de tinta se han convertido en un objeto de tiendas especializadas. Ya no tenemos existencias.

Me di cuenta de que esta mujer me había mentido cuando me había dicho *yo solo trabajo aquí*. Ella había echado raíces en este oscuro lugar, probablemente no hubiera visto la luz del día ni una sola vez. *No, hace años que ya no tenemos*, había contestado demasiado deprisa. Todo ese polvo, que no eran polvos faciales, estaba incrustado en la piel, dándole ese aspecto calcáreo. Y si su cara parecía como nueva era por eso, porque todo lo que podía recordar era la vergüenza de tachar en su cuaderno de ejercicios, los manchurrones de la plumilla, y el terror del borde deshilachado del papel si intentaba quitarse la culpabilidad arrancando la hoja.

Pero me apuesto lo que sea, pensé, a que sabe cuántas fanegas hay en una tonelada[8], y las longitudes de las varas y las pértigas[9], si es que las había utilizado alguna vez. Si le preguntaba cuántos *gills* había en un galón[10], me lo diría sin dudar. Los recuerdos de algunas personas están hechos de estas cosas.

Ella había comenzado a tamborilear con los dedos sobre el mostrador, con nerviosismo, probablemente esperando a que me marchara. Vi marcas blancas sobre la oscura madera donde el

barniz se había ido desgastando a lo largo de los años por el roce de sus dedos. Estaba atrapada detrás del mostrador como un animal domesticado que había olvidado correr, volar, saltar, luchar, rodar por el suelo y reproducirse. Todo lo que podía hacer ahora era moverse nerviosamente en su jaula y fingir que estaba en una madriguera bajo tierra, dormir, aunque con inquietud, y no solo durante los meses del invierno sino durante años.

—Debería haberse marchado hace años —le dije—. ¿Qué la retuvo aquí? Imagino que este pueblo tendrá una estación de tren…

Parpadeó y asintió.

—Gire a la izquierda al salir de la tienda, después la primera a la derecha.

—Ahí lo tiene. ¿Qué la retuvo entonces? ¿Tuvo miedo de perderse en otro pueblo, o de no saber encontrar el camino de vuelta? Siempre se puede comprar un mapa, ¿sabe?, o preguntar a alguien. Pero usted siempre tuvo miedo de preguntar ¿verdad? Cuando su padre necesitaba ayuda en la tienda nunca se le ocurrió oponerse ¿verdad? O negarse y decirle que contratase a alguien. De hecho, ni siquiera creo que se le ocurriera que tenía elección alguna, o que si hubiera tenido una alternativa podía haberla cogido, porque nunca deseó nada conscientemente. Se dio por vencida y siguió el camino. La buena chica, con temor de manchar su cuaderno, de irritar a la profesora. Siempre fue resignada, obediente, preocupada por llamar la atención. Y lo confundió todo con el sentido del deber.

Un rubor rosáceo ascendía gradualmente por su cuello y se desbordaba insólitamente por sus mejillas. Ahora alcanzaba sus ojos sorprendidos, ligeramente salientes.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —murmuró—. Pero ¿quién se cree que es?

Con eso me había pillado: no podía responder. Después de una pausa pareció calmarse un poco, y su tono cambió al de una ligera curiosidad.

—¿La conozco? —Al no obtener respuesta, insistió—: La conozco ¿no es cierto? —Se inclinó sobre el mostrador y me susurró confidencialmente—: Mi padre volvió a casarse. Después de todo lo que hice por él. En menos de seis meses después de que ella muriese, y ella necesitó de muchos cuidados al final, se lo puedo

asegurar. Tan apenas dormí en ese tiempo, y tenía los nervios alterados. Mi salud no ha vuelto a ser la misma desde entonces. Por supuesto que me mudé. Tampoco intentó impedirlo, de hecho creo que casi lo esperaba. Pero sin duda no iba a permanecer bajo el mismo techo que ella, no después de todo lo que había tenido que soportar. Doreen emigró a Australia. Ella podía hacerlo. Siempre sabía escaparse de los apuros, incluso cuando íbamos al colegio. Siempre era yo la que acababa haciendo la compra y la colada. ¿Se acuerda de Doreen? Iba dos cursos menos que nosotras en el colegio, rubia, de pelo más claro que yo, buena en los deportes. Por supuesto, tuvo que marcharse por el empleo de su marido: salían juntos incluso entonces. Mamá la apoyó en eso, la dejaba salir tanto como quisiera. Le parecía bien porque se iban a prometer. Le compró ropa, la consentía. La mayoría de la gente con la que crecí se marchó, y ya casi no veo al resto. Uno se va distanciando ¿no es así? La gente tiene sus propias vidas que llevar.

Se acercó todavía más. Ahora su mano me agarraba firmemente el brazo, por encima de la muñeca. Podía sentir su aliento en mi cara cuando hablaba. Tenía una ligera tendencia a escupir en determinados momentos del habla.

—Pero no tenemos que pensar en ello como que todo se ha echado a perder, ¿no? Tenemos que recordar los buenos tiempos ¿verdad? Y hubo buenos tiempos. Pienso en ello mucho, aquí dentro, cuando no hay mucho que hacer. Y por las noches. Los repaso mentalmente una y otra vez, cada vez más, ahora que todos se han ido. Tengo mucho tiempo libre, como verá. —Su cara cobró una forma totalmente nueva cuando sonrió, mostrando un vestigio de las insospechadas posibilidades en el rabillo del ojo y la boca—. ¿Recuerda el baile anual de navidad, y el tiempo que pasamos arreglándonos para ir? ¿Lo cohibidas que nos sentíamos con nuestras galas?

—Alguien encendió el gramófono y todos los chicos se pusieron en fila la un lado del salón, observando a las chicas del otro lado del salón (que se reían nerviosas, fingiendo no darse cuenta). Como si no estuvieran esperando que las sacaran a bailar.

—Alice Vestido Azul[11], —dijo, y comenzó a tararear de manera poco melodiosa, con un temblor al fondo de su garganta.

—Y cuando uno de ellos tomaba la iniciativa y avanzaba por la

pista —continué—, solía ser un tipo ridículo, pecoso y de pies grandes. Así que la mayoría de las chicas miraban a otro lado o se giraban hacia la pared, esperando disuadirlo así. Por otro lado, era igual de malo que el chico que te gustaba se acercara y se lo pidiera a otra. No igual de malo, peor; mucho, mucho peor. Creo que usted se enamoró perdidamente de un chico llamado…

—Charles Wilson —dijo inmediatamente, interrumpiendo su vals tarareado y abriendo los ojos, que habían permanecido cerrados ensoñadoramente, y su cuerpo se balanceaba levemente, y ahora me miraba conmocionada—. ¿Cómo sabe eso? Me sentí tan humillada, pero estaba segura de que nadie lo sabía.

—Bueno, no era difícil de adivinar —dije suavemente—. Era por la manera en la que sus ojos lo seguían por la habitación. Y la única vez en la que le pidió por fin que saliera a bailar, usted se sonrojó intensamente.

Su cara lo confirmó, ruborizándose aún más, pero modificó esta exhibición con una risita.

—Estaba tan nerviosa, que no dejaba de pisarle los pies y de pedirle disculpas. Él no dijo ni una sola palabra, pero viví de ese momento durante semanas.

—Años —le dije—, incluso después de que comenzara a salir con esa chica.

—Yo creía que la dejaría —explicó—, era una chica tan tonta y tan poco interesante. Todo lo que tenía era una buena planta.

—Como su hermana —aventuré.

—Nunca se lo dije —contestó acalorada, a la defensiva—. No me gustaría que creyera que se lo eché en cara alguna vez. O que intenté causar problemas entre ellos. No soy así. De todos modos, en aquella época… —Su voz se fue haciendo inaudible, buscando una explicación.

—Por aquel entonces intentaba fingir que nunca había ocurrido —le solté—, que nunca había sufrido por su culpa, o que hubiese sentido algo por él.

Lo admitió, pero sin excusarse por ello. —Una tiene que arreglárselas— dijo—, lo mejor que puede.

Me metí las compras bajo un brazo, me eché el bolso por encima del otro. —Bueno…— dije vacilante, sin saber bien cómo separarme, echando un vistazo a la puerta al exterior, con el cartel,

que decía desde aquí cerrado. Por ahora había tenido suficiente, y ansiaba poder marcharme y respirar aire fresco. El hecho de que no tuviera un objetivo conocido era un impedimento.

—¿Tiene que marcharse? —preguntó ansiosa, convirtiéndolo no ya en un pequeño impedimento sino en un insuperable obstáculo, un abismo sin puente—. Hace tanto que no la veía. Para serle sincera, no la reconocí cuando la vi por primera vez, aunque había visto su cara en algún sitio. Me sonaba, vaya. Lo siento si he sido grosera. Una nunca puede ser lo suficientemente prudente, la gente puede ser muy extraña. Y, para serle sincera —dio la vuelta al mostrador y me agarró del antebrazo— creí que estaba un poco majara cuando la vi ahí parada en la acera. —Volvió la risita nerviosa de niña. Se puso la otra mano en la boca para ahogarla.

Intenté retroceder, soltarme, pero sujetaba con fuerza. —Se equivoca— dije, intentando liberarme de su agarre.

—Por supuesto —dijo, tirando de mí con suavidad y gradualmente hacia el fondo de la tienda—. Ya lo sé —dijo, tirando más—, ahora me doy cuenta de que ha tenido que ser un momento muy emotivo para usted, volver después de tanto tiempo.

—No —protesté—. Quiero decir que está equivocada: nunca he estado aquí antes. No me conoce.

Se rió.

—Venga, venga. No me puede engañar. Seguro que tiene razones para decir eso ¿quién no las tiene? Pero como he dicho, nunca olvido una cara. Venga al fondo de la tienda y se lo mostraré.

No pude hacer otra cosa que seguirla. La habitación al fondo de la tienda era, comparativamente, oscura, con cajas de cartón apiladas hasta el techo, del cual colgaba una bombilla que iluminaba tenuemente la sala, con su filamento claramente visible a través del cristal con forma de pera. Una tetera, una taza y platillo, y una botella medio vacía de leche sobre una pequeña mesita, al lado una revista abierta por una página que ilustra un patrón de punto para una chaqueta de mujer. La modelo que llevaba la prenda finalizada, hecha de un tono feo de contundente rosa, sonreía en la foto como con una sensación de logro, sin duda más que engreído, por haber sido capaz de descifrar el código impreso en la página de al lado. Quedaba algo de té en la taza, que ya se habría enfriado desde mi llegada y que había adquirido un leve tono púrpura.

La mujer, cuyo nombre aún no conocía, se estaba agachando para sacar una caja de cartón del estante inferior que había detrás de la mesa, exponiendo un par de nudosas vértebras de la nuca. Bajo el borde de su falda, sus muslos eran gordos y carnosos, con venas azules en la parte trasera de las rodillas visibles a través de las medias. Puso la caja, cubierta de polvo que se le adhería a los dedos, sobre la revista abierta, cubriéndolo todo excepto los ojos sonrientes de la señorita artificial y la parte superior y apelmazada de su acicalada cabeza. Cuando hubo quitado la tapa hasta eso quedó oculto.

De la caja cayeron fotografías borrosas de chicas agrupadas delante de paredes de ladrillo, o campos de juego rodeados de árboles. Llevaban uniformes idénticos, pichis, camisas y corbatas de rayas, y lucían una idéntica sonrisa lechosa en una cara sin arrugas.

—¿No se reconoce? —preguntó, sacando una de las fotos.

—No —contesté.

—Esa —continuó, con la lunulada uña del pulgar presionando otra imagen—, fue tomada durante el último día de clase antes del verano. —Varias caras entrecerraban los ojos a causa del intenso sol, en distorsiones entre las sonrisas y las muecas—. La mayoría de nosotras no volvería al curso siguiente.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —protesté—. ¿Por qué guarda toda esa basura?

—Es importante —me contestó sin encenderse, ojeando las restantes fotografías y extendiendo alguna de ellas sobre la mesa frente a mí—. Si no te aferras a nada, todos esos fragmentos del lejano pasado… Oh, sé que quizá no signifiquen mucho para usted, tiene otras cosas en la cabeza… pero para mí es diferente. Si no te aferras a estas cosas, ¿cómo sabes quién eres?

—No lo sé —dije, resignada y honestamente.

Suspiró, inclinándose sobre la foto que me había señalado. Su calor corporal me resultó incómodamente cercano. —Un día tan triste— comentó— y sin embargo la mayoría de nosotras era también feliz. Tristes en cierto modo, pero entusiasmadas. El camino por delante parecía tan lleno de promesas. Ay madre mía, hasta podría echarme a llorar ahora que lo recuerdo. Incluso más ahora.

No lo haga —le dije, intentando alejarme de la proximidad de su

cuerpo, pero desesperadamente atrapada cuando se inclinó más hacia a mí—. No creo que ayudara; de hecho estoy segura de que no ayudaría. —Su cuerpo exudaba un extraño y dulce tufillo que parecía provenir de su prístino y puro pecho. Aunque no fuera, estrictamente hablando, desagradable, me sentí reacia a inhalarlo —. De hecho debería tirarlo todo. Deshacerme de ello, de una vez y por todas. —Comencé a juntar las fotos en un montón y, alarmada, puso apresuradamente las manos sobre la pila, las rescató y las volvió a meter en la caja de cartón.

—Creo que es cruel —dijo acusadoramente, con un tono quejumbroso en la voz—. Maliciosa y gratuitamente cruel. ¿Pero qué le ha pasado? Antes no era así. Aún leo una de las redacciones que escribió. —Se agachó y cogió una pequeño montón de revistas escolares descoloridas, amarillas, con un pequeño blasón marrón en la cubierta. Ojeó la superior y leyó en voz alta—: El cielo llora la muerte de un pájaro. Los árboles gotean melancolía. Las lágrimas de Dios corren por mi ventana. Mañana el sol brillará, haciendo que las gotas de agua brillen como diamantes, cada una un arco iris.

—Totalmente abominable —grité casi, intentando alejar mi silla, liberarme de la cercanía de sus acogedores brazos, de toda esta ridícula situación—. Nunca había oído una estupidez semejante. ¿Cómo podía alguien ser tan naif, tan tonta?

Me miró acusadoramente.

—Lo escribió usted.

Me las arreglé para levantarme de la silla, que se cayó hacia atrás contra el suelo debido al ímpetu de mi impulso.

—Lo niego. Me debe de haber confundido con otra persona.

—Siempre fue una mentirosa —me dijo en un tono bajo y hostil, mirándome fijamente, agarrando la delgada revista contra su pecho como un niño amenazado.

—Si usted lo dice —repliqué fríamente, retrocediendo hacia la puerta. No hizo amago de pararme, simplemente me observaba inmóvil, con una mirada amenazadora en los ojos. Me di la vuelta y me tambaleé hacia delante al tropezarme con la raída alfombra, di un traspiés, casi me caí, pero conseguí recobrar el equilibrio. Casi estaba en la puerta a la calle cuando me llamó. Me di la vuelta y la vi enmarcada en el umbral a su santuario interior.

—Se olvida la compra —me dijo, sujetando la bolsa de papel.

Volví a por la libreta y el bolígrafo, evitando sus ojos. No he conseguido olvidar la dura mirada acusadora de esos ojos ligeramente saltones.

5

ME QUEDÉ PARADA EN EL EXTERIOR de la tienda, sintiéndome confundida y sin aliento: en este instante había olvidado dónde estaba, y cual era la dirección por la que había venido. Incluso en este estado aturullado me chocaba lo absurdo de la situación: una no podía ni pasear por una calle desconocida de un pueblo desconocido sin ser importunada, sin que los sentidos se vieran asaltados por encuentros no deseados. Quise volver al hotel, cambiarme de ropa, y empezar de nuevo en la primera casilla: en los juegos familiares a uno siempre le dejan hacer una salida falsa si uno es novato y no ha jugado antes. Pero esto no era un juego de mesa; también me di cuenta de que si volvía al hotel el miedo me induciría a confinar mis movimientos al otro lado del río, y quién sabe qué experiencias estarían esperándome ahí. Incluso era posible que la dependienta loca cerrase el local los domingos y diera un paseo por el otro lado del río, y me encontrase por casualidad o intencionadamente. La perspectiva no era muy alentadora.

Solo había una cosa que hacer: recoger mis cosas, coger un tren, y salir de aquí.

Parada en la acera, pensando en todo esto, de pronto me sentí forzada a moverme, trastornada por la idea de que la peculiar dependienta estuviera quizá observándome desde detrás del escaparate. Consciente del hecho de que, sobre todo, era necesario avanzar con un propósito, me moví demasiado pronto, hacia la derecha, retiré el pie, pensé, más me valía hacer alguna indagación, giré a la izquierda, vacilé, ¿qué había dicho?, ¿girar a la izquierda y después a la derecha? Partí hacia la estación.

Solo para informarme sobre la salida de los trenes, los horarios, etcétera, me dije a mí misma. No me llevaría mucho tiempo volver

al hotel y recoger mis cosas más tarde. Después de que decida qué tren coger, y hasta dónde ir. Me dispuse a cruzar la calle, preguntándome si no estaba arriesgando demasiado por no pasar primero por el hotel, si resultaba que el número de trenes era limitado podía perderlos o, de hecho, perder todas mis oportunidades y elecciones para regresar al hotel después a recoger el equipaje. Era, me dije, un riesgo que debía correr: la vida estaba llena de este tipo de riesgos, sobre todo para una persona en mi situación, particularmente para alguien que tenía prisa, como yo ahora. Siempre había un mañana, pero ya me parecía una derrota. Tenía que ser hoy. De pronto, mi precipitado torrente de pensamientos paró abruptamente provocado por el chirrido salvaje de unos frenos, seguidos de silencio.

—¿Pero es que no mira a dónde va? —El hombre había abierto la puerta del coche para asegurarse de que oía lo que me gritaba, con la cara roja de furia.

—Eso es justo lo que estaba haciendo, por desgracia —dije tan suavemente como pude. Estaba, fugazmente, bastante preocupada por él: parecía que le fuera a dar un ataque al corazón en cualquier momento, y no me gustaría sentir que tenía que ver conmigo, si no era la causa de semejante eventualidad.

El conductor cerró la puerta de un portazo. Observé cómo movía los labios detrás del parabrisas, aunque no llegué a escuchar las palabras. Aparentemente aún enojado, se le caló el coche dos veces, aceleró con brusquedad y casi se golpeó la cabeza contra el parabrisas. Finalmente arrancó y se marchó apresuradamente. Unos segundos después oí el estrépito de varios claxon y más chirridos de frenos. Los sonidos venían de detrás de mí, sin duda desde el acceso al puente, donde sabía que la carretera se estrechaba. No me giré: Había demasiado ruido como para indicar algo que no fuera la impaciencia y emoción contenida. Podía haber sido peor.

Llegué a un cruce, detrás del cual la carretera principal formaba una joroba, como un pastel que crece en el horno. Supuse que ahí era donde la carretera cruzaba las vías de tren. Mirando a la derecha, de hecho, se podía ver la estación. Estaba situada en lo que parecía ser el centro muerto del pueblo o ciudad pequeña en la que me hallaba, con cuatro impresionantes edificios feos colocados en las cuatro esquinas del cruce, cuatro edificios algo más grandes en

talla y más pesados en su construcción que las modestas fachadas que la calle High había ofrecido hasta entonces. Justo frente a mí, y lo suficientemente cercano a la estación de tren para atrapar a los incautos, sin duda viajeros agotados, había un *pub* con las palabras «La Taberna de la Estación» blasonadas en oro sobre la fachada, la cual, al contrario que otras, había sido construida en piedra gris en vez de en ladrillo rojo profundo, ahora ligeramente apagado por el hollín. La falta de nobleza y elegancia en su estructura era compensada por su volumen. En esta adecuada localización, orlada por los edificios adyacentes, parecía listo a comerse a todos los que pasaban por sus descuidados portales.

Los edificios de las otras tres esquinas estaban situados en relación con el *pub* como podían estarlo tres respetados profesionales frente una fulana local o una prostituta: públicamente distantes, sin duda conscientes. Quizá sepan de su existencia, hagan una rápida visita ocasional, pero una solo tenía que mirar a sus trajeadas fachadas, la firme piedra gris lujosamente recortada y con un acabado de clase alta, para saber que se consideraban superiores y alejados. Al otro lado de la calle, había una agencia inmobiliaria y un banco, una enfrente del otro, controlándolo todo, como si tuvieran la costumbre de darle un interés mutuo y preocupación a casi cualquier minucia diaria. A juzgar por los lujosos carteles de subasta con fotografías de casas deseables, porno hablar de los avisos pequeños y más discretos, el pueblo entero estaba en venta para el mejor postor. Dependiendo siempre, por supuesto, del escrutinio aprobador del banco de enfrente.

En cierto modo me conmocionó, cuando eché un vistazo más detenido al edificio que tenía detrás y vi que no era otro banco, como había supuesto en un principio, ya que parecía su gemelo arquitectónico y que, sin duda, había sido construido en el mismo periodo, sino que realizaba, no inversiones, sino FUNERALES E INCINERACIONES, 24 HORAS AL DÍA. Formas de consuelo apuntalando las cuatro esquinas de la tierra imaginada. Tocad vuestras trompetas, ángeles, y ascended, ascended, innumerables infinidades[12].

¿De dónde demonios, pensé, ha venido esa voz? ¿Venía de detrás de mí o se había extraviado en mi cabeza alguna cosa de un oscuro, muerto pasado? Miré con recelo a un vendedor cargado con

una pesada maleta, que acababa de emerger del patio delantero de la estación y se estaba acercando a mí. ¿Intentaría venderme algo, estaba metiéndome palabras en la cabeza por control remoto? ¿Sería yo la víctima de una operación de cerebro que me había convertido en un receptor andante de mensajes curiosos, que no formaba parte conscientemente de ninguna misión, salvo la de esperar, y ser utilizada, cuando le conviniera a otra persona?

Caminó hacia mí y se paró, con una leve sonrisa en los labios. Tenía pecas anaranjadas esparcidas bajo los ojos, y pelo rojizo rizado alrededor de las orejas rosas.

—¿Eres el ángel de la muerte? —le pregunté, porque fueron las primeras palabras que me vinieron a la mente y no podía decir otras, incluso aunque no fuera esa la contraseña.

Me miró extrañado durante un dilatado momento, como si estuviera considerando su respuesta, o a mí.

—No —dijo finalmente—, soy vendedor de cepillos. ¿Tan mal aspecto tengo esta mañana? Mi estómago se está hinchando de nuevo.

—Disculpe. Debo de haberlo confundido con otra persona. Quizá hubiera tenido que quedarse en la cama.

—No me lo puedo permitir. Tengo que seguir. ¿Quizá pueda decirme cómo llegar a la vía Maiden?

Negué con la cabeza. —Lo siento —contesté lentamente y, al contestar, escuché las palabras que salían de mi boca—: Soy una extraña aquí. —Las palabras sonaron sospechosamente como a frase hecha, salieron de mi boca como un collar de cuentas. Quizá fuera el código, después de todo. Pero él solo dijo—: Oh, bueno, espero llegar al final. Todos lo hacemos ¿no? —Y se giró hacia la calle High, tras haberme invitado a reírme con él, brevemente, antes de proseguir el camino.

Dejándome con mis propios recursos. Cualquier sensación de seguridad y libertad que me hubiera conducido a lo largo de este primer día se había disipado de repente. Estaba sola (pero ¿lo estaba?). Me veía a mí misma como un agente libre, pero ¿cómo podía dar cuenta de los pensamientos extraños que salían de mi cabeza, de la nada, por así decirlo? La idea de que pudiera haber sido programada debía ser teñida en cuenta: sin duda sería una manera de justificar la gran cantidad de dinero que contenía la

maleta, la ausencia de pasado, mi relajada seguridad, de hecho, dadas las extrañas circunstancias. Quizá no me hubiera entrado el pánico ni me hubiera preocupado porque no tenía que hacerlo; otra persona lo habría planeado todo, y quizá estuviera controlando mis movimientos.

Esperé en la esquina frente a La taberna de la estación, con el patio delantero visible a mi derecha. Me costaba esfuerzo recordar por qué había venido hasta tan lejos. Qué estaba haciendo aquí, o en cualquier otro lado, cómo había llegado a esto.

Entonces recordé: Había venido para informarme sobre los trenes, sobre cómo salir de aquí. Miré hacia la fachada de la estación y vi por primera vez que tenía nombre, aunque no tenía sentido para mí y no me recordaba a nada. Pero no me moví enseguida, puesto que tenía que considerar si alguien me estaba haciendo actuar así. Escuché a mi cabeza pero no oí nada, ninguna voz, no había palabras que salieran de ahí. Y entonces vislumbré el patio del escultor en la parte trasera de la funeraria. Me reí en voz alta, porque había un modelo de piedra de un ángel, con la cabeza gacha con un gesto de aflicción piadosa. Tenía que haberlo visto antes.

Una pequeña furgoneta y un par de coches se encontraban estacionados en el patio delantero, pero no había rastro de vida. El edificio gris oscuro probablemente hubiera visto mejores tiempos, cuando el viaje en tren aún entusiasmaba como el medio moderno con el que llegar más lejos y más deprisa que nunca nadie hubiera conocido antes. Ahora el enladrillado estaba impregnado de décadas de mugre y hollín, las esquinas se mostraban melladas y los daños, ignorados, estaban a la espera de que más mugre los curase, cubriéndolos. El vano sobre la entrada tenía una pantalla de cristal resquebrajada.

Parecía que tampoco había nadie en el interior del vestíbulo donde se expedían los billetes a quien pudiera preguntar. La barrera que daba a los andenes estaba sin vigilancia, y tampoco pude ver a nadie tras la ventanilla de la taquilla. El horario de t renes que colgaba de la pared era prácticamente ilegible en la penumbra y, de todos modos, me parecía imposible descifrar las numerosas

columnas de números y nombres. No sabía dónde debía empezar a mirar, o cómo seguir desde ahí.

Pasé la barrera y caminé hacia el andén, y encontré de frente otro andén con un tejado como el que tenía encima, soportado por columnas de hierro y puntales. Entre éste y el andén de enfrente había dos raíles que se extendían de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, dependiendo de dónde estuviera una. A mi izquierda, una pasarela permitía que los pasajeros que quisieran ir en dirección contraria (cualquiera que esta fuera) pudieran cruzar al otro lado tras atravesar la vía por arriba. Pero el personal uniformado podía cruzar directamente por en medio de la vía a ras de suelo, pude ver pruebas de ello en ese mismo instante. También vi que los semáforos lucían rojos en ambas direcciones, a mi izquierda y a mi derecha.

Me senté en un banco próximo y miré a mi alrededor. El kiosco de periódicos cercano a los escalones inferiores de la pasarela tenía la persiana echada, y la puerta que indicaba refrescos estaba cerrada. Una repentina ráfaga de viento arrastró una cajetilla de cigarrillos vacía frente a mis pies: producía un repiqueteo hueco sobre el duro asfalto. Sentí frío cuando el viento atravesó mi ropa. A mi derecha, en el extremo opuesto del andén que se inclinaba formando la rampa que lo unía a las vías, enredadas entre ortigas y otras malas hierbas, un portero apareció de repente con un carrito. Seguro que me había oído acercarme, puesto que contestó mi pregunta, imaginada y no pronunciada, sin tan siquiera molestarse en mirarme.

—No hay otro tren hasta dentro de veinte minutos.

—Oh —dije algo desconcertada, puesto que parecía empeñado en vigilar el carrito, que de todos modos estaba vacío. Entonces añadí—: ¿Qué tren es?

—El tren de subida. El tren de bajada viene cada veintiocho minutos.

Miré de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pero el terreno parecía igual de llano en ambas direcciones.

—¿Hacia dónde va el tren… de subida? —le pregunté, sintiéndome algo tonta, y más aún cuando me contestó, golpeando el carrito contra una oscura entrada—: Dependerá de a dónde quiera ir ¿no? La llevara a cualquier parte, si sabe cuándo bajarse y

cambiar de tren. Es todo un asunto de conexiones.

Desapareció en el interior y me hizo sentir como si ya no fuera a serme de ninguna utilidad. Era consciente del hecho de que no me había mirado a la cara ni una sola vez durante nuestra breve conversación. Ahora le dio una patada a la puerta, que indicaba privado, y la cerró tras de sí con el pie.

Estaba a solas de nuevo, con mis asuntos. El viento sopló otra ráfaga repentina, atravesando de mi ropa. Sentí un escalofrío, y me pregunté si era un viento de subida o de bajada. A mi derecha, más allá de las hierbas y las ortigas, una hilera de amapolas a lo largo de la vía se retorcía y giraba con el rápido viento. Las vías se curvaban ligeramente, pero solo muy ligeramente, ocultas más allá de las amapolas, las llanas vías desaparecían en la tierra llana. Se fundían. ¿Se esfumaba la línea en el túnel hacia el horizonte? No podía asegurarlo. Pero los semáforos indicaban rojo. Miré a mi izquierda, pero mi visión se encontraba parcialmente ensombrecida por la pasarela, así que solo podía ver la vía de metal fijada a las traviesas de madera.

Caminé por el andén, más allá de varios paquetes de periódicos viejos apilados contra la pared, el kiosco cerrado con revistas y mapas de carretera expuestos en el escaparate lateral, y ascendí por los escalones de piedra desgastada. La pasarela tenía un suelo de tablas, por lo que mis pisadas retumbaban como a hueco en el espacio cerrado, haciendo que fuera consciente del aire vacío bajo mis pies, y de la caída hasta los raíles electrificados.

El andén dos me ofrecía una vista del andén uno, sin gente aún, con la puerta que decía privado, el banco en el que me había sentado, y la sala cerrada de refrescos. Se veían varios carteles grandes desde aquí, incluyendo el enorme cartel que promovía el alcohol sobre los hierbajos. Me di cuenta de que cada tejado tenía la misma altura que los otros y que tenían el mismo borde con cenefas. Mirando bajo la pasarela vi que mi visión seguía oculta por un puente que conducía a una carretera más allá de las vías. Podía vislumbrar pequeños trozos de árbol, un roble quizá, o un olmo, justo detrás, pero no mucho más. ¿Era ese parche negro la boca del túnel? No podía asegurarlo. Incluso aunque lo hubiera sabido, no había manera de conocer su posible longitud, oscuridad o profundidad, o qué, si algo, pudiera emerger al otro lado.

El portero salió por la puerta que decía privado y caminó por el andén hacia la salida. Silbaba para sí mismo, golpeando las botas contra la superficie de hormigón. Se dobló, con los brazos ligeramente arqueados, y su espalda parecía encorvada también. Detrás de mí había un vagón en una vía muerta, con un silencioso patio de una empresa de maderas detrás. El andén dos tenía una máquina expendedora de billetes, una puerta que decía SALA DE ESPERA, y servicios separados para hombres y mujeres, o más bien SEÑORAS Y CABALLEROS.

Decidí entrar en la sala de espera, no tanto para esperar como para evaluar la situación total. Esto me llevaría algo de tiempo, probablemente, y hacía mucho frío afuera. Sin duda se estaba más caliente dentro, de hecho el viciado aire caliente que me había golpeado comenzaba a empañar los cristales y esto, junto con el siseo continuo del calentador que agotaba el oxígeno que quedaba, inducían a un estupor soporífero que solo era contrarrestado por el frío suelo de piedra y la corriente que entraba por debajo de la puerta. ¿A dónde iba —me pregunté— y por qué? ¿Había pensado ir a algún sitio, y si no, por qué no? En el caso de que no ¿sería algo malo, de hecho, que hubiera llegado? ¿Era mejor viajar esperanzada, y si así fuera, me iría peor? ¿Debería resignarme a esto, o debía culparme a mí misma por carecer de algo? Mientras estos pensamientos se filtraban en mi mente inconclusamente, el día comenzaba a decaer dando paso a la noche, y la oscuridad caía. La puerta también se abrió una vez, dos veces, dejando que entrara un golpe helador, y los pasajeros comenzaron a llegar para esperar al tren.

Una pareja de ancianos estaba sentada en el banco de enfrente. Los dos más anchos que largos, quizá a causa de las capas de prendas viejas, llevaban varias bolsas, una de ellas a punto de reventar, que depositaron a su alrededor suspirando profundamente. La mayor parte del tiempo solo miraban al frente, sin decirse casi nada o nada en absoluto. Él jugueteaba nerviosamente con las manos, el reverso de la piel salpicado de manchas y las articulaciones deformadas. Ella le daba breves indicaciones, le dijo que vigilara las bolsas, dónde ponerlas. Él no contestó, quizá porque la dentadura le encajara tan mal. Además, estaban acostumbrados a las pequeñas costumbres del otro, como

dos guijarros que rechinan el uno contra el otro durante medio siglo de mareas y corrientes.

Una mujer que había sido madre en esta década entró con dos niños pequeños, preocupándose por ellos como un perro ovejero predispuesto a morder. Eran ruidosos y no se estarían quietos. La mujer mayor que estaba sentada enfrente giró la cabeza para mirarlos con una ligera curiosidad, evaluando su comportamiento. Tras observar los exageradísimos rasgos de la madre, el tosco maquillaje y la expresión taciturna, preguntarse por qué y cómo se había reproducido resultaba perdonable. Al comprobar cómo intentaba mantener a los niños bajo control una podía ver que tenía sus propios (muy diferentes) motivos para albergar esa misma pregunta. Los abofeteaba cuando intentaban subirse al banco, y soltó una torta a uno de ellos con más fuerza cuando gritó de rabia al impedírselo. La niña pequeña empezó a jugar en el suelo y le pasó una toallita por las manos que recogían trozos de basura y, tras ser regañada, comenzó a gimotear. Con lo cual recibió unos buenos azotes en el culo y la madre le dijo que cerrara la boca.

Me levanté para marcharme, sin haber llegado a ninguna parte tras la meditación, y cuidadosamente cerré la puerta de la sala de espera tras de mí para mantener el poco calor que quedaba dentro. Me sentía responsable, o más bien protectora, respecto al pequeño grupo de gente que se había quedado dentro, porque aún tenían un largo trecho por delante y no se los podía envidiar. Caminé de nuevo hacia la pasarela: había unas pocas luces encendidas que brillaban con un tono amarillo pálido, oscureciendo aún más el cielo de la noche.

A la salida tuve un altercado con el revisor de billetes, ahora en su puesto, quien, cuando no le mostré un billete válido, me dijo que era ilegal viajar sin uno. Le dije que le creía, pero que yo no había estado viajando. Me miró con incredulidad primero, después con desconfianza:

—Ha ido a despedir a alguien. Bien —añadió con indulgencia—, tenía que haber comprado un billete de acceso al andén en esa máquina de ahí, pero…

Supongo que debería haber sido agradecida por sus pequeños gestos de misericordia, pero una vena de obstinación, de quisquillosa pedantería meticulosa, me llevó a manifestarle

firmemente:

—No, no he ido a despedir a nadie. Simplemente he venido al vestíbulo a informarme, pero no parecía haber nadie por aquí, así que caminé por ahí.

Esto lo irritó. —Señora— dijo—, hay un horario ahí, como observará. Además siempre hay alguien de servicio en la ventanilla. Y esta barrera nunca está desatendida. Iría en contra de las normas. Me temo que voy a tener que pedirle que me diga su nombre y dirección.

Sacó una libreta y un trozo de lapicero. Le di mi nombre falso con la suficiente soltura y observé cómo su mano formaba laboriosamente las letras sobre una página con la esquina doblada, pero la mano paró de escribir cuando le dije la dirección del hotel.

—Me temo que necesitamos una dirección permanente.

Dudé, consciente de que me estaba metiendo en terreno pantanoso. Entonces respondí, con lo que esperaba que fuese un tono de tranquila autoridad:

—No tengo otra dirección en estos momentos.

—Ya veo. ¿Y desde hace cuánto que se aloja en El cisne negro?

—Vamos a ver —dije, enfadándome—. ¿Pero esto qué es? Me registré esta mañana, y no veo por qué…

—Viajar sin billete es una infracción muy grave —interrumpió con firmeza—. Si lleva alojada en El cisne negro desde esta mañana, me temo que tendré que pedirle su dirección anterior… su lugar de origen.

Lo miré fijamente. Me sostuvo la mirada. —Me temo que no le puedo decir eso— le expresé con mayor sinceridad de la que percibió—. Mire, si le preguntase al recepcionista, hablé con él… seguro que lo recuerda.

—Eso no será necesario. Si es tan amable de firmar aquí. Es una mera formalidad, como comprenderá. —Sostuvo la libreta y observó cómo mi mano firmaba con el lápiz romo el falso nombre.

Varias personas estaban esperando para pasar la barrera durante este intercambio nuestro. Me miraban con fría curiosidad al apartarme de su camino, y sentí, para mi propia vergüenza, cómo me ruborizaba por el bochorno. Caminé deprisa hacia el vestíbulo y salí al patio delantero. Detrás de mí podía oír cómo el tren se aproximaba.

6

VOLVÍ AL HOTEL SINTIENDO frío, cansancio y confusión. Mi primera incursión en lo desconocido no había sido demasiado alentadora: parecía que no pudiera poner un pie afuera sin hacerlo mal. Sentía cómo me estaba deprimiendo, e intenté luchar contra la marea antes de que me tragara: me dije que olvidaría el estúpido incidente de la estación de tren, la horrible sala de espera, el hecho de que casi me hubieran atropellado y casi hubiera muerto, todo en el breve tiempo de una hora, más o menos. Al pensar en ello, recordé que mi salida había comenzado con la extraña mujer de la tienda, y que casi la había olvidado desde entonces. Lo que probaba lo absurdo que resulta incluso intentar aferrarse al pasado inmediato, no digamos ya de darle vueltas.

Mi ánimo no había mejorado cuando entré al vestíbulo del hotel y el recepcionista me paró, no con un simple «Buenas noches», que reconocí, aunque no estuviera de acuerdo, sino con el añadido, pronunciado justo cuando llegaba al pie de las escaleras, de: «Hay un caballero esperándola».

La sorpresa me dejó paralizada de repente, con un pie sobre el escalón inferior de la escalera que conducía a mi habitación y a la intimidad que tanto ansiaba. Pero sabía que tenía que tomarme esto en serio, a pesar de mi necesidad salvaje y de pánico de correr escaleras arriba y encerrarme en la habitación.

—¿Está seguro? —le pregunté, para ganar tiempo. Y añadí tontamente—: Tiene que haber un error. —Tan apenas podía continuar expresando lo que pasaba por mi mente: ¿cómo podía haber preguntado alguien por mí con un nombre falso que acababa de adoptar hacía tan solo unas horas?

—Estoy bastante seguro, señora —contestó, mirándome

fijamente, como si me estuviera comportando de forma extraña, y supe que la persona con más probabilidades de cometer errores ahora o en la próxima media hora era yo. ¿Podía haberme descubierto alguien que me conociera tan rápidamente? ¿O era una asignación prefijada? En todo caso, debería jugar a ciegas.

—¿Le ha dado su nombre? —pregunté, como si eso pudiera ayudarme en algo.

—No, señora. Pero está esperando en el bar. Le dije que había salido, pero contestó que la esperaría.

Me quedé ahí parada, dudando, enfundada en la ropa de abrigo que resultaba demasiado caliente para llevarla en un vestíbulo de hotel, agarrando la bolsa de papel con mi libreta nueva. Mi recién descubierta libertad había sido confinada rápidamente, quizá ya hubiera desaparecido. No sabía qué hacer.

El recepcionista, viéndome ahí parada, explicó:

—Sé que estaba esperando al señor Dean, pero puesto que no dio su nombre pensé que era mejor pedirle que esperara en los salones públicos, y no le di su número de habitación.

Asentí en agradecimiento a su discreción y me pregunté si, en el caso de que hubiera una escalera trasera, debía escaparme con la maleta.

—De todos modos, no pareció importarle esperarla en el bar.

Rechacé la idea por impracticable y tontamente loca. Todo lo que podía hacer era procrastinar, ya que la huida era imposible.

—En ese caso creo que subiré a mi habitación, dejaré las cosas, y me refrescaré un poco. Bajaré directamente.

Tras cerrar con llave la puerta de mi habitación y dejarme caer sobre la cama, con el bolso y el paquete sobre el regazo, comencé a temblar. ¿Dónde, me pregunté, estaba la heroína que había esperado con tanta esperanza esa mañana la entrada, el escenario en el que comenzar la película que se va a desarrollar? Ahora que las cosas parecían empezar a avanzar sentí que no estaba preparada, no tenía ninguna pista sobre mi propio papel, cómo podría llevar la situación que me esperaba abajo, ya que no sabía qué podía ser. ¿Lo había estado esperando o había conseguido encontrarme él? ¿Éramos aliados, o había sido tan tonta como para lanzarme y huir con un montón de dinero tan abundante como para provocar represalias? En cualquier caso, ¿en qué tipo de negocio me había, o

nos habíamos, metido? ¿Era legítimo? ¿Parecía yo la novia de un gángster? Me levanté para mirarme en el espejo del tocador, sin poder llegar a una conclusión, solo descubrí que tenía un aspecto horrible. Comencé a cepillarme los mechones secados al viento, me di unos toquecitos de polvos en nariz y mejillas para cubrir las manchas, y volvió, durante un breve momento, la mirada de alarma en los ojos sorprendidos con las pupilas inusualmente dilatadas, antes de ponerme en pie para encontrarme con aquello que se me venía encima.

Salí, cerrando la habitación con llave tras de mí, y bajé por las escaleras con una elegancia considerable y con, al menos, un semblante de calma. Podía oír las voces que venían del bar incluso antes de entrar, ya que la pequeña estancia, decorada en un tono oscuro de granate intenso, empezaba a llenarse para el aperitivo antes de la cena. Vacilé en el umbral, escaneé rápidamente la estancia, pero no vi a nadie que me mirase directamente, y me acerqué a la barra. Intenté llamar la atención del camarero y, mientras se veía ocupado sirviendo a un ruidoso grupo de hombres de mediana edad, realicé la maniobra de subir un muslo al alto taburete, que me dejaba con un pie colgando incómodamente en el aire. Confié todo mi trasero al resbaladizo falso cuero, observé desde ahí arriba, sin apoyarme sobre el suelo, y me permití lanzar una mirada subrepticia a las caras cercanas: caras absortas, caras preocupadas o cansadas, todos envueltos en gases de un tipo u otro en el ambiente lleno de humo. Nadie se percató de mi presencia. Los hombres parecían estar de pie en grupos, aunque uno o dos estaban sentados con sus mujeres en el rincón opuesto, y pensé que, seguramente, podía excluirlos.

El camarero me atendió y cuando acababa de darle un traguito a la copa, una voz detrás de mí, bastante cercana a mi oreja, dijo discretamente:

—¿La señora… emm… Dean? ¿Podría hablar con usted un momento? —Casi me atraganté con el líquido acre y amargo: la manera en la que había pronunciado mi nombre falso me hacía sentir como si alguien hubiera visto a través de mí, como si me hubiera olvidado de ponerme bragas bajo la ropa, o de algo bochornoso que estuviera pasando ahí abajo, y que este hombre lo supiera todo.

Le di un trago largo a la copa antes de darme la vuelta. El hombre estaba incómodamente cerca, con su cara a la misma altura que la mía, debido al alto taburete. Podía notar cómo se me encendían las mejillas de un modo que, esperaba, no pareciera deberse a los efectos del alcohol, pero de repente noté que estas manifestaciones físicas no le eran de ningún interés. También parecía indiferente al señuelo de posible atractivo. Sus ojos oscuros me miraban directamente con una expresión que era aburrida y libre de complicidad. No podía deducir nada.

—¿Sí? —dije, con tanta ligereza como me era posible. Él seguía ahí de pie, calmado, con las dos manos en los bolsillos de la desabrochada gabardina. Me sentí segura, pero sabía que no podía estar segura de que no lo conocía, de que no lo había visto nunca. Tenía unas pobladas cejas negras y, entre ellas, un pliegue en la piel que le dejaba el ceño fruncido, que era común y corriente. Me fijé en su tez, que era tosca y picada, con una barba incipiente que parecía pintada con tóner.

—¿Podríamos ir a un sitio más privado, más silencioso? —me preguntó, mirando para los lados al gentío que se iba haciendo más y más ruidoso y que intentaba abrirse camino hacia la barra.

—¿Por qué? —pregunté intentando sonar indiferente y neutral.

Parecía avergonzado, como ansioso por que no oyeran otros, así que me envalentoné. También me sentía segura ahí entre el gentío. Me arriesgué.

—Me parece que no lo conozco ¿me equivoco?

—No —dijo suavemente, para mi sorpresa y alivio—, no me conoce. Disculpe, tenía que haberme presentado. Me llamo Smith, inspector de policía Smith. —Derramé parte de mi bebida por la falda—. Ahora entenderá por qué quería ir a un sitio más tranquilo, donde no puedan oír lo que hablamos —añadió, sin reproche. Asentí tontamente. Dejé la copa vacía y me bajé del taburete.

El corazón había comenzado a latirme incómodamente. Por supuesto que estaba pensando en el dinero guardado en mi habitación. Había venido a por ello, y a por mí. Entonces se me ocurrió de repente que Smith sonaba a seudónimo poco plausible inventado sobre la marcha, cualquiera podía hacerse pasar por un policía vestido de paisano, y en un sitio público e incómodo como éste era fácil que se saliera con la suya. Era la estratagema

predilecta en muchas películas en las que la víctima, una vez que ha abandonado el bar público, es atrapada en un chirriante coche con varias pistolas clavadas en las costillas, o dada por muerta en algún oscuro callejón.

Volví a subirme al taburete, me apoyé con los codos sobre la barra que tenía a mi espalda, queriendo imitar una actitud despreocupada, pero sin sentirme así y decidí montar el numerito. O mejor dicho, hacer como si lo montara.

—¿En serio? —dije alzando la voz, esperando que se oyera sobre el alboroto—. Qué interesante. Nunca antes había conocido a un inspector de policía. Dígame ¿ha venido a arrestarme? ¡Qué divertido! —Mi voz, teatralmente frívola, parecía haberse proyectado por una extensa área con más éxito del que había esperado. El alboroto de cháchara bajó de forma audible, y los inocentes testigos pasaron a convertirse en el público.

Eso era incómodo, ya que no sabía cómo continuar. Balanceé una pierna y elevé ambos codos para llenar el vacío, pensando: una sin duda necesita un guión preparado para este tipo de cosas. Pero mi interlocutor no tenía estas dudas. Sin vacilar, y sin parpadear ni una sola vez ante nuestro atento público, dijo con seguridad:

—Esto no es asunto de broma, señora. —Empecé a creer que no lo era, y que me había equivocado bastante. En todo caso, él tenía mucha más práctica—. Estoy aquí por una investigación seria. Esperamos la colaboración de ciudadanos respetables, y estoy seguro de que cuando oiga de qué se trata querrá colaborar. —Para aumentar mi bochorno, sacó una identificación oficial del bolsillo interno y me la sostuvo bajo la nariz.

Con la cara ahora bastante más roja, la alejé sin mirarla detenidamente.

—Lo siento —balbuceé—, pensé que era una broma pesada. —Y con tono más alto, dije, esperando salvar la cara—: Por supuesto, estaré encantada de poder ayudar.

Volví a bajarme del taburete, sin esperanza ahora de hacerlo discretamente, en el mejor de los casos con un movimiento desgarbado para una mujer de mi edad y con una constitución algo tosca, sin la bendición de tener piernas de jirafa. Entonces me torcí el tobillo y me tuvo que parar en mitad de la caída y acompañarme hasta la puerta.

—¿Está bien? —me preguntó interesado mi captor mientras me dejaba caer en un sillón de la sala con televisor, que estaba vacía, y comencé a frotarme el tobillo.

—Creo que sí —contesté sin convicción, consciente de la débil resistencia que estaba hospedando. Seguía de pie frente a mí, mirando cómo me acariciaba el tobillo—. ¿Tiene una orden judicial? —Le pregunté, sintiendo que era lo que se esperaba de mí, no es que supiera reconocer una si la viera.

—No, claro que no. —Se sentó a mi lado y sacó una libreta del bolsillo interior de su gabardina—. Si tan solo pudiera preguntarle…

—Así que ¿no ha venido a detenerme?

Empezó a reírse, quizá por mi cara de asombro.

—No creo que vaya a ser necesario —dijo en un tono relajado. Y añadió—: En cualquier caso, estoy seguro de que una dama respetable como usted me acompañaría a comisaría sin crear ningún problema.

No tenía claro si debía tomarme el comentario como una broma, o si daba a entender que más me valía cooperar. En otras palabras, una amenaza velada. Le miré a la cara y vi que me sonreía, pero de una manera curiosa, como si el humor le costara esfuerzo.

—Yo no estaría tan segura, si fuera usted —le dije coquetamente, habiendo decidido esquivarlo todo como si fuera una broma. Mientras tanto el inspector seguía enredando con el pulsador del bolígrafo que sostenía sobre la página en blanco.

—Entiendo que ha llegado ¿hoy? —No contesté, dejando que él extrajese la primera conclusión. Sentí que el silencio era evasivo. Al menos no estaba negando nada. Comenzó a garabatear en la esquina de la página: el bolígrafo daba vueltas y vueltas, como la espiral de la concha de un caracol—. ¿Vino en tren?

—¿Por qué lo pregunta? —dije, y mientras pronunciaba esas palabras pensé que ya sabía la respuesta. Recordé el absurdo incidente en la estación de tren y quise reír de alivio, después menos por el alivio que por la idiotez de este posible enredo.

—Por nada en particular —dijo distraídamente, mientras seguía retorciendo la casa de caracol, dejando una mancha más oscura ahora—. Tan solo me lo preguntaba. Quizá se hubiera dado cuenta de algo, o alguien, fuera de lo común. Un detalle que pudiera

darnos una pista importante. —De repente se sentó tieso y dejó de garabatear—. Le diré por qué estoy aquí, señora Dean. Una tal señorita Wyckham, que lleva una papelería en la calle High, fue brutalmente atacada esta tarde. Ahora está en el hospital local con graves heridas en la cabeza, pero fue capaz de declarar. Ahora mismo está bastante confusa, como comprenderá, y no tiene ningún recuerdo de su agresor. Pero recuerda su visita. Entiendo que usted es una vieja amiga suya, y que no la había visto desde hacía muchos años. Lo cual es probablemente el único recuerdo claro que tiene ahora de las últimas horas.

Esto me desconcertó antes de conmocionarme. Me llevó un rato caer en la cuenta de a quién se refería, y que yo no le interesaba. Había calculado mal toda mi actuación, me había dejado llevar y había acabado sobreactuando la historia de otra persona.

Emití unos sonidos de compasión:

—Qué horrible. Qué terrible. Lo siento tanto. Debe haber pensado que era… ¿Está herida de gravedad?

—Me temo que sí. Está en San Quentin, en la quinta planta, si quiere visitarla. Pero yo esperaría uno o dos días: no está en condiciones de ver a nadie en estos momentos.

—Me está malinterpretando, Inspector. Tan apenas la conozco. A ella se le metió en la cabeza que éramos viejas amigas… o quizá me confundiera con otra persona. No lo sé. Fue muy extraño. Entre en la tienda por casualidad y, que yo recuerde, no la había visto en mi vida.

El inspector me miró a la cara sin decir nada, con las cejas ligeramente levantadas. Le sostuve la mirada: era un ejercicio de sinceridad. —Sinceramente— continué, intentando sonar franca, y solícita—, no veo cómo podría serle de ayuda.

—Parece ser que la agresión tuvo lugar muy poco tiempo después de que usted abandonara la tienda. Probablemente en la media hora siguiente. Quiero saber si se fijó en algo en particular. En alguien. No necesariamente algo sospechoso. Cualquier cosa que le venga a la mente.

—Casi me atropellan justo después, me acuerdo de eso. El hombre estaba muy furioso, pero creo que fue por mi culpa. — Intenté recordar la escena junto a la tienda y me vinieron imágenes fragmentadas: una furgoneta de reparto con las puertas abiertas, un

perro callejero que olfateaba en la puerta y que saltó nervioso hacia atrás cuando salí deprisa—. Había una pareja joven que miraba un escaparate ahí enfrente. Creo que era una tienda de antigüedades o algo así. Se cogían de la mano, me di cuenta de eso. Y cuando crucé a la esquina frente al *pub* un hombre me preguntó cómo ir a la vía Maiden.

—¿Podría describirlo?

—Tuvimos una extraña conversación. Joven. Pálido. Con pecas. Dijo que era un vendedor de cepillos.

—Qué extraño.

—¿El qué? ¿Ser un vendedor de cepillos?

—Podría serlo. Es un oficio algo anticuado. Y además la señorita Wyckham vive en la vía Maiden.

—De todos modos no supe indicarle el camino. Él tan solo dijo que acabaría encontrándolo.

—¿Reconocería a este hombre si lo viera de nuevo?

—Imagino que sí. Pero creí que dijo que la habían atacado en la tienda ¿no?

Se levantó de la silla y se metió la libreta en el bolsillo de la gabardina. La página que había estado en blanco no tenía otra cosa que dos palabras rodeadas con espirales centrífugas, que las enmarcaban. Deduje que las palabras eran *vendedor ambulante*.

—No estoy diciendo que exista una conexión necesariamente. Por ahora. Aunque quizá la haya. Por eso es importante intentar recordar cualquier cosa, todo. Quizá podría ser tan amable de ponerse en contacto conmigo si recuerda algo.

—Por supuesto.

Nos dimos la mano y lo acompañé a la puerta. Se paró y, antes de abrirla, dijo que probablemente siguiéramos en contacto de todos modos. Asentí. Entonces, en vez de girar el pomo, me preguntó cuánto tiempo había pensado quedarme. Dudé, observando su mano inerte sobre el pomo de la puerta, consciente de que su cuerpo se hallaba entre mí y la posible salida, y finalmente le confesé que no lo sabía aún. Me dijo que lo comprendía, lo cual puse en duda, abrió la puerta, se apartó y me dejó pasar primero. ¿Podría, me preguntó, ser tan amable de hacerme llegar una dirección de contacto, en el caso de que decidiera marcharse? Eso podía ser algo complicado, le dije, pero

imaginaba que encontraría alguna manera de solucionar eso.

¿La gente siempre sabía a dónde iba a ir después? Me pregunté, mientras observaba al inspector cruzando el vestíbulo y saliendo por la entrada principal. ¿Era algo normal dejar una dirección de contacto?, y qué extraño que asumiera que tenía algún sitio a donde ir. Pero quizá el hombre solo pensara así por que era un policía, y tenía una mente ordenada para la que «sin domicilio fijo» era sinónimo de «delincuente».

Sintiendo la necesidad de echar un trago, volví al bar. Ya había olvidado el numerito que había montado ahí hacía media hora, hasta que la extraña mirada del camarero me lo recordó. Varias otras personas se giraron para mirarme. Con descaro pedí uno doble en voz alta y me volví a subir al taburete.

Con el trago delante me olvidé de lo que me rodeaba y empecé a darle vueltas, tanto a mi propia situación como a la nueva información que acababa de recibir. Era consciente de que me había librado por los pelos, pero que la pobre señorita Wyckham no se había librado. Deseaba ahora haberle dicho al policía que el vendedor ambulante de cepillos era amable e inofensivo. Esperaba que el pobre hombre no acabase involucrado en un crimen del que no parecía saber nada. Imaginé a la mujer en el suelo con sangre en la cara, y deseaba que no se muriera. Pero qué extraño que nuestros tres destinos hubieran coincidido, y que oyera esas palabras en mi mente.

7

DORMÍ MAL ANOCHE, tras haberme metido en la cama con el mareo alcohólico. Supongo que la cantidad de bebida que ingerí me tendría que haber asegurado una buena noche de descanso, pero en vez de eso sentí que mi cabeza giraba por el espacio, nadaba en sombras cambiantes de aire líquido, sin ningún control sobre ello. Ya por la mañana tuve un sueño: Estaba en el andén de la estación de tren; estaba oscuro y hacía frío y me sentía bastante sola. El sitio estaba desierto. Sabía que el último tren se había ido hacía horas, pero, por algún motivo que no me quedaba claro, yo seguía caminando de lado a lado del andén, que se encontraba tenuemente iluminado. A veces paraba y contemplaba la vías, o las seguía con la mirada hasta que se perdían en la oscuridad. Era imposible ver más allá de unos cuantos metros[13]. Incluso las señales luminosas estaban apagadas en la impenetrable noche.

He decidido que, si no puedo controlar mis horas de sueño, tengo que intentar establecer algún tipo de forma y patrón a mis horas de vigilia. Para ese fin, había empezado a llevar un registro sistemático en mi libreta nueva. Me ayudará a pasar el rato mientras espero a que se aclare mi situación real; pero, lo que es más importante, me proveerá de una prueba incuestionable en el caso de que acabe siendo víctima de mayores aberraciones mentales. Puedo volver a lo que he escrito si mi memoria sigue siendo poco fiable en el futuro.

Así que pasé la primera parte de la mañana en mi habitación, poniéndome al día con el día de ayer. Ya no podía estar segura de que fuera totalmente exacto, pero al menos había comenzado por el principio.

Cuando me desperté tuve la impresión de una penumbra

artificialmente prolongada. Abrí las cortinas y vi que había gotas deslizándose por el cristal de la ventana; detrás, el cielo tenía un tono gris sucio. Abajo el césped estaba encharcado, y los charcos marrones se fundían en una ciénaga. Los arbustos goteaban. Volví a la cama y comencé a anotar las cosas del día anterior bajo la misma artificial luz eléctrica de la noche anterior, que desprendía un brillo amarillo y mantenía el gris apagado del día de hoy a distancia, por el momento. Tras encender la radio junto al cabecero de la cama y escuchar que una «depresión se desplaza hacia el este, el sur estará principalmente nublado con prolongados chubascos que irán desapareciendo por la tarde», la apagué.

He decidido que a partir de ahora llevaré las cosas a un ritmo mucho más pausado, y que, en todo caso, cultivaré mi comodidad personal. Ayer tenía demasiada prisa, no podía esperar a que comenzara, sin tener ni idea de para qué me apresuraba. Como consecuencia estaba inquieta, metía la pata a cada paso, y tuve mucha suerte de no acabar comprometida en problemas serios. Quizá debiera liberarme de los errores que cometí en este impulso de nerviosa euforia.

Llamé al servicio de habitaciones y pedí que me trajeran el desayuno. Mucho más cómodo, no veía por qué debía preocuparme en ejecutar una actuación en público a estas horas tan tempranas. Además, no tengo ni idea de qué papel debería interpretar, o cómo hacerlo. No quiero seguir con las meteduras de pata de ayer, al contrario, estoy ansiosa por quitármelas de la cabeza lo antes posible.

Llamaron a la puerta. Una camarera vestida con un uniforme con volantes traía una bandeja cargada con todos los ingredientes de un desayuno de lujo: café caliente en una cafetera que parecía de plata, tostadas en un porta-tostadas, un huevo pasado por agua en una huevera, mermelada en un platito para mermelada, y mantequilla, no meramente colocada sobre un platito para mantequilla, sino formando rizos helados que parecían conchas marinas de mantequilla.

—Buenos días, señora —dijo, deslizando la bandeja bajo el brillo de la lámpara. Y añadió, como si el primer comentario no tuviera nada que ver con el segundo y no lo contradijese—: No parece una mañana demasiado agradable.

—Horrible —dije, sorprendida ante la abigarrada y adornada exhibición.

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas totalmente. —Está haciendo un invierno horrible—, dijo, mirando hacia el exterior—. No sé, debe de ser por todos esos satélites y cohetes que lanzamos continuamente. En los viejos tiempos el tiempo no era así.

—El elemento del fuego casi se ha extinguido[14] —recité, cascando el huevo y observando cómo se rompía la yema como un amanecer sobre la cucharilla—. El Sol se ha perdido, y así la Tierra, y el ingenio del hombre no puede conducirlo en su búsqueda. —Alcé la cucharilla, tras haber saboreado el primer bocado.

La camarera, al llegar a la puerta, se giró y me miró con la boca abierta:

—¿Perdone?

—Nada —dije alegremente, bastante sorprendida por este repentino don de lenguas—. Simplemente le daba la razón, eso es todo. Podría ser también la bomba nuclear. O las lacas y aerosoles que destruyen la capa de ozono. ¿O le parece eso poco probable?

—No lo sé, señora, no estoy segura. —Estaba de espaldas a la puerta, dudando si debía considerarse libre de irse, prescindible. ¿Estaba llenando el aire de intrascendencias vacías o intentaba mantener una conversación que sería irrespetuoso ignorar?

—Dígame —le pregunté—, ¿cómo era en los viejos tiempos, antes de que fuera así?

Observé la inquietud ascendiendo por su cara, mezclada con una consternada sospecha por su parte sobre que la estaba distrayendo de sus obligaciones, y que la naturaleza de la conversación la supere, o sea una locura. Pero intentó en recordar, y era visible que estaba haciendo un meticuloso esfuerzo.

—No sé —dijo finalmente, como frunciendo el ceño interiormente—, pero era diferente; mejor. Mucho frío en invierno y calor abrasador durante todo el verano. Una sabía dónde estaba. No como ahora, que tenemos esta medio miseria durante todo el año. Pasamos unos tiempos maravillosos cuando éramos pequeños: almuerzos al aire libre, con la hierba oliendo a cálido sol. Y el invierno era igualmente agradable, en cierto modo, con la nieve cayendo, las peleas de bolas de nieve, y poder patinar sobre el hielo en el camino del colegio a casa.

—¿Está segura? —le pregunté recelosa, observando su cara, que ahora sonreía interiormente.

—Por supuesto —contestó—. Parece que fuera ayer. Todo el mundo recuerda cómo era todo cuando éramos pequeños, ¿usted no?

—No —respondí con tristeza—. No estoy segura de que lo haga.

Después de que se marchara me quedé cómodamente echada en la cama, comiendo tostadas con mantequilla y pensando en la infancia de la camarera. Sonaba envidiable, como algo que uno leyera en un libro de cuentos. Raspé lo que quedaba de huevo en la cáscara y me encontré murmurando de nuevo aquellas palabras sobre el sol perdido y la tierra y pensé que a lo mejor un fragmento de unos versos infantiles, una cancioncilla o algunas frases usadas al botar el balón o al saltar a la comba, se habían abierto paso a través del terco cerebro hacia la consciencia. ¿Quién sabe? Me eché hacia atrás con una segunda taza de café en la mano, preguntándome qué más saldría a la luz de mi tienda escondida, si es que ésta existía.

Miré fijamente a la pared de enfrente, pero la puerta me recordaba a la camarera que se acababa de marchar; no estaba totalmente vacía, así que me fijé en el techo, que no ofrecía otra cosa más que sombras. Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan… las palabras me llevaron a «bonito»[15]. Seguro que la cabeza de la camarera no albergaba semejantes tonterías. Prueba otra vez. En un café se rifa un *gato* y siempre toca al número *cuatro*. Una, dos, tres y *cuatro*[16].

—Por el cielo azul —añadí, y salté de la cama para averiguar de dónde provenía el sonido. Miré por la ventana: había dejado de llover, pero el cielo seguía cubierto por una gruesa sábana de pesadas nubes grises. ¿Y qué se suponía que debía hacer con eso? Era pegadizo, por supuesto. ¿Me había pasado la infancia contando gatos? ¿Era un indicio de que había crecido en un contexto rural rodeada de animales en los que los gatos servían para aprender a contar? Cualquier cosa era posible.

Entonces comencé a oír notas distantes como de piano saliendo de lo que podía ser una iglesia o una estancia vacía. Las notas de la sencilla melodía sonaban huecas, retumbando y reverberando en lo que parecía un lugar que, claramente, no era el adecuado para un piano. Cuando se incorporó un desorden de agudas voces, reconocí

las palabras que cantaban, posiblemente porque reconocía la melodía:

Estoy feliz por vivir…
Feliz por las lluvias del campo…

—Y por el rocío —canté, feliz por saberme el siguiente verso. El sonido parecía venir de más allá de la hilera de árboles goteantes. Subí la ventana de guillotina, me estremecí un poco cuando el aire frío me golpeó, olfateé la tierra húmeda de abajo, en el jardín, y escuché el agua de lluvia cayendo de los árboles. Ahora se oía con claridad un coro infantil:

Después del sol, la lluvia
Después de la lluvia, el sol
Y la llegada de la noche
Cuando el día ha terminado[17].

Cerré la ventana de golpe cuando me golpeó una ráfaga de aire frío. Los árboles empapados comenzaron a retorcerse, diseminando lo que quedaba de las hojas muertas del año pasado y la promesa de estas para este año.

Ya fuera de la cama, decidí que no había otra cosa que hacer salvo vestirme. Encendí la radio de nuevo e, impaciente por el orquestado sonido de trivial jovialidad, jugueteé con el dial hasta que escuché una voz que parecía hablar sana y serenamente: «Los áreas de alta presión se llaman an-ti-ci-clo-nes», dijo despacio. «En estos an-ti-ci-clo-nes, la presión es más alta en el centro, por lo que los vientos tienden a soplar hacia donde la presión es menor. Pero, puesto que la tierra gira sobre sí misma, rota, todos los vientos en la parte norte del globo, a la que llamamos hemisferio norte, se desvían hacia la derecha, mientras que en el sur se desvían hacia la izquierda. Por lo que en el hemisferio norte los vientos soplan un anticiclón que gira en el sentido de las agujas del reloj, y en el hemisferio sur soplan en dirección contraria». Eché un vistazo por la ventana e intenté determinar si los árboles se retorcían en el sentido

de las agujas del reloj, pero solo parecían mecerse adelante y atrás, como si fueran sus últimos estertores de pura desesperación. «La aproximación de una masa de aire cálido», continuaba la voz, y sonaba optimista, lleno de reconfortantes promesas, así que dejé de escuchar con atención: «produce un enfriamiento de los vientos que vienen del sur». Observé las nubes deslizándose más allá de la ventana, pero no tenía ni idea de la dirección en la que se movían, otra que no fuera hacia mí. Sabía que el sol salía por el este, pero todavía no había asomado esta mañana. Mientras, la voz continuaba: «Entonces el cielo se ve cubierto por una fina capa de nubes que crece en grosor hasta que aparecen oscuras nubes de lluvia, y cae un chaparrón, normalmente acompañado de fuertes vientos». Apagué la radio, pensando que ya me había informado bastante por esa mañana, entonces me culpé por la falta de paciencia y la volví a encender. La voz no se había rendido: «Cuando ha pasado el frente cálido, con frecuencia se disipan las nubes y puede que haya un tiempo amable; pero cuando el frente frío se acerca a la parte posterior de la depresión, los aguaceros son frecuentes».

Esta vez la apagué definitivamente, aplasté mi pelo con el cepillo, representando las peores muecas en el espejo, y decidí que más me valía comprarme ya un paraguas. Pero, pensándolo mejor, concluí que un paraguas no aguantaría el viento, y se abriría hacía fuera o se convertiría en un paracaídas incontrolable.

Salí, dejé la bandeja del desayuno junto a mi puerta y caminé hacia el vestíbulo. Cuando hube llegado ahí, sin embargo, me encontré sin saber qué hacer, incómoda. El tiempo era demasiado malo para salir, y no iba a tomarme un segundo desayuno por el simple hecho de pasar el rato. En cualquier caso, probablemente ya no los sirvieran. Negué tristemente con la cabeza. —Sigue lloviendo mucho— murmuré.

—Tenemos una buena chimenea encendida en el salón, señora. —El recepcionista había estado observando mi conducta, indecisa. Al darme cuenta de que me observaba sentí una mayor presión por hacer algo, ahora, con decisión, y al mismo tiempo aumentaba mi vacilación. Me giré hacia su voz.

—¿Alguna carta para mí? —le pregunté fríamente, evitando sus ojos y estudiando los casilleros. Pude ver que el mío estaba vacío.

Negó con la cabeza.

—No hace muy buen día —señaló, añadiendo—: Es más, parece que vaya a seguir así todo el día.

—¿Eso cree?

Asintió:

—No lo puedo saber seguro, claro. Pero yo no apostaría por que se vaya a despejar, al menos no antes de comer.

—Entonces creo que me iré y… —El teléfono de recepción comenzó a sonar y mi respuesta quedó ignorada. Había algo, creí, había mucho que decir sobre la realización de una actividad, aunque sea fútil. Y, pasando inadvertida, deambulé por el salón vacío, donde el fuego resplandecía, chisporroteaba y escupía chispas, con largas lenguas amarillas que lamían los leños, que se reducían a cenizas en la rejilla, para nadie en particular.

Me senté en un sillón y contemplé el rojo fuego, esperando que no entrara nadie y me viera. Deseé tener un libro para poder fingir al menos que estaba inmersa en él. El problema de quedarse en el hotel, pensé con inquietud, es que una tenía que estar lista para representar un papel en cualquier momento, y la ausencia de uno que estuviera tan siquiera esbozado me lo ponía más difícil de lo normal. Hasta el momento solo había vacilado entre varias posibilidades, y solo había conseguido sobreactuar en cada ocasión.

Me planteé buscar un periódico para esconderme detrás de él, abriéndome camino entre el caos de los asuntos mundanos. Pensé en volver a la habitación, pero caí en la cuenta de que me interrumpiría alguien que limpiará y hará la cama. Estuve un rato mirando por la ventana: gotas de agua resbalaban por los cristales, se dispersaban y rápidamente eran sustituidas, compitiendo en la carrera hacia abajo por pistas aleatorias. Era imposible saber de dónde venía tanta agua; y sin embargo no parecía que hubiera motivo alguno para que parara nunca.

Oí un sonido detrás de mí y giré la cabeza hacia la puerta. La señora mayor a la que había visto el día anterior en el comedor se acercaba lentamente hacia el brillo focal de la chimenea. Llevaba bastón, y su cuerpo se doblaba levemente a la altura del cuello, como una flor con el tallo dañado, por lo que la cabeza le colgaba hacia delante. Se dejó caer con cierta dificultad en un sillón cercano al fuego. El bastón se deslizó hacia delante. Un leño ardiente se

deslizó y la madera bajo éste erupcionó en una lluvia de chispas, desintegrándose finalmente en ceniza gris.

—Qué mañana más horrible —dijo, bien a sí misma o a mí, puesto que miraba fijamente al fuego. Se tocaba nerviosamente las manos, llenas de venas azules, los huesos prominentes bajo la piel, como si ambas se quisieran asegurar de que la otra aún estuviera ahí, como una pareja de ancianos. Las lenguas de la chimenea lamían ahora con avidez, y yo las alimentaba con un leño que tomé de la cesta que había junto al reluciente guardafuegos. No sabía qué decir, si es que debía decir algo. Ella seguía mirando fijamente la chimenea, aunque su mandíbula inferior rumiaba algún tipo de pensamientos inarticulados.

—Me canso —dijo—, de esperar a que pare. Sin nada que hacer. Y esta humedad es mala para mi reuma.

De detrás de la puerta salió el inesperado sonido de unos pies que corrían y la voz excitada de un niño que reía. El alboroto parecía haberla reanimado.

—Ya no tienen modales —masculló, mirándome para indicarme que esperaba mi apoyo y aprobación—. No hay disciplina hoy en día. La gente joven. Todo se está echando a perder. No sé a dónde vamos a ir a parar.

—¿En serio? —Intenté parecer educada.

La puerta, que se encontraba detrás de nosotras, se abría con dificultad. Vi cómo giraba el pomo antes de que la cara de una niña asomara por la puerta y observara la habitación. Tras no encontrar a quien buscaba, se marchó corriendo. Las llamas se colaban por el frío aire.

—Ya ve a lo que me refiero: sin control, ninguno en absoluto. ¿Le importaría cerrar la puerta? Siento tanto el frío.

—Bien —dije condescendiente, levantándome y dirigiéndome hacia la puerta—, todos hemos sido jóvenes alguna vez… supongo.

Eché otro vistazo al vestíbulo para ver a la niña una vez más antes de cerrar la puerta, pero ya se había esfumado. Era imposible saber a dónde había ido, o qué había sido de ella. Con tristeza volví a la silla junto a la anciana, que estaba toqueteando nerviosamente un viejo relicario grabado que llevaba colgado del cuello.

—La infancia no es lo que era —mantuvo con vehemencia—. Demasiada libertad hoy en día. Sin valores. No puede ser bueno

para ellos. —Cogió su bastón y golpeó varias veces el suelo con la punta—. Me alegro de que no vayamos a vivir lo suficiente para verlo, pero todos ellos lo pagarán más adelante, todos.

—¿De qué modo?

Miró fijamente al fuego unos instantes; sus labios se movían, formando lo que podría haber sido una mueca, tembló.

—Ya no queda ninguna infraestructura —dijo lentamente, con la mirada aún fija en el corazón de la chimenea que ahora se deshacía en cenizas a través la rejilla de hierro. Otro leño se desplazó y se derrumbó—. En mis días, nadie nos dejaba corretear por ahí como bestias salvajes. Y no nos hizo ningún mal: nos hizo mejores. Tienen qué saber cómo son las cosas.

—¿Cómo?

Se giró hacia mí con las cejas levantadas y una mirada interrogante en su cara.

—Disculpe —intenté explicar—, pero no estoy segura de saber… quiero decir, ¿cómo son las cosas?

—En mis tiempos —dijo con énfasis, y un tono de desaprobación en la voz—, los niños sabían estar en su sitio. Todos los sabían. Uno sabía quién era.

—¿De verdad? —pregunté, y cálidamente añadí—: Tenía que ser agradable. Ojalá lo supiera yo.

—Ahí le ha dado. Es justamente eso. Nadie lo sabe hoy en día. Mal futuro nos espera. —Se frotó las blancas manos como si eso fuera a restaurar la circulación, a traer la sangre cálida—. Todo esto a lo que llaman libertad…, yo no estoy de acuerdo con eso. ¿Qué tiene de bueno poder pensar por uno mismo, si ni siquiera sabes quién eres?

—Tiene sentido lo que dice —admití.

—Y no saben quienes son hasta que no se lo dicen. Nadie lo sabe. Si la gente debe decidir por sí misma perderá un montón de tiempo y lo echará a perder todo.

—¿Tan malo es eso? —pregunté con humildad—. Quiero decir ¿qué cosas? Solo pregunto. ¿Realmente el tiempo es tan valioso?

—Lo único que se puede hacer con la vida —dijo, con la voz trémula por la edad, no por falta de convicción—, es seguir y vivirla. Si tuvieras mi edad no tendrías que preguntar si el tiempo es valioso. —Hubo un silencio: parecía estar escuchando los sonidos

chisporroteantes del fuego, el siseo extraño y los espetones de las lenguas de fuego que continuaban consumiendo la madera, pero quizá no, quizá estuviera oyendo cosas harto diferentes—. Era duro —dijo lentamente—, pero será más duro aún. No esperábamos mucho, y recibimos menos. Pero, si éramos infelices alguno ratos, no era nada con respecto a lo que vendrá ahora y que la gente pide y espera tanto. —Se acarició el gastado anillo de oro que llevaba en la mano izquierda, bajo el nudillo hinchado que lo mantenía preso. En la distancia, a lo lejos en el vestíbulo, oímos un aullido humano.

—La niña —dijo—, está coleccionado ampollas.

La anciana miraba ahora fijamente al fuego, con las oscuras pupilas extrañamente dilatadas. Podía ver el calor reflejada en ellas. Comenzó a balancearse rítmicamente hacia delante y atrás, sin apartar los ojos del fuego de la chimenea. —Hice un buen trabajo con mi hijo —murmuró, y suspiró profundamente. Intenté imaginar qué veía en el fuego, quizá imágenes de dicha doméstica, pasada hacía tiempo. Vi otro leño que se caía, se desmoronaba y se rizaba en cenizas de color gris pálido. Suspiró de nuevo—. Pero ahora… —Su voz había tomado un extraño tono cantarín—… ahora solo veo ruina. Fuego y azufre, muerte y decadencia. —El fuego refulgía en sus ojos mientras proseguía, ahora totalmente absorta en sus propios pensamientos—: El hijo se alzará sobre el padre, la mano del hermano se opondrá a la de su hermano, y el país será ingobernable. No será seguro para las mujeres jóvenes o los hombres viejos caminar por las calles por la noche, y nadie dormirá con facilidad en su propia cama. El bebé llorará de hambre y nadie lo consolará, y el viejo se congelará hasta morir en habitaciones insalubres y olvidadas. Las ciudades arderán, las calles que antaño fueron pacíficas serán un campo de batalla, y por las alcantarillas correrá la sangre. Las cosechas se volverán improductivas, y las tormentas de arena arrasarán la tierra seca. El ganado morirá, y las bocas sedientas de los desamparados pedirán ayuda a gritos, sin esperanza alguna. Los peces del mar morirán, envenenados por la plaga humana, y todos los océanos se verán muertos, serán ciénagas malolientes de corrupción. Por lo que los pecados del padre caerán sobre sus hijos, incluso sobre la tercera generación, y todo estará enfermo.

—Madre mía —dije. Hubo una larga pausa: era difícil saber qué

decir. El fuego se había ido apagando y me di cuenta de que temblaba un poco, así que me agaché para coger otro leño de la cesta. Una lluvia de chispas se elevó por la oscura chimenea cuando la estructura tenuemente brillante se derrumbó bajo su reciente peso. La anciana había dejado de mecerse, pero aún se acariciaba el anillo de boda con el pulgar derecho, como si eso la reconfortara, como si el oro fuera a darle sus chispas. Ahora se giró hacia mí con la expresión más normal del mundo y dijo suavemente—: No me haga caso, cielo. Siempre he tendido a mirar hacia el lado oscuro. Como mi pobre marido solía decir: «Sybil, quizá tengas razón, pero debes intentar recordar que la gente no quiere oír estas cosas».

—Suena a hombre sabio —le respondí, solo en parte para halagarla.

—Era un tonto —dijo con firmeza—, un optimista nato. Porque, el día de su muerte me dijo: «Sybil, estoy mejorando. Estaré en casa en unos pocos días». Acababa de volver del hospital cuando me llamaron para decirme que se había ido. Fue un *shock* terrible. —Emití un sonido indeterminado con la intención de expresar compasión. Se inclinó hacia delante en confianza—: ¿Ve? Me educaron para pensar que los hombres sabían más, y que lo único que podía hacer una esposa era deferir en su marido. De repente me di cuenta de que había pasado la mejor parte de aquellos cincuenta años con alguien que estaba equivocado, no solo sobre esto, sino sobre todo. Me sentí engañada, para serle sincera. Sobre todo porque sentía que lo había estado intuyendo durante todo ese tiempo. Y ahora era demasiado tarde. Ni siquiera podía decírselo.

—No importa, —dije—. No se lo debe echar en cara. El rencor es un equipaje innecesario.

Me di cuenta del cambio sutil en la estancia, una sensación de ligereza, como si se elevaran los ánimos. Eché un vistazo hacia la ventana y vi que había dejado de llover: un suave silencio se extendía a lo largo del cielo, ahora calmado y luminoso tras una fina nube blanca.

—¿Qué tal un paseo? —le dije, saltando de la silla. Estirándome. Bostezando.

Pero ella negó con la cabeza tristemente, no sin una cierta autocompasión. —Ya no queda ningún sitio a donde ir —dijo—, y de todos modos, no puedo ir muy lejos. —Señaló al bastón con

desdén, como si fuera otro marido inepto con el que se había casado. Me puse en pie, sin saber cómo escapar, cuando de repente me sonrió—. Creo que me quedaré aquí sentada y esperaré a mi hijo. Puede llamar en cualquier momento, y no me gustaría que no diera conmigo. Es un consuelo tan grande… no sé qué haría sin él. Pero por favor, no me deje retenerla. —Ahora dominaba la graciosa dignidad de la edad y la buena educación. Me retiré hacia la puerta, aunque su sonrisa tenía algo de *pathos*; ella tenía un aura como de ídolo olvidado, de fariseísmo resignado.

—Creo que saldré a tomar un poco el aire —murmuré—. Así abriré el apetito para el almuerzo.

—Yo como muy poco últimamente. —Sonaba como un reproche —. Y tan apenas duermo. —Ya había cerrado la puerta tras de mí, pero la voz atravesaba la madera con insistencia lastimera.

8

PARA MI SEGUNDO PASEO elegí ir en dirección contraria: a lo largo de un camino bastante aburrido, pautado por casas residenciales que se alejaban del río y del puente, que parecía, sentí, que había sido construido para permitir que aquellos atrapados en esta orilla pudieran cruzar a la otra, más que al revés. Estas casas, desde cualquier punto de vista, nunca habían sido nada pretenciosas, ni siquiera en la década en la que eran nuevas. Apiñadas, las parcelas eran meros símbolos de privacidad y propiedad, con estrechos jardines delanteros, infames ventanas, y senderos de mala gana que conducían a oscuras entradas ensombrecidas y empequeñecidas por el innecesario follón de muros y vallas divisorias en un considerable estado de deterioro. Pero el sonido de voces infantiles que cantaban a coro a primera hora de la mañana venía de esta dirección.

El camino llevaba a otro que serpenteaba sinuosamente a lo largo de la falda de una verde colina, y aquí encontré un viejo edificio ocupado, de ladrillo descolorido, levantado en una gran extensión de asfalto negruzco, tras una alta alambrada, y alejado de la carretera. Examiné el espacio vacío pero no oí ningún sonido, no detecté signos de actividad en el silencio. Las gotas de agua pendían del alambre como cuentas preciosas, capturando la luz en su clara redondez antes de caer en la llovizna cuando la valla tembló bajo mi mano. Un pequeño charco reflejaba un pequeño pedazo de cielo azul, donde el asfalto gris se hundía para recoger el agua, o el suelo bajo él se había dejado caer.

Pero el silencio duró poco. Oí el sonido de un timbre dentro del edificio y unos segundos después un murmullo, seguido por el sonido de madera arrastrada sobre el cemento, pies peleándose y pataleando, aullidos y alaridos, y entonces una horda de pequeñas

figuras salieron corriendo del edificio e invadieron el patio de recreo, dispersándose por los espacios planos y grises. Había patrones secretos tras su aparente desorden y ausencia de propósito, ya que corrían y se arremolinaban, saltando, brincando, botando, pataleando, todo ello con una gran intención y una resolución realmente pasional. Varios niños intentaron empujarse para hacerse con la posesión de una gran pelota blanca marcada con hexágonos negros, una niña lanzó una pequeña pelota en el aire y ahuecó las manos, mirando ansiosamente hacia el cielo, para cogerla en su camino de descenso, en una pronunciada parábola. Falló, y la pelota botó y se alejó rodando hasta desaparecer más allá de las piernas móviles de demasiados seres que se movían y forcejeaban. Los sonidos de los cánticos venían del extremo del patio de recreo, aunque no pude entender una sola palabra, solo el ritmo enérgico; cerca se habían alineado seis pequeños cuerpos en una variedad de jerseys, con la espalda hacia la verja, todos observando los movimientos y los gestos de una niña de pelo claro que estaba a unos metros. Parecía que estuvieran mirando, esperando a que vacilara, a que pusiera mal el pie o cometiera algún otro error, y, cuando esto ocurrió, su exagerada reacción (los aullidos de triunfo que rompieron el agradable silencio, los saltos y el señalar hacia donde antes había estado la pequeña, rígida, que yo observaba desde detrás) así lo confirmó. Mientras, varias manos pequeñas se agarraban a la alambrada, un niño del grupo se adelantó corriendo a ocupar su puesto y la niña de pelo claro, con aspecto sumiso y vergonzoso, se acercó y se colocó junto a la valla, con el resto. Pero solo necesitaba la ruina de su sucesora para que su cara se viera riendo de nuevo.

De repente, una gran pelota azul brillante voló sobre la valla, por poco no me golpeó en la cabeza, rebotando cerca de mí.

Ya estaba rodando a través de la carretera cuando un coro de suplicantes prisioneros agarrados a la valla, gritaba. —Eh, señora, por favor ¿puede devolvernos la pelota? —Y— ¿Puede cogerla? —Y más— ¡eh, señora! Por favor, señora, la pelota… —Pero ya podía notar que la conmoción inicial por la pérdida había sido sustituida por la curiosidad acerca de a qué velocidad podía moverme para recuperar la pelota que rodaba ahora hacia la alcantarilla de enfrente, ya no solo empujada por el impulso inicial sino también

ayudada por la pendiente descendente de la carretera que continuaba hasta llegar al río. Ahora estaba siendo juzgada, podía sentir sus ojos a mi espalda, la voz solícita azuzándome hacia la repentina quietud, en mi torpe cuerpo y mis piernas lentas. Así que me encaminé hacia la carretera e ignoré el sonido de un coche que se aproximaba hasta que paró en seco con el chirrido de los frenos a tan solo unos metros de mí—. ¡Usted otra vez! —Un hombre había bajado la ventanilla y sacaba la cabeza—. La próxima vez elija a otro ¿vale? No es que me importe matarla, pero la policía nunca creería que no había sido un accidente. ¿Por qué no salta del puente y se apaña? Así no metería a otras personas en el asunto. —Empecé a abrir la boca para disculparme o darle una explicación, sin estar segura de cual de las dos sería, cuando giró la llave de arranque y se alejó a todo gas. El sonido del frenético motor se esfumó en la lejanía.

Mientras, la pelota de plástico azul se había parado más abajo, asentándose en la rejilla de hierro de un desagüe. Habiendo recogido en su camino una cantidad considerable de barro, ahora anidaba confortablemente en una acumulación de hojas muertas empapadas que la lluvia había arrastrado hasta aquí, y no más allá. Esta vez miré cuidadosamente a derecha e izquierda de la carretera vacía antes de cruzar, pero, aunque la había cogido con cautela, parte del fango se desprendió en mis manos, y una capa se desparramó sobre mi ropa cuando la pelota falló y dio contra la valla en el primer intento y rebotó en el pavimento. Esta prueba final de mi ineptitud, junto con la creciente impaciencia generada por la larga espera, significaban que la multitud que esperaba olvidara darme las gracias antes de correr tras la pelota cuando por fin pasó por lo alto de la verja y rebotó alejándose en el patio de recreo.

Saqué un pañuelo limpio del bolsillo, me limpié el barro de los dedos con él y después intenté quitarme las manchas del abrigo. Un hombre mayor me había estado observando desde hacía un rato, sin duda porque no tenía nada mejor que hacer: con las manos hundidas en los bolsillos de su raído abrigo, estaba envuelto hasta la débil barbilla y las protuberantes orejas rosas entre los pliegues de una gruesa bufanda de lana. Sobre ésta, sus ojos parecían ir a disolverse en su propio líquido, nadar como pálidas ostras en sus

arrugadas conchas, cóncavas, desde las que un goteo salado se desbordaba sobre las mejillas, casi transparentes ahora.

—Niños —dijo—. Esa pelota me dio en la cabeza una vez. Reírse, eso es lo que hicieron. Reírse. Como para recogerles la pelota. Casi ha tenido un accidente.

—Sí —dije, y añadí—: Pero yo tenía que haber mirado por dónde andaba. Ha sido culpa mía.

—No es seguro —continuó, con temblorosa voz indignada—. Debería tener más cuidado, —moviendo ligeramente la cabeza entre los pliegues de su ropa protectora, como la punta de un huso envuelto en grueso hilo—. Hoy en día ya no es seguro salir a la calle. Un montón de matones por ahí. Nadie va a hacer nada. Debería tener más cuidado —repitió, y continuó caminando lentamente, moviendo sus pies hacia delante con cautela, como receloso de las piedras irregulares del pavimento.

La carretera estaba en pendiente hasta el río, y permití que el viejo hombre pusiera cierta distancia entre nosotros. Había sonado la campana en el edificio del colegio y ahora el patio de recreo estaba tan vacío como antes, un espacio de silencio, los patrones dispersados. La cuesta de la ladera que tenía a mi izquierda parecía pronunciada e intransitable, la hierba resbaladiza y empapada de lluvia, no pude ver ningún camino. Con resignación proseguí el curso que había comenzado, siguiendo al viejo hombre en su descenso cuesta abajo. El pavimento era tremendamente irregular: en una ocasión casi me tropecé con el borde saliente de una losa partida, y más abajo mi tobillo se atoró en un repentino hoyo, posiblemente producido por el impacto de un meteorito, a juzgar por las múltiples fracturas radiales. Más abajo podía intuir un corte transversal del continuo río, frío, gris pizarra, poco atrayente.

El primer edificio tras pasar el colegio era una iglesia pequeña y fea, construida con ladrillo sencillo, quizá los sobrantes de una gran fábrica, una trituradora, o algún negocio industrial de la época. *Entre en el Nombre del Señor* estaba inscrito en la mampostería del portal, pero la puerta de madera había sido cerrada hacía tiempo con un sólido candado. Leí más inscripciones: el edificio se daba un aire de misterio, como si hubiese estado esperando el toque de la última trompeta que anunciaría el ascenso de las almas, pero que estuviera ahora meramente indicando el tiempo hasta que llegara el

momento adecuado para vender el terreno a un precio óptimo.

Detrás la iglesia se hallaba la biblioteca pública. No sé por qué paré, me encontré merodeando en el exterior, en vez de proseguir mi marcha. Quizá el hecho de que esta, al contrario que la escuela y la iglesia (una con frenética nueva vida y la otra con un candado oxidado y ventanas ciegas), no me excluyera, bastase. Los otros carteles habían estipulado que uno debía ser lo suficientemente joven para la educación primaria o lo suficientemente viejo para el rezo, entierro y comunión, pero este letrero simplemente decía *Abierto al Público*, y no vi motivo para suponer que eso no me incluía a mí. Además, a juzgar por el cálido brillo eléctrico que salía de las ventanas, estaba, de hecho, abierta. *De lunes a sábado*, decía, *de 9:30 a. m. a 6 p. m.*, lo cual, exceptuando la comida y varias horas de sueño, era compatible con cualquier horario, por extenso que fuera. Había empezado a darme cuenta de que nada tenía por qué ocurrir demasiado deprisa, que quizá tuviera que esperar algún tiempo antes de que comenzara mi nueva vida, para encontrar la pista necesaria, para el contacto o la aclaración que pondría en marcha toda la maquinaria. Recordé el tedio de estar sentada en la habitación esperando a que parase de llover, e incluso en mi estado mental neonato ya sospecho que tenía que haber algo más que esperar a que el tiempo mejorase. Así que no sería mala cosa tener algo que hacer, para evitar el progresivo aburrimiento del que ya había empezado a ser consciente. Entré.

Abrí la puerta tímidamente, consciente de estar allanando territorio extraño. Tras el desalentador día ahí afuera, al principio me abrumó bastante el ambiente cálido, las brillantes luces superiores, las oscuras estanterías abarrotadas de volúmenes encuadernados, y la palpable quietud que se hacía audible por el susurrante sonido del periódico que un hombre ojeaba en el rincón más alejado, el sordo ruido del amontonamiento de un libro sobre otro, que apilaba la bibliotecaria, y mis discretas pisadas. Podía oír mi propia respiración, la aspiración del hombre, e instantes después, la tos, los tacones de la bibliotecaria rechinando extrañamente cuando caminaba entre las estanterías mientras reponía varios libros, y un zumbido consistente que provenía de las luces del techo. Oí a alguien, escondido en los pasillos entre las estanterías, pasando una página.

Caminé de puntillas y recorrí con los ojos las hileras e hileras de libros, cada lomo con su autor y título, aunque algunos estaban desgastados por el tiempo y tan apenas eran legibles. La base de cada lomo tenía números y letras que, puesto que no eran comprensibles de otro modo, debían de pertenecer a de un código que no entendía. Era una pena, ya que no tenía ni idea de por dónde empezar a mirar, qué volumen sacar primero: ninguno de los nombres de los títulos significaban nada para mí, ninguno tenía sentido, o, por decirlo de otra manera, todos podían ser igualmente significativos. Todos parecían haber captado mi atención, algo sobre una frase misteriosa o el portentoso sonido de una de las palabras en el título estaba, sentí, destinado a sugerir que, encuadernado en esas páginas, y solo en esas páginas, estaba oculto el secreto de la vida. Y quién sabe, pensé, quizá fuera así: yo era la última persona, con un pasado en blanco y, en el presente, un futuro igualmente en blanco, que ignorase la sabiduría que quizá se hallara entre estos miles de páginas. ¿Quién sabe qué tipo de acertijo resolvería cualquiera de estos libros? El problema era saber cuál de ellos, o al menos, asumiendo el grado máximo de tiempo y paciencia, qué sistema emplear para trabajar metódicamente con la mayoría de ellos, ya que era claramente imposible leerlos todos.

Hice lo único que podía hacer, y extraje un libro al azar. Se abrió con un crujido de la encuadernación y leí las primeras líneas de un párrafo que comenzaba cercano a la esquina superior derecha de la página:

> *Observaba cómo mi mano se deslizaba por la hoja al firmar en el registro del hotel con un nombre y una dirección falsos. Lo cierto es que era bastante sencillo. El portero se acercó para indicarme dónde estaba la habitación y lo seguí por la escalera enmoquetada. Abrió la puerta y se apartó para dejarme entrar.*

Nada nuevo en esto. Cerré el libro, lo volví a colocar en la estantería, y eché un vistazo al libro adyacente a este. El estilo de éste era bastante diferente, las palabras estaban más compactadas, así que una debía concentrarse intensamente para entender el significado. En esta ocasión probé con la primera página:

Frío. Invernal. Cielo gris, edificios grises. Un repentino golpe de viento puso a temblar los árboles, atravesando mi abrigo. Una cajetilla de cigarrillos desechada se sacudía sobre el asfalto a mis pies. Al fin llegó un portero.

—No habrá otro tren hasta dentro de veinte minutos —me dijo.

No dije nada. ¿Qué podía decir? Los árboles desnudos a lo largo de las vías del tren se doblaban por la fuerza del viento. Se me había olvidado a dónde iba, o por qué. Por fin me obligué a preguntarle: ¿Ese tren de subida o de bajada? —Me miró cómo si estuviera algo loca, y quizá lo estuviera. Detrás de su cabeza veía el cielo romperse en cascos de porcelana azul más allá de las nubes. Parecía estar sopesando sus palabras al contestar, mirándome con perspicacia—. Todo depende de cómo lo mire ¿no cree? ¿A dónde quiere ir? —Consideré la pregunta que yo misma no me había hecho antes. De repente tomó una nueva dimensión, cuando me di cuenta de lo importante que era. Este sencillo hombre mayor había probado sin querer la raíz del problema.

Volví a colocar el libro en su lugar, con la sensación de que no estaba llegando a ningún sitio. Esto no tenía nada de novedoso. Caminé hasta el final del pasillo y vi que esta sección de la biblioteca estaba categorizada como ficción, lo que me sorprendió ligeramente, puesto que los pasajes que acababa de leer me resonaban a realidad mundana. Pero de todos modos atravesé la estancia hacia un grupo de estanterías en los que ponía claramente biografía, y eché un ojo a los lomos. A juzgar por una cierta falta de variedad en los títulos, una vida debe de haber sido muy similar a otra: además, no era siempre posible determinar si el autor más prominente del volumen era el del sujeto o del autor, una distinción que me parecía mucho más clara en la ficción. Cuando un autor había decidido escribir una autobiografía, esta confusión se evitaba felizmente. Había algo reconfortante en estos libros, pensé, al sacar uno o dos volúmenes al azar. Por supuesto, no podía conocer a la gente de la que se hablaba, pero sobre las páginas, impresos en blanco y negro, había fechas, cartas enteras escritas por alguien para alguien, nombres de lugares, e incluso fotografías que corroboraban la realidad y veracidad esencial de los contenidos. Tan solo al estudiar estas fotos con detenimiento empecé a tener

dudas, una sospecha que rápidamente se convirtió en certeza: todas las figuras posaban con maquillaje y disfraces, y una solo podía dar un suspiro ante la cruda decepción: los encerados bigotes, las barbas y pechos exagerados, los artificiales interiores y unos fondos de planos de calles y otros escenarios que no podían haber existido nunca. En algunas fotografías más o menos *amateur*, aquellos que posaban me miraban con escepticismo, sin saber cómo colocarse, o quiénes se suponían que eran. La definición borrosa, el exceso de luz o la falta de ésta, eran parte del engaño.

Decidí mirar solo libros sin imágenes. Al final encontré uno, eché una ojeada a las páginas iniciales. Leí: *Tuve una infancia muy feliz*, y más abajo en la página:

> *Adoraba a mi padre, quien me ponía sobre su rodilla y me contaba cuentos improbables que se inventaba según su estado de ánimo, y que me emocionaban y aterrorizaban alternativamente.*

Su madre, parecía, intentaba parar esto, pero sin éxito. Aseguraba que era malo para la niña. Una o dos páginas más adelante, la autora recreaba su infancia con más detalle:

> *El tiempo, al igual que muchas otras cosas, ha cambiado desde que era niña. Las estaciones estaban más claramente definidas, con inviernos muy fríos y largos y abrasadores veranos. Recuerdo como los días que parecían interminables pasaban mientras jugábamos en los prados bajo un cielo azul sin nubes, días de sol calcinante en los que íbamos de pícnic junto al río a la sombra de un roble que no dejaba de crecer, el zumbido de los insectos y los abejorros embriagados en los rosales y, después, hacia el otoño, el olor a heno recién cortado secándose al sol, haciéndonos cosquillas en las aletas de la nariz cuando nos revolcábamos en él y nos hacía estornudar. No creo que lloviera nunca, aunque recuerdo una tormenta eléctrica una vez, al final de una cálida tarde, que fue muy impresionante.*

Volví a colocar el libro en su sitio y saqué el de al lado. *Cuando volví al hotel*, leí el comienzo del primer párrafo para engancharme,

me dijeron en el vestíbulo que había un hombre esperándome, una información que me hizo sentir inquieta. Subí a mi habitación con la excusa de ir a refrescarme, para meterme un revolver en el bolsillo interior. Estaba pidiendo mi primera bebida en el bar cuando un hombre se acercó a mí, identificándose como un inspector de policía que iba de incógnito, y me dijo que Elizabeth había sido encontrada y que la habían atacado brutalmente a las cinco de esa tarde, y que aún seguía inconsciente en el hospital local. Me pidió que le relatara mis movimientos. Conmocionada, pedí otro trago. La policía estaba esperando junto a su cama, en espera de una declaración, pero era muy probable que no sobreviviera para nombrar a su atacante, o limpiar mi nombre.

Ahora ya me sentía claramente incómoda, por no decir conmocionada. No quería seguir leyendo, así que retrocedí unas cuantas páginas.

Huelga decir que firmé con un nombre falso al registrarme en el hotel, y entonces esperé a que llegara mi contacto. Me habían dado instrucciones de no hacer nada por iniciativa propia, pero, después de un prolongado tiempo de espera, el aburrimiento comenzó a impacientarme, aunque conociese los peligros. El único divertimento en una sucesión tediosa de días era construirme una identidad para mí. Me dije a mí misma que hacía esto para apaciguar cualquier posible sospecha en las mentes de los otros huéspedes y del personal del hotel, pero probablemente era innecesario. Era un grupo aburrido, sin ningún interés para mí. Si se descubriera la verdad, yo sería probablemente la única persona que creería que mi comportamiento y mi propia presencia eran tan extraños como para justificar una explicación, y lo que equivaldría a un acto, a una representación continua.

En este punto dejé de leer e intenté, sin éxito, comprobar, mirando las páginas preliminares, si el libro no había sido colocado por error en la categoría equivocada. Pero, al no haber oído hablar de la autora o de cualquier otra persona en mi limitada existencia, y

como no conocía el código de la biblioteca, no podía estar segura. Pensé en preguntarle a la joven bibliotecaria de servicio, pero me di cuenta de que no sabía qué preguntarle.

Me senté junto a una mesa cercana y miré a mi alrededor, ahora algo desanimada y confusa. Tal variedad de nombres y títulos, tantos libros, pasillos clasificados de cargadas estanterías, y, aún así, a juzgar por la calidad de los que hasta ahora había tomado al azar, no había nada especial.

El caballero mayor arrastró su silla hacia atrás y caminó lentamente hacia la puerta principal, que se cerró detrás de él. La bibliotecaria, con los zapatos aún chirriando por el suelo, atravesó la estancia para poner el periódico en el estante apropiado. Se hizo un gran silencio. Me quité los zapatos bajo la mesa para aliviar mis pies doloridos y miré por la ventana gris blanquecina. Pasó un pájaro volando. De repente, un hombre con la cara muy oscura y de rasgos negroides salió de detrás de una estantería. Debía de haber estado ahí escondido todo el tiempo, invisible. Salió llevando un cuaderno. Desde donde yo estaba sentada podía ver que había varias secciones que aún no había muestreado, porque estaban marcadas en letras blancas sobre fondo negro, y vi que debía de haber mucha información almacenada en las variadas secciones, si se quiere disponer de ella. Pero dudaba si sabría qué hacer con ella, o cómo empezar. Volví a meter los pies en los zapatos y deambulé con bastante desánimo por la sección de historia, pensando que ya era hora de llenar algo mis desaparecidos antecedentes, pero me desalentaron los huecos de tiempo sin explicación entre los volúmenes, los cuales parecían tratar con gran detalle a gentes y lugares de los que de todos modos no sabía nada y me importaban aún menos: Me sentí totalmente disuadida cuando giré la esquina de una estantería para proceder desde la Baja y Alta Edad Media hasta el Renacimiento y la Ilustración y encontré a un hombre con una gabardina sucia sosteniendo su flácido pene en la mano, mientras me miraba. Efectué una retirada rápida y ojeé la sección de poesía, que tenía la ventaja de estar contra la pared del fondo de la sala y que, por tanto, se encontraba a la vista del público y de la supervisión de la bibliotecaria. También era breve en contenido, con una cierta uniformidad que me resultó consoladora: la mayor parte de los volúmenes se titulaban modestamente: *Poemas, o*

Poemas breves, o *Primeros poemas*, y así; unos pocos tenían títulos con la obvia intención de expresar simplemente una imagen poética, hojas, árboles, nubes y cosas así, que me parecieron refrescantemente directas después de los tomos sobre las dinastías merovingias y los concilios de Trento: y algunos tenían una sinceridad de absoluta certeza que me atraía más que nada, siendo etiquetados como *Obras completas*. Había muchas *Obras completas*, con tipografía clara, encuadernación respetable en unos sobrios tonos de azul oscuro o marrón. Cogí uno de esos al azar y la página se abrió. Leí las primeras líneas que capturaron mis ojos:

> *En las imaginadas esquinas de la redonda Tierra, tocad Vuestras trompetas Ángeles, y Ascended, Ascended De la Muerte, vosotras, innumerables infinidades*[18].

Y mi corazón comenzó a latir con más fuerza, podía oír la sangre bombeándome en los oídos, ya que por primera vez había encontrado una conexión entre estos dos últimos días y el pasado borrado. No sabía lo que significaba, ni cual era la conexión. No sabía si había encontrado este volumen y si había abierto esa página en concreto por casualidad, o si estaba así destinado desde el principio, si había sido planeado hasta el último detalle. No sabía si la intersección de las dos calles junto a la taberna de la estación, el vendedor de cepillos que se acercó hacia mí desde el patio delantero de la estación y el hombre enseñándome su pene en la sección de historia tenían algo que ver con ello, o con todo. Pero no solo reconocí las palabras con mis ojos, sino por el mensaje que recorrió mi cabeza: mi sangre bombeante las reconoció.

Crucé la estancia dirigiéndome hacia el mostrador de la bibliotecaria y dejé el libro.

—Me llevaré este, por favor.

Me sonrió, abriendo la cubierta.

—¿Puedo ver su carné, por favor?

Le dije que no lo tenía. Me dijo que estaba terminantemente prohibido prestar libros sin el carné de la biblioteca. Sentí que ya había oído este embrollo antes. Le conté que me alojaba en el hotel El cisne negro, y me dijo que podía hacerme un carné temporal de socia. Pero necesitaban también mi dirección permanente. Puso un

formulario sobre el mostrador y observó mi mano formando las letras mientras lo rellenaba con un nombre y una dirección falsos. Ya había desarrollado una cierta coherencia: siempre era el mismo nombre falso y dirección ficticia. La observé copiando los detalles laboriosamente en una tarjeta pequeña de cartón que me dio y me marché con el libro bajo el brazo.

9

COMENZÓ A LLOVER DE NUEVO y pasé la mayor parte del día en mi habitación, registrando mis experiencias en el cuaderno y pasando las páginas del libro de la biblioteca. Estudiando palabras antiguas que tenían un tono tremendamente familiar. Me encontraba entusiasmada y perpleja por ellas.

La cena fue muy similar al almuerzo. El trámite de comer se había vuelto ya un proceso tedioso de masticar y tragar, y el aburrimiento no se alivia realmente observando a otros que hacen lo mismo. La vieja Sybil estaba sentada a su mesa, pero no pude interceptar su mirada: pasaba la mayor parte del tiempo mirando al infinito o jugueteando con el panecillo que no comía. La alcancé de camino a la cafetería.

—¿Cómo está? —le pregunté—. ¿Ha tenido noticias de su hijo?

Parecía que se hubiera vuelto sorda desde que la había visto por la mañana. —Ha hecho buen día— dijo trémulamente, con una lánguida sonrisa infantil. Este comentario era tan salvajemente incorrecto que comencé a dudar de su salud mental.

—¿Ha tenido noticias de su hijo? —repetí, elevando la voz, y observé ansiosa cómo se dejaba caer en un sillón.

—¿Cómo? —preguntó Sybil. Una mujer de mediana edad, que sostenía una bandeja repleta de tazas de café, estaba cerca. Noté que me miraba con una expresión llena de significado, con ojos que tenían malas noticias que dar, noticias que debían ser ocultadas a todo coste a la tercera parte involucrada.

—No tiene un hijo —murmuró la mujer en voz baja, mientras Sybil se ocupaba de apoyar el bastón contra el lateral de la silla.

Me pareció difícil empezar una conversación convincente después de esto y, de todos modos, Sybil no parecía tener ganas. Me

bebí el café, ella miraba fijamente al fuego. A falta de algo mejor que hacer me paseé por la sala del televisor, donde había sentadas varias personas, absortas en una vieja película, filmada en blanco y negro, sobre una pareja que decide fugarse juntos porque él ya tiene una esposa. A él, por lo que pude deducir, también lo buscaba la policía, por algo que había o no había hecho y que no quedaba a nadie claro salvo a la heroína, quien estaba lo suficientemente ciega o, si se quiere, iluminada por el amor, para estar convencida de su inocencia. O quizá fuera ahora su cómplice, transgrediendo la ley. No sé. De cualquier modo, se la veía llegar al hotel y caminar por el vestíbulo vestida con ropa pasada de moda, obviamente creyéndose el epítome de la elegancia y el buen gusto. Firmó con un nombre y una dirección falsos al registrarse en el hotel y se veía con un solo parpadeo de sus rizadas pestañas, mostradas en primer plano, que lo eran. Por lo demás, su cara era una extensión lisa de una inexpresiva belleza sin imperfecciones. A pesar de todo esto, la película tenía un final infeliz. Al hombre lo capturaba la policía, o a su mujer, o a ambos, y ni siquiera llegaron a su destino. O quizá se hubieran visto atrapados en una serie de contratiempos imprevistos que les impidió llegar. Fuera cual fuera la razón, independientemente de la inocencia o culpabilidad de los protagonistas, el resultado era insatisfactorio. Dos brillantes lágrimas cayeron por las perfectas mejillas de la hermosa y joven mujer, quien se creía una única figura trágica, y que nunca conocería el motivo real de nada.

—Qué triste —dijo una mujer canosa que estaba haciendo punto sin parar, después de que la efusividad de la música de fondo se hubiera desvanecido. Su marido se levantó para apagar la emisión de las noticias.

Un caballero de cierta edad se levantó de la silla y refunfuñó. —Acabo de recordarlo— dijo indignado, con el tono de alguien que acaba de ser timado—. Esta película ya la había visto.

Cerró la puerta tras de sí.

10

EL TIEMPO HOY ERA SUAVE y templado, podía haber sido confundido con una promesa de primavera en el aire. Cuando emergí de mi paseo matinal pude escuchar a los pájaros celebrando ruidosamente y la sentí, prematuramente, en los árboles desnudos sobre mi cabeza; el aire era tan suave como la mano de una madre sobre mi cara. No ofrecía resistencia, solo la ilusión de moverse libremente en un elemento amable. Incluso el río que pasaba bajo el puente parecía haber aflojado un poco su furia líquida. Las piedras y el puente se habían ganado, quizá, un respiro, por pequeño que fuera.

La tienda en la que me había encontrado a la señorita Wyckham se encontraba cerrada, y las persianas estaban firmemente echadas sobre el impenetrable cristal. Me recordó que tenía una obligación que cumplir: ir a visitar a la pobre mujer al hospital. La idea no era muy atractiva, y temía la posibilidad de que sus desvaríos, aquellas ideas inconexas, hubieran empeorado a raíz del desafortunado evento que la había sobrepasado, y que yo me convirtiera en el objeto de su manía. Sin embargo, siento que debería ir. Me dicen que el hospital está situado al otro lado de las vías del tren. También tengo curiosidad.

Pero no he ido esta mañana. En lugar de eso, giré a la izquierda en el cruce de la calle High, más allá del banco de la esquina, y me encontré paseando, en un estado algo perplejo, por una tranquila calle residencial, diferente a cualquier calle que había encontrado hasta el momento. Las casas eran todas grandes, bien alejadas de la carretera en terrenos cuidadosamente ofertados. Varias de las casas tenían más de una entrada, con una ancha franja de gravilla que conducía hacia la casa, formando un arco entre las dos entradas. Tenían sus salidas y sus entradas, y los comerciantes eran relegados

a aquellas en el lateral o la parte posterior.

A pesar de las pródigas pretensiones, que incluían porches, gabletes, varios leones de piedra y más de una torreta medieval, las casas se mostraban uniformes en su falta de autenticidad. Tenían el aspecto de haber sido construidas a toda prisa por un contratista que quería hacerse rico y salir de ahí, antes de que algo colapsara. La calidad había sido sustituida por un toque falso de pasado, y ninguna variación podría disfrazar el hecho de que era un lote barato. Las casas parecían poner demasiado esfuerzo en parecer diferentes: una tenía dos gabletes en vez de tres, o ladrillo caravista en lugar de yeso; varios tenían porches con un tramo de escaleras, y otra tenía la entrada principal descentrada. Los mínimos detalles solo enfatizaban su uniformidad subyacente.

Una de las casas tenía un cartel de se vende en la entrada y, siguiendo un impulso inexplicable, caminé hacia la oficina del agente inmobiliario en la esquina de la calle High, enfrente del banco, y pedí la llave. Me sentí atraída por varias de las ventanas cegadas y el aspecto de soledad abandonada a la llamada de hojas, que flotaban en remolino, aunque me dije a mí misma que tan solo era una manera de pasar el rato, y el momento era tan bueno como cualquier otro. Y entonces me dije a mí misma que sería bastante interesante averiguar qué tipo de gente vivía en estas casas, el croquis de sus vidas, el color del que pintaban las paredes. Al volver de la oficina del agente inmobiliario me sorprendió que no haber visto a nadie hasta ahora: la calle estaba desierta, no apareció ninguna cara tras las ventanas con cortinas, no se oía música ni el llanto de un bebé, nadie caminaba por la acera ni trabajaba entre los pinos verde oscuro o los invernales senderos. Tan solo vi un perro callejero de raza incierta pero distintiva trotando por la acera, parando en cada poste delas vallas. Tras elevar la pata y haber establecido su reivindicación con minúsculas gotas simbólicas, pasó de largo.

—La casa lleva a la venta un tiempo —me dijo de modo tranquilizador el joven de la agencia inmobiliaria, después de indicar un precio, al que no reaccioné, puesto que no lo había preguntado. En el tono confidencial de un agente doble que intenta no perder un cliente prosiguió—: Creo que están abiertos a una oferta.

Continuó murmurando acerca de «circunstancias familiares» que no acabé de entender, aunque sentí que algo había ido mal en la casa. Caminando de vuelta hacia esta, intenté imaginar qué circunstancias no solo habrían abierto a los dueños a ofertas, sino que también los habrían hecho vulnerables a estas, circunstancias que no se tuvieron en cuenta cuando se hicieron los planos de la carretera y de las casas. La carretera, noté, había decrecido, se había hecho más corta, al recorrerla por segunda vez.

Al principio pensé que la puerta estaba atascada o que me había dado la llave equivocada, ya que no entraba en la cerradura. Entonces descubrí que empujando la llave hacia dentro y sacándola ligeramente podía abrir la puerta sin dificultad. Cedió bajo mi mano y escuché mis propias pisadas resonar por el pasillo y por las escaleras huecas hacia las vacías habitaciones en la planta de arriba. La pintura blanca se había tornado amarilla, las tablas del suelo y una zona de madera sin pintar en mitad de la escalera mostraban dónde habían quitado las alfombras. El aire era frío y mohoso debido al abandono, se sentía tan húmedo que temblé ligeramente antes de recobrar la compostura. El polvo se había depositado bajo los viejos radiadores, empujado hacia el techo por corrientes de aire, y había formado marcas de desgaste en el papel floral de la pared. Habían quitado las fotos, dejando extrañas áreas blancas. Intenté imaginar qué posibles circunstancias podían haber creado un vacío tan espantoso. Intenté imaginarme a mí misma, o a cualquier otro, para el caso, viviendo en este espacio, caminando de habitación en habitación, pero fracasé.

La puerta de la cocina estaba entreabierta y se veía luz al otro extremo de la casa: una ventana que daba a un jardín descuidado y desierto.

No sé por qué caminaba de habitación en habitación, buscando algo. ¿Buscando qué? De todos modos, habían quitado todo. Además de la extraña escarpia de un cuadro y unos viejos rieles de cortinas, no quedaba nada de una historia familiar ahora demolida, embalada, subastada, dada como artículo de segunda mano, distribuida de algún modo, a alguien. Quizá se hubieran llevado todo y lo hubieran reensamblado bajo otro techo, como en los viejos tiempos, o casi igual, un poco mejor, un poco peor, pero más o menos igual. Podía ser. Pero el olor a deterioro era inconfundible.

Subí por las escaleras y miré hacia abajo, a la carretera, desde la ventana del dormitorio principal. Una, imagino, podría acostumbrarse a cualquier vista, pero parecía una perspectiva deprimente para despertarse por la mañana. Fachadas falsas, ventanas anónimas, sombríos setos de ligustro y plantas perennes, sin tráfico destacable, aparte de la furgoneta del lechero que pasaba traqueteando una vez al día. Al menos eso era algo que escuchar. Y el sonido del radiador repiqueteando silenciosamente mientras seguía elevando más polvo hacia las paredes. Era una circunstancia en sí misma. Una que podría volver majareta a cualquiera.

¿Qué hacía la gente en las casas? Me pregunté a mí misma y me di cuenta de que no lo sabía. Imagino que debí de haberlo sabido alguna vez. Quizá fueran de habitación en habitación evitando que el polvo se posara sobre el papel pintado, colocaran el cuadro que siempre estaba torcido, a pesar de los numerosos intentos para enderezarlo, hasta que alguien finalmente se rindió. O le habían obligado a rendirse.

Bajé por las escaleras y vi que la puerta de la cocina daba al jardín trasero. Estaba atascada, la madera hinchada por la humedad comenzaba a pudrirse bajo la pintura que se levantaba. Apoyé mi hombro contra ésta y el cristal texturizado cedió, estallando sobre el escalón de hormigón que había fuera. Una ráfaga de aire frío entró por el agujero. Intenté patear la puerta con el pie, y finalmente cedió. La casa, el lugar, todo parecía mejor desde atrás: abandonada, privada, un poco descuidada. En lugar de una intimidante hilera de fachadas, tan solo había una distante hilera de casas, envueltas en viejos árboles y sotobosque, con vallas entre ellas. Caminé a lo largo de la vereda de gravilla, que recorría el húmedo y largo césped junto a una franja de tierra oscura que quizá hubiera estado antes cubierta por flores en cada estación, pero que ahora estaba desnuda, aparte de unos pocos arbustos raquíticos, y me giré para ver la casa desde atrás. Las dos ventanas del ático en el tejado inclinado delataban habitaciones que se me habían escapado cuando me encontraba dentro de la casa. No podía recordar si había visto que la escalera siguiera hacia un piso superior, ni por qué, después de pasar tanto rato pensativa junto a la ventana de la habitación del primer piso, no me había molestado en seguir subiendo para explorar las habitaciones que había bajo el tejado.

Ahora, repentinamente y de manera extraña, de una manera que no podía explicar, tuve la sospecha de que la casa no estaba completamente deshabitada. Alguien vivía arriba en esas habitaciones, o habitación, ya que quizá ambas ventanas pertenecieran a la misma habitación. Creí haber visto el contorno de una cara que miraba hacia mí, fugazmente, pero ocurrió tan rápidamente que no podía estar segura de que no fuera un efecto de la luz, o de mi propia imaginación, confundida posiblemente por algo que se movía en el exterior, la sombra de una nube avanzando sobre el cristal.

Empecé a sentir los pies fríos, ahí de pie en la tierra húmeda. Me encendí un cigarrillo y aplasté la cerilla contra la tierra, observando. Vi que la parte trasera de la casa no tenía ninguna relación con el estilo de la fachada delantera. Ventanas sencillas, ladrillo barato, y una agradecida ausencia de ornamentación. Directamente, de mala calidad, como la parte trasera de las casas vecinas. Seguí observando aquellas dos pequeñas ventanas bajo el tejado durante un rato, pero no vi nada. Mientras, alguien me estaba observando.

Una mujer mayor, con una bufanda enrollada bajo la barbilla y que ocultaba su pelo gris, estaba de pie y casi inmóvil en medio del jardín trasero de al lado, mirándome sobre la valla de madera que dividía los territorios. La expresión de su rostro no era gran cosa, una sonámbula cautelosa, un hogareño perro canoso provocado por un intruso, la vieja perra me miraba ahora con una mezcla de suspicacia y curiosidad. Tuve la impresión de que si en algún momento había tenido alguna intención de salir para averiguar qué estaba haciendo, hacía tiempo que la había olvidado.

—Buenos días —dije en voz alta, deliberada y educadamente. Parpadeó, lentamente, pero no dijo nada. Parecía estar considerando qué respuesta, si alguna, era la apropiada. Mientras tanto yo había vuelto a poner mi atención en las ventanas del ático. En esta ocasión estuve segura de que había visto moverse algo, la silueta oscura de una cara se asomaba tras el cristal para volver a esconderse un instante después.

Oí un sonido de husmeo. La vecina se había acercado a la valla de madera, era un animal salvaje atrapado hace mucho tiempo, un inquilino domesticado en un recinto del zoo, cuya cautela instintiva

y su timidez inicial serían derrotados por su glotonería por el cotilleo. Llegaba justo a asomar su barbilla por la parte superior de la valla.

—¿La puedo ayudar?

Su voz sonaba cascada, como si no la hubiera usado en varios años. Consideré la pregunta, estudiando su esquelética y pálida cara, y miré hacia las ventanas del ático una vez más, brevemente.

—No sé —le dije. Enterré la colilla con el pie en la grava. Ella me observó, la acción deliberada con el pie, como si hubiera espachurrado un insecto o quemado alguna alfombra formando un agujero. Decidí ponerla a prueba:

—¿Hay alguien ahí arriba? —pregunté espontáneamente, señalando hacia el tejado con las dos ventanas—. ¿Qué cree?

Me miró fijamente, con los ojos como platos, descoloridos; miraba hacia el tejado, después me miró a mí de nuevo.

—Sentimos mucho lo de la muerte del hombre —dijo finalmente. Miré su cara, y ella me miró también: no estaba segura de si su mirada era de simpatía o de acusación—. Hablaba de usted con frecuencia —continuó, sopesando ahora sus palabras, estudiándome. Caminé hacia atrás y mis tacones se hundieron en la tierra húmeda—. Pobre alma vieja —su voz había ganado cierta potencia ahora, sin dificultades, engrasada y húmeda, una rueda suelta corriendo cuesta abajo—, nadie venía a verlo, casi nunca tenía visitas. No dudo que todos tengan una vida que llevar, pero sé cómo se siente una. Porque yo también estoy sola. Pero al menos tengo salud. Él, estos últimos años, siempre estaba enfermo. Aún así, me afectó, aunque una lo esperase.

No dije nada, pero vi un hombre viejo estirado bajo una sábana blanca: los ojos cerrados, la nariz afilada, los pies desgastados puestos uno junto a otro. Una vez hubo terminado el funeral todo tenía que estar dispuesto: la ropa interior, varios pares de zapatos, ropa usada, cajones repletos de viejas facturas, correo, y el envejecido perro, ya casi ciego. Quizá incluso ahora se encontrara el ático lleno de recuerdos que no había tenido el coraje de tirar, o el tiempo: tontos souvenires de infancias superadas, con torpes inscripciones tipo «te quiero, abuelo», postales enviadas desde el extranjero hacía tiempo en el primer tirón de libertad tras irse de casa, su vieja cuchilla de afeitar, unas gafas de leer con una lente

rota.

—¿Va a vivir usted aquí ahora?

No me esperaba la pregunta, ni creía que fuera de su incumbencia.

—¿Por qué? —pregunté con frialdad.

—Ha estado vacía demasiado tiempo —continuó, en tono agraviado—. Me pone nerviosa, viviendo al lado. A veces, por la noche, empiezo a imaginar que oigo cosas. Ruidos, como si alguien se estuviera moviendo alrededor. Me da miedo. Podrían asesinarnos en la cama. Y no es bueno para el vecindario. La gente creerá que algo pasa en este barrio. Lo cual no es cierto.

—¿No?

—Claro que no. Ésta siempre ha sido un área muy deseada.

Empecé a notar que la había ofendido, y que se había sentido atacada. Devolví el golpe.

—¿Está segura? Tengo la impresión… Entiendo que la casa lleva ya un tiempo a la venta.

—Así es como comienzan los rumores —continuó, acusando abiertamente ahora—, y antes de saber dónde estás, ha caído la valorización de la propiedad y nadie quiere comprar. Ya es hora de que se ocupe esta casa, y de que no se deje que se arruine.

—¿Y qué quiere que haga? —pregunté, estudiando el conjunto de su barbilla sobre la valla de madera, las endurecidas córneas de sus amarillentos y venosos ojos.

—Eso lo tendrá que decidir usted —dijo cortante—. Pero ya es hora de que alguien ocupe esta casa. Quiero decir, por supuesto, la persona adecuada. Incluso si tuviera que hacer algún sacrificio personal, financiero o de otro tipo. Uno tiene un deber.

—¿Un deber?

—De mantener las normas.

—No entiendo —dije, intentando sonar amigable, mantener a raya su obvia y creciente hostilidad—, qué podría hacer yo al respecto. En todo caso —continué de modo tranquilizador—, estoy segura de que alguien buscará un hogar, una vez que el precio le parezca justo.

—Sí, claro —soltó de repente— y la gentuza se mudará aquí de inmediato.

Intenté pensar en alguna respuesta adecuada, pero pensé que

nada podría penetrar esa densa cabeza.

Dijo:

—Hace un mes vieron pasear calle abajo a una familia de color.

Respondí:

—Yo no creo que esta zona sea deseable. No la querría como vecina.

—Siempre fui muy buena con su padre —espetó—. Más que algunos, que deberían haberlo sido. Como sus familiares. —Se alzó ligeramente, agarrándose de la parte superior de la valla con las dos manos, las articulaciones agrandadas y deformadas por una dolencia artrítica. La valla se sacudió un poco bajo su peso, pero ganó algo de altura con el intento. Se me estaban helando los pies, pero si mantenía mi postura era porque tenía interés en ella; y recordé que había oído extraños ruidos por la noche, que podían venir de cosas que no eran imaginaciones terroríficas en la oscuridad.

—Para serle sincera —continuó, y la valla se agitaba con su énfasis, un listón se soltó—, en los últimos años, su padre ya no era lo que solía ser. Como vecino y residente, quiero decir. Por supuesto, era viejo, ya lo sé. Pero, de todos modos, dejó que se estropearan las canaletas, y se negó a reparar la valla. Se habría venido abajo si no hubiera encontrado a un abogado.

—Tiene suerte de conocer a un abogado que sea bueno con el martillo —dije—. ¿Cree que hay algo o alguien ahí arriba? —repetí, señalando hacia el tejado, hacia las dos ventanas del ático—. ¿Qué tipo de ruidos suele escuchar por las noches?

Me miró, miró al tejado, me miró de nuevo, como si no entendiera la pregunta. Un cierto recelo se coló en su mirada, como los agujeros tallados en las caras de piedra, que dan una cierta ilusión de visión: así es como miraba, me veía.

—¿A qué está jugando? No diré nada más. No me va a pillar así. Se quiere deshacer de mí ¿no? Demostrar que la vieja está loca ¿no? Eso le iría de perlas a su jueguecito. Pero no me va a pillar así. No voy a contar nada.

Me acerqué a la valla. Se me hundieron los pies en el blando barro del lecho de flores desnudo, la superficie cedió bajo mis pies. Se alejó de la valla, que temblaba, y se retiró, caminando hacia atrás y de manera vacilante hacia su casa.

—No me está entendiendo —le dije de manera tan amable como sabía. Pero no ayudó. Estaba acribillada por el miedo, petrificada por ello.

—No hablaré con usted —gritó. Entonces añadió, a través del creciente espacio entre nosotras—: Pero diré esto: la gente se está mudando aquí. Gente oscura, gente rara. Y es todo culpa suya. —Quería decirle que no tuviera miedo, pero no sabía cómo comenzar —. Llamaré a la policía —avisó de modo estridente—. Es más, el viejo perro que su padre insistía en tener, apestaba. Maldita perra asquerosa. Entraba por el agujero y me estropeaba la rosaleda.

Acababa de subir el escalón de hormigón y ahora abría la puerta, con las manos temblorosas por el temor combinado de la edad y la indignación, una falta de control nerviosa. Dio un portazo tras de si. No había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Me quedé ahí un momento, mirando a mi alrededor a los desolados jardines invernales, los árboles desnudos, arbustos tristes y desaliñados, reducidos en la poda a un nudoso cúmulo de secos palos, como dedos, en la cruda estación, antes de caminar lentamente de vuelta por el camino de gravilla hacia la puerta de la cocina. La cerré de golpe, y recordé echar el cerrojo. Al caminar de nuevo hacia la entrada oí el eco de mis propios pasos sobre los tablones de madera desnudos, con sus notorios agujeros y defectos, alrededor de las manchadas escaleras y por las habitaciones vacías que había estado ocupadas hacía tiempo. ¿Pero cómo? ¿Habían sido habitadas por completo alguna vez, usado cada rincón y cada esquina, o también era una mentira?

¿También? Me descubrí preguntándome porqué había usado la palabra. ¿Qué había hecho que me viniera a la mente? Estuve parada unos minutos más en el vestíbulo, preguntándome por qué había venido aquí, desperdiciando tanto tiempo. Era, después de todo, una casa vacía, sin duda como cualquier otra. Me encendí otro cigarrillo y dejé caer la resplandeciente cerilla sobre el piso decapado y polvoriento, donde cayó en una oscura ranura entre los podridos tablones. Inhalé profundamente antes de irme, exhalando una nube de humo azul por la silenciosa escalera. Estás, hay alguien arriba, me pregunté, pero no lo dije en voz alta. No tenía, pensé, demasiado sentido, y no estaba segura de que aún me importase. Ni esperaba una respuesta.

Cerré la puerta de entrada de un portazo y devolví la llave al agente inmobiliario de la calle High con una educada sonrisa evasiva.

11

ESTA NOCHE TUVE OTRA VISITA del inspector de policía Smith, quien vino a verme tras la cena. Había pasado la segunda mitad del día de manera bastante agradable, grabando mis impresiones de la mañana, leyendo un poco de las obras completas. Su llegada me recordó el desgraciado incidente que me había contado en su anterior llamada, y le aseguré al inspector que visitaría a la señorita Wyckham en un día o dos. ¿Cómo estaba la pobre mujer? Esperaba que esta visita no significara que ¿su estado había empeorado?

La cara del inspector parecía inexpresiva, como si no entendiera de qué estaba hablando. Le di tiempo para recordar, pero tuve la firme impresión de que había olvidado a la pobre señorita Wyckham y su desgracia. Obviamente, la señorita Wyckham era ya un asunto olvidado. Mucho había ocurrido en el ínterin, unas cuarenta y ocho horas en mi libro, solo dos días, pero a años luz por lo que a él respectaba.

Dijo que había venido por otro asunto. Por lo visto, la casa vacía que había visto esa mañana había sido reducida a cenizas por el fuego. Era demasiado pronto para saber si había sido incendiada a propósito, pero era extraño, ya que la casa llevaba vacía bastante tiempo. No se podía descartar la posibilidad de un incendio provocado, habría una reclamación por parte del seguro, pero mientras estaba el asunto del vandalismo, los vagabundos o merodeadores borrachos de alcohol metílico, incluso ocupas. ¿Había visto algo sospechoso mientras estaba ahí? Negué lentamente con la cabeza. ¿Por qué había ido a inspeccionar la casa? Le dije que estaba pensando en comprarme una casa en la zona. Pareció satisfecho con mi respuesta, no continuó preguntando. ¿Había recorrido toda la casa? No, le dije, no me

había molestado en subir a las habitaciones del ático, en las cuales reparé desde el jardín. De hecho, seguí, dudé… me presionó para que dijera lo que estaba pensando, y le dije que había hablado con una vecina, una señora mayor que me pareció marcadamente extraña. ¿En qué sentido, extraña? No sé, dije vagamente, buscando las palabras. Me daba la impresión de que no estaba del todo bien de la cabeza. Parecía resentida, de alguna manera, sobre el hecho de que el sitio estuviera vacío. Y, sin embargo, no parecía pensar que la casa estuviera vacía, sugería que oía cosas, sobre todo por la noche. Y, obviamente, observaba el lugar día y noche: en cuanto me vio aparecer en el jardín trasero salió por su puerta trasera para averiguar que hacía ahí. Me encogí de hombros.

—No sé —dije—, probablemente tan solo esté un poco chiflada. Pero quizá quiera hablar con ella.

Apuntó una descripción de la vieja perra, y el hecho de que su casa era la que estaba a la derecha, viniendo de la carretera principal.

—¿Está muy dañada la casa? —pregunté, mientras el seguí apuntando en su libreta.

—Creo que sí. De hecho, la declararán siniestro total.

—¿De veras? Eso es malo, para los dueños, quiero decir.

—Al contrario —dijo con sequedad, cerrando su libreta y el bolígrafo—. Según el agente inmobiliario, ha estado a la venta desde hace meses, y obviamente estaba teniendo dificultades para deshacerse de ella. A un precio aceptable, por supuesto. Y puesto que estaba asegurada al precio de venta, no creo que corran muchas lágrimas por ello.

Metió la libreta y el bolígrafo en el bolsillo superior de la chaqueta y se levantó para irse. Por primera vez vi, por el tono sarcástico de su voz que así me lo indicaba, que el hombre había trabajado duro para alcanzar una clase y un estilo de vida que no podía permitirse. El precio de venta era uno que no había podido encontrar. Estaba resentido por ello, oh, cómo los odiaba por rechazar una oferta razonable. Pero no era suficiente, y quizá nunca fuera suficiente. Se sentía infravalorado, engañado. Supongo que el hecho de que él hubiera permanecido siendo honesto lo hacía mucho más amargo.

12

TODAVÍA NO HA HABIDO NINGÚN intento de contacto, ninguna señal de ningún tipo, que yo sepa. Tengo que admitir que esto empieza a preocuparme un poco, por varios motivos. Y además este sitio me parece tedioso. Mis días tienen poco de memorable, y me aburro fácilmente en los largos intervalos entre las comidas; más aún durante las comidas, cuando me siento sola a la mesa, observando a escondidas a los otros huéspedes, y esperando no estar siendo observada; masticando incesantemente y con indiferencia, como si, aunque intuía que me estaban observando, no me preocupara la situación. Y además la comida es tan aburrida, con el menú mostrando solo redundancia disfrazada de variedad, anunciando los cambios de la monotonía.

Mi situación se hace más difícil por el incomodo hecho de que no sé con qué individuos, si con alguno, debería fomentar y posiblemente cultivar la conexión de la urbanidad y establecer relaciones cercanas, y/o a cuales debería evitar. Y llegado este punto no puedo excluir por completo la posibilidad de que ignoro algún vínculo vital, una pista importante, ya sea una palabra o una cara, y que por tanto ya he perdido la señal para entrar en la acción prevista. Mi crónica no ha sido muy alentadora hasta ahora, con dos visitas de la policía local en los tres primeros días.

Esta mañana en el desayuno vi a un hombre que me interesó, que por alguna razón me resultaba familiar, aunque no podía decir por qué. Era moreno, tirando a canoso, firme: se movía con indiferencia, sus miembros de hueso ancho metidos en ropa de calidad, como si no perteneciera a este lugar, pero al que no le importaba quien lo viera. Ojeaba el diario matinal como examinándolo, sin tan apenas mirar a la camarera que le tomaba

nota, y usaba mucha sal. Con los codos apoyados en la mesa, las piernas sobresalían estiradas por debajo del adornado mantel, y de vez en cuando miraba su reloj de oro como si el mundo lo estuviera esperando, pero tuviera que aguardar un poco más, hasta que a él le viniera bien marcharse. Esperé a que cruzara su mirada con la mía, pensando… me puse bastante nerviosa con el pomelo que intentaba pelar, notaba cómo mi cara se ponía incómodamente roja y caliente, mi pulso se aceleraba; pero aún cuando comencé a sentir el bombeante músculo en mi pecho, intenté proseguir mi tarea con un aspecto indiferente, relajado y despreocupado. Cuando miró hacia mi dirección, no hizo ninguna señal de reconocerme. No sabía cómo tomarme esto, o qué podía significar. Entonces se levantó y abandonó el comedor, sin echar una segunda mirada en mi dirección. Más tarde, en el vestíbulo, vi que abandonaba el hotel.

También me pone nerviosa el dinero de la maleta. Es una cantidad excesivamente grande, y el armario del hotel no es un lugar demasiado seguro si voy a seguir en este estado de limbo durante mucho más tiempo. También se me ha ocurrido la posibilidad de que alguien, que sepa sobre el dinero, esté jugando ahora a esperar y observar, una guerra de nervios que se supone que perderé. No asumiré riesgos.

Con este prominente pensamiento en la mente, me preparo para llamar al banco. Abro el armario con llave, sacó suficientes fajos de billetes de la maleta como para proveerme de mis necesidades actuales y las posibles futuras, y escondo el dinero bajo pilas de ropa y ropa interior en cajones que puedan ser cerradas con llave. El resto lo volví a meter en la maleta, y me dirigí hacia la calle High.

Quizá esté empezando a ser hipersensible con respecto a la impresión que causo a los extraños, pero creí que la cajera tras la pesada ventanilla enrejada parecía claramente sorprendida, casi alarmada, cuando entré al banco y lancé la pesada maleta sobre el mostrador. El bulto ocultaba gran parte de la vista que no estuviera ya tapada por los barrotes, pero, por lo que pude deducir de su cara, una podría pensar que se hubiera escapado del zoo, o que conocía mi cara por algún motivo, había oído mi reputación y había estado esperando, irracionalmente, que no viniera.

—Quiero ingresar este dinero en el banco —dije en voz alta y

clara, dando palmaditas en la maleta. Sentí que tenía que explicarlo claramente. El hombre tras los barrotes parecía más confuso aún.

—¿Tiene una cuenta con nosotros? —tartamudeó.

—Por lo que sé, no —dije sinceramente—. ¿Es necesario?

Más allá en el mostrador, un primate superior que vestía una vieja gabardina y que había estado recogiendo cacahuetes de la ventanilla enrejada me miraba fijamente. Los barrotes se curvaban sobre nuestras cabezas para evitar que un escalador persistente pudiera pasar por encima.

—Un momento —farfulló el joven. Se deslizó del taburete y desapareció tras una puerta que decía privado. Pasado un rato estaba de vuelta.

—¿Sería tan amable de pasar? —me dijo con suavidad, indicándome la puerta que había cerca de la entrada, en la que ponía director. Estaba hecha de madera de caoba, con un rico revestimiento oscuro. Llamé con timidez y una voz dijo—. Entre. —Parecía que había un paso alternativo a los barrotes ostentosamente protectores para entrar, o salir, de este excepcional zoo.

El director parecía una versión más vieja y canosa del cajero joven, uno que hubiera ganado en sustancia. Podía haber sido su padre, pensé, mientras se levantaba pesadamente de la silla y se acercaba para darme la mano por encima de la ornamentada mesa con la parte superior acabada en cuero.

—¿Así que desea abrir una cuenta?

Dije que sí, que quería. Dijo que el banco requería normalmente referencias, como simple garantía.

—Una mera formalidad, entenderá —añadió, lanzándome una sonrisa aburrida, falsa.

Bueno, dije, eso era un poco extraño, ya que estaba ansiosa por depositar inmediatamente algo de dinero en un sitio que se suponía seguro. No era como si estuviera pidiendo un crédito o algo así.

—¿Cuánto dinero, si me permite preguntar? —inquirió, condescendientemente, pensé, extendiendo sus arrugadas manos sobre los muchos papeles esparcidos por su mesa.

Abrí la maleta.

Media hora después (llevó un tiempo contar todos los billetes) salí del banco con mi primer talón de cheques, debidamente grabado con mi nombre falso, con el que me había acostumbrado a

firmar con naturalidad. Durante el ínterin, una metamorfosis total había ocurrido. El último vestigio de la insulsa concesión del director del banco había desaparecido. Parecía estar sufriendo una conmoción. Cuando le di mi nombre como la señora Dean, no le facilité ninguna otra identificación, y le dije que estaba buscando algún sitio donde vivir y que estaba alojada temporalmente en el hotel El cisne negro. No me hizo más preguntas, simplemente apuntó esta escasa información.

—Le gustará este lugar —dijo, sin venir a cuento, haciendo una pausa innecesaria con el bolígrafo, como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo—. Nos ahorramos la mayor parte de la parte sórdida de la vida, lo que uno llamaría los horrores de la gran ciudad. —Sonrió, y esta vez su sonrisa no era tan amplia, o tan falsa: era leve, lánguida, e irreflexiva—. Sin barrios pobres, ni industria pesada, ni el influjo de los indeseables inmigrantes. Espero que sea muy feliz aquí. Permítame darle la bienvenida en nombre de toda la comunidad. —Insistió en estrechármela mano de nuevo, añadiendo—. El cajero arreglará los detalles, —y cruzó la estancia para acompañarme hasta la puerta, sujetándola abierta para que pasara.

El joven de detrás del mostrador obviamente había intentado recomponerse en ese transcurso de tiempo, pero sin mucho éxito. Su pulcra y vulgar cara parecía aturullarse mientras contaba los billetes, el ceño fruncido entre sus pequeñas cejas, la piel ligeramente sonrojada, todo eso me sugería algún tipo de perturbación que más bien parecía enfado. Mi propia emoción predominante, mientras tanto, era de simple alivio por el hecho de que la autenticidad de los billetes no fuera cuestionada. No siendo una experta en falsificaciones, al menos por lo que sé, la posibilidad de que fueran falsos no se me había escapado. El cajero había terminado finalmente de contar, de hacer la suma, y de rellenar algún tipo de recibo que me pidió que firmara. Me observó a través de los barrotes mientras mi mano se deslizaba con facilidad por la hoja de papel, firmando, casi sin dudar, con mi nombre falso. Lo que en términos bancarios se denomina una firma normal, para proteger de abusos como la suplantación y los fraudes de cheques.

Tuve que esperar un poco a que mi talón de cheques estuviera preparado. No había mucha actividad en el negocio, con tan solo

otro cliente en el mostrador.

—¿También le gusta vivir aquí? —pregunté al cajero joven, que no tenía nada que hacer, recordando las palabras de su jefe, el director, que podía haber sido también su padre. Encogió los elegantemente entallados hombros, que inmediatamente volvieron a su sitio.

—Supongo que depende de lo que uno busque —dijo de mal humor—. Es muy pacífico, tranquilo, limpio, ese tipo de cosas. Pero nunca ocurre nada por aquí.

—¿De veras? —dije—. He oído que hubo un incendio ayer mismo.

—Quiero decir que no es el lugar adecuado para estar si se quiere entrar en el mundo de los negocios. Es tan solo una ciudad dormitorio para la ciudad más grande, donde está la verdadera acción. Pero a las mujeres les gusta —añadió amargado—, y supongo que no se las puede culpar. Aire limpio y puro, un buen lugar para criar a los hijos, tranquilo. Ese tipo de cosas.

—¿Está seguro? —le pregunté, pensando en las mujeres que había conocido hasta entonces, incluyéndome a mí misma. Recordé a la pobre señorita Wyckham—. Oí que casi mataron a una mujer hace unos días, justo bajando la calle.

—Todo va demasiado lento —murmuró, como si no hubiera oído ni una sola palabra de lo que había dicho—. Hipoteca, incrementos anuales, plan de pensiones. Mi mujer quiere mandar a nuestras dos hijas a un colegio privado de la zona. Estaré totalmente atado durante los próximos veinte años.

Una mujer joven apareció de su santuario particular y le dio un talón de cheques, que deslizó sobre el mostrador, por debajo de bajo la ventanilla enrejada, hacia mí. —Páselo bien— dijo con amargura, como si hubiera olvidado su posición.

—Lo intentaré —dije.

13

DECIDÍ QUE YA ERA HORA de hacerle una llamada de caridad a la señorita Wyckham, cuyos infortunios no había olvidado en absoluto, a pesar de mi propio dilema, o quizá precisamente por eso. Un acto de misericordia al menos me daría algo que hacer. Haciendo preguntas en la recepción del hotel averigüé que el hospital San Quentin estaba muy cerca de aquí, justo pasado el puente del ferrocarril, al final de la calle High.

Era la primera vez que caminaba sobre la joroba que cruzaba las vías del tren. Vi los pocos edificios al otro lado, que eran mucho más pequeños y viejos, y al fondo unas tiendas y talleres minúsculos. En un taller de reparación de calzado, un hombre con un largo delantal trabajaba entre pilas marrones y negras de hormas de cuero desgastado, arañadas, aplastadas por detrás, fragantes con olor viejo, abultadas y deformadas por historias de callos y pies doloridos, cuyos dueños todavía no habían acabado con ellas. Ratones pequeños en jaulas minúsculas con paja y serrín para animales, mientras un indeseado perrito ladraba y movía su colita esperando entusiasmado a través del cristal y un viejo y embarrado loro enfadado sobre su posadero, con aspecto de haber vivido tiempos mejores y saberlo. Finalmente, una tienda de segunda mano donde los pecios del pasado parecían haber sido arrastrados por el agua. Tanto, que escupía algunos sobre el pavimento, feas mesas con superficies arañadas, sucios sillones que vomitaban sus tripas, vestidores pasados de moda y sin espejo, un espejo suelto que no pertenecía a ningún sitio apoyado sobre la pared, otro resquebrajado, una silla coja con el respaldo roto, un cacharro sin función, un harapiento y oxidado cochecito de bebé, un armonio que había estado en silencio desde hacía años y que sería incapaz

de producir sonido alguno, unas viejas figuras de porcelana de perros y mujeres, y una mecedora que no tenía a donde ir.

Tan apenas había casas o edificios más allá de este punto, descampados bordeados por ortigas, la sinuosa carretera, como me habían dicho, a la derecha. Y ahí estaba, un moderno complejo hospitalario enorme, apartado de la carretera en una extensión asfaltada con accesos especiales para ambulancias y un aparcamiento para coches delimitado con pintura blanca, un bosque de señales para los diferentes departamentos que parecían apuntar todas a la misma dirección, y unos tristes macizos de flores que no tenían nada salvo tierra marrón. Parecía que el complejo pudiera tragarse holgadamente la comunidad entera a la que se suponía que debía servir sin remilgos; las superficies de cristal del bloque de la torre central reflejaban el cielo y las cambiantes nubes, y parecía como si no estuviera ahí realmente, o éste hubiera asumido el aspecto de la atmósfera circundante como camuflaje, insustancial como el viento y el tiempo.

Unos ojos que no había visto me vieron llegar y las puertas de cristal se abrieron espontáneamente para tragarme. Una vez que estuve dentro, el ánimo era bastante diferente, para nada sugería la imagen de un palacio aéreo ubicado en las nubes. Era marcadamente terrenal. Porteros masculinos y jóvenes mujeres en ropa de trabajo blanca caminaban enérgicamente por el vestíbulo principal dirigiéndose hacia varios pasajes blancos, empujando sillas o camillas cargadas con cuerpos en varios estados de decrepitud, miembros rígidos en escayola o apiñados con desánimo en batas de rayas. Otras jóvenes uniformadas llevaban montones de archivos y placas de rayos de aquí para allá, mientras en el vestíbulo principal varias estaban sentadas tras una barricada de mostradores de recepción y conducían a un diverso surtido de civiles desorientados a sus puestos. Mucho de estos visitantes maleducados, cuyas ropas normales sobresalían como totalmente andrajosas en este entorno uniformemente higiénico, parecían desconcertados, y tenían que recibir repetidamente instrucciones en un lenguaje que no acababan de entender, como una población indígena invadida por una civilización extraterrestre y, sin duda, superior. Mientras tanto, decían nombres por el intercomunicador, los buscas sonaban en las solapas del personal más importante,

parpadeaban luces rojas y verdes, y los ascensores abrían sus puertas de acero inoxidable a intervalos regulares para llevar cuerpos humanos a las regiones superiores o inferiores.

Había varias hileras de bancos entre los ascensores y los mostradores de recepción. Todo los sitios estaban ocupados. No había esperado que hubiera tantos, hombres y mujeres, jóvenes, viejos y de mediana edad, todos pacientes, sin hablar mucho, tan solo esperando su turno. En la mayoría de los casos no se podía saber qué les pasaba, pero se podía adivinar que la mayoría de ellos llevaba ahí sentada desde hacía horas, y que lo había hecho ya antes. La gran mayoría se había acostumbrado a ello, sus caras parecían resignadas.

La chica que había tras el mostrador de información me envió a la cuarta planta, y una vez que el silencioso ascensor me hubo susurrado me encontré en un espacio igualmente higiénicamente limpio pero sutilmente diferente. La atmósfera era más relajada, lo inusual había adoptado el ánimo de lo diario. Una señora mayor estaba sentada en una silla de ruedas propulsada por una joven enfermera junto al ascensor, esperando a ser llevada a alguna parte. Mientras tanto mantenía una animada conversación con la enfermera, tirando de la sábana que envolvía sus piernas. Unos metros más allá un joven estaba echado sobre una camilla, aparentemente olvidado: por la manera en la que se levantó sobre su codo para mirarme cuando pasé por las puertas del ascensor, adiviné que llevaba esperando ya un rato a que lo recogiesen.

Dentro de la sala pregunté a una enfermera, y averigüé que la señorita Wyckham estaba en la cuarta cama de la derecha, con la cabeza vendada, elevada sobre una pila de almohadas. Su cara tenía un oscuro tinte amarillo. Bajo las sábanas su cuerpo formaba un ligero montículo, y los brazos yacían inertes e indiferentes sobre el cubrecama, como si los hubieran colocado ahí. Parecía tener la mirada fija en algún punto del techo.

—Querida —dije, inclinándome hacia ella en actitud de una preocupación que casi sentía—. ¿Cómo está?

Sus ojos se abrieron más, pareció repentinamente sorprendida, como si hubiera visto un fantasma. Parecía hundirse en las almohadas, o lo intentaba, sin éxito.

—¿Quién eres? —murmuró, intentando coger aire, y entonces

espetó más alto—: ¿Por qué has venido a acosarme? ¿Qué daño te he hecho yo? —Se puso las dos manos temblorosas sobre la cabeza vendada, como para protegerla—. Voy a llamar a una enfermera —dijo amenazante, mirándome con furia—. Enfermera —dijo sin fuerzas, intentando encontrar con cierta dificultad a una, y después, en un tono de voz más fuerte y casi perentorio—: ¡Enfermera! Venga aquí inmediatamente.

Avergonzada y algo perdida me quedé junto a su cama, sin saber qué hacer, y era intensamente consciente del hecho de que la atención de aquellos pacientes en la sala que estaban lo suficientemente conscientes para poder otorgársela a algo caía ahora sobre mí. Una enfermera joven se dirigió bruscamente hacia nosotras y le tomó automáticamente el pulso a la señorita Wyckham en cuanto alcanzó la cama.

—Y bueno —dijo firmemente, como si le estuviera hablando a un niño incorregible—. ¿Qué es todo esto?

La señorita Wyckham jadeaba para coger aire. —Desháguese de esta persona— decía entre resuellos—. No me voy a alterar. Llame a la policía.

La enfermera me miró desde el otro lado de la cama, y su mirada era casi conspiratoria, con una evaluación muda, un recelo compartido. —Se ha puesto así con varias visitas —me dijo, apartándome de la cama—. No esté molesta. Si espera fuera unos minutos veré qué puedo hacer. —Volvió junto a la señorita Wyckham y se agachó, dándole palmaditas en la mano—. Y bueno —dijo de nuevo en voz alta, como si la figura recostada pudiera estar algo sorda—, no podemos seguir así ¿a que no? Esta señora ha venido hasta aquí solo para verla. Creo que es hora de una de sus inyecciones.

No sin cierta reticencia, permití que la enfermera me condujera hasta la puerta vaivén principal, y entonces me dijo de modo tranquilizador:

—La avisaré en cuanto se haya calmado. Me temo que lleva así desde que recobró la conciencia. Pero es bastante normal. No hay nada de lo que preocuparse.

Me senté en un banco del pasillo, cerca de una gran extensión de cristal por la que se podía observar el cambiante paisaje de cielo nublado. Una señora mayor estaba sentada cerca en una silla de

ruedas, observando a dos hombres vestidos de portero de hospital, que acababan de empezar a trasladar al hombre echado sobre la camilla. Una robusta enfermera en su primer año con un uniforme de rayas, desnudos brazos rechonchos y una cara redonda repleta de pecas asomó la cabeza por la puerta vaivén de la sala.

—¿Todo bien, señora Baxter?

La mujer se mostraba dubitativa. —¿Cuánto rato voy a tener que esperar así?— preguntó quejumbrosa. Las articulaciones de sus deformadas manos estaban inflamadas. Su cabeza se agitaba sin control.

—No mucho, cariño —contestó alegremente la joven—. Pero tenemos mucho trabajo hoy.

—Creía que se habían olvidado de mí —se quejó la señora mayor. A nadie, ya que la enfermera se había esfumado una vez más tras la puerta de la sala. Pude oír su voz al teléfono, que provenía de la pequeña oficina que había junto a la sala.

Se abrió la puerta una vez más y la enfermera experimentada que había atendido a la señorita Wyckham se inclinó hacia mí.

—Puede entrar ahora —dijo.

La seguí a través de la sala hacia la cama de la señorita Wyckham con bastante indecisión, con cierta reserva. En ese momento sentí que había sido un error ir. Pero esta vez la señorita Wyckham no reaccionó en absoluto ante mi reaparición. Simplemente estaba ahí tendida, floja, relajada. Saqué la silla de las visitas de debajo de la cama y me acomodé.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté al fin, sintiéndome tonta, sin nada mejor que decir. Movió ligeramente la cabeza en dirección hacia mí, como si hubiera oído algo pero no supiera bien qué era. Me miró como si viera algo, pero posiblemente no fuera a mí. Sus ojos, adormilados y desenfocados, no mostraban signos de que me reconociera, pero tampoco se oscurecieron del miedo.

—Todo el mundo es muy amable —dijo con voz mal articulada —. Tan amables. No quiero ser una molestia. No debería haber venido —añadió, pero esta vez su voz no era acusadora, sino humildemente agradecida.

—Tiene que ponerse bien —le dije, acariciando suavemente su mano inmóvil sobre el cubrecama. Medio esperaba que reaccionara como un animal salvaje, retirando la mano bruscamente, pero no

hizo nada así. Simplemente siguió ahí tendida y permitió el contacto, me dejó hacer lo que quisiera—. Y, bueno —continué con la misma voz tranquilizadora—, tiene que dejarlo todo atrás, eso es lo que pienso.

Me miró a la cara como si flotara en un sueño del que no podía despertar. —Solíamos ser tan felices— dijo lentamente, en voz tan baja que casi no podía oír las palabras. Los párpados se le cerraban.

—Sí —dije—. Solíamos ser tan felices —y me perdoné la mentira porque de todos modos ya no me estaba ni escuchando. Sus ojos estaban cerrados, su huesudas y estériles costillas con senos flácidos y exiguos tan apenas se movían con la lenta respiración, aunque podía ver cómo se movían intranquilos los globos oculares bajo los párpados cerrados. La observé durante un rato, pensando que ya era hora de marcharme sigilosamente, aunque seguía preocupada por su estado. La enfermera que me había acompañado me vio mirar a mi alrededor con incertidumbre y se acercó.

—Eso está mejor —dijo, mirando a la cara de la señorita Wyckham. Se le había abierto ligeramente la boca. Comenzó a roncar—. Puede quedarse si lo desea, pero estará inconsciente una o dos horas.

—¿Está segura? —pregunté—. ¿Estará bien? ¿Cuánto tiempo lleva así?

—No se preocupe —dijo fríamente la enfermera, comprobando de nuevo el pulso de la inconsciente señorita Wyckham, esta vez con un reloj—: Es bastante normal. Es bueno para ella no alterarse. Tenemos que sedarla por su propio bien, y por el de los otros pacientes, que, de otra manera, no podrían descansar. Pero en cuanto se le pasen las alucinaciones estará como una rosa. Con suerte ni siquiera recordará lo que pasó. Por supuesto —añadió con amargura—, la policía no ha ayudado mucho, viniendo aquí a todas horas, perturbando su rutina. Nuestro trabajo es que se ponga bien, el suyo es solo averiguar quién lo hizo, y las dos funciones están en conflicto. Se pone frenética cada vez que le hacen preguntas, y no llegan a ninguna parte.

Le eché un último vistazo a la señorita Wyckham antes de irme. Tenía la boca cerrada de nuevo. Los vendajes de la cabeza se hundían pesadamente en las abultadas almohadas. Bajo los párpados cerrados, enmarcados por claras y cortas pestañas, los

globos oculares habían empezado a moverse con creciente agitación. Sus labios se movieron, parecían murmurar palabras ininteligibles y, entonces, para mi asombro, se curvaron formando una sonrisa.

14

UN JOVEN VINO A VERME hoy. Dice ser mi hijo. No sería, normalmente, un acontecimiento que hubiera considerado apuntar en mi libreta, pero fue muy persistente. Estaba entonces absorta en mi libro de la biblioteca, y me había impactado un pasaje en el que el autor describe la lógica humana como una red de meridianos y paralelos lanzados por el universo para hacerlo cautivo. Cuanto más pensaba en estas líneas, más convencida estaba de que tenía algo que ver con mi presente condición. Había escapado de la red, al igual que, como dice el autor, el sol y las estrellas no se ajustaban al patrón establecido por el hombre. Una sombra se interpuso entre mí y la lámpara de leer del silencioso vestíbulo del hotel, cayendo sobre las páginas de mi libro de la biblioteca.

—Hola, madre —dijo.

Levanté la vista y vi a este joven bastante convencional de pie junto a mi silla, vestido elegantemente, con una corbata oscura anudada con precisión bajo el cuello blanco de una camisa recién planchada. No había nada en su aspecto que resultara particular. No era el tipo de cara que se fije en la memoria: joven y sin arrugas, sin marcas distintivas (calculé que estaría en su veintena), lo suficientemente apuesto, supongo, de una manera insulsa, aunque advertí que sus oscuros ojos marrones tenían una mirada de incertidumbre, una tendencia a cambiar y perderse bajo escrutinio.

—Buenas tardes —dije con brusquedad, mostrándole mi enojo por sentirme molestada—. ¿Quién es? No creo que nos hayan presentado.

Su suave y joven cara se ruborizó un poco, y sus oscuros ojos marrones se convirtieron en una ciénaga pantanosa en la que se tropezaba. Pero lejos de alejarse con una excusa, continuó ahí de

pie.

—Pero madre —dijo, en un tono que podría haberse llamado halagador si hubiera sido utilizado, por ejemplo, por un camarero del hotel, pero que sonaba extraño viniendo de él—, seguro que reconoce a su propio hijo ¿no?

Bajé el libro con un suspiro, con cuidado de marcar la página que había estado leyendo. No podía imaginar qué quería de mí. —No sé nada de eso— le dije—. No me recuerda a nadie. Y si lo hiciera, tendría que haber sido hace mucho tiempo, cuando usted parecía un bebé. Las mujeres dan a luz a bebés, ¿sabe? No a hombres adultos. Además ¿qué quiere? ¿Por qué está buscando a su madre? ¿Seguro que lo han destetado ya?

Entonces me di cuenta de que quizá hubiera sido demasiado dura con él. Quizá tuviera un problema realmente: sin duda parecía incómodo. Intentó articular alguna palabra, su color se oscureció más aún, y sus ojos parecían ahora los de un hombre que se está ahogando y que no puede siquiera pedir ayuda.

—Bueno, de todas formas —dije amablemente—, ahora que está aquí, será mejor que se siente y se tome un café. —Se me había ocurrido también que el joven, a pesar de su apariencia, estuviera algo desequilibrado, y quizá fuera sensato bromear con él. Después de todo, no querría iniciar una escena en público.

Pedí café y el camarero trajo una bandeja en unos minutos. Tengo que decir que el servicio aquí me parece muy bueno.

El joven continuó de pie, incómodamente. Parecía sospechar, como si no estuviera seguro de si no le estaban tomando el pelo, o si no debería mantener la dignidad, ya que era posible que lo hubieran humillado. Lo vi mirar con cierto pudor alrededor a las mesas vecinas, en las que estaban tomando café. Le di unas palmaditas a la silla adyacente como si realmente fuera un niño pequeño y posiblemente mohíno, y finalmente accedió a sentarse.

—¿Cómo le gusta el café, señor…?

—Oh —dijo apresuradamente—, solo, con poco de leche. Sin azúcar. —Pero aún no se había presentado. Estaba incómodamente sentado al borde de la silla, observándome servirle el café. Después se inclinó hacia delante y empezó a beber, todavía sin decirme su nombre, o, para el caso, sin decir nada. El joven parecía inusualmente torpe en las conversaciones triviales.

—El tiempo —observé—, era bastante bueno esta mañana ¿no cree? Para esta época del año.

No contestó, aparentemente absorto en su propio café.

—Espero que esté a su gusto —dije, inclinándome hacia delante.

—¿Cómo? —Obviamente no había escuchado una sola palabra.

—El café.

—Ah… ah, sí. Está bien. —Colocó nerviosamente la taza vacía sobre el platillo, con un golpe demasiado fuerte. La gente de la mesa de al lado se levantó y se marchó. Oí que decían algo de dar un paseo por el río. Un repentino rayo de pálido sol atravesó la nube tras el cristal de la ventana. Tenía la necesidad de dar un paseo también, y tomar un poco de aire fresco.

—No le quitaré más tiempo —dije finalmente, amable pero algo enfática. El comportamiento del joven era totalmente antisocial, una podría decir que hasta era arisco—. Seguro que tiene que ir al trabajo.

Si se lo había recordado, parecía no inquietarse por sus obligaciones. Quizá se hubiera cogido el día libre. Simplemente negó con la cabeza, y entonces dijo repentinamente, abrupto y con un tono de acusación:

—Hemos estado todos muy preocupados por usted.

Me retiré hacia las orejas de la butaca para escapar del inesperado destello de enfado que emitían sus afiladas y diminutas pupilas y del gesto agresivo de su mandíbula. Parecía que pensaba que tenía que disculparme.

—Es muy amable —contesté en un tono normal, para tranquilizarlo—, pero no entiendo por qué. No hay ningún motivo en absoluto. Y si lo hubiera ¿por qué se iba a preocupar usted?

Parecía no encontrar las palabras. Intentando calmarlo, dije:

—Por cierto, no me ha contado nada sobre usted, por ejemplo su nombre. Y ¿qué tipo de empleo tiene?

—No juegue conmigo, madre. Esto es serio, lo que ha hecho.

—Oh, pero si no estoy jugando —dije, ansiosa por haber echado aceite en aguas turbulentas, ya que sonaba irritado y enfadado—. De verdad que me gustaría saberlo. —Pero incluso si dije las palabras, sabía que eran mentira, o quizá una de esas acciones reflejas de toda la vida de conversación trivial pero educada que había vuelto: no estaba en absoluto interesada en nada de lo que

pudiera hacer o decir este joven.

—Soy un ejecutivo —dijo bruscamente, examinándose las uñas de la mano para evitar mirar en dirección hacia mí—. Como muy bien sabe.

Sentí que en cierto modo estaba tratando con un niño que acabase de volver del colegio y al que se le ha negado la atención que cree que merece. Como si no me hubiera impresionado correctamente su destreza en el equipo de fútbol. Aunque fuera solo para evitar problemas innecesarios o una agravación, estaba ansiosa por arreglar cualquier negligencia pasada, ya fuera real o imaginada. Así que le dije alentadora:

—¿De verdad? ¿Es interesante? ¿Qué (¿o debería decir a quién?) ejecuta? ¿Y está contento con el trabajo?

Había dejado de retirarse las cutículas y ahora estaba jugueteando con la cucharilla en la taza. —Esa no es la cuestión— dijo, intentando nerviosamente doblar la pobre cucharilla, que se resistía—. La cuestión es ponerse manos a la obra, subir un escalón. Uno no puede esperar gran cosa en esta fase, pero aún tengo menos de treinta años y el cielo es el único límite si se tiene lo que hace falta. Pero no he venido aquí para hablar sobre las perspectivas de mi carrera laboral. ¿Cuál es la gran idea, madre?

Había dejado la cucharilla de café y ahora, inclinándose hacia delante, me miraba directamente a los ojos. Lo miré, devolviéndole el reto. Él parpadeó primero. Pensé que tenía unos ojos bastante repulsivos, una mirada maliciosa, con pupilas como pequeñas y duras piedras, resecas semillas negras que no crecerían.

—Me parece usted bastante maleducado, si no rotundamente ofensivo, jovencito —le dije con frialdad—. No sé qué derecho se cree que tiene, o por qué cree que tiene permiso para hablarme, y mucho menos en ese tono. Creo que es mejor que se marche.

Hubo un largo silencio. Tenía muchas ganas de dar un paseo antes de que empezara de nuevo a llover, y estaba a punto de excusarme y abandonar la habitación cuando de repente dijo, en una voz mucho más amable:

—Lo siento, madre. Pero hemos estado todos muy preocupados por usted. Tenía que habérselo dicho a alguien.

Me levanté, firme y con cierta dignidad, para dejar claro que, por lo que a mí respectaba, el encuentro había terminado. Entonces

(ni siquiera sabía qué me hizo decirlo, quizá el *pathos* diario de la vieja Sybil esperando a un hijo que hacía tiempo la había olvidado) dije bastante cortante:

—¿Cuándo fue la última vez que habló con *su* madre? ¿O que se molestó en llamarla? ¿Le cuenta lo que hace *usted*?

Se levantó también, para mirarme a la cara antes de hablar, pero no me podía mirar a los ojos. En vez de eso, intentó nerviosamente tocarme el brazo, pero se rindió a medio camino.

—Supongo que la he descuidado —dijo lentamente—. Tenía que haberme asegurado de que estaba bien. He estado un poco preocupado últimamente, con una u otra cosa. La oficina. La nueva casa. Y las cosas están siendo algo difíciles con Susan últimamente.

—¿Susan?

Ahora levantó la cabeza para mirarme a los ojos. —Susan es mi mujer, madre— dijo lentamente y de modo reprobatorio.

—Oh. —Cogí mi bolso y el libro—. Bueno, si me disculpa, creo que iré a dar un corto paseo. Anochece tan temprano en esta época.

Estaba de pie frente a mí, bloqueando mi camino hacia la puerta. —No me había dado cuenta— comenzó, mientras yo intentaba pasar sin aparentar ser demasiado ruda—. Supongo que tendría que haber entendido que ha estado bajo una gran presión últimamente. No lo pensé. Demasiado preocupado con mis propios problemas, imagino. ¿Cómo se siente ahora?

—Impaciente —dije—. Quiero tomar algo de aire fresco.

Ahora me dejó avanzar, lo que estaba bien, ya que había comenzado a dar pequeños pasitos laterales como un pájaro realizando el baile de cortejo en mis intentos de huida. Pero se agarró a mi codo.

—Tiene muy buen aspecto —dijo atentamente. Entonces añadió, mientras yo caminaba por la puerta hacia el vestíbulo—: Pero ¿no cree que debería verla un médico?

Esta vez sí que me giré hacia él, mostrando mi temperamento a los cuatro vientos. —Mire, jovencito— dije en voz alta—, ya estoy harta de usted. No sé quién es ni me importa. Simplemente váyase amablemente y deje de meterse en lo que no es asunto suyo.

Pareció alarmado, intentando darme una palmadita en el hombro para apaciguarme, pero me eché hacia atrás. Cuando vio que el vestíbulo estaba vacío, y que nadie nos había escuchado, se

mostró aliviado. De camino hacia la escalera me dio la impresión de que ya no tenía nada que decir, y también de que su mente estaba en otro lado y preocupada. Comencé a subir las escaleras para ir a por mi abrigo, cuando su voz me siguió.

—Este lugar parece muy confortable.

Me giré para verlo al pie de la escalera, mirándome con una expresión taimada. Me pareció un comentario extraño.

—Sí, lo es —contesté, mirándolo. Y esperé.

—Debe de ser bastante caro —prosiguió—. ¿De dónde saca el dinero, madre?

Así que era eso. Tenía que haberlo sabido. Su cara asumió una ingenua expresión llena de astucia. La preocupación en su voz no era por mí, aunque intentara que así sonara.

—Salga de aquí —dije.

Rehusó ser insultado. —Adiós— dijo—. Vendré a verla de nuevo pronto. Disfrute del paseo.

No disfruté del paseo, gracias a él. Por mucho que lo intentara, no podía quitarme el encuentro de la cabeza. Tomé el camino pasado el colegio de primaria, pero el edificio estaba cerrado, el patio de recreo sin vida. Quizá, pensé, el mundo siempre haya estado lleno de jóvenes que pasan su rato libre buscando una madre, pero lo dudaba. Había una explicación más explícita para esta llegada inesperada, y me hacía sentir incómoda. Quienquiera que fuese, sus últimos comentarios me dejaron bastante segura de que lo que realmente buscaba era el dinero de la maleta, aunque no me era posible saber cómo lo había descubierto. Quizá fuera un agente al que hubieran enviado para espiarme, para averiguar qué tramaba.

Seguí la carretera, que giraba rodeando el pie de la colina para reunirse con el río. El parquecillo había estado desierto la última vez que caminé por aquí, pero hoy se encontraba en movimiento: los columpios, el tiovivo, el balancín. Pequeñas figuras excavaban en el arenero y reptaban por el tobogán. Me paré a mirar, para después sentarme en un banco público libre en el margen del parquecillo.

Estaba cerca del balancín. Observé dos niños subir y bajar. Una

sacudida alternada con placer, la subida de un niño era a costa del placer del otro, que acababa de bajar con un choque desagradable. Sin embargo, una vez abajo, el niño que ponía los pies sobre el suelo tenía el control del mecanismo. —Bájame— aullaba el niño suspendido en el aire después de colgar un rato. El niño de abajo decidió apearse del balancín y su compañero de juegos bajó incontroladamente, chocando contra el suelo.

Una joven en abrigo corto, con una bufanda anudada bajo la barbilla, se sentó en el banco junto a mí. Había estado empujando un carrito de bebé con una mano, y llevando a un niño o una niña pequeña en la otra.

—Venga —dijo ahora, dándole un empujoncito (aparentemente era una niña)—. Ve y juega con los otros niños. —La pequeña empezó a chuparse los dedos de la mano sin guante y había adoptado una postura tan rígida bajo la mano de su madre que parecía inmóvil. Desde el borreguillo del gorro hasta los zapatitos bajo los leotardos, su cuerpo formaba una firme curva de resistencia.

—¿Qué te pasa? Ve y juega. —La voz de la mujer sonaba fuerte y molesta ahora—. Oh, son un fastidio —me confesó. Su cara parecía cansada bajo la colorida bufanda, y azulada por el frío como sus muy expuestas piernas. Mientras, la pequeña ponía cara de ir hacer pucheros, su cara se tornó roja, amenazante, y su labio inferior empezó a temblar. Obviamente iba a echarse a llorar.

—Eres una miedica —dijo la madre impaciente—. ¿De qué tienes miedo? Nadie te va a hacer daño.

Las lágrimas caían rodando por las mejillas de la niña, silenciosas. Se sorbió los mocos, pero no lo suficientemente fuerte. Su madre sacó un pañuelo y le limpió la nariz, que goteaba.

—No sé para qué me molesto, de verdad que no lo sé. —Buscaba mi apoyo—. ¿Le importaría vigilarme al bebé mientras columpio a la niña? Está profundamente dormido, así que no la molestará. Estaré de vuelta en un minuto.

Me senté con la mano sobre el manillar del carrito. Estuvo así más de un minuto. Al rato me incliné hacia delante para echar un ojo bajo la capota y así ver qué había bajo el limpio montón de mantas. Una cabeza pequeña, casi calva, con ojos atornillados firmemente y un gesto de repulsión en sus facciones. Había

regurgitado algo ácido, a juzgar por la expresión en su cara y la mancha húmeda en su boca. No era una cara prometedora: desagradable, si no agresiva. Ahora, la cabeza en forma de huevo se movía ligeramente, frunciendo el ceño, como si sensaciones molestas, puede que incluso un sueño, se hubieran inmiscuido en su deseo de seguir durmiendo sin que lo molestaran. Su boca se arrugó en una mueca. Observé una red de pequeñas venas azules bajo su barbilla, que ahora se oscurecían hacia el rojo rabia. Aspiró una o dos veces, y entonces se empezó a desgañitar en un fino y persistente llanto. Mis intentos de mecerlo de vuelta al olvido no fueron fructíferos. Rehusaba estar contento. Quizá fuera ligeramente consciente de que lo estaban timando, y que el carrito no iba a ningún lado. El llanto ganó volumen. Si dicen que llorar ejercita los pulmones, sin duda los estaba ejercitando para futuras demandas. No lo pararían.

La madre regresó al banco, tirando de su hija pequeña, que también lloraba. —Ya te dije que no te pusieras en medio, pero nunca escuchas ¿a que no? Oh, son una prueba —me dijo, sacudiendo la cabeza—. Cállate —añadió, abofeteando a su hija en la mano—. ¿Qué le pasa ahora a su señoría?

—No tengo ni idea —dije, con un toque de disculpa en la voz—. No lo he tocado. He intentado mecerlo, pero no se vuelve a dormir.

—Imagino que serán gases —dijo, empezando a retirar las capas de mantas—, pero nunca se sabe con él. No se podría decir que sea un bebé bueno, no he pasado ni una buena noche desde que nació. Mi madre me avisó —prosiguió, apoyando el bulto con la colgante cabeza contra su hombro mientras frotaba y daba palmaditas en su espalda—, pero yo no hice caso, nunca escuchamos ¿verdad? Hasta que es demasiado tarde. —Dejó el bulto otra vez en el carrito y empezó a taparlo. Veía sus ojos, abiertos del todo ahora, mirando fijamente a la cabeza que había sobre él—. Siempre quise un chico, pero ella decía que los chicos eran mucho más difíciles que las chicas. Deja de lloriquear, Sarah. —Esta, sumisa pero aún llorosa, intentaba subir el culo al banco de madera, que estaba demasiado alto para ella. Bajó la cabeza, aparentemente avergonzada.

Intenté animarla con algunas palabras, pero tan solo dejaba caer la cabeza un poco más, ahora presumiblemente tímida.

—Contesta a la señora —dijo su madre con severidad,

espoleándola. Consciente de haber empeorado la situación, pensé en otro modo en el que pudiera ayudar a la niña, pero no se me ocurrió nada. Para desviar al atención sobre ella, hice algún comentario sobre el tiempo, pero la madre no tenía el ánimo como para cambiar de tema.

—Niños —comenzó, en lo que obviamente iba a ser un monólogo—. A veces me pregunto de qué sirve todo. Intentas educarlos correctamente, pero es un trabajo cuesta arriba. Estaré contenta cuando tenga edad suficiente para ir al colegio, entonces al menos me habré quitado uno de encima. Tal y como están las cosas, no tengo ni un minuto para mí misma. Si no es una cosa es otra. No tiene fin.

—Lo tiene —interpuse, pero no me oyó. Seguía hablando sobre los viejos tiempos, no es que no quisiera a los niños, pero daría cualquier cosa por una noche de sueño, un día libre para ella sola, salir una noche por ahí sin ninguna preocupación, como en los viejos tiempos, sin ninguna preocupación, sin tener que preocuparse por que echen los dientes, irritaciones por el pañal, toses y estornudos, el delicado pecho de la niña, y lo que le había pasado a su propia figura por haber tenido hijos. Ya no era igual. Tenía miedo de que su marido la dejara, sobre todo ahora que ya no podían salir y de todos modos ella siempre estaba cansada ahora—. Es una actividad fútil ¿no? —dijo finalmente, mirándome como si yo fuera alguien que apoyaría su opinión nada ortodoxa.

—Los niños crecen —dije suavemente—. Es solo cuestión de tiempo.

Resopló. —Cuando sea una mujer vieja—. El pelo que se veía bajo la bufanda estaba teñido de rojo alheña, y los ojos en esa cara corriente ya parecían viejos. El resto del cuerpo, resultaba demasiado obvio, pronto seguiría el mismo camino, se curtiría y se desvanecería—. Y de todos modos, no tuve hijos para eso. Para que crecieran. ¿Qué sentido tiene? Tan solo mira a esos patanes de ahí…

Señaló hacia un grupo de niños más mayores al final del parquecillo que se estaban enrollando las cadenas unidas al mástil central: se balanceaban alejándose de él, cada vez que las cadenas los balanceaban de vuelta los niños se alejaban a patadas de nuevo. Era un juego feo y sin sentido, pero ponían una vigorosa energía en

ello.

El bebé estaba intranquilo de nuevo. Su madre intentó mecer el carrito, pero el lloriqueo persistente no paraba. Finalmente se levantó con un suspiro. —Será mejor que lo lleve a casa. Imagino que habrá que cambiarle. De todos modos, le toca la siguiente toma en seguida—. Ya se había alejado varios metros con el carrito cuando pareció que se le había ocurrido algo y se dio la vuelta.

—¡Sarah!

Sarah seguía en el banco, como si no perteneciera a ningún lado, olvidando y olvidada. Su pequeño índice exploraba una fina grieta en un tablón del banco, arriba y abajo, arriba y abajo.

—¿Vienes o no?

Sarah no se movió, absorta en la grieta en la madera, pintada de verde. La voz de su madre se hizo más amenazante.

—¿Tengo que ir yo a por ti?

Lentamente, laboriosamente, el culo de Sarah se desplazó a lo largo del asiento hasta que se deslizó abajo y sus pies tocaron suelo. Corrió para seguir a su madre.

15

TUVE UNA NOCHE PARTICULARMENTE inquieta, perturbada por sueños que ocurrían en la estación de tren, que seguían siendo recurrentes. Anoche era consciente de querer marcharme, pero cada vez que llegaba con el anochecer cayendo al andén vacío, alterada y sin aliento por haber corrido ansiosa para no perder el último tren, me encontraba sola en el desolado, oscuro silencio, observando la última luz desvaneciéndose en el lejano horizonte donde desaparecían las vías.

Me sentí bastante mal al despertar, así que decidí tomarme las cosas con calma, pedir el desayuno y tomármelo tranquilamente en la habitación. La camarera que me trajo la bandeja, y que se había vuelto bastante locuaz en los últimos días, estaba bastante entusiasmada en esta ocasión y tan apenas podía esperar a contarme el motivo: por lo visto el banco había sido atracado. No había pasado nada así en el pueblo en años, ya que nunca pasaba gran cosa. Faltaban miles de libras.

—Espero —dije—, que no haya habido heridos en el suceso.

—Oh, no —continuó—, fue un trabajo planeado desde dentro. De hecho ya se sabe quién fue, un cajero que ha desaparecido durante la noche, un hombre bastante joven, alguien del pueblo. El director del hotel, que había ido con él al colegio, se quedó estupefacto cuando se lo contaron.

—Por supuesto, me da pena su mujer —dijo en un tono de deleite que no sugería nada parecido—. Por lo visto no tenía ni idea de lo que pasaba, no sabe nada de él. Si tiene algo de sentido común se mudará de vecindario para escapar del cotilleo. De todos modos, imagino que no podrá seguir viviendo en esa casa. Imagíneselo, marchándose así, con todo ese dinero y dejándola sin

un penique. O quizá ella sí esté metida también en el asunto y esté esperando para reunirse con él en alguna otra parte cuando se hayan calmado las aguas. ¿Usted qué opina?

—¿Cómo iba a saberlo? Vaya usted a saber —contesté con desgana, pero de algún modo segura de que la mujer esperaría durante mucho tiempo, sin ningún motivo.

La camarera cerró la puerta tras de sí y yo casqué la parte superior de mi huevo pasado por agua, reflexionando sobre el hecho de que los bancos no tenían por qué ser necesariamente tan seguros como aparentaban, en cuyo caso, debí haber dejado el dinero en el armario. Pensándolo bien, recordé los comentarios del policía acerca del seguro, que presumiblemente también se encargaría de este tipo de incidentes. En todo caso, el director del banco no podría decir que su empleado se había llevado mis billetes, incluso cuando así fuera, como yo ya sabía. Pobre joven, pensé, sacando lo que quedaba de la yema y sirviéndome más té. Quizá, especulé, era cruel encerrar a un hombre joven y sano en una jaula todo el día, contando billetes. Estaba obligado a volverse obsesivo.

Mi relajada mañana no mejoró la sensación de malestar. Me seguí sintiendo casi enferma, aunque no podía decir cómo o por qué. En todo caso, era como si me hubieran inyectado algo venenoso o muy desagradable, y estuviera circulando ahora por mi cuerpo, por lo que todo resultaba incómodo, si no directamente doloroso: la digestión, los miembros, la cabeza y los músculos. No me sentía con ánimo de hacer nada, y al mismo tiempo no me sentía lo suficientemente incapaz de hacer nada. Comí, pero no lo disfruté, intenté leer un poco, pero enseguida me di cuenta de que mi mente no estaba siguiendo las palabras de la página.

Entonces recordé que había visto una placa de doctor en la fachada de una casa cercana durante uno de mis paseos. Parecía una manera de pasar el tiempo tan buena como cualquier otra, en estas circunstancias: por lo menos no podía causar perjuicios, si era debidamente cauta.

Una recepcionista de mediana edad fue, al principio, reacia a dejarme ver al médico. Me dijo que utilizaban un sistema de citas,

por lo que los pacientes tenían que avisar de su enfermedad de antemano o aceptar las consecuencias. Parecía más dispuesta cuando le dije que no quería inscribirme, que simplemente estaba de paso, y me alojaba en el hotel El cisne negro a unos cuantos metros calle abajo. Me dijo que el doctor me vería enseguida.

Era un hombre joven, rubio, bien afeitado, y casi dolorosamente educado. Me preguntó mi nombre y observé su inmaculada mano cruzando el papel sobre la mesa al apuntar el nombre falso que le había dado. Entonces me preguntó mi edad, e hice una suposición aproximada, concediéndome el beneficio de la duda de uno o dos años.

—¿Cuál es el problema?

Me estaba mirando, y yo lo miraba también, sin saberlo bien. Había venido con la noción de que fuera él el que me lo dijera.

—Me he estado sintiendo extraña últimamente —dije con bastante poca convicción, y me sentí consciente de que era más que un comentario trivial. Resumía toda la verdad, pero ¿cómo iba a saberlo él?

—Ya veo —dijo lentamente, y era obvio que no veía nada en absoluto, excepto quizá a una mujer de mediana edad con demasiado tiempo libre en sus manos. Sin embargo sus modales siguieron siendo educados, casi amables. Intenté contarle las molestias y dolores, las sensaciones incómodas que había experimentado a lo largo del día.

Asentía mientras yo hablaba, contemplándome con sus amables ojos marrones.

—Quizá sea mejor que la examine —dijo.

Me tumbé sobre su sofá en ropa interior y él se dispuso a punzar mi torpe cuerpo, la carne fofa y caída, miró mis ojos con un instrumento, escuchó mi pecho con otro.

—¿Alguna enfermedad seria? —preguntó.

—No que yo recuerde. —Intentaba ser útil, lo hacía lo mejor que podía. Mencionó un par de posibles dolencias, pero sacudí la cabeza. Envolvió mi brazo con una tela gris oscuro, preliminar para tomarme la presión, y comenzó a bombear.

—¿Familia? —preguntó, desenrollando la tela.

—¿Disculpe?

—¿Tiene hijos?

Dudé, mirándolo con creciente vergüenza. Me di cuenta de que habíamos llegado al fondo de la cuestión, y no tenía ni idea de cómo extraer una respuesta.

—¿Puede verlo? —Dije con ligereza, casi bromeando.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si puede ver, tras examinar mi cuerpo, si he tenido hijos o no.

Parecía molesto, como si le estuviera haciendo perder el tiempo, o examinándolo innecesariamente, como cuando se había cualificado como practicante varios años atrás.

—Bueno —comenzó—, hay, por supuesto, unos cuantos indicadores de alumbramiento en el pasado. Los senos, por ejemplo, y estrías en la piel del abdomen. Sin embargo, en su caso, el parto habría sido ya hace un tiempo… —Terminó, como si hubiera decidido que no tenía la obligación de demostrar sus conocimientos a alguien como yo—. De hecho, es una pregunta rutinaria que no tiene ninguna relevancia para las molestias que la han traído hasta aquí. —Me indicó que podía volver a vestirme y regresé a su mesa.

—Creo que probablemente tenga un bajón de energía. Quizá también tenga un leve virus. Muy común en esta época del año. Nada de lo que preocuparse. —Me había vestido, pero volví ala silla junto a su mesa sintiendo que todo, la blusa, la falda, las inedias, estuviera mal colocado. Había comenzado a escribir de nuevo—. Tómese esto tres veces al día después de las comidas. Estoy seguro de que se sentirá mejor en un día o dos. —Me dio la receta. No podía leer la críptica caligrafía.

—¿Qué es? —pregunté.

—Vitaminas.

Me acompañó hasta la puerta. La recepcionista la abrió. En la calle estrujé el papel y lo tiré a la basura.

Cuando volví al hotel puse el cartel de no molestar en la puerta y me quedé en la cama el resto del día. Oí la radio un rato, sin prestar mucha atención. Tomé estas notas. Pasé mucho rato mirando la habitación y su contenido, sin razón aparente, excepto que la grieta en la esquina del techo me causaba una impresión obsesiva: mis ojos se sentían atraídos por ella, no podría decir por

qué. El teléfono sonó una vez, llamaban de recepción para decirme que había llegado un hombre que quería verme. Le dije a la voz que no podía recibir a nadie hoy, puesto que no me sentía bien. No fue hasta después que caí que no me habían dado su nombre, y que no había preguntado. No es que significara mucho el saberlo, a juzgar por los últimos días. Sin duda alguien quería algo, de nuevo. Ya estoy bastante desencantada con los visitantes.

16

EL TIEMPO SE ESTÁ SUAVIZANDO. Casi es cariñoso en la cara. Pequeños trocitos amarillos están brotando inexplicablemente de las ramas desnudas. También puedo oír cantos de ave en el cielo vacío, ocasional pero claro, en mis paseos solitarios. Los crocus salen disparados de los embarrados parches del jardín delantero como fuegos artificiales morados y amarillos. Una celebración pequeña pero innegable estaba teniendo lugar, aunque no estoy segura de por qué. Imagino que tendrá que ver con el tiempo, la promesa de la rica tierra oscura y de la primavera en el aire, aunque esto último tenía poco que ver conmigo, limitada sobre todo en asuntos agrícolas. Sin embargo, el cambio de tiempo me había permitido salir a pasear sin abrigo.

Estos pequeños cambios estacionales rompían el creciente tedio de mis días. Para distraer mis pensamientos de la monotonía de los mismos paseos, y sentir una profunda interrupción de mi existencia aquí, presto una especial atención a las minucias de la cercana primavera, y soy consciente de que mi admiración por los árboles que explotan en el aleteo festivo de la floración, como juveniles novias ruborizadas y virginales de nuevo, se siente también muy celosa. ¿Por qué se les permite a los árboles empezar de nuevo año tras año, cuando los seres humanos solo tienen una primavera en la vida?

Me estoy aburriendo del menú del hotel, que ya se ha convertido en algo rutinario. Me digo a mí misma que ya es hora de tomar una decisión, y que tengo que evitar tomarla basándome en mis pesadillas recurrentes de la estación de tren, que me impedían marcharme. Y sin embargo… y sin embargo… tengo que admitir una cierta emoción indescriptible, un cambio de temperatura

acorde con el tiempo. Se podría casi llamar un aceleramiento de la sangre. Bastante literal, ya que mi circulación sanguínea se había acelerado, había ganado fuerza, provocando un cosquilleo en todo mi cuerpo. No se qué hacer con ello. Ocasionalmente siento que me gustaría bailar, o cantar una canción, si supiera una, o tuviera la voz, y si no me paralizara el miedo a llamar la atención, la posibilidad de convertirme en un espectáculo ridículo. Así que no he hecho nada así. Pero doy paseos más largos, sonrío alentadora a las valientes flores, quizá les diga una palabra o dos cuando tiemblan en el viento, habiendo surgido de una tierra tan fría y húmeda, y he considerado los árboles en flor con cariñosa complicidad debido a sus hermanas mucho más jóvenes.

El río, también, parece haber cambiado el paso. Corre claro y rápido, desovando bajo su resplandeciente superficie, moviéndose, ensombrecido por nubes, mostrándose a medias pero misterioso. Ahora hay uno o dos pescadores ocasionales sentados sobre la verde orilla.

Por lo que a mi situación respecta, he decidido que tengo que hacer al menos algo con el vestuario en el que me encuentro atrapada. Podría tener algo más de variedad: quien fuera que empezara todo esto parecía haber tenido poco sentido del gusto y una aversión al color, y la ropa que llevo parece toda de atenuados matices de gris, como si una persona estuviera intentando pasar desapercibida, fundirse con el fondo y hacerse invisible. De todos modos, la poca ropa que tengo será demasiado caliente para este tiempo más suave. Ya me he comprado una blusa de seda rosa en la calle High. Llevarla me hace sentir más alegre, aunque, estudiando el efecto frente al espejo del armario, no es en absoluto comparable a los frutales en flor.

Mientras me tomaba el café en la cafetería tras la cena, me interrumpió un hombre de mediana edad que se acercó y me preguntó si se podía sentar conmigo. Aunque me sentía algo molesta, no podía negarme. En todo caso, como le dije entre risas, no había ninguna ley que lo prohibiese. No notó la ironía y se sentó.

La interrupción parecía algo grosera, puesto que había dejado obviamente patente que estaba aplicadamente enfrascada en mi

libro. Además, ya había mirado en mi dirección una o dos veces antes, cuando me pilló observándolo en el comedor, obligándome a desviar la vista y evitar su mirada penetrante y fija. Esto había sido violento, aunque es natural prestar atención a un nuevo huésped. Al menos distrae de la monotonía y el tedio de la comida del hotel, que se había vuelto ya algo corriente.

Y además tenía otro motivo para mirarlo en la cena. No encajaba, de algún modo. Obviamente era un hombre de negocios, pero estaba cenando solo. Ni podía tener fiesta, relajándose simplemente, ya que su comportamiento era todo menos relajado. ¿Qué, me pregunté más de una vez, estaría haciendo aquí? Acicalado, con ropa cara, con la constitución robusta de un hombre bien entrado en la mediana edad, combinaba la seguridad de un hombre de mundo al tratar a los camareros, al utilizar los cubiertos, y el ritual de pedir y catar una botella de vino con una inquietud subyacente, una tensión nerviosa que no se correspondía con su informal autoridad. A ratos, cuando creía que nadie lo observaba, casi parecía sospechoso. Comía a toda prisa, pero no tocó gran parte de la comida, mientras se bebía varios vasos de vino en una rápida sucesión. Era, había decidido, un hombre que había que evitar. Y por eso estaba yo tan descontenta cuando me preguntó si se podía sentar conmigo, y porque había estado tan abiertamente absorta en mi libro de la biblioteca cuando lo vi llegar. Por el rabillo del ojo lo había visto titubeante cerca de la puerta antes de acercarse.

—¿Le importa si me siento con usted? —me preguntó en una voz profunda, inclinándose hacia delante. Algún sastre de primera categoría no lo había hecho nada mal sacando lo mejor de su figura baja y fornida. Cualquier michelín o exceso pasado estaba cuidadosamente oculto bajo el astuto corte de la oscura tela de buena calidad.

—No hay ninguna ley que lo prohíba —dije riéndome. Pero mi voz sonaba crispada, conscientemente, con ingenio—. Es un espacio público. La silla está libre. —Inmune a la ironía, ya fuera por insensible o por aburrido, decidió sentarse junto a mí.

Cerré el libro con un golpe seco y eché un vistazo a la estancia, que estaba medio vacía, con muchos sitios libres. Tras haberse sentado, no parecía tener nada que decir. Y hubo un largo silencio a continuación. Lo observé frotar la mano contra la parte inferior de

su cara varias veces, como si estuviera considerando si debería o no, después de todo, haberse afeitado antes de la cena. Era, al menos en su cabeza, un punto a debatir.

—Espero que el camarero venga pronto —comenté alegremente, como disculpa por servirme un segundo café mientras él no tenía nada—. El servicio es muy bueno aquí.

Él asintió como ausente, pero el silencio continuó. Me preguntaba si sería aceptable coger el libro y seguir leyendo. Quizá, después de todo, hubiera elegido este sitio concreto por motivos que nada tuvieran que ver conmigo, o sin ningún motivo, y no porque quisiera ser sociable. Miré con inquietud del libro a su cara, y después por la habitación buscando algún rastro del camarero. Pero el servicio parecía inusualmente lento esta noche.

—Wilkinson.

Lo dijo tan de repente, que no estaba segura de si lo había pronunciado y, en ese caso, si la declaración, que sonaba tan peculiar, iba dirigida a mí: lo pronunció como un reto, como un deshonrado marido haciendo restallar una pistola en el duermevela de un amanecer neblinoso, alarmando a los pájaros. O podía tratarse de una palabra en código pronunciada en un lugar convenido por unos agentes encubiertos que no se habían visto antes.

—¿Cómo ha dicho?

—Wilkinson —repitió—. Me llamo George Wilkinson. ¿No le dice nada el nombre?

—No —contesté—. Me temo que no. ¿Debería? Debe perdonarme, pero tengo una memoria terrible para los nombres.

—¿Y qué me dice de mi cara? —Se acercó, con un tono agresivo, desafiante.

—¿Qué le pasa? —Me sentía indefensa, sin palabras, sin saber qué esperaba de mí—. Estoy segura de que es una cara muy agradable… quiero decir, con respecto a caras. ¿Debería conocerlo, es usted famoso? ¿O nos hemos visto antes? Lo siento, tengo también mala memoria para las caras. Y me temo que no veo mucho la televisión. —Estaba perdiendo el hilo ahora, avergonzándome más y más, y él no hacía ningún intento por ayudarme. Era como si me estuviera sometiendo a una prueba, o a sí mismo: no sabía a cual de los dos, solo que su propia imagen

estaba en juego.

Por suerte apareció el camarero. El señor Wilkinson pidió café y me invitó a tomarme un *brandy* con él. Acepté, nos sonreímos cuando el camarero se hubo marchado, y la situación se había distendido, al menos temporalmente. Noté que tenía una cara bastante agradable cuando sonreía, atractivo, casi guapo.

—¿Se va a quedar aquí mucho tiempo? —Era uno de esos comentarios que uno hacía para llenar el hueco de las conversaciones de bar de hotel, pero pareció tomar la pregunta como el primer paso en un incómodo interrogatorio para el que ya estaba preparado. Se movió ligeramente en la silla, pero intentó mirarme con franqueza a la cara, como si pudiera estar preocupada, mientras contestaba, con un extraño tono de disculpa en su voz:

—Ya veremos. Depende de cómo vayan las cosas. Soy un hombre muy ocupado, como entenderá. Muchos compromisos. Un calendario apretado. En mi posición, mucha gente depende de mí. Es difícil encontrar tiempo lejos de todo eso. No tiene ni idea de la cantidad de trabajo que tengo.

—Estoy segura —contesté a modo de consolación—. No tiene que darme más explicaciones. He oído lo ocupados que están algunos hombres como usted. Solo preguntaba. Y quizá no debiera decir más, imagino que es muy importante y confidencial. Y después de todo, no es de mi incumbencia. No querría fisgonear en lo que no es asunto mío.

Me miró con desconfianza, como si no supiera si le estaba tomando el pelo, siendo sarcástica, o si era otro paso más del interrogatorio. No tengo ni idea de por qué creía que sus quehaceres o su estilo de vida me deberían fascinar, pero me miro largamente y con compostura por debajo de sus pobladas cejas, reducido al silencio. Me bebí lo que me quedaba de café, devolviéndole la mirada de vez en cuando, sin encogerme. Finalmente dijo, revirtiendo su estratagema anterior, como la atascada aguja de un gramófono:

—¿Está segura de que el nombre de Wilkinson no le dice nada?

Me sentí como una ingenua colegiala. Simulé intentar recordar, pero por supuesto sabía que era inútil. Intenté pensar si había visto el nombre en algún producto, el capó de algún automóvil, envolviendo alguna pastilla de jabón o una chocolatina, quizá fuera

la palabra común para aspiradora. Negué con la cabeza y contesté, debidamente contrita:

—Debe perdonarme, pero sé muy poco del mundo de los grandes negocios… asuntos públicos… política… Quizá, si me diera una pista, caiga, si no lo he hecho ya en el proceso.

Mi indecisa búsqueda de la verdad se vio interrumpida por el camarero, que llegó a nuestra mesa y comenzó a descargarla parafernalia de más café y dos vasos de *brandy* sobre su superficie. El señor Wilkinson dejó un billete sobre la bandeja vacía del camarero y magnánimamente le dijo que se quedara el cambio.

Tomé la copa con las dos manos e hice girar el líquido ámbar cálido. —Salud —dije—, contenta de poder cambiar de tema—. Por su excelente salud.

Elevó su copa. —Y la suya—. Después de que ambos hubiéramos dado unos traguitos dijo de repente—: ¿Cómo está?

—¿Disculpe? —La conversación del hombre tenía esta tendencia a cambiar inesperadamente de dirección, llena de preguntas extrañas—. ¿Cómo está el qué? —Entonces señaló hacia mí—. Ah, ya veo, se refiere al *brandy*. Está muy bueno. Aunque por supuesto no soy ninguna experta.

No, no —sonaba impaciente—. Me refiero a ¿cómo está de salud?

Esta vez me había dejado estupefacta. —Espléndida— le aseguré —. ¿Por qué lo pregunta? ¿Tan mal aspecto tengo? Eso no es muy halagador —añadí coquetamente, para aligerar sus modales extrañamente serios, casi intensos. Al menos tenía éxito avergonzándolo.

—Por supuesto que no. Está espléndida. Una mujer muy guapa, si me lo permite. —Se comportó como un caballero haciendo el comentario obligatorio, haciendo el cumplido que debía. Tras una pausa, durante la cual había estudiado su *brandy*, intentó explicarse —. De algún modo asumí que estaba aquí por su salud. Que quizá hubiera estado enferma.

—Qué extraño —dije animadamente, ahora caliente por el *brandy*—. Yo no voy por ahí asumiendo cosas de la gente que veo en el hotel. Cuando lo vi en el comedor, por ejemplo, no me fui diciendo, mira ahí un hombre al que acaban de operar, o que ha tenido un colapso mental, o un episodio de neumonía. ¿Cree que

me pasa algo malo? —No contestó—. No, no.

Solo estoy tomándome un descanso de mi rutinaria existencia normal, unas pequeñas vacaciones. Una necesita desconectar de vez en cuando, ¿no cree?

El señor Wilkinson no contestó. La conversación, si iba a alguna parte, lo cual es dudoso, había muerto. Francamente, su comportamiento me había parecido claramente extraño desde el principio, lo cual me sorprendía; ahora se había vuelto de repente sumiso y callado. Me dio un poco de pena el pobre hombre, apoyando los codos sobre las rodillas, la cabeza inclinada hacia delante, severo ante la copa de *brandy*, que de todos modos estaba vacía.

—Tómese el café —le dije, para reanimarlo. Empezaba a sentirme responsable por un extraño quien, por todo su despliegue de agresiva autoconfianza y el olor rancio a hombre de mundo, era obviamente un ser humano, con problemas. En tan solo un par de días de mi nueva vida ya me había sobrecargado la agonía de gente que no conocía: cada uno de ellos común, diferente, único. Sigue siendo un misterio para mí porqué inspiraría yo tal compulsión a hacer confidencias.

Esperé que el señor Wilkinson comenzara, pero obviamente tenía problemas con el bloqueo. Sospeché que el éxito de hombre de mundo y la autoridad tenían mucho que ver: le costaba ahora ser humilde, habiendo estado al mando de todas las situaciones tanto tiempo.

—¿No se va a tomar el café? —le pregunté—. Debe de estar casi frío.

Él seguía mirando fijamente su copa de *brandy*, sostenida entre ambas manos. De repente salió de su ensimismamiento privado y levantó la vista.

—Imagino que cree que todo es una gran broma. —Su voz sonaba acusadora—. Se está riendo de mí.

Estaba tan serio, y lo que había dicho me había atacado tan de improviso, que no me costó reírme.

—Qué cosas más raras dice. ¿Por qué iba a pensar eso? —Pero me estaba costando reprimir la risa que se acumulaba en mi garganta. El hombre resultaba demasiado absurdo, a pesar de su ropa buena, la cara casi bonita, sus almidonados puños blancos con

gemelos de oro, y los fuertes dedos masculinos rodeando la copa vacía. Una pena. Me habían gustado bastante sus manos con las uñas perfectamente cortadas.

—Se le debe haber enfriado ya el café. —Insistí en intentar conducir la conversación a un nivel mundano—. ¿Por qué no se pide otro?

Creí que ni siquiera me había oído, hasta que me preguntó de repente:

—¿Es demasiado tarde?

—Oh, no —dije alegremente—, estoy segura de que no. Normalmente siguen sirviendo café hasta tarde.

El señor Wilkinson me miró como si estuviera poseído, aunque sin duda no en posesión de sus facultades normales. Parecía un hombre torturado.

—¿Café? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver el café en esto?

Ahora ya estaba seriamente alarmada. El comportamiento del hombre era más que extraño, me resultó el de un hombre perturbado.

—¿Se encuentra bien? —Le pregunté ansiosamente.

No contestó, pero comenzó a frotarse la parte inferior de su cara de nuevo. Lo observé un rato, incómoda.

—Quizá —sugerí—, debería marcharse y echarse un rato. Probablemente haya estado trabajando demasiado. Todas sus obligaciones, y el apretado calendario.

—Se quiere librar de mí —dijo lúgubremente, lanzándome una mirada acusadora—. ¿Qué —añadió— es lo que he hecho mal?

Esperaba una respuesta, inclinándose hacia delante, con los antebrazos aguantando su gran peso. Sus ojos, bajo las cejas pobladas, tenían una expresión de pena más que de enfado.

—No, no, por supuesto que no —protesté débilmente—. De verdad que no debe… le aseguro, señor Wilkinson…

—Pare esta farsa —dijo abruptamente, en el mismo tono lúgubre —. Llámeme George.

—George —dije para animarlo. Me sorprendió el extraño sonido de la palabra y tuve que reprimir otra risita.

Sin darme la oportunidad de rechazarlo, pidió otro dos *brandys* y comenzó a confesar. No estaba, me lo aseguró, enfermo, pero la tensión de la última semana había empezado a pasarle factura, eso

lo admitía. Si me había ofendido de algún modo, esperaba que lo disculpara y lo achacara a la tensión a la que había estado sometido. No demasiada gente, prosiguió, atacando al segundo *brandy*, valoraba lo que significaba tener éxito a su edad, las fuertes responsabilidades que conllevaba, el estrés que implicaba, mucho menos las mujeres. Esperaba que yo no fuera una de ellas.

Le dije que intentaría entender.

—Porque quiero que seamos amigos. Me gusta.

Le di las gracias, y él me instó a que terminara el segundo *brandy*. Intenté objetar cuando le hizo señas al camarero.

—Otros dos *brandys*. Por qué no relajarse ¿eh?

Le aseguré que ya estaba suficientemente relajada. De hecho mi cabeza estaba nadando.

—No soy perfecto —me confesó— pero ¿y quién lo es? Tengo mis defectos, como cualquiera, lo admito. He cometido errores, pero errar es humano ¿no cree? Todo lo que pido es un poco de comprensión humana. ¿Cree que eso es pedir demasiado?

—Imagino que no. —Mareada me preguntaba a dónde quería ir a parar. Pero empezaba a abrirme a él: era, como admitía, humano. Y el *brandy* ayudaba.

—Es difícil. —Noté que empezaba a no vocalizar bien.

—¿El qué?

—Entender a los seres humanos. Por no hablar de hombres y mujeres… si entiende a lo que me refiero.

—Volvemos a lo mismo —objetó, señalándome con el dedo. Obviamente arrastraba una antigua queja—. Las mujeres son todas iguales. ¿Qué hay de complicado en un tipo como yo? Todo lo que necesito es un poco de comprensión. Nunca he conocido a una mujer que pudiera entender eso. Así que me pongo irritable, o bebo mucho o… bueno, ya sabe. Tengo necesidades físicas normales, no veo motivo para avergonzarse de ello. De hecho, debería estar tremendamente orgulloso de ello, un hombre de mi edad. Pero no es eso, son las emociones las que cuentan, lo que necesito es una mujer con algo de comprensión. Pero en vez de eso, sigo recibiendo exigencias imposibles, cayendo en la trampa.

—Madre mía.

—¿Ve el problema?

—Oh, sí, señor Wilkinson.

—George —insistió.

—Lo siento… George —repetí obedientemente después de él.

A pesar del brillo ámbar del *brandy* que hacía que me zumbaran los oídos, los ojos vacilaran y me llenara el cuerpo con una sensación expansiva de bienestar que inundaba mi entorno más próximo y a aquellos en él, me di cuenta con disgusto de que George (vaya nombre tonto) Wilkinson ni se había molestado en preguntarme el nombre y los apellidos.

17

EL SEÑOR WILKINSON ME HA SEGUIDO todo el día como si fuera mi sombra. Bajé tarde a desayunar y la primera persona a la que vi al entrar al comedor fue a él, sentado solo con un periódico apoyado sobre la cafetera, pero mirando hacia la puerta más que leyendo. Se medio levantó de la silla cuando entré, inseguro sobre si dirigirse a mí o simplemente saludar con un gesto, y tuve la clara sospecha de que me había estado esperando.

Debo reconocer que sentí un claro aleteo en el estómago, menos ante la posibilidad de una aventura, aunque no podía excluir la posibilidad del todo, que como resultado de mi ansiedad recurrente sobre los motivos de aquellos que me prestan atención de algún tipo. ¿Por qué estaba aún aquí, este hombre de negocios y de mundo con sus compromisos y un calendario tan apretado? ¿Y qué podía ver en mí? Me digo a mí misma que no puedo ir por la vida, que tan apenas acabo de comenzar, dudando de los motivos de absolutamente todo, pero mantengo una profunda convicción de que mis dudas están de algún modo justificadas. Aún tengo sed de aventura, y el tedio de mi existencia en este lugar tiene sin dudas sus inconvenientes, pero me siento más segura con mis cosas, la lectura, los paseos, las comidas, calmada y serena.

El señor Wilkinson se levantó de la silla con tal celeridad que volcó la cafetera, derramando un charco que se expandía rápidamente sobre el mantel blanco. Hubo gran conmoción, una camarera se acercó corriendo e intentó contener la inundación con una servilleta, mientras el señor Wilkinson me preguntaba si quería desayunar con él. Me sentí obligada a ceder elegantemente, y la camarera me tomó nota. Intenté encontrar un pedazo de mantel seco para mi libro de la biblioteca. El señor Wilkinson observaba

cada movimiento.

—He observado que lee mucho —comentó.

—Usted también —contesté. Parecía desconcertado, así que señalé el periódico, ahora manchado de café. Se rió.

—Oh, yo no lo llamaría leer. No es divertido, ya sabe, entretenimiento, escapismo. En mi trabajo hay que estar al día de las tendencias, preverlas e incluso pronosticar el futuro, por así decirlo.

Le conté que solía escuchar la previsión meteorológica en la radio de mi habitación, a lo que él respondió explicando de forma bastante condescendiente que estaba hablando de previsiones económicas e índices bursátiles. Cuando le pregunté cómo de hables le parecían aparentó avergonzarse y se quedó en silencio. Empecé a tomarme el desayuno con buen apetito y deleite, saboreando el caliente y fuerte café y el huevo pasado por agua.

—Está bien —admitió finalmente—, quizá el futuro sea impredecible. Pero uno debería saber lo que ocurrió ayer.

—No veo por qué —dije airada—. El ayer se ha ido. Ha terminado, concluido. ¿Quién sabe lo que nos deparará el mañana?

—Así que, desde su punto de vista ¿el pasado no importa, no nos conduce a ninguna parte? —Sentí que me estaba examinando él ahora, deliberadamente.

—No necesariamente. Muchos días no aportan nada. Y si lo hacen, es más probable que encuentre la suma total aquí —di unos golpecitos sobre la cubierta del libro— que en ese batiburrillo de chismes —y señalé a su periódico empapado.

El señor Wilkinson parecía pensativo. —Entiendo— dijo finalmente—. No está interesada en los temas de actualidad. Pero también hay un ángulo personal. Todo el mundo se aferra a su propio pasado.

—No necesariamente. —Me serví un segundo café.

—Pero —insistió— ¿dónde estaría cualquiera de nosotros sin el pasado?

Me encogí de hombros.

—Quién sabe. Quizá aquí.

El señor Wilkinson se inclinó sobre el respaldo con una expresión de incredulidad. Comenzó a escrutar mi cara, poco a poco, como el mapa de un país extranjero, como si no me hubiera

visto hasta ese momento. —No lo creo —murmuró—. Simplemente no me lo creo. —Yo seguí ahí sentada, relajadamente, dejándole que me estudiara, ese curioso animal. En todo caso me sentía bastante halagada por su atención—. ¿Qué le ha pasado, lo sabe? ¿Me lo puede decir?

Me encogí de hombros, sonreí y negué con la cabeza. —No lo sé — dije sinceramente.

Parecía inquieto o hechizado por mi sonrisa inescrutable, tanto que insistió en acompañarme en mi paseo matinal. Tan apenas habíamos caminado cincuenta metros cuando de repente se paró y dijo con tono de mal genio:

—No sé qué le ve a este lugar.

Me sorprendió su extraño comentario. —Yo sé lo que veo —dije —. ¿Qué más hay por ver? —Continuó de pie en el mismo lugar, como un mohíno colegial—. Bueno. ¿Por qué ha venido aquí? ¿Presumiblemente por placer, no por penitencia?

No dijo nada, pero empezó a fruncir el ceño, y le dio una patada con saña a un poste cercano antes de seguirme. Incluso después de eso tenía la clara impresión de que estaba arrastrando los pies mientras yo me sentía con más energía que de costumbre, llena de la alegría de la primavera. Podía sentirla en el aire, inhalarla, exhalarla como si fuera gas de la risa. No me habría llevado mucho más echarme a reír en voz alta, y la mínima cosa me podía haber provocado una sonrisa.

—Mire cómo florecen —le dije alentadora—, ¿acaso no es exquisito? —Las hojitas rosas y blancas caían sobre mi pelo, descendiendo después al suelo como confeti. Se podía ver dónde, en la oscura maraña de ramas, ahora adornadas con guirnaldas, la fruta crecería en algún momento hasta su plenitud. Pero George W. no decía nada, y parecía arrepentido por perder su valioso tiempo en este lugar con esta compañía. Sin embargo observó los edificios que vimos al volver al río con satisfacción: el patio del colegio, la antigua y cerrada iglesia, la poco funcional fachada de la biblioteca pública.

Caminó fatigosamente junto a mí, aparentemente no disfrutaba mucho del ejercicio. —Tengo coche— balbuceó en algún momento —. Podíamos haber cogido el coche.

—En ese caso —señalé—, no habría sido un paseo. De todos

modos, le sentará bien.

Paramos junto a la orilla del río. El agua bajaba rápida hoy. Me hizo pensar en la vida, en cómo de repente surgía de la apagada y pesada tierra, brotando de las ramas desnudas. Era emocionante, esperanzador, pero mezclado con algo de pánico. El agua, pensé, corría tan rápido, demasiado rápido. Arrastraría a cualquiera.

El señor Wilkinson comenzó a tirar piedras al agua, brutalmente, como si fueran un enemigo. Cada vez que lo hacía, un chorrito de agua erupcionaba brevemente sobre la fluida superficie y, acto seguido, el canto rodado era tragado inmediatamente. Despreocupado, el río continuaba y permanecía al mismo tiempo inalterado, sereno; en lo más profundo, podía tragarse cualquier cosa, incluso el paisaje del que formaba parte.

—Antes era capaz de hacerlas rebotar cuatro o cinco veces sobre la superficie —declaró el señor Wilkinson melancólicamente—, pero me falta práctica.

—El río siempre gana al final —dije—. Ninguno de nosotros se está haciendo más joven.

—Tan solo me falta práctica —insistió, frunciendo el ceño, y arrojó un canto rodado fuertemente contra la superficie del agua, donde se hundió sin dejar rastro.

Nos sentamos en un banco que daba a río. Respiraba ahora con esfuerzo, aún ceñudo, como si estuviera enfadado, bien consigo mismo, o con el río, o con la piedra que se había negado a flotar. —No sé qué he hecho para merecer esto— le oí murmurar en algún momento, creo que fue después de que lo intentara distraer de su pesar por la pérdida de sus habilidades de juventud preguntándole por su pasado familiar. Pero lejos de animarlo pareció incrementar su melancolía y autocompasión. Me echó una oscura mirada desconfiada, como si pensara que lo estaba haciendo a idea.

—Soy un hombre —dijo portentosamente, quizá pensando que no era consciente de su sexo—. Yo soy un hombre —repitió, esta vez mirándome a la cara con una expresión de sinceridad—, contra quien han pecado más de lo que él pecó[19].

Me resultó imposible responder a esta aserción, aunque estaba segura de haber oído esas palabras antes. Quizá si supiera cuándo y dónde, podía haber construido una respuesta adecuada. Quizá exista una fórmula. Consciente de mi desventaja, le di unas

palmaditas en el hombro y señalé una vista encantadora: dos patos adultos escoltaban pacientemente a una flotilla de patitos pequeños, que pataleaban frenéticamente para seguir el ritmo. Uno ya se había dispersado un poco más atrás. Pero la vista no le divertía ni captó su atención: su infantil obsesión por los patos debía limitarse a tirarles piedras.

A pesar del adverso paseo no nos separamos al volver al hotel. Quizá tuviera sus propios motivos para cultivar mi reciente amistad, pero el señor Wilkinson insistió que debería tomar algo con él antes de comer de un modo que era imposible de rehusar. En el bar se tornó repentinamente alegre, casi demasiado. Parecía que había decidido cambiar toda su estrategia.

Insistió en que tomara varias copas con él, se frotaba las manos, sonreía mucho, pasó el brazo alrededor de mi hombro y me engatusó para que comiera con él, pidiendo en el almuerzo una botella de vino y comportándose como si se estuviera celebrando algo, o no hubiera comido en una semana.

Después de la comida, puesto que el tiempo seguía siendo radiante, George propuso que deberíamos tomar una barca para dar un paseo por el río. Había varias atracadas con un cartel de se alquila al otro lado del puente, donde la orilla se torna oscura por la sombra de los árboles colgantes. Había desaparecido el silencio malhumorado, los melancólicos enfurruñamientos de la mañana: George, aparentemente, había decidido comportarse como si estuviera de vacaciones y proponía que los dos nos pusiéramos a hacer actividades placenteras a toda costa. No es que estuviera en contra de la idea, pero debo decir que me alegré de haberme puesto la capa extra de lana que había cogido como precaución antes de salir. A pesar del aire cristalino y soleado, un viento frío soplaba sobre el agua. Sentí la primera ráfaga cuando George me conducía resueltamente sobre el puente, sujetando mi codo e impulsándome hacia delante de tal manera que casi me veía obligada a correr, para mantener su enérgico paso. Nos quedamos ligeramente sin aliento y nos reímos mucho. No estaba segura de si el cosquilleo del aire frío me había serenado o si se me había subido a la cabeza. Solo esperaba que la constitución fuerte y los hábitos de beber propios

de los negocios le hicieran capaz de controlar la situación, tanto a mí como a la barca.

—Acaso no es maravilloso —dijo, frotándose las manos, para calentarlas, imagino, más que como gesto de jubilosa expectativa—. ¿No la retrotrae…?

No contesté. Empecé a tener dudas, tanto sobre los motivos para traerme aquí, como de la embarcación en la que se suponía debíamos flotar durante una hora entera. En vez de elegir una de las barcas de remo, que parecían relativamente estables, George insistió en una chalana que tenía aspecto de haber vivido mejores tiempos. ¿Qué quería decir con retrotraer? ¿A dónde o a qué? Extendió su mano para ayudarme mientras subía cautelosamente a la vieja embarcación de madera, que se movía precariamente, e intenté acomodarme confortablemente, o al menos parecer relajada sobre el asiento. La superficie del agua estaba demasiado cerca, y parecía decididamente fría.

George Wilkinson obviamente había manejado una chalana antes, aunque se tambaleó de forma inquietante al principio y le llevó algo de tiempo coger el ritmo, sobre todo porque no dejaba de mirar hacia abajo, hacia mí, y de sonreír, en vez de mirar hacia dónde se suponía que íbamos y lo que estaba haciendo. Le devolvía las sonrisas, pero no tenía el corazón puesto en ello, y sabía que era una sonrisa acuosa, congelada. Una hora, pensé, estaré aquí atrapada durante una hora.

Observé su gran y voluminosa figura sobresaliendo de la punta del navío, intentando maniobrar con la pértiga para evitar obstáculos invisibles y un lecho desconocido, y lo que veía precisamente no me tranquilizaba mucho: ya parecía que había sobrepasado la mediana edad, pesado y lento para una actividad que requería una cierta agilidad. Pero se esforzaba mucho, se lo reconozco. Demasiado. Cuando la pértiga se quedó atorada en un inesperado atolladero de barro y plantas acuáticas, perdiendo casi el equilibrio en sus esfuerzos por liberarla, me imaginé tristemente teniendo que rescatarlo, ya fuera físicamente de la fría y nada atrayente agua o, simplemente, recuperando los restos empapados de su orgullo. Pero siguió empujando, resuelto por tales incidentes menores como cuando la roca sumergida rozó con un feo sonido de desgarro el fondo de la chalana, que milagrosamente quedó intacta.

Me envolví las heladas rodillas con los bordes del abrigo y esperé que la barca resistiera. Al menos el resto de la hora.

Por último nos quedamos atrapados en un banco pantanoso lleno de juncos que colgaban junto a un puñado de viejos árboles, con sus retorcidas raíces alcanzando el agua. George no había podido evitar el obstáculo a tiempo, y nuestra embarcación quedó atrapada en una maraña de juncos. Se dio otro golpe en la cabeza contra una rama que colgaba, pero no mostraba signos de haber resultado seriamente herido.

—Podemos parar aquí mismo —dijo George, arreglándose rápidamente el pelo, que estaba ahora lo suficientemente desordenado como para revelar una calva que no era obvia antes—, y descansar un poco. En un sitio agradable.

A mí no me lo parecía. Hacía fresco ahora, y el lugar era tenebroso; como el agua estaba casi estática aquí, olía raro, casi fétido, como si algo se estuviera pudriendo en ella. El tipo de lugar donde era probable que a una la atacara una nube de mosquitos, pero supongo que era demasiado temprano aún para que los insectos fueran un peligro serio. Aún así, me mantuve cautelosa.

Miré hacia George, puesto que no había mucho más a lo que mirar, y vi que me estaba observando. Nos miramos durante un rato, mientras yo me preguntaba qué sería lo siguiente. Obviamente, alguien tenía que decir algo, lo difícil era saber qué, y cómo comenzar.

—Bueno, muchachota —dijo de repente en un tono que no había oído aún en él, relajado, casi provocador, con un toque de cariño, que me hizo olvidar la vulgar familiaridad—, y bien, ¿a qué le recuerda esto?

Me puse en guardia: había empezado ese extraño juego de nuevo, al menos esperaba que fuera un juego.

—¿Mosquitos? —pregunté con cautela—. ¿Pantanos? —Quizá fuera algún juego de asociar nombres. Mientras tanto buscaba tiempo. Por su cara de enfado supe que no había dicho lo correcto. Su insulsa expresión se había arrugado de tristeza como un soplo de aire frío sobre la superficie del agua.

—¿A qué está jugando? —me preguntó bruscamente.

No estoy muy segura —admití—. Esperaba que me lo dijera usted.

Dudó, entonces se inclinó en la barca hasta que su cara se encontró bastante cerca de la mía. Me miró fijamente a los ojos:

—¿Por qué esta actitud helada?

—No, estoy bien —comencé—, es tan solo el viento…

—No, no —me interrumpió con voz enfadada—, ya sabe de qué estoy hablando. ¿Usted no tiene sentimientos?

Pensé en ello, mientras me observaba. —No sé— dije lentamente —. Tendrá que averiguarlo.

Pude ver que Ja respuesta lo había avergonzado, aunque había respondido con franqueza. Inesperadamente su cara se ruborizó. Parecía estar pensándose algo.

—Nelly…

No siguió. Me había sorprendido el hecho de que hubiera sabido mi nombre, aunque falso, durante todo este tiempo. Supuse que lo habría mirado en el registro del hotel.

En ese momento se inclinó hacia delante y puso la ancha mano sobre mi rodilla, mirándome fijamente a los ojos, como buscando una respuesta. —Tendremos que verlo— dijo pesadamente.

—Sí, supongo que lo veremos.

Era una respuesta débil, ligera, medio juguetona, pero no sabía qué otra cosa decir. Ahora apartaba mi abrigo a un lado e intentaba subir su mano por mi muslo, pero no podía llegar muy lejos sin cambiar de asiento en la barca, que estaban fijos. Ignorando nuestra situación, medio gateó, casi se cayó hacia delante, redistribuyendo su peso de tal manera que empezamos a zozobrar peligrosamente en el agua poco profunda. En todo ese tiempo no apartó la vista de mi cara, aparentemente inconsciente del hecho de que era probable que volcáramos y cayéramos en esa agua verduzca, que estaba fría, y apestaba.

—George —le supliqué, aferrándome con una mano a la barca en un intento desesperado por mantenerla firme, y con la otra agarrando su exploradora mano por la misma razón—. No balancee la barca. Mantenga los pies firmes. —Mantuve su mano asida para indicar que no tenía ninguna intención personal, aunque no quería que fuera más allá. Al menos no aquí y ahora.

George ya no me miraba a los ojos. Retiró su mano y se arregló el pelo para asegurarse de que cubría la calva. Cuando se desplazó hacia atrás en la vieja embarcación podrida vi que sus pantalones

estaban manchados en varios sitios por la sucia agua estancada del fondo de la barca.

—¿Volvemos? —sugerí, para relajar la situación—. Hace bastante frío aquí, y se me ocurren mejores sitios en los que podemos conocernos mejor. No somos, después de todo, niños.

George balbuceó algo inaudible y se puso de pie para agarrar la pértiga. Empujó con ella contra la inestable tierra del banco con su red expuesta de raíces, que parecían una vieja mano nudosa que se aferraba con cierta debilidad; pero las hierbas y el barro del fondo nos retenían.

—Déjeme intentar —sugerí—. Creo que puedo hacer algo para soltarnos desde este lado.

George me tendió la pértiga sin mirarme. —¿Tiene que ser tan indiferente?— preguntó, sumiso pero gruñón.

—Tan solo intentaba ser útil —dije amablemente—. No pretendí rechazarle. Hay un momento y un lugar para todo. Además, creo que ya ha pasado una hora.

Vi que la punta de la pértiga estaba totalmente atorada en la maraña de hojas y hierbas que se entretejían bajo la superficie del agua. Con un firme empujón de pértiga conseguimos liberarnos. Pude sentir la madera moviéndose bajo mis pies, y comenzamos a discurrir corriente abajo.

18

GEORGE WILKINSON HABÍA desaparecido por la noche. Debía de haberse marchado del hotel temprano por la mañana, antes de que me despertara. Ni una nota. Nada. Supongo que debería sentir alivio, pero tengo que admitir que me dolió un poco cuando me enteré. Me sentí defraudada. No esperaba que se comportara de modo tan cobarde.

Después de todo, no era como si el episodio de la chalana hubiera puesto un frígido punto y final a nuestra relación. Cedí siendo amable con él después, porque vi que su orgullo masculino había sufrido un duro golpe. Y ahora veía que me gustaba, quizá porque se estuviera comportando como un niño. Realmente estás siendo un tonto, le dije, e hice un amago de cogerlo del brazo al volver. No me vendría mal una copa, le dije, tiritando exageradamente.

Bebimos bastante por la noche, y al principio pensé que esa era la causa de que no hubiera bajado a desayunar. Tan solo a mediodía, cuando seguía sin tener señales de él, se me ocurrió preguntar en el mostrador de recepción. El recepcionista me dijo que se había marchado.

No tengo ni idea de qué, si algo, hice mal. La noche anterior lo persuadí y adulé hasta que lo puse de buen humor de nuevo, incluso insistí en flirtear con él, lo que pareció agradarlo. Sin duda mordió el anzuelo.

Cuando cerró el bar decidí subir a mi habitación, y me siguió. Cuando llegamos a mi puerta me puso un brazo alrededor, la otra mano en mi muslo, y me empujó tan fuerte contra el borde de la puerta que el picaporte se me clavó en la espalda. Entretanto su boca estaba sobre la mía, intentando abrirla a la fuerza. No fui

capaz de responder al principio porque me había quitado la respiración e intentaba recuperarla. Además me había visto algo debilitada por la brusquedad de su ataque. Con los ojos fuertemente cerrados, siguió empujando con la cabeza y el cuerpo hacia delante como intentando evitar que me escapara de la puerta. A pesar del alcohol que había consumido y el hecho de que estuviera ligeramente excitada, tenía la cabeza lo suficientemente clara para darme cuenta de que la situación resultaba algo ridícula: era probable que en cualquier momento pasara cualquiera por el pasillo y nos viera, metiéndonos mano como dos colegiales en un callejón. Así que conseguí deslizar la mano por detrás de mí para girar el picaporte. La puerta cedió y nos caímos los dos dentro de la habitación. Conseguí, aún no sé cómo, evitar que George se cayera largo y tendido, arrastrándome con él, ya que había resuelto ser una fuerza irresistible contra un objeto inamovible, independientemente del hecho de que probablemente hubiera cedido ante él, y ahora, lejos de resistirme, lo había dejado entrar, aunque solo fuera para salvarnos ambos de ponernos en evidencia pública.

George me dejó cerrar la puerta antes de volver a su ataque. Su lengua exploraba mi boca mientras la otra mano buscaba botones y cremalleras sin ningún avance significativo. Tras un rato comenzó a tirar y arrancar frustrado y, puesto que parecía que me iba a estropear la ropa, me eché un poco hacia atrás y me la empecé a quitar yo sola. Finalmente yacía desnuda y expuesta sobre la cama mientras el señor Wilkinson se peleaba con sus pantalones, se quitaba los zapatos y se veía con dificultades para deshacer el nudo de la corbata. Vi sus piernas peludas. Vi, aunque intenté no hacerlo, lo poco que parecía haber bajo los faldones de su camisa. Sin duda era un hombre pesado, y los muelles de la cama se hundieron varios grados cuando se echó conmigo.

Se puso encima de mí directamente, sin más lío, dejando caer todo su peso, así que me costaba moverme o incluso respirar. Gruñó y gimió un rato, respirando con esfuerzo, frotó la piel de mi cara con su barba incipiente, y me mordió un pezón con tal brutalidad que grité de miedo ante el doloroso sobresalto. Dejó de morder después de eso, y respondí lo mejor que pude, pero, coaccionada como estaba, no podía hacer nada que hubiera podido ser satisfactorio para él, para mí, o para ambos.

Después de un rato dejó de moverse sobre mí, aunque yo seguía sin poder respirar apenas. Su pene, que se había ido haciendo más pequeño y flácido cuando sus movimientos se volvían más furiosos, cayó sin ganas entre mis piernas y se quedó ahí echado. Me dejó acariciárselo un poco, pero no ayudó. Hubiera preferido masturbarme para llegar al clímax, pero pensé que podía ofenderse, y a él no pareció ocurrírsele nada que pudiera ayudarme.

De repente se levantó, se puso la ropa y dejó la habitación sin decir nada. Caí en la cuenta de que no habíamos intercambiado una sola palabra desde que empezó. Me pregunto por qué se comportaba así. Supongo que ahora nunca lo entenderé.

19

EL JOVEN QUE ASEGURABA TENER una relación filial conmigo hacía un tiempo había vuelto. Se hace llamar David. En esta ocasión no vino solo, sino acompañado por un hombre más mayor al que me presentó como el señor White, un colega con el que había jugado al *squash* alguna vez.

La presencia de un tercero excluía la posibilidad de cualquier referencia vergonzosa a cualquier relación física anterior de tipo íntimo, un hecho del que David parecía ser bastante consciente: no hizo ningún intento de lanzar el tema o mencionar su absurda declaración, de hecho, fue agradablemente educado, con los buenos modales que se reservan para la amistades esporádicas.

Pedimos té, y la conversación mientras esperábamos era decididamente tediosa y bastante vacilante. Para romper el silencio le pregunté a David por qué jugaba al *squash*, a lo que comenzó a ofrecerme una extensa descripción de sus beneficios, reglas y ventajas a los que pronto dejé de atender. Mientras tanto notaba que el señor White no tenía casi nada que decir: sus ojos no se iluminaban con la descripción de las alegrías en las que se suponía que había participado recientemente, de hecho no parecía que le gustara ningún tipo de deporte. Ni parecía la compañía adecuada para David, que era mucho más joven y bastante más simple. Tenía un aspecto precavido, como un hombre con asuntos serios en la cabeza. Un hombre que era consciente de tener una mente, y que se diferenciaba.

Me pareció bastante solemne, en marcado contraste con David, que parecía tener una lista entera de trivialidades conversacionales mal ensayadas a las que la educación me obligaba a responder mientras servía el té, reflexionaba sobre un llamativo pasaje del

libro que había dejado últimamente, y observaba las idas y venidas en el vestíbulo público. Entonces me hice consciente de que, en absoluto aburrido o preocupado, el señor White estaba mirándome de manera encubierta, observando cada movimiento, cambio de expresión, el más ligero pestañeo de mis párpados. Quizá no hubiera oído el punto esencial del tedioso parloteo de David, pero escuchaba intensamente a los pocos comentarios que hice, ya fuera con «¿En serio?» o «¿De verdad?» o «¡Qué interesante!» cuando estaba totalmente aburrida. Empecé a observar con sospecha al curioso señor White, mientras me esforzaba por ser amable con David. Pobre chico, pensé, pone tanto empeño. Me dije a mí misma que no sería correcto rechazarlo groseramente, y que no era su culpa que me pareciera tan tediosamente corriente.

¿O lo era? Empecé a preguntarme si había un propósito tras la presencia del improbable señor White y su taciturna vigilancia y la pura idiotez de los comentarios casuales de David, aparentemente soltados la azar, y todos requiriendo una respuesta. ¿Estaba disfrutando de mi estancia? ¿Qué opinaba de la situación política? ¿Me gustaba el vecindario? ¿Quién se alojaba en el hotel, había hecho alguna amistad? ¿La comida era buena, y cómo pasaba el tiempo? ¿Me iba a quedar mucho? Mis respuestas se fueron haciendo más y más vagas y monosilábicas, e intentaba esconderme tras el ritual de hacer de anfitriona y preocuparme de pequeñeces como servir el té. ¿Querría David otro pedazo de bizcocho? ¿Y un poco más de té? Cuando rellenaba la tetera con agua caliente observé que David daba un mordisco al bizcocho con satisfacción: eso pararía esa boca durante un rato. Mientras tanto, era consciente de que el señor White estudiaba cada movimiento mío, como si cada gesto hablara un idioma oculto que era comprensible solo para él. Dejé caer un terrón de azúcar en una taza llena con un gesto inquieto, y desde la suficiente altura para que salpicara un poquito, y me giré hacia el señor White.

—Bien —dije—, ¿qué le ha parecido eso?

El señor White giró lentamente la cabeza para lanzarme una larga mirada desafiante.

—¿Qué me ha parecido el qué, señora Dean?

—La manera en la que dejé caer el terrón en el té. Parece tener un inusual interés en todo lo que hago. ¿O quizá me esté adulando a

mí misma?

El señor White no parecía incomodado. Contestó lenta y deliberadamente, como si sopesara cada palabra:

—Me interesa el comportamiento humano, eso es todo. ¿Le molesta que la observe, señora Dean?

La cara de David se congeló de ansiedad, la sonrisa se había borrado, sus ojos parpadeaban nerviosamente mientras nos miraba. Vi que quería evitar la confrontación a toda costa.

—Normalmente no —respondí con frialdad—. ¿Hay algún motivo por el que debiera?

El señor White no respondió de inmediato. Esperó. David parecía asustado.

—Quiero decir —solté—, depende de quién me observe, y por qué. Por ejemplo, por extraño que suene, este sitio está repleto de policía secreta. ¿Lo sabía?

—No, no lo sabía, señora Dean. Y suena un poco paranoico, si no le importa que lo diga. Un sitio tranquilo y respetable como este.

David trató de interrumpir:

—El señor White no es un detective ni un policía, se lo aseguro.

—No he dicho que lo fuera.

El señor White habló en un tono de autoridad pontificia.

—La gente que cree que está siendo vigilada o tiene alucinaciones paranoides o tiene, de hecho, algo que ocultar. ¿Lo tiene, señora Dean?

No me gustaba cómo me llamaba *señora Dean*, con un énfasis peculiar, como si supiera que el nombre era falso.

—¿Y si lo tuviera, *señor White*, es eso un crimen? ¿Tiene una que ser un libro abierto a cualquiera? Sospecho que es usted algo peor que un policía, señor White. Ellos solo quieren conocer mis movimientos, controlar mi cuerpo en el peor de los casos. Usted quiere poseer mi alma.

—Le aseguro, señora Dean…

—Respecto a alucinaciones paranoides, hay una pobre mujer en este vecindario, llamada señorita Wyckham, que en este momento está sedada en el hospital local después de que le hayan chafado la cabeza. ¿Por qué no va ahí y le diagnostica alucinaciones paranoides? Quizá incluso la convenza de que nada de eso pasó. Pero si es la verdad lo que busca, lo cual dudo, pregunte en la

policía local por el inspector de policía, de nombre Smith, por improbable que suene. Él es el inspector de policía imaginario del que le estaba hablando.

David intentó intervenir una vez más. Creo que estaba preocupado por si alguien nos había oído. Había elevado bastante la voz cuando mi diatriba ganaba ímpetu. Era consciente de una sensación de indignación, afilada con desdén.

—Por favor, madre —rogó, de vuelta de nuevo a su obsesión, que me molestó aún más—: Tan solo quería resultar útil. Es tan solo un amigo, eso es todo.

—No quiero su ayuda —dije firmemente.

—No he dicho que la necesite. Y no era una conspiración, se lo aseguro. Simplemente ha ocurrido así. Como dije, hemos venido porque estábamos de paso. —El pobre David estaba perdiendo el hilo, sin esperanza desde las profundidades. Sabía que yo sabía que mentía, aunque solo fuera porque me habían advertido que estaba predispuesta a la paranoia, y por tanto era menos ingenua.

—Ya veo. En ese caso, seguro que no les importa que me marche ahora.

David se puso rojo como una oscura peonía. El señor White se levantó.

—Esta bien —le aseguró—, será mejor que me marche. Su madre está obviamente muy trastornada, y creo que puedo imaginar los motivos para su hostilidad irracional. Está en la raíz de todos sus problemas, me temo. Lo discutiremos luego.

—Nada de conspiraciones —repetí sarcástica—, sin trucos. Pero lo hablarán luego. Es una buena definición de paranoia, señor White. Debe de haber detectado algo bastante sagaz. Imagino que será rico ¿no? O al menos libre, como dice el refrán[20]. Lo felicito. Muy listo.

El señor White se inclinó ligeramente y murmuró:

—Solo intentamos ayudar. —Señaló con la cabeza hacia David, quien se había quedado obviamente sin palabras, y sin saber si debía quedarse detrás.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la libertad? —le pregunté, cuando ya se estaba dando la vuelta para marcharse. No hizo ademán de haber oído mi pregunta, así que añadí, mucho más alto —: ¿Tiene alguna idea de lo que significa? —El señor White cerró la

puerta del vestíbulo público tras de sí. Varias personas me miraron. David parecía realmente avergonzado y se removía en la silla. Intenté explicar—: Hay un procedimiento de *habeas corpus*[21]. Pero creo que la mente es igual de importante, si no más. ¿No cree? —El joven no expresó su opinión—. Me pregunto si se podría emitir un *habeas mentem*… —reflexioné.

Hubo un incómodo silencio, aunque no para mí. Me sentía al mando de la situación.

—Lo siento —dijo finalmente—, no tenía que haberlo traído. Ha sido un error.

—No importa —dije suavemente, como si le hablara a un colegial al que habían pillado—. No hablaremos más de ello, ¿vale? —David parecía incapaz de decir nada más sobre nada, así que añadí, para hacerlo reír—: Para serle sincera, no creo que el señor White esté del todo bien de la cabeza, pobre hombre.

En vez de reírse, la expresión de David se hizo más seria. —No la entiendo— dijo finalmente—. Ha cambiado. No la reconozco.

—Y aún así afirma reconocerme. —Hablé muy tranquila, sin mirarlo, consciente de haber ganado. David intentó no hacer caso de esta lógica impecable.

—Pero, madre —comenzó. Lo interrumpí de inmediato, amable pero firme.

—Mire, jovencito. No tengo nada personal contra usted. Estoy segura de que es muy amable y no tengo ninguna objeción en hablar con usted, siempre y cuando podamos ser civilizados. Pero tiene que dejar de asegurar que tenemos o de pedir que tengamos una relación especial. No sé quién es, o de dónde viene. En cualquier caso, quienquiera que sea, no me puede hacer responsable de usted. Estoy segura de que cualquier mujer le diría lo mismo.

Supongo que era cruel decirlo, quizá innecesariamente cruel. Su cara mostraba tristeza, como si hubiera olvidado que estaba jugando en un mundo inventado en el que se suponía que debía ser un adulto. Intentó recordármelo.

—Yo… yo… —tartamudeó por fin—, no entiende. Me siento responsable de usted.

Le aseguré que podía estar tranquilo sobre eso: no era una niña, ni una indigente, ni sufría de ninguna enfermedad dolorosa. Tenía que explicárselo con todo lujo de detalle, puesto que le costaba

tanto entenderlo.

—Pero no es usted misma —argumentó, después de que hubiera enumerado todos estos puntos en mi favor. El chico parecía incapaz de cualquier razonamiento lógico, como este último comentario, que exponía de modo lamentable. Intentaba mostrarle lo absurda que resultaba su afirmación, pensando para mí que, basándonos en su baja inteligencia, cualquier vínculo sanguíneo quedaba excluido, y añadí:

—No cree quien cree que soy. Pero llevo intentándoselo decir desde el principio. Obviamente ha estado viviendo un enorme malentendido. Si le preocupa, lo siento. Pero no puede esperar realmente que intente encajar en la imagen que tiene de mí, que deje de ser yo, y actué siguiendo un papel que me ha asignado en su mente.

Nada podía ayudarlo ahora, podía verlo: ni su aceptable cara, ni el traje bueno o el corte impecable que le quedaba tan bien y le situaba firme en la escalera hacia un futuro aceptable. Había hecho todo para nada, los zapatos brillantes, los puños almidonados, el impecable corte de pelo y el mentón, recién afeitado, si no había nadie junto a él viéndolo escalar.

Y entonces cometí un error táctico, un momento de debilidad, porque me dio lástima. Acepté conocer a su mujer. Le permití que quedáramos para la semana siguiente y que me llevara a su casa. Solo para tomar el té, dijo, y me conduciría de vuelta al hotel. Sonaba lo suficientemente inocente, pero me hacía sentir incómoda. Como si un remolino me succionara. Me digo a mí misma que estoy siendo una estúpida, pero no puedo quitármelo de la mente. Una vez que mi ansiedad subyacente había sacado lo mejor de mí, empecé a hacer las maletas con la intención de ir de nuevo a la estación de tren. No fui, pero solo porque ya había intentado ir sin éxito, y no porque hubiera decidido que era lo suficientemente fuerte para quedarme y terminar las cosas, superar aquello que fuera a ocurrir.

Segundo Cuaderno

1

MI EXTRAÑA HISTORIA, tal y como es, comienza una tarde de mayo. Había sido un día agitado, suave, con bajas nubes grises suspendidas encima de nuestras cabezas y repentinos destellos de sol que le pillaban a una de improviso, por lo que no sabía qué hacer con ellos, casi cegada por el fuerte resplandor de luz. Pero, de todos modos, no duraban, las aburridas nubes volverían, y con ella mi ánimo depresivo.

Me sentía tan variable como el tiempo, quizá a causa de éste. No podría asegurarlo. Me descubrí caminando nerviosamente de un lado a otro, incapaz de permanecer sentada durante mucho tiempo, abriendo el bolso, mirando el contenido una y otra vez para pasar el rato. Algunas veces miraba hacia la puerta principal, observaba a alguna figura que se acercara, o miraba por la ventana hacia la escena fluvial, con sus barquitas de placer, remolinos de agua gris iluminados por la súbita luz. La mayoría de los árboles habían comenzado a echar hojas, demostrando que no estaban muertos sino que habían sobrevivido al invierno, y todos los arbustos estaban floreciendo intensamente, mostrando un valiente despliegue de color.

Yo también estaba haciendo un valiente despliegue para la ocasión, pero me sentía incómoda. Varias veces subí de nuevo a mi habitación, sin motivo aparente, o, si lo tenía, ya lo había olvidado cuando llegaba y abría la puerta, de pie en mitad del pasillo, observando con la mirada algo perdida las cuatro paredes, el anónimo mobiliario, la cama sin arrugas ya limpia para cualquiera que tuviera dinero para pagar, el armario secreto.

El joven David iba a llegar en cualquier momento para recogerme con el coche.

Había estado enferma. Le había dicho que había estado muy enferma, aunque no recordaba nada de eso. Supongo que ese era el alcance de la gravedad, que no lo recordara. Era consciente, sin embargo, en esa tarde de mayo, de sentirme algo débil, un poco frágil. Me temblaban las manos, tenía el estómago revuelto, y estaba innegablemente nerviosa por la dura prueba que tenía por delante. De hecho, la perspectiva de la venidera confrontación me había inquietado tanto durante los últimos días que en una ocasión llegué a hacer las maletas y me tambaleé hacia la estación de tren hasta que, a medio camino, la razón sacó lo mejor de mí y me di media vuelta. Después de todo, me dije, no tenía ni idea de a dónde ir. ¿A dónde, me pregunté, se supone que vas a ir? Dejé la pesada maleta en el suelo y me quedé ahí de pie unos segundos, intentando recobrar el aliento.

Ahora esperaba en la entrada del hotel en el que me alojaba, era una presa para los miedos desconocidos, sin ya casi esperanza. Y no podía identificar esos miedos, salvo que para empezar me habían conducido hasta aquí, cuando encontré este refugio. Pero entonces, yo no era yo misma, David me lo había asegurado en más de una ocasión, sin darse cuenta de que eso no me ayudaba, y que tan solo hacía que la situación resultara más confusa. No sabía qué tipo de persona debía ser, una vez que hubiera recobrado la salud, o sí quería llegar a ser esa persona, aunque David parecía tener una imagen bastante clara en su cabeza de cómo se suponía que debía comportarse esa mujer.

De otra manera, obviamente, aunque no queda claro si esto era para bien o para mal.

Ahora me había persuadido, aunque no estaba del todo convencida, de que David era mi hijo. Intenté reajustarme a la idea de esta relación que me habían impuesto. Esperaba que llegara a gustarme, él y su familia. La posible vergüenza que me esperaba me preocupaba.

Nerviosa durante días por la futura reunión, me había comprado un traje para la ocasión. De algún modo, este traje primaveral de fina lana azul con un forro ligero y brillante que crujía cada vez que me movía parecía no solo adecuado, sino expresamente diseñado para el personaje que tenía que representar. No estaba cómoda con él, aunque cuando lo compré, el traje parecía una elección sensata,

un poco más vistoso y alegre que el deprimente vestuario que había traído al hotel, y más acorde con la estación.

Ahora me sentía como la cohibida invitada de una boda. Quizá, pensé, echando una ojeada al reloj, una indeseada. ¿Cuándo empezaría la ceremonia? Decidí que el traje nuevo era un error, y que probablemente nunca me llegara a acostumbrar a él. Para eso tendría que ponérmelo de nuevo, posiblemente varias veces, y no me veía haciéndolo. De todos modos, no era solo culpa mía: no había mucho para elegir en un pueblo tan pequeño.

Me recordé a mí misma en la única *boutique* que había en la calle High, probándome una serie de prendas caras que me traía una dependienta agobiantemente atenta que babeaba alrededor mío, me llamaba *madam*, y soltaba unas pequeñas obsequiosas elegías con cada modelito. El espejo la llamaba mentirosa. Con cada cambio de traje me enfrentaba a una figura que no me gustaba y que me negaba a reconocer, un reflejo que, aunque ajeno, continuaba pareciendo ineludiblemente sólido tras cada cambio de color y corte: una solidez repulsiva cuya sombra no podía suavizarse ni su forma ser transformada.

Finalmente me compré este traje en lana azul claro, ligero, porque pensé que al menos me serviría de disfraz. Podía ser cualquiera en él. Era corriente, impecablemente corriente. Sin duda, en un millar de sitios similares, miles de mujeres idénticas llevarían este uniforme, intentando ocultar un feo contorno bajo las buenas ropas. En un día claro una quizá esperara fundirse con el azul del cielo y parecer invisible.

Entonces se me ocurrió que una visita a la peluquería que había unas tiendas más abajo en la calle High pudiera ser terapéutica y adecuada, para que pegara con el traje nuevo. Estaba, en todo caso, teniendo problemas con mi pelo. Intenté lavármelo una vez en el lavabo del hotel, y había estado en rebelión desde entonces. Se negaba a quedarse en su sitio, animarse, calentar mis orejas, halagar mi cara, o hacer cualquiera de las cosas que quería que hiciera. Cuando lo acariciaba con el cepillo y lo peinaba, se enfurruñaba y se quedaba flácido, sin brillo, ni vida, como si fingiera estar muerto. Ya en el exterior, sin embargo, se vengaba siguiendo al viento, casi salvajemente, volando por todo el lugar, incluso, a veces, metiéndoseme en los ojos. Si lo reprimía bajo un

pañuelo se vengaría después, haciéndose el muerto el resto del día. Una vez, cabreada, incluso pensé en deshacerme de él y adoptar una peluca domesticada. Y ahora se me ocurría apaciguar la terrible fibra con el halago de un profesional.

También quería causar una buena impresión a mi desconocida nuera. Por las lecturas de la biblioteca pública he obtenido la impresión de que las mujeres con mechones desgreñados por el viento, sobre todo si son canosos, son propicias a ser consideradas dementes, y no quería que los claros prejuicios de la mujer se confirmaran a primera vista.

Sin embargo, no disfruté de la sesión. No solo porque el largo periodo de inmovilidad forzada me hubiera puesto intranquila e irritable, aunque sabía que era ilógico, ya que no tenía ningún otro compromiso. Sin duda este era el típico síntoma del convaleciente. O eso me habían dicho. Pero una vez más tenía que enfrentarme a esa extraña, esa improbable mujer, en el espejo. Solo que esta vez era peor, ya que en esta ocasión estábamos obligadas a mirarnos a los ojos a poca distancia durante un periodo demasiado largo. No es que empezara a gustarme, pero ahora me daba un poco de pena.

Intenté no mostrarlo, controlar mis músculos faciales tras un escudo de rígido estoicismo cuando miraba a la indefensa, patética criatura frente a mí, robada del último vestigio de dignidad: le tiraban tanto del pelo que la cabeza se tensaba hacia atrás cuando el peine se atascaba en los mechones enredados. Las tijeras lo macheteaban. Entonces le enjabonaban y aclaraban el pelo mocho y volvía del lavacabezas como si lo hubieran metido en un cubo y hubieran fregado el suelo de la cocina con él. Estaba ahí con cara de vergüenza, mechones mojados pegados sobre el cuero cabelludo blanco, ahora claramente visible. Podía ver, yo lo veía, el ridículo final de convertirse en una mujer calva. La vi hacer una mueca de dolor, secarse a escondidas una gota de líquido del ojo izquierdo ¿o era el derecho? Me rompía el corazón, pero no había nada que yo pudiera hacer.

El joven preguntó cómo lo quería la señora, y cuando su víctima se mostró dudosa, procedió a hacerle varias sugerencias. Sus ojos me miraban directamente, muy alarmados, suplicantes. Sí, dije, pensando que eso bastaría, y vi su gesto de alivio. Sonrió ligeramente, con humildad. Tuve la impresión de que era el tipo de

mujer que siempre había esperado que otros tomaran las decisiones por ella; al observarla siendo maltratada en silencio, sospeché que durante toda su vida había sabido lo que no quería, pero no se había atrevido a expresar las objeciones en voz alta por no encontrar una alternativa. A ella no le agradaba la situación, era evidente. Mientras, el hombre la atusaba y le daba palmaditas, retorcía y enroscaba, aparte de otras cosas. Pero era demasiado tarde ahora, así que se rindió.

Supongo que debería defenderla, convertirme en una aguerrida aliada. Pero podía sentir algo cercano al desacato rebelde, y sospeché que nunca llegaría a gustarme. Pero estábamos atrapadas juntas, como dos hermanas inseparables. Una tímida, la otra dura y rebelde.

—¡Ahí está! —dijo triunfante el joven, sacudiendo un pelo inexistente del hombro y dando un paso atrás para admirar su obra.

Estaba sin palabras, perpleja. Se levantó lentamente de la silla, con un poco de incertidumbre reflejada en su cara. Se puso en pie con la columna y la cabeza rígidas, como si acabara de surgir de un molde de fábrica, y todo el edificio pudiera venirse abajo. Vi que estaba considerando la posibilidad de vivir bajo esta estructura extraña y ajena, y que veía que no podía tener mucha esperanza de que aceptara lo que acababan de imponerle a su vencida cabeza. Se puso una mano, quizá la izquierda (¿o era la derecha?) sobre la estructura gris y con forma de concha para tocarla, y rápidamente la quitó: su textura parecía extraña, como si no le perteneciera. Espera a que lleguemos al hotel, pensé, no nos llevará mucho tiempo deshacerlo, pero no me atrevía simplemente a decirlo en alto. En lugar de eso, sonreí dudosa, en un intento de gratitud, como una madre que había mandado a una prole revoltosa a un internado y era recompensada ahora con unos educados y completos extraños. La mujer del espejo seguía pasmada, como si sus peores dudas tácitas sobre el progreso humano se hubieran confirmado.

Hice todo lo que estaba en mis manos para llevarla al hotel por el camino más corto. Estaba cohibida en la calle High, aunque no hubiera nadie por ahí, aparte de un hombre en mono marrón descargando mercancía de una camioneta, y ni siquiera giró la cabeza para mirarla. En una ocasión en la que creyó oír pasos detrás

de ella, corrió como un rayo hacia la puerta de un quiosco. La persiana estaba echada y ponía un cartel de cerrado Se dio cuenta de que no la estaba siguiendo nadie. La acera estaba desierta.

Mi ánimo mejoró un poco al llegar al puente: una ráfaga de viento se agarró a la estructura rígida, que se levantó, empezó a ceder. Respiré profundamente el aire fresco, me asomé por la barandilla para mirar el agua, que corría plácidamente, y vi a seis patitos que seguían a su madre a contracorriente. Sus mullidas plumas, aún del color de la yema de huevo, se erizaban al viento. El último patito se quedaba siempre un poco por atrás. Continuaba haciendo incursiones propias, y después se apresuraba para alcanzar al resto del grupo. Sonreí. Podía sentir cómo se iba relajando un poco ahora. Viejas hojas y nueva floración. Las pesadas ramas del castaño colgaban sobre las barcas atracadas. Olor a polen.

Ya dentro del hotel, subimos escondiéndonos del recepcionista, felizmente absorto en el contenido de una novela de terror, cerramos la puerta de la habitación y estudiamos la situación. Estaba ridícula, y tuve que reírme de su lamentable imagen en el espejo. Tuvo el buen criterio de echarse a reír conmigo. Era horrible, pero no irreparable. —Admítelo —le dije, atacando a la estructura con cepillo y peine—, en primer lugar has sido tonta por dejarte convencer. ¿A quién le importa lo que piensen otros? —Mi dócil retoño, recién cortado y lavado, peinado ahora a su antiguo estilo, seguía volviendo a la forma en la que le había enseñado a estar—. Relájate —dije—. Ya estás en casa. —Gradualmente fue volviendo a ser el que era, y tengo que admitir que lo hacía con un toque de obediencia inusual que me gustaba bastante. Mi nueva compañera, cuya cara mostraba de cerca emociones alternadas entre la duda y el asco, estaba obviamente enfadada conmigo. ¿Por qué no podía decidirme nunca? Estaba a punto de perder la paciencia: estaba enfadada conmigo misma.

El problema es que, desde que había aparecido en la escena la madre de David, mi tiempo ya no era enteramente mío, y ya no tenía la sensación de libertad que había disfrutado, aunque brevemente, antes de que David me la presentara. Intenté conocerla, que me gustara, pero me costaba bastante: de no ser por

la llegada de David al hotel dudo que hubiera descubierto que teníamos cosas en común. Desde luego no nos hubiéramos hecho amigas.

Dicho de otro modo: de algún extraño modo me sentía responsable de ella. Sabía que se esperaba que lo fuera, y no quería llamar la atención armando un escándalo, o comenzando un cotilleo innecesario. Pero me hacía la vida muy difícil. Para empezar, era fastidiosamente cohibida y tendía a entrar en pánico si alguien se dirigía a ella. Era muy reservada y esto me hacía la vida muy aburrida. Me sentía obligada a estar con ella, y un poco de su inhibición se me pegaba.

Esperaba que la situación fuera temporal, y que la invitación para ir a casa de David el fin de semana finalizara nuestra incómoda relación. Probaría de una vez que todo había sido un tremendo error, me libraría de mi deprimente compañera y sería libre de nuevo.

Mientras tanto pasamos unos incómodos días llenando el tiempo de algún modo. Quizá por su necesidad de mantener las apariencias, su ansiedad soterrada, decidió que tenía que echar un vistazo a los «lugares de interés». El recepcionista le dio un folleto de la zona. Se reveló como una devota de la arquitectura eclesiástica, y echamos un aburrido vistazo a la parroquia local, que tenía una torre normanda, con los cimientos del siglo XII, y varias partes de otros periodos de la historia. Estaba, dijo, ansiosa por saber apreciar el pasado, y observó atentamente el osario en desuso.

El cementerio estaba descuidado y lleno de maleza. Las piedras se apoyaban con cansancio. Leyó gastadas inscripciones y pensó que tenían algo de poesía triste. Después de un rato me parecían monótonos. Qué reconfortante, comentaba, que al menos en la muerte los maridos podían yacer en paz junto a sus esposas. Esta mujer, pensé, tiene una parte oculta, pero no mostraba nada que sugiriese que su comentario no fuera ingenuo, quizá incluso sentimental. Los cementerios, declaró, la hacían especialmente consciente del momento presente, de que estaba viva. Y estaría pronto muerta, pensé irónicamente.

Ociosamente me preguntaba quienes eran los normandos. Construían con solidez de todos modos.

Cansada de las desgastadas inscripciones, ilegibles, cubiertas de

líquenes, vadeaba por la frondosa y larga hierba hacia el porche, que tenía un tablón de anuncios. Unas partidas de *whist*[22], alguien daría una charla sobre la migración de las aves, la excursión en bus para la tercera edad, que estaba ya al caer, y la torre normanda, que estaba en peligro de derrumbarse. Se necesitaban fondos para las obras.

La madre de David insistió en dejar algo de dinero en la caja de la colecta para la restauración. ¿Por qué? Porque, declaró, era un sitio de interés. Además, una tenía la obligación de mantener las apariencias, tenía la obligación de no permitir que los edificios del pasado, nuestra herencia, se destruyeran y acabaran siendo una ruina. ¿Por qué no? Pregunté. No estaba segura de por qué no, pero se quedó estupefacta ante la pregunta. Eso no necesita explicación, declaró. Además, añadió, aunque no fuera creyente, en el sentido aceptado del término, tenía una sensibilidad especial para la belleza artística de todo tipo, especialmente si el arte era también religioso.

Así que admiramos las tallas de la fachada, el recio bordado de la mantel del altar y las antiguas vigas de roble en el alto techo. Se vio sobrecogida por la vidriera de ricos colores que había sobre el altar, hasta que leí en la guía que era tan solo del siglo anterior, con lo cual ella decidió, pensándoselo mejor, que era bastante tosca y vulgar.

2

ASÍ QUE, A FIN DE CUENTAS, he pasado varios días tediosos y forzados desde que David se ofreció a llevarme a su casa para tomar el té. Quizá fuera ese el motivo por el que me hubiera esforzado tanto en prepararme para el evento, y me sentía cada vez más nerviosa conforme se acercaba el día. Demasiado dependía de ello ahora, aunque me había preguntado a mí misma más de una vez por qué había aceptado ir. Tenía que estar loca, me dije, para permitir que se me impusiera algo de este modo. Sin embargo, me di cuenta de que mi reacción inicial (salir corriendo) era estúpida, y que podía causar un daño incalculable de una naturaleza horrible e insospechada. No, lo único que podía hacer era seguirle la corriente y desvincularme de la mejor manera posible en cuanto pudiera.

Mientras tanto, la mujer que ahora parecía ser la madre de David no necesitaba que la convencieran, ya que era incapaz de huir, o de cualquier cosa que requiriese iniciativa personal. Admitió que no sentía nada por el joven que decía ser su hijo, no sabía nada de él, pero que ya le tenía miedo. Envolvió el terror en sentimientos de lana para que fuera menos doloroso y así quitarle la parte cortante.

Tampoco había olvidado al cómplice del joven, el señor White, por el que sentía un respeto profano y temeroso. Había conseguido librarme de él bruscamente en una ocasión, pero ella estaba segura de que no era tan fácil hacerlo. Un hombre como ese, pensó, no había llegado a donde había llegado sin ser capaz de hacer frente a unas pocas palabras groseras de una mujer rebelde. Tendría contactos poderosos, conocía a la gente adecuada. Tenía que hacer, pensó, tan solo una llamada de teléfono, rellenar el formulario adecuado, pulsar un botón y ¡presto! Ella tenía lo que se necesitaba

para dominar el miedo paranoico a la profesionalidad masculina, y eso incluía a su hijo. Él era, me recordó en un impresionante susurro, un ejecutivo.

Llegó David, inmaculado en lo que la gente de su clase llama ropa casual. El traje elegante había sido sustituido por una cazadora confeccionada a medida que no pegaba demasiado pero que iba a tono con los pantalones marrones, del mismo estilo que la camisa informal, con el botón del cuello desabrochado. David se disculpó por llegar cinco minutos tarde (llegaba media hora tarde) y agarrada por el codo me condujo hasta el coche, que estaba aparcado, revestido y pintado en apagados tonos de marrón que combinaban con su ropa.

Tan apenas me había abrochado el cierre del cinturón de seguridad que ya había dado la vuelta y salía disparado a la carretera como un hombre empeñado en recuperar unos minutos irremisiblemente perdidos, con tal fuerza e incómodo ímpetu por avanzar que estaba muy agradecida de llevar cinturón.

—Bonito coche —dije nerviosa, por decir algo, mientras él daba un violento tirón a la caja de cambios y maldecía entre dientes al vehículo que teníamos delante.

—Alcanza los ciento cincuenta —me informó, adelantando al coche infractor y tocando el claxon.

—¿Eso está permitido? —pregunté. No contestó, quizá ensordecido por el sonido del motor, pero siguió mirando por el parabrisas hacia la carretera con el ceño fruncido.

Me sentía algo alarmada por su comportamiento detrás del volante. No me había parecido, en nuestros encuentros anteriores, un hombre sorprendente, en todo caso podría decir que no me causó ninguna impresión, pero que más bien me daba la sensación de que era un inofensivo joven civilizado y de buenos modales. Había entendido desde el principio que era una persona resuelta que quería ascender en el mundo, pero no me había esperado que su naturaleza competitiva pudiera tomar un aspecto tan peligroso. Obviamente era un asesino en potencia. Además, parecía que hubiera olvidado el propósito de su visita: casi ni me había mirado, no me preguntó por mi salud o mi bienestar, ni se había dado

cuenta del deslumbrante cambio en mi aspecto. Pensé que podía haber recogido a cualquier mujer en el vestíbulo del hotel, de una cierta edad y constitución, sin mirarla con demasiado detenimiento. No era demasiado exigente, concluí, a la hora de elegir madre, siempre y cuando tuviera una. Y ni siquiera iba a esforzarse en ser amable conmigo. Me daba la sensación de que creía que su misión se había terminado por completo.

Empecé a ver cómo se había convertido la madre de David en el tipo de persona que yo creía que era, y me compadecí de sus miedos. Por otro lado, sentía que debía preguntarme cómo podía haber criado en su seno a semejante monstruo: seguramente, en algún momento, cuando su trasero aún era suave, su pequeña mente maleable, podía haber hecho de él un ser humano diferente.

Ahora estábamos en un tramo de carretera sin tráfico, a lo largo de una doble fila de otros contenedores de metal que avanzaban veloces en dos direcciones. El sol estaba cubierto por una consistente nube, por lo que no sabía si íbamos al sur o al norte, de este a oeste o de oeste a este. En ambos sentidos, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía un paisaje de feos edificios sobre los bancos de este río de asfalto de dos sentidos.

Pero David se reclinó en el asiento, un poco más relajado. Incluso se intuían vestigios de una medio-sonrisa visible desde mi lado, como si se hubiera metido un chute de velocidad, y la aguja del velocímetro midiera el pulso de su corazón, quizá el nivel de octanos en su sangre.

—Así está mejor —murmuró.

La carretera principal se había estrechado en una angosta calle de lo que podía haber sido en tiempos un área residencial tranquila y pacífica. David había ignorado la señal de aminorar la velocidad, y nos estábamos acercando a un paso de peatones, a toda velocidad. Una señora empujaba un carrito de bebé entre el bordillo y la isleta central. Pegamos un frenazo chirriante, vi que la mujer giraba la cabeza alarmada y salí disparada del asiento, contenida por el cinturón que evitó una lesión grave. Estaba ahí parada mirando al coche fijamente, nuestras caras a través del parabrisas, como inmovilizadas por el miedo, su cara blanca como la tiza, los oscuros ojos abiertos de par en par por el susto.

—¡Hala, venga, muévete! —masculló entre dientes, mirando a

través del parabrisas—. Que no tengo todo el día.

Cuando David arrancó de nuevo el motor observé a la mujer empujando lentamente el carrito con su oculto contenido hasta el otro bordillo antes de perderla de vista. Quizá también estuviera criando una bomba de relojería.

—¿Qué quería llegar a ser cuando era pequeño? —le pregunté.

—Piloto de cazas —dijo riendo y mirando la carretera—. Me molestó mucho haber nacido demasiado tarde. Creo que nunca se lo perdoné.

—No sabe lo afortunado que es —contesté cuando viraba violentamente para adelantar a otro coche que estaba demasiado cerca. Respiré profundamente para recuperar la calma—. A la gente la matan en las guerras. —Y no solo en las guerras, pensé crispada.

La aguja del velocímetro avanzó en un tramo despejado de la carretera. Árboles, cercas, un caballo pastando pasaban borrosos antes de que una pudiera apreciarlos. Pero el ceño fruncido de David había sido sustituido por la extraña sonrisa que había observado antes.

—Supongo que quería demostrar de lo que era capaz —musitó —. ¿Acaso no es lo que quieren todos los niños? Tampoco supone un complejo de inferioridad, ya sabe, tener que demostrar que uno es tan bueno como lo era su padre… —Su voz se fue apagando, como si se acabara de dar cuenta de que había sacado un tema peligroso. Lo miré con curiosidad, esperando, pero le invadió un taciturno silencio. Empezó a morderse el labio inferior, sin habla, como si se hubiera un sonrojado por el bochorno.

Delante de nosotros había un pequeño coche viejo que iba muy lento, con un hombre mayor al volante que parecía totalmente ajeno a la demanda moderna de velocidad. David no pudo adelantarlo inmediatamente, y le tocó el claxon un par de veces. El hombre mayor miró atrás una o dos veces y siguió exactamente a la misma velocidad, impasible ante lo que sucedía a su alrededor.

—Ha dicho algo sobre su padre… —empecé vacilante, probando.

Al principio creía que no me había oído. Nos estaba adelantando un camión articulado enorme cuyo barullo ahogaba cualquier otro sonido. Cerré la ventana rápidamente cuando los pesados gases grises y su perjudicial olor viciaron el aire. Pero lo había oído,

después de todo. Vi cómo se sonrojaba intensamente cuando giraba el volante para torcer a la izquierda y tomar un desvío.

—Lo siento —dijo—. No quería sacar ese tema. Ha sido un desliz. Olvidémoslo.

Puesto que de todos modos no recordaba nada, estaba más sorprendida que tranquila. Qué curioso decirle a una supuesta amnésica que olvide algo que le concernía tan íntimamente. Sentí algo no demasiado agradable, según sus valores, un esqueleto familiar en un armario que él quería mantener cerrado. Si la madre de David se había puesto ahora inquieta y ansiosa, podía entenderlo muy bien. Ni durante un instante creí que él intentara ahorrarle ese tipo de sentimientos; en todo caso, pensé, quiere a alguien a quien poner frente a la puerta del armario, para que le ayude a mantenerlo cerrado.

Sin embargo, no podía evitar preguntarme: una viuda reciente, ¿perturbada por la pena? La muerte se suponía que era un tema innombrable, pero la madre de David había disfrutado mucho de su visita al cementerio; se había deleitado con los epitafios de los maridos que yacían junto a sus amadas esposas como si fueran exquisitos poemas irónicos o sentimentales, o ambas cosas. ¿O quizá sí que lo hubieran derribado siendo piloto de cazas, y careciese del confort de una tumba con nombre y apellidos y ella hubiera tenido que rechazar, año tras año, la imagen de sus huesos mecidos en el fondo del océano? ¿O acaso décadas de días normales, llenados con cosas mundanas y comunes, barrerían la playa del ayer, deshaciendo los castillos y los huesos?

Tendría que forzar el armario, decidí, con destreza y astucia, cuando lo pillara desprevenido. Se lo debía a ella.

Mientras tanto, David había estado maniobrando el coche a través de una red de calles tranquilas alineadas junto a hileras de casas idénticas, pequeñas pero inmaculadas, con ladrillos recién revocados y regulares ventanas, pintadas en un tono idéntico de blanco. Cada entrada alardeaba de su propia fachada clásica, aunque fuera pequeña, y de una lámpara de latón, eléctrica, y de un corto camino, bordeado por césped recién cortado, que conducía a la acera privada. Reinaba un inquietante silencio, como si no hubiera nadie en ninguna de estas casitas de ensueño, recién conjuradas de la mesa de dibujo de un arquitecto o de un dibujo de

un anuncio en el periódico. Como si pertenecieran al hipotecado futuro.

David redujo la marcha y nos detuvimos. —Ya estamos aquí— dijo, echando el freno de mano con determinación. Me pregunté cómo podía estar tan seguro. Para mí todas las casas eran iguales. Inmaculadas, deshabitadas. Cristales que no revelaban nada. Ninguna cara tras la ventana, ningún ruido proveniente del interior. Nadie esperando en la entrada. Pero el trozo de césped en la parte delantera estaba cortado con esmero: quizá el dueño se hubiera retrasado (lo importante va primero) por haberse entretenido recortando los bordes con unas tijeras especiales de jardín antes de salir a recoger a su madre. Le gustaba terminar bien un trabajo, y se notaba.

David me llevó por el caminito del jardín, después de haber comprobado dos veces que todas las puertas del coche estuvieran cerradas. Nos apretujamos en el estrecho *hall* de la entrada. —¿Cariño? —dijo, con desconfianza, como probando. El espacio interior era sombrío, pequeño, cerrado, tras la luz del exterior—. ¿Hola? —dijo con falsa jovialidad—, ¿hay alguien en casa? ¡Ya hemos llegado! —Escuchamos en silencio en el estrecho pasillo. Tras una puerta de cristal esmerilado oí una breve risa infantil. El sonido parecía provenir de lejos.

—Deben de estar en el jardín trasero —explicó David—. No creo que nos oigan.

Abrió la puerta de cristal esmerilado y vi una fotografía en color que anunciaba muebles de jardín tras una gran puerta de cristal abierta. Una mujer, muy embarazada, estaba sentada en una tumbona. Había tazas y platos en una mesita plegable de aluminio. Una niña pequeña con ralo pelo rubio saltaba de una piscina inflable de plástico en miniatura para balancearse en el columpio de aluminio, obviamente una compra reciente. El césped, cuidadosamente cortado bajo el porche, estaba salpicado de más juguetes de plástico, algunos inflados, en brillantes colores primarios. Se veía un poco de la hierba y la celosía más allá.

—Ah, hola —dijo la mujer embarazadísima, girando lenta, pesada y ligeramente la cabeza—. No os hemos oído llegar. —Parecía estar anclada a la tumbona, como si su centro de gravedad fuera demasiado bajo para poder levantarse, para siempre.

Sonreí, asintiendo. David me señaló una de las sillas de aluminio que había esparcidas por el porche, un porche con sombra a ambos lados, proyectada por las vallas vecinas.

—¿Quiere un poco de té? —preguntó con somnolencia la mujer embarazadísima—. Me temo que este se ha quedado frío. Sus piernas eran feas, quizá por el embarazo, como si parte del líquido amniótico se hubiera hundido en sus muslos, haciéndolos parecer artificialmente gordos.

Hubiera querido tomar algo de té, pero no me atrevía a decirlo. Tenía sed después de un viaje tan desagradable.

—¿Habéis tenido buen viaje? —preguntó, como si leyera mis pensamientos, pero se dirigió a David, que comenzó a explicar con todo detalle la aburrida ruta, lo que habíamos tardado, posiblemente debido al volumen del tráfico, la incompetencia de algunos conductores, todo parcialmente compensado por su propia ingenuidad a la hora de elegir la ruta A en vez de la ruta B en el cruce de X e Y.

Algo iba mal en el coche, añadió, a pesar de la enorme factura que acababa de pagar en el taller. El tipo intentaba timarlo seguro.

Mientras tanto, la niña seguía saltando y columpiándose de un juguete a otro. Con tal ostentación de elecciones, parecía incapaz de concentrarse siquiera en uno, y comenzó a observar las sillas ocupadas del jardín, chupándose dos dedos.

—Hola, cielo —dijo su madre—, ¿qué te parece otro chapuzón en la bonita piscina?

La niña dio una patada sin ganas a una gran pelota de plástico que estaba junto a su pie derecho.

David se había quitado la cazadora y la colgaba con cuidado sobre el respaldo de la silla. Hizo unos gestos de relajación con los brazos y hombros y entonces soltó un profundo suspiro como si no hubiera respirado aire fresco en al menos una semana. Sonrió a su hija.

—Hola, cielo —dijo, en el mismo tono persuasivo—. Acércate y di hola. ¿Recuerdas a la abuelita?

La niña se mantuvo firme, rodeada por su reino de juguetes. Se chupaba los dedos, miraba con recelo a cada cara, y comenzó a balancearse de lado a lado, con los pies firmemente pegados al suelo, las piernas rígidas. Recibí el claro mensaje de que ella, al

menos, no recordaba a la abuelita, al menos no mejor que yo a ella. La palabra «abuelita» me impactó, y me costó varios segundos darme cuenta de que se refería a mí. No conforme con hacerme madre, ya me estaba pidiendo que fuera también abuela. Estaba pidiendo demasiado. Pero me gustaba la niña, y sentí cierta compasión por ella.

—Hola —dije, tan amable como pude, entornando los ojos por el sol, e intentando que mi voz sonara normal—. ¿Cómo te llamas?

Siguió mirándome con recelo, y se metió más dedos en la boca. Muy bien, niña, pensé, consciente del hecho de que nos habían puesto a las dos en una posición falsa, y que de ella era también era consciente de ello.

—Venga —dijo David alentador, pero con un punto de rugido en la voz—: Conoces a la abuelita y sabes tu nombre. No seas tonta. Dile a la abuelita tu nombre.

—No —dijo la niña desafiante, tras sacarse varios dedos mojados de la boca. Rápidamente se los volvió a meter.

El tono de David se volvió más severo. Una pequeña nube, no mayor que el puño de un hombre ocultó el sol.

—Venga, Amanda, no seas traviesa. Ese no es modo de comportarse ¿a que no? No es educado ¿verdad? —Silencio, durante el cual el campo eléctrico de la tensión era palpable en ese trozo del jardín—. ¿Quieres que te mande a la cama?

La cara de Amanda se puso roja. Parecía que iba a llorar de un momento a otro. Pero resultaba obvio que estaba preparada para convertirse en mártir por la causa, si fuera necesario.

Empecé a identificarme con la niña. Quizá fuéramos familia, después de todo. Mientras, el pulso había comenzado a latir en la mandíbula del padre, que estaba ominosamente rígida.

—¿Te digo el mío? —le dije, para romper la tensión—. Me llamo Nelly.

No tenía ni idea de cómo recibirían el comentario. Vi que David miraba a su mujer pero ella había echado la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados al sol. La niña se sacó los dedos mojados de la boca.

—Vaya nombre más raro —comentó.

Me reí, aunque con un poco de ansiedad, porque esperaba que David se enfadara de nuevo por el comentario tan poco educado.

Para mi sorpresa nos miraba radiante de júbilo, primero a su hija y después a mí.

—Es una granujilla, ¿a que sí? —dijo orgulloso—. ¡Las cosas que se le ocurren!

Amanda, consciente de haber ganado un punto, dejó de fruncir el ceño y soltó un chillido de risa triunfal. Le dio una patada a la pelota hacia la cara de su padre, pero tan solo botó débilmente y rodó hacia las hinchadas piernas estiradas de su madre. La mujer abrió los ojos y cegada por la luz, sonrió ligeramente, con indulgencia.

Su padre se inclinó hacia delante. —Dile a la abuelita cuántos años tienes— insistió, mirándome para asegurarse de que estuviera preparada para disfrutar de la actuación.

—Zres.

David sonreía exultante. Yo sonreía ligeramente.

—¿Y cuándo cumplirás cuatro? —le preguntó la madre, usando una voz de guardería.

Hubo silencio.

—¿Y bien?

La niña miraba como con desconfianza hacia el futuro.

—No sé —dijo al fin.

Su madre se rió.

—Pronto, cielo. Y entonces te compraremos un hermanito en la tienda de bebés. Para que juegues con él.

Amanda parecía insegura sobre si debía sonreír o volver a fruncir el ceño. Cedió emitiendo una chillona risa sádica.

—Y le daré azotes en el culo para que se comporte.

Todo el mundo ser rió. David, con la frente arrugada por indulgente diversión, miraba de reojo para verificar si mi cara reflejaba la cantidad adecuada de admiradora aprobación. Me puse una mano en la frente, para sugerir que fruncía el ceño por el sol, e intenté sonreír.

—Enséñale a la abuelita cómo cantas —convenció a Amanda, su voz orgullosa almibarada, la cara bañada por el sol. Amanda aún parecía tímida entre todas sus posesiones, como una niña prodigio acostumbrada a la celebridad y que quería demostrar que controlaba la situación. No tenía ni el más mínimo interés en escuchar cantar a la niña, pero tenía que esperar paciente. Le

dijeron la primera frase y ceceó «Al pasar la barca», «Luna lunera» y «Mi pelota salta y bota». Cada vez que llegaba al final de una de las cancioncillas vitoreaban su actuación con vociferante ánimo y muchos aplausos, algo que Amanda obviamente había aprendido a esperar como algo adecuado. Se vio obligada a darnos un bis que le pidieron sus padres, sonrientes con descarado orgullo.

Me di cuenta de que me había traído hasta aquí, secuestrada casi, simplemente para escuchar cantar a una niña y confirmar la admiración de los padres por el producto.

Pero no era la única posesión que debía admirar. Cuando la mujer de David se levantó finalmente de la tumbona para entrar y poner una tetera de té recién, hecho me enseñaron la nueva lavadora automática, varios utensilios eléctricos, y un nuevo juego de té. Mientras su mujer lo colocaba sobre una bandeja, David me llamó para que admirara una reproducción de un escritorio antiguo con cuero grabado y una nueva ducha en el baño.

Anunció que había comprado un cortacésped nuevo. Lo seguí bajando las escaleras y a través de una puerta que llevaba al garaje. No me preguntó si quería verlo. Sentí que me había traído aquí para admirar sus posesiones, sus máquinas, utensilios y terrible mobiliario de imitación, y su pequeño y común vástago.

—¿Te ha enseñado Susan la nueva lavadora? —preguntó para asegurarse. Deduje que la mujer embarazadísima de la cocina se llamaba Susan y dije que *sí*, que me la había enseñado. Bien. Estábamos mirando a una complejísima máquina que ocupaba casi todo el suelo del garaje.

—Es un poco grande ¿no? —pregunté dudosa, no sabiendo nada de máquinas. Pero parecía tan grande como la parcela de césped que había visto en el jardín de atrás.

David me confesó que estaban planeando mudarse a una casa más grande, con más espacio. De hecho ya le habían echado el ojo a una casa con dos acres de terreno. Estaba un poco apartada quizá, para Susan, pero los niños tendrían la oportunidad de correr por campos de verdad. El problema es que el precio era superior a lo que podían permitirse. Hubo una pausa significativa, mientras él miraba pensativo en dirección hacia mí. No dije nada.

—Por supuesto, es una buena inversión. Su valor aumentará, pero con mi salario actual (que por supuesto ascenderá pronto) no

puedo gastar más. No puedo permitirme una hipoteca mucho más alta. Es una vergüenza. Odiaría perder esta oportunidad única. Espero que bajen el precio.

—Quizá lo hagan —dije.

—Por unos miles —murmuró, frunciendo el ceño. Entonces, al no decir yo nada—: Por los niños. —Su tono era algo melodramático, como si estuviéramos a punto de ahogarnos.

—¿No hay algún parque en el que puedan jugar?

Susan llegó con la bandeja del té apoyada sobre la abultada tripa. La seguimos hacia el jardín.

—Sí —admitió David de mal humor—, pero no es lo mismo.

Suponía que no lo era, pero yo tendía a tomármelo con filosofía. Susan estaba cortando grandes trozos de pastel de frutas.

—Y no soporto que me vean los vecinos —añadió irritable el joven, como si esta última frase cerrara el argumento y proporcionase la justificación de un nivel de vida superior que no podía permitirse.

No podía imaginar qué es lo que podría encontrar interesante cualquier vecino para mirar, o por qué iba a importar si lo hacían. Pero David se sentía obviamente lo suficientemente espiado y observado como para haber puesto más metros de valla y de enrejado a ambos lados del porche.

—Pero seguramente —empecé—, les puedan hacer compañía a los niños, y a Susan…

—Son horribles —escupió David.

—Espantosos —dijo Susan lentamente—. Siempre se están quejando de algo.

—Y el ruido que hacen —añadió David—. Les he pedido que no despierten a Amanda cada sábado por la noche, pero la música sigue igual de alta.

Sin que llegara a decirlo abiertamente, estaba claro que David creía que tenía que vivir en un vecindario que era inferior de algún modo, una inferioridad que se manifestaba de una y mil pequeñas maneras que le permitían a él ascender y salir de ahí. Se lo debía a sus hijos, yo se lo debía. De ahí ese tono de agravio al hablar sobre el dinero que les faltaba, la incoherencia entre el derecho y la propiedad. Había, pensó, encontrado la casa de sus sueños, que además resultaría una buena inversión, así que sus honestas

aspiraciones eran también prudentes. Había encontrado a alguien mal informado que le pudiera prestar el dinero que le faltaba, creía que no era nada más que su deber. Por suerte, el mundo no tenía hadas madrinas. Y así se lo dije.

—Es un error invertir toda tu vida en ladrillos y argamasa —le dije.

Le vi frunciendo un poco el ceño, y mirar a su mujer, que se encogió de hombros casi imperceptiblemente y entonces se giró hacia mí para ofrecerme más té y otro trozo de pastel.

—Creo que será mejor que me vaya marchando —dije.

—Oh, pero si acaba de llegar. —La voz de Susan sonaba efusiva —. ¿No se va a quedar a ver cómo Amanda se baña?

La cara de David se puso rojo oscuro y seguía con el ceño fruncido.

—Papi está enfadado —comentó Amanda, entre bocados de pastel, que se deshacía sobre su vestido.

—Claro que no —dijo su padre, frunciendo aún más el ceño—. La llevaré de vuelta ¿de acuerdo?

—Si no le importa. —Me levanté de la silla—. Es un largo viaje y quiero estar en el hotel para la cena.

Le di un beso de despedida a la niña. Se retorcía y reía mientras la sujetaba, pero me dio un beso también. Su piel olía dulce. El olor me recordó a algo, algo que no sabía qué era.

3

ESCRIBO AHORA *A POSTERIORI*, y por tanto no es fácil saber cómo de real es mi descripción de aquella primera tarde con David, porque la impresión que me causaron él y su familia ha sido reforzada desde entonces por una falsa relación en curso. Desde esa tarde de mayo he sido, por así decirlo, adoptada por él, y es muy posible que mi informe esté influido por lo que he averiguado sobre él desde entonces.

Desde aquella horrible primera tarde he pasado muchas horas similares en su compañía. Es el precio que hay que pagar por los raídos restos de libertad, y a veces siento que no puedo seguir quedando con él, que ya es demasiado. Por otro lado, no veo alternativa. Estoy atrapada en una desgraciada semejanza con una criatura patética con la que no siento ninguna afinidad, solo pena. Sé que algunas personas son capaces de ser despiadados con esta mujer indefensa, y que se necesita cierta diplomacia.

Pero incluso cuando mi conformidad tiene algo de astuto cálculo, no puedo evitar preguntarme: ¿qué hizo de esta mujer un ser con tan poco carácter? Solo tengo que leer el otro cuaderno para entender que indudablemente estaba confundida y confusa. Parecía estar bastante perdida. He decidido ahora que voy a intentar imponer algún tipo de coherencia narrativa a mi vida, o a lo que queda de ella. Tiene que haber algo en algún lado que le dé sentido. Mientras, ésta sigue pasando, y no puedo agarrarla. No le encuentro significado. Todo se me escapa entre los dedos como agua o arena.

También estoy aburrida.

No sé si se debe a mi reciente enfermedad, y no sé cuánto de la intranquilidad y desorientación que siento es el resultado directo de un chaparrón en el curso de mi vida. Tiene que haber algo anormal

en una mente con semejante falta de retentiva, ya fuera de intención, emoción o memoria.

Escribo para corregir este defecto, aunque nunca puedo saber hasta qué punto no lo estoy falseando. Todo el mundo debería tener una historia que sea coherente, con cierta consistencia. Si no puedo responder por su absoluta precisión, al menos me alivia el aburrimiento y me ayuda a pasar el rato. Y eso, desde que estoy atrapada en esta casa, ya es bastante.

Me cuesta recordar y entender cómo me dejé engatusar para mudarme a esta terrible casa. Me cuesta ordenar los sentimientos y motivos que tuve entonces y, debido al estrés de los hechos, dejé de apuntar todo durante ese periodo. Solo sé que en una nublada tarde, David me trajo aquí en coche y me dejó en la entrada. Que yo estaba indefensa y, como si me despertara o entrara en un bizarro sueño, me encontré metiendo la llave que llevaba en la mano y que, milagrosamente, o por desgracia, encajaba en la cerradura y giraba. La puerta se abrió, y se cerró tras de mi como una trampa.

David observaba desde el otro lado de la verja del jardín. Creo que asintió y sonrió una vez, cuando me giré vacilante antes de usar la llave que me había dado, pero tan pronto como la puerta cedió oí cómo arrancaba el motor del coche y se iba muy deprisa. Posiblemente tuviera miedo de que cambiara de opinión si me concedía la oportunidad de hacerlo. Después de eso no se puso en contacto conmigo durante varios días.

Me quedé parada en la entrada vacía y escuché el silencio que provenía de las habitaciones del piso de arriba. Me pareció muy grande, esta casa, demasiado grande para mí. Me estaba ahogando en el mobiliario polvoriento que tenían que haberse llevado hace mucho pero que seguía en las esquinas, junto a las paredes, donde habían sido abandonados por alguien. Entonces recordé que la llave no había girado en la cerradura al principio, y que fue cuando David contestó mi mirada vacilante con un asentimiento alentador que cierto instinto me hizo sacar la llave ligeramente antes de girarla en el sentido de las agujas del reloj una vez más. Esta vez se abrió, pero ¿cómo podía saberlo yo? Oí que el coche se ponía en marcha de nuevo detrás de mí y la puerta se cerró de un portazo,

rompiendo con su eco el silencio de las escaleras desiertas.

Me quedé de pie en el recibidor vacío inspirando un olor a necesidad y descomposición, como si no se hubieran abierto las ventanas en meses. Había polvo en la mesita en la que estaba el teléfono. Silente, también bastante polvoriento, con una libreta para los mensajes, aunque sin mensajes en ella. Detrás la escalera ascendía hacia la derecha del vestíbulo, la moqueta gastada en cada escalón. La pintura de la barandilla había sido blanca tiempo atrás pero ahora estaba amarillenta, y pequeñas desportilladuras mostraban el marrón de una época anterior. Alguien había elegido un floreado papel de pared que ahora parecía apagado y ligeramente absurdo, como los veranos de antaño puestos a secar entre las páginas de un álbum. Sobre el radiador, una columna de polvo en suspensión había descolorido la pared en tonos más oscuros. Al lado, un espejo, vacío. He desarrollado aprensión, casi terror, hacia los espejos desde que vivo aquí sola. Son peligrosos, nunca sabes qué saldrá de ahí la próxima vez. Los rehúyo, evito mirarlos.

Al final del pasillo alguien había dejado la puerta de la cocina entreabierta. A través de ella veía la luz que venía de la ventana que daba al jardín. Una vista lejana de verde, un revoltijo de malas hierbas y arbustos sin podar excitados por el viento, respirando.

Supongo que tenía que haber descolgado el teléfono directamente y haber llamado a un taxi para que me sacara de allí.

Sí que lo pensé. Pero decidí echar un vistazo al lugar primero, a pesar de mi aversión inicial. Era más que sensato eso, probar a ver, mi aversión estaba mezclada con la curiosidad. Me dije a mí misma que podía irme en cualquier momento. Primero echaría un vistazo. Quizá pudiera aprender algo de mí misma, como persona, o de la madre de David. Siempre he sentido curiosidad por las casas de otra gente, y un gran deseo por meter las narices en los armarios y cajones.

—Siempre te puedes marchar —dije en voz alta al vacío recibidor, desafiándolo. Puesto que no se derrumbó inmediatamente en represalia sobre mí, obtuve el suficiente coraje para pasar frente al espejo, desviando la mirada, e ir hacia la cocina. Un montón de cajas de leche vacías, botellas de vidrio atravesadas por la luz, apoyadas sobre el alféizar de la ventana. Una de ellas tenía una

nota atada al cuello. La desenrollé. «Debido a circunstancias familiares…» leí, y no seguí. Aunque la cocina también estaba polvorienta, alguien había lavado y aclarado meticulosamente todos los platos sucios antes de irse. La pila estaba vacía, los escurrideros sin nada.

Alguien había puesto unas existencias mínimas de alimentos frescos en la nevera: varios huevos, un cartón de leche, un poco de mantequilla. Imaginé que habría sido David, su incentivo para forzarme a que me quedara. Al menos alguien no quería que muriera de hambre.

Por alguna razón, después decidí subir, dejando la maleta en mitad del vestíbulo. En el descansillo del primer piso vi una puerta algo entornada; sobre el dintel había una grieta que subía por la pared hasta el techo, como si alguien, alguna vez, hace mucho, hubiera dado un portazo enojado. O quizá toda la casa hubiera empezado a ceder bajo unos cimientos inadecuados. De todos modos, la grieta parecía profunda y vieja, como si varias capas sucesivas de pintura no hubieran podido taparla.

La habitación me producía un gran desasosiego. No es que fuera incómoda: al contrario, la decoración y los muebles estaban en buenas condiciones, el piso estaba cubierto por una blanda moqueta azul pálido que amortiguaba cada pisada; era luminosa, limpia y razonablemente espaciosa. La enorme cama doble parecía estar bien bajo el liso y tranquilo cubrecamas. Me recordaba un poco a la habitación del hotel.

Me senté en una esquina de la cama y miré a mi alrededor el entrelazado, apenas ya visible, de flores azules por todo el papel de pared blanco, el gran armario a lo largo de una pared, el tocador con un gran espejo colocado de tal manera que reflejaba un poco de todo, incluyendo un posible intruso, otra con cortinas azules, parte del techo, el piso, el armario, y una porción libre de la cama.

Ahora dejo un camisón viejo tapando el espejo. Cuando seguí explorando la casa, me sorprendió el hecho de que tenía demasiados espejos y demasiados relojes, todos funcionando, aunque se habían parado en una fecha sin especificar.

Me quedé un rato sentada a los pies de la cama, que aguantaba mi peso y me pareció demasiado grande para una persona y demasiado pequeña para dos, con las proporciones diseñadas para

la máxima incomodidad mutua y molestia, y me pareció que el aislamiento era inadecuado: demasiado espacio frío. El aire estaba húmedo y estancado, como en el resto de la casa, y me acerqué a abrir la ventana, que iba dura por la falta de uso, la madera quizá se hubiera hinchado por las recientes lluvias. Finalmente cedió bajo ambas manos.

El cielo seguía nublado. Empezaría a llover de nuevo pronto. Hizo un rato de sol antes, pero no había durado. El dormitorio daba al jardín trasero, que era bastante agradable. Abajo veía los árboles junto a la valla, ahora ya verdes, respirando pesadamente, esperando a la lluvia. A pesar de, o quizá a causa de la ausencia del dueño, varios arbustos crecían salvajemente, echando flores, firmemente, en pequeños grupos rosas y amarillos. Algo delicado y de color malva claro se agarraba tenazmente a parte de la valla y había alcanzado la parte superior. Pequeños cúmulos de pequeñas flores azules, como vestigios de la niebla matutina, se mostraban valientes entre las vulneradas hierbas. Parecía muy agradable. Pensé en bajar y respirar un poco de aire fresco antes de que empezara a llover. Incluso desde la ventana, la tierra olía a humedad, con un aroma a hojas verdes y gotas de lluvia.

Pero decidí que primero debía repasar mi entorno. Estaba decidida a ser metódica. También tenía que encontrar el cuarto de baño. Me encontraba justo enfrente del descansillo, junto a la puerta del baño, y olí un fuerte perfume sintético, exudado de un objeto malva, presumiblemente diseñado para camuflar olores normales, que algunos consideraban preferibles. Alguien había dejado la copia ajada de un libro titulado *Mil y un mejores poemas* en la repisa de la pequeña ventana, y bajo ésta había un horario de trenes manoseado y obsoleto. O bien, pensé, los ejemplares estaban aquí para limpiarse el culo en caso de quedarse uno sin papel, o el ocupante más frecuente es un estreñido que trabaja con trenes y tiene un gusto infantil por la poesía indigerible. Un rápido vistazo por las páginas mostraba que nadie había tenido la costumbre de arrancar páginas, y había un rollo de papel extra junto a la cisterna, al alcance de la mano.

Me senté para aliviar mi vejiga en la perfumada taza malva y, siendo un poco lectora compulsiva, empecé a leer el lema impreso sobre cada hoja de papel higiénico, simplemente para pasar el rato.

Imagine mi sorpresa cuando, en vez de encontrar un tranquilizador *Impregnado con germicida o Cien por cien testado* o incluso *Propiedad del Gobierno*, lo cual habría indicado que un ladrón compulsivo había regresado recientemente a casa tras salir de una institución pública, vi inscrito, clara pero delicadamente sobre la hoja superior, el mensaje *Te dejo*. Lo habían escrito esmeradamente con un bolígrafo que había perforado el borde del papel, y al principio pensé que mi reciente enfermedad estaba teniendo un efecto curioso en mi visión. Es decir, para expresarlo sin rodeos, que tenía visiones. Tiré del rollo de papel y el mismo mensaje aparecía en la siguiente hoja, y en la siguiente, hasta que había medio rollo desplegado en el suelo junto a mis pies, y pensé que podía volver a enrollar el papel. No había duda: el mismo mensaje aparecía con consistencia meticulosa a lo largo de cada perforación. No me apetecía mucho aplicarme una hoja tan personal y quizá venenosa a mi barba goteante y mis partes privadas. Obviamente habían puesto mucho esfuerzo en tanto trabajo. Pero la alternativa era un poema romántico o parte de un amplio horario de trenes, y supuse que también habían requerido de mucho esfuerzo personal por parte de alguien.

Por primera vez sentí que la casa tenía algo de siniestro, un aura de maldad provocado por el odio, leve quizá, pero acumulado durante un periodo lo suficientemente largo como para volverse intenso.

Abajo encontré que el salón, que ahora parecía más bien un mausoleo, tenía unas puertas de cristal que daban al jardín. Empujé para abrirlas y dejar que entrara algo de aire fresco, salí al porche y eche un vistazo fuera. Las margaritas habían empezado a florecer de modo encantador en la larga hierba, un diente de león competía descaradamente con la retama, que ahora florecía amarilla, y los diseminados restos de plantas civilizadas.

Fui por el camino de gravilla hasta la puerta lateral del garaje, descorrí el cerrojo. El garaje estaba vacío, salvo por una cortadora de césped en una esquina y unas pocas herramientas ordenadas a lo largo de la pared lateral. Alguien había quitado el coche de huida.

Volví a echar el oxidado cerrojo y estudié la casa desde la parte

trasera, los precisos rectángulos, un canalón bajo la ventana del baño, el tejado inclinado. La casa era más grande de lo que había imaginado inicialmente, demasiado grande para cualquiera que la ocupase. La línea del tejado se interrumpía por las dos ventanas del ático, denotando un piso superior que ni siquiera había revisado. Sin duda, pensé, las habitaciones estarían tan vacías y serían tan inútiles como las otras. ¿Cuántas habitaciones necesitaba una mujer? Tan solo significaría más muebles a los que quitar el polvo.

Eso me dije a mí misma, de pie en el camino de gravilla, encendiéndome un cigarrillo. Nunca subí a la tercera planta, pero desde entonces he estado oyendo ruidos por las noches, chirridos, como si alguien estuviera gateando. Me da miedo, pero supongo que solo estoy imaginándomelo: estar a solas en una casa vacía puede ponerla a una nerviosa.

Los árboles de la parte trasera empezaron a murmurar cuando el aire se refrescó. Las nubes se movían sobre mi cabeza. Quizá, pensé, venga un intervalo soleado. Durante un instante, un destello de sol se reflejó en las ventanas cegadas, entonces se apagó. Metí la desnuda cerilla de madera en la oscura tierra del lecho de flores con la punta del zapato, hasta que quedó enterrada y se hizo invisible. La valeriana silvestre había invadido este trozo cultivado, aún verde con resistentes perennes, con los ojos azules de la inocencia.

Ahora empezaba a oír ruidos en la broza del otro extremo de la valla, como si un pájaro o un pequeño mamífero estuviera estirando de sus ramas y follaje. Primero una mano, entonces un sombrero de fieltro informe, seguido por un mechón de pelo gris y la parte superior de la cara de una señora mayor apareció sobre el borde.

—Un montón de malas hierbas este año —dijo.

No sabía qué decir. La cabeza se ocultaba y después emergió de nuevo cuando ella se impulsó con ambas manos hacia arriba. Le temblaba ligeramente la cabeza. Se agarró desesperada a la valla de madera, como si tuviera miedo de ahogarse. Una de las manos sostenía una herramienta con forma de garra.

—Es por el tiempo húmedo —añadió—. Se extienden tanto, que es difícil mantenerlas a raya. —Yo seguía sin nada que decir. Ella echó un vistazo hacia mi pedazo de terreno—. Más le valdría empezar a trabajar su jardín si no quiere que tomen el poder. Debo confesar que se me hace muy duro desde que murió mi marido.

Hubo un breve silencio. No sabiendo si su pérdida era lo suficientemente reciente como para darle mis condolencias, no dije nada. Seguí observándola mientras ella me observaba.

—Las estaciones —continuó con una nueva inspiración de aire, alzándose otro centímetro sobre la valla— son ahora poco fiables. No sabes en cual estás de un día para otro. No como en los viejos tiempos. Creo que quizá esta previsión moderna del tiempo tenga algo que ver.

—¿En qué sentido? —pregunté.

Ella estaba callada. Sus ojos deambulaban libremente en un vuelo curioso y finalmente se posaron en algún punto abstracto en mitad del espacio entre nosotras. No sé lo que veía; yo no veía nada. Entonces me vi forzada a moverme por una nube de mosquitos que había empezado a danzar alrededor de mi cabeza y me encontré cruzando su línea de visión.

—¿Se va a quedar? —Sus modales eran bastante directos.

Me encogí de hombros.

—No estoy segura. Acabo de llegar.

—No es asunto mío —prosiguió—. Tan solo he preguntado porque no me gusta ver un sitio que se arruina y se echa a perder. Y sus hierbas van a empezar a extenderse por mi jardín. Es el viento ¿sabe? Pero es cosa suya. Yo no puedo obligarla a nada.

—No sé —le dije con franqueza—. Aún no me he decidido.

Eso es bastante común —dijo, oliendo una hoja que llevaba en la mano—… No tiene nada de inusual.

Se soltó de la valla y desapareció de mi vista. Oí el tris tras de su afilada herramienta mientras se movía entre la broza del otro lado. Su respuesta me intrigaba. Aún estaba intentando averiguar por qué me había gustado tanto mientras volvía y la sombra de la casa me envolvía. Impulsivamente me di la vuelta y eché una ojeada sobre la valla. Estaba agachada sobre un rosal podado.

—Disculpe —se enderezó lentamente, pero solo hasta la mitad. Vi que su espalda estaba permanentemente encorvada.

—Siento molestarla —dije—. Veo que está ocupada. Pero ¿diría que me conoce?

La extraña pregunta no pareció sorprenderla. Me miró astutamente durante un instante, como si estuviera considerando un asunto filosófico.

—Sí —dijo finalmente—, y al mismo tiempo no, no la conozco. No me atrevería a decir que conozco a la gente. Pero cuando se tiene mi edad, se la conoce, si sabe a lo que me refiero.

Asentí.

—Entiendo. ¿Pero diría que nos hemos visto antes?

Parecía avergonzada.

—¿Entonces no me recuerda?

Su cabeza empezó a agitarse con temblores nerviosos. Su mano derecha se abrió y cerró las hojas de las tijeras de podar, cortando algún matojo en el aire. —Debe perdonarme— murmuró—. Mi memoria… soy muy mala recordando a la gente… Tantas caras… —Su voz se disipaba en el aire húmedo.

Entonces me vio sonreír. Al ensancharse mi sonrisa, su ceño fruncido se disolvía. Y lentamente me devolvió la sonrisa.

—Gracias —le dije—. Muchas gracias.

Nos sonreímos. —Es un placer—, contestó, tranquila, y su cabeza dejó de temblar. Pero me daba cuenta de que su intento por mantenerse erecta le costaba mucho esfuerzo.

Un pequeño pájaro marrón se posó cerca, sobre la valla, y empezó a girar nerviosamente la cabeza en varias direcciones, con sus redondos ojos registrando el universo. Entonces levantó el vuelo y desapareció entre las densas ramas de los árboles al fondo de nuestros jardines.

4

TRAS VOLVER DEL JARDÍN y entrar en la casa, pasé un buen rato rebuscando en el armario y los cajones. En la cocina encontré un feo juego de tazas y platos, una gran variedad de ollas y utensilios, un cajón con trozos de cuerda. Me preparé una taza de café y mordisqueé una galleta correosa. Después tiré la fea taza al cubo vacío de la basura. No merecía la pena lavarlo.

Arriba encontré más armarios. Abrí todos los cajones. El armario ropero estaba abarrotado por vestidos, un par de abrigos, zapatos, todos usados pero sin estar desgastados. Todas las prendas parecían respetables, pero carecían de estilo, como si la que los vestía hubiera querido fundirse con el fondo y hacerse invisible.

Abrí la ventana de par en par e inspiré profundamente el aire fresco, pesado de tierra humedad y un aroma a lila que provenía del jardín de la vieja Sybil. La vi aún entretenida entre los lechos de flores. Se convertiría en una imagen familiar en los días venideros, moviéndose lentamente y con esfuerzo, encorvándose y arrancando hierbas. Pasaba los días ahí, se veía: su pequeño trozo de terreno estaba exuberantemente verde, a lo largo de las décadas tantas cosas habían crecido entre sus huesudos dedos que las plantas siempre estaban en flor en este césped impecable. Fuertes arbustos habían enraizado y florecido, también había pequeñas flores, bordeando el terreno, que giraban sus caras al cielo. Una vez a la semana venía un hombre para realizar el trabajo duro. Ayer oí el sonido de su cortacésped bajo las nubes, que se mezclaba con los cantos de las aves, los gritos distantes de los niños y el ladrido de un perro. Pero no era suficiente.

Un joyero en el cajón superior del tocador contenía varios broches pesados y una alianza de oro, con la letra G. Grabada en el

interior. También un collar de amatista. Pensé que varias de las joyas podrían valer lo suficiente como para venderlas, si fuera necesario. Si tenía que salir huyendo.

En las habitaciones del piso inferior encontré un aparador que contenía varias botellas de alcohol, que vacié en unos días, y una pila de platos con el mismo diseño horrible que había encontrado en la vajilla de la cocina.

En el salón encontré varios estantes con libros, una pequeña colección de discos con un tocadiscos, y un televisor. En los siguientes días no me sentía capaz de concentrarme para leer. El silencio predominaba. Tampoco podía escuchar ningún tipo de música, ni ver la televisión.

Abría las puertas de cristal que daban al porche otra vez. La atmósfera era sofocante, las nubes se oscurecían. Mi vecina se había metido dentro. Varias gotas de lluvia cayeron sobre el porche. Era obvio que en cualquier momento el cielo se abriría, pero dudé, respirando profundamente, antes de entrar. Justo cuando estaba cerrando las puertas vi a una mujer joven, sin duda mi otra vecina, que salía corriendo para rescatar la ropa del tendedero.

La vi de nuevo en varias ocasiones, durante los siguientes días, semanas, meses. Tenía dos niños pequeños, uno aún era un bebé que iba en carrito. Después de que hubiera cesado el chaparrón la vi salir de nuevo al jardín para recoger unos juguetes empapados. La seguí afuera, se quedó en blanco cuando le pregunté cómo se iba a la estación de tren. Volví a entrar.

Decidí salir a la calle, y empecé a caminar arriba y abajo. Pregunté a varias personas por el camino a la estación. Uno o dos negaron con la cabeza y se fueron con prisa; un caballero mayor me preguntó por qué estación preguntaba y se puso visiblemente impaciente cuando no supe ser más específica. —No soy de aquí— dijo un joven, mientras que una chica de pelo oscuro contestaba locuazmente en un idioma extranjero. Finalmente una mujer de mediana edad de amplias proporciones, y que no parecía tener demasiada prisa por ir a ninguna parte en concreto, se paró cuando me dirigí a ella. Me dijo que habían cerrado la estación de tren hacía años.

—Nadie la usaba —añadió, cuando vio mi expresión de desconcierto—, al menos eso es lo que nos dijeron. Tenía pérdidas,

¿sabe?, —intentó explicar, mientras yo estaba ahí parada, en silencio y con el ceño fruncido—, no hay que importunar a los que pagan los impuestos.

Sonreía ampliamente, de una manera alentadora, esperando una respuesta, como si no le importase que me llevara todo el día.

—¿Usted paga impuestos? —le pregunté finalmente.

—Oh, no —se rió, como si la idea fuera absurda, como si le hubiera preguntado si alguna vez había escalado el Everest porque estaba ahí. Añadió—: Mi marido sí.

Miré hacia el garaje, que sabía que estaba vacío, y me quedé ahí ausente, intentando decidir cual sería mi siguiente paso.

—Por supuesto —continuó amablemente la mujer—, mi marido puede hacer uso del coche de la empresa. Lo necesita para el trabajo. Al principio lo echaba de menos, no tener la estación de tren. Era útil. Pero supongo que no se pueden pedir peras al olmo. No podemos esperar que pongan trenes para satisfacernos a usted y a mí.

—Pues no veo por qué no.

—Porque no es rentable —replicó en el tono de una mujer que quizá no hubiera tenido el beneficio de unos estudios superiores pero que de vez en cuando escuchaba la radio—. Si adecuaran el funcionamiento de todo para complacer a gente poco importante como nosotras ¿dónde estaríamos todos?

—Aquí no —dije cortante. Su aceptación de auto-menosprecio empezaba a parecerme bastante irritante.

Su fofo cuello se puso rojo oscuro, tirando a morado, recordándome a un pavo en Navidad. —No tengo paciencia con gente como usted— exclamó, parecía insegura sobre cómo seguir hablando con coherencia—. Alguna gente no sabe cuándo es acomodada… es gente como usted la que… que… —Miró alrededor buscando inspiración y no la encontró. Pronunció un sonido explosivo de exasperación que consistía principalmente en aire expelido y siguió caminando con su bolsa de la compra.

Eso ocurrió en los primeros días, casi todo en el primer día. Al menos eso es lo que creo. Me cuesta llevar el control del tiempo o la secuencia de eventos durante ese periodo, cuando todos los días se

parecían. Era más consciente del tiempo cambiante: chaparrones, una tormenta eléctrica, varios días seguidos de calor en los que el sol brillaba desde el amanecer hasta el anochecer en un cielo azul que se convertía en blanco a causa del calor y que se ponía triunfalmente carmesí hacia el atardecer.

Así que no intenté llegar a la estación de tren, ya que tenía motivos para creer que no existía. En lugar de eso, intenté asentar mi propia cabeza. Exploré la red de calles del vecindario, y me costó volver a mi propia puerta. Hileras de casa uniformes y pulcras, con pequeñas parcelas de jardines delanteros, garajes y puertas. Justo ahora los contornos se veían suavizados por la nueva crecida de los arbustos en flor, las perfumadas lilas, la glicinia colgante y el exuberante *laburnum*, pero nada podía ocultar la apretada disposición. Y nada podía ocultar el enredo de hormigón de carreteras, pasos elevados y pasarelas cercanos al anticuado centro comercial. Atravesaba la tranquila planificación de una chapucera era pasada como un dinosaurio posthistórico, un monstruo de piedra inmune a las heroicidades, y la gente debía aceptarlo. El ruido los hacía ensordecer mientras compraban azúcar y té, para no poderse oír hablar; en la entrada de las tiendas, elegían tomates maduros, elegían un racimo de uvas, respiraban los gases venenosos. Por ahora Beowulf[23] no había venido en su rescate, aunque sus casas hubieran sido tragadas por el monstruo rapaz, y los habitantes que se lo pudieran permitir ya hubieran huido. Carteles con se vende acribillaban la zona, atados a postes como banderas que señalaban desesperadamente, pero sin esperanza, que necesitaban ayuda.

Compré unas pocas provisiones, pero me costaba comer sola en esta asfixiante casa. Estaba invadida por una ausencia de apetito, que a veces llegaba a la náusea. Mordisqueaba tentempiés, observaba el cielo, los pájaros moviéndose del césped a la valla, al secreto de las ramas frondosas. Observé a mis vecinas: la mujer mayor cuidaba del jardín, la mujer joven de sus retoños, cogiendo un bebé que lloraba, tendiendo, lavando, amarrando al bebé al carrito.

David llamó varias veces para asegurarse de que no hubiera desaparecido, pero no vino a verme. Estaba, me explicó, como para anticiparse a mis reproches, hasta arriba de trabajo en la oficina. Ya

veo, dije. No quería que me visitara, pero de todos modos pensé que su comportamiento era extraño. Había parecido ansioso por adquirir una madre, era difícil entender qué asunto le había molestado. Me prometió que me llevaría a visitar a la familia pronto. El bebé estaba bien y Amanda lo había apodado Cerdito. Amanda estaba muy mona, y ahora sabía contar hasta veinte. Cerdito lloraba mucho por las noches, así que Susan estaba siempre cansada.

Supuse que ayudaría si pudiera invitar a alguien a mi casa a comer conmigo. Pero no conocía a nadie, y también era consciente de que no tenía nada que decir.

En una ocasión mi nuera se pasó para enseñarme a su nuevo bebé, llenó la casa de pañales, biberones, juguetes de plástico y una cuna portátil. Me esforcé en hacer los apropiados sonidos arrulladores de admiración, sin éxito. El bebé no dejó de llorar durante toda la visita, y su cara de pasa se mostraba hastiada con vehemente repulsión por el universo en general y por su alrededor más cercano en particular.

—Cerdito está siendo malo —comentó una bastante callada y sumisa Amanda con satisfacción.

Respiré con alivio cuando por fin cerró la puerta después de su marcha. Ni una sola vez, observé, la orgullosa y preocupada madre me había preguntado cómo me encontraba yo: si estaba bien y si era feliz.

5

DECIDÍ HACER UN ESFUERZO e invité a la vieja Sybil de la puerta de al lado a cenar conmigo, pero se olvidó de venir. Seguimos haciendo comentarios sobre el tiempo por encima de la valla del jardín, pero no quise avergonzarla aludiendo a la noche en la que se le olvidó venir, y no se lo pedí una segunda vez. Creí que era mejor no recordarle su pequeño lapso. Eso parecía agotar la variedad de mis amistades más próximas.

Le di vueltas al tema, encontré una libreta de direcciones con una lista de nombres y números de teléfono en un cajón bajo el teléfono, y llamé a un número al azar. Resultó ser una empresa de fontanería cuyo contestador automático me invitaba a dejar un mensaje ya que no había nadie en la oficina. Colgué. Probé con otro número y acabé teniendo una conversación equívoca y algo hostil con una mujer que, con razón, no sabía lo que quería. Puesto que no tenía ni idea de quién era, y su tono de voz, lejos de sugerir intimidad, solo expresaba una tendencia a irritarse cada vez más, colgué asustada. Después de eso, no volví a intentar utilizar el teléfono.

Me sentía prisionera en la casa, y durante largas horas me veía desesperada por oír el sonido de una voz humana. Encontré una radio portátil, y durante un día o dos cogí la costumbre de llevarla conmigo por todas las habitaciones. Una emisora en concreto parecía librar una desesperada guerra en mi nombre: una voz frenéticamente alegre parloteó durante una hora y media, convenciéndome de que me tenía que animar, de que no debía hacer ninguna tontería. Pero la voz en sí sonaba desesperada, se quedó sin palabras, consciente de su propia ineptitud, intercalada con un parloteo idiota con un tamborileo por el que algunas

palabras refinadas sonaban incluso más estúpidas: sacarina, una droga, canciones de cuna para arrullar a un cerebro al que la cima se le había quedado pequeña y necesitaba, parecía, romper el silencio más que encontrar la paz y la quietud. Después de unos días ahogué la máquina en la bañera.

Para evitar subir al piso de arriba para irme a la cama, me quedaba horas y horas viendo la televisión en la oscura habitación, mientras el cielo desaparecía tras la ventana, se oscurecía en un azul luminoso tras el contorno negro de los árboles, y la luna ascendía. Las imágenes se sucedían, pero me costaba concentrarme. Unos hombres se disparaban desde detrás de las puerta, destrozando la casa y aprovechaban cualquier pausa para posar orgullosos ante las cámaras, sonriendo, haciendo gestos de victoria definitiva antes de dejar que los mataran. Después vi las costumbres de los cangrejos en colorido detalle y me quedé perpleja.

Ya arriba, en la cama, tenía pesadillas, y me sacudía en la oscuridad, o no era capaz de dormir en absoluto. A veces tenía la clara impresión de que no estaba sola en la casa: me quedaba rígida, tumbada en la oscuridad, segura de que había oído pisadas en las escaleras, el crujido de un tablón suelto, una puerta que se abría y cerraba con cautela. Estaba demasiado asustada para salir de la cama e investigar, mi insomnio empeoró. Me quedaba despierta en la oscuridad, escuchando los sonidos de algún intruso. En una ocasión oí que tiraban de la cadena, el sonido furtivo de alguien moviéndose por el baño.

Entonces tuve un golpe de suerte, o al menos eso fue lo que creí entonces. Me encontré con la señorita Wyckham una tarde junto al kiosco, con el mismo aspecto. Un poco más mayor quizá sin duda un poco más canosa, como si hubiera encogido, pero eso no era motivo de sorpresa.

—¿Cómo está? —grité, perpleja pero agradablemente sorprendida por el inesperado encuentro—. ¿Ya se ha recuperado?

Me miró durante un momento sin reconocerme.

—Sí, gracias —dijo lentamente, después de dudar. Sus ojos claros, confundidos, exploraron mi cara.

—Me alegro tanto —exclamé—. Tiene que pasar a visitarme.

—Bueno… —comenzó.

—Venga a cenar. Esta semana —insistí, no dejándole tiempo

para rechazar la invitación. Se apuntó la dirección y acudió, como correspondía.

Me había costado preparar una cena apetitosa de tres platos, y comencé ofreciéndole un jerez. Lo bebía con cautela, a pequeños sorbos, observándome aún con la expresión dubitativa que había visto fuera en la hilera de tiendas.

—Me alegra tanto que esté mejor —dije—. Debe de haber sido una experiencia muy desagradable. ¿Cuándo salió del hospital?

Frunció el ceño, como si tuviera que hacer un *puzzle* en su cabeza. —Hará unas tres semanas— me dijo. Su mirada vagaba por la habitación—. Es una casa muy bonita —dijo.

—Múdese aquí si le gusta —me reí con alegría, mostrándole con el brazo la zona sombría de la casa—. Es demasiado grande para mí. No sé qué hacer con tanto espacio.

—Oh, no podría hacerlo —dijo remilgada, y entonces aparentemente decidió que era una broma y forzó una estridente risita falsa, que sofocó con la mano que no sujetaba el jerez.

—Mire —le dije con franqueza—, debo confesarle que la primera vez que nos vimos no me acordaba realmente… Quiero decir, solo estaba siendo amable. No recordaba nada. Del pasado. Deberá excusarme. He estado enferma. Y no quería ofenderla, al menos espero que no lo hiciera. Pero ahora estoy mucho mejor, y me alegra mucho que nos hayamos vuelto a encontrar. ¡Qué coincidencia! Porque ahora sí que me gustaría hablar de pasado.

La señorita Wyckham seguía mirándome fijamente, olvidando el jerez, como si sus ojos saltones fueran a salir disparados como canicas.

—Recuérdeme —la persuadí—, ¿cómo éramos de niñas? ¿Qué hacíamos por el día, de qué hablábamos? Quiero decir ¿teníamos sueños, aspiraciones, deseos secretos? ¿Hablábamos de ellos? ¿O simplemente dejábamos pasar los días como todo el mundo?

—No la sigo. —El tono de la señorita Wyckham era de desconfianza. Había dejado la copa a un lado y seguía mirándome fijamente, con sus claros ojos sobresaliendo peligrosamente.

—Quiero decir —intenté explicar—, ¿era esto lo que queríamos? —Mi mano señalaba la confinada y sórdida habitación—. ¿Soñábamos con esto desde el principio, o permitimos que nos condujeran con el cinturón de seguridad puesto, hasta que fue

demasiado tarde y nos encontramos atrapadas? ¿Intentamos acaso luchar, protestar? Quiero decir, ¿recuerda claramente… murmurábamos rebelión, entre clases, la clase de gimnasia, las clases de gramática, de religión y el resto?

—No entiendo. —Había un tono de alarma en la voz de la señorita Wyckham. Sus ojos comenzaron a recorrer la habitación de nuevo, pero esta vez parecían buscar la puerta—. Me iba bien en el colegio. Saqué cinco aprobados, —recordó orgullosa tras décadas.

—Eso está muy bien —dije, para apaciguarla, y empecé a pastorearla hacia la mesa, que estaba arreglada, con copas, flores en un jarrón, y servilletas dobladas para los dos servicios de mesa—. Siéntese. —Saqué una de las sillas.

La señorita Wyckham se colocó la servilleta sobre el regazo.

—¿Aprobados en qué? —pregunté. Parecía desconcertada—. Quiero decir, dijo que aprobó cinco en el colegio. —La señorita Wyckham estaba inexplicablemente agitada.

—Lengua, biología… —comenzó, y entonces se volvió en mi contra—. Mire, ¿está intentando enfadarme? Lo dejé. Tenía que ganarme la vida. Me he mantenido a mí misma toda la vida Pero podía haber continuado. —El familiar rubor escarlata apareció en su cuello.

—Por supuesto… —Comencé suavemente—, solo intentaba… Se fue ¿a dónde?

Hubo un breve y tenso silencio. Sentí que de algún modo había empeorado la situación.

—Espero que le guste el aguacate —dije alegre, llevando dos platos del pasaplatos a la cocina. Asintió tontamente y empezó a comerse la fruta verde oval. Le serví un vaso de vino, que ni siquiera tocó.

—Ha hecho buen tiempo últimamente —comenté—. Me gustan estas tardes largas. —Las dos miramos al jardín, fantasmal en penumbra. Un arbusto resplandecía como un floreciente espectro blanco, y su fuerte aroma penetraba en la habitación.

—Eso es jazmín ¿no? —dijo vacilante.

—Sí —dije— lo es.

Hubo otro breve silencio. Me excusé y fui a la cocina a sacar la cazuela del horno. Estaba sorprendentemente bueno. Dijo que estaba bueno, y quería saber cómo se llamaban los curiosos

vegetales. Se lo dije:

—Berenjenas.

—Oh —se disculpó—. Nunca fui muy buena con los nombres.

Hubo otro silencio mientras comíamos las dos. Pensé en algo que decir, haciéndome cada vez más consciente de que masticábamos, mordíamos, utilizábamos los tenedores y cuchillos, tragábamos. No se me ocurría nada que decir que no pudiera malinterpretarse o que le causara otro ataque de inexplicable agitación nerviosa. Por su parte, la señorita Wyckham no parecía tener mucho que contar. Cuando no estaba mirando al plato miraba por la ventana al creciente anochecer. Los árboles suspiraban en un delicado soplo de viento que arrastraba un aroma incluso más intenso a jazmín a través de las ventanas abiertas: tras ellas el cielo había tomado un intenso azul translúcido de vidriera.

—Hace buena noche —dijo la señorita Wyckham, tras haberse tragado el último bocado y haberse limpiado la boca con la servilleta.

—Sí.

—Estamos teniendo un verano bastante bueno este año —continuó, cogiendo coraje y velocidad al oír sus propias palabras—: Por ahora. Al menos comparado con otros años. No nos podemos quejar.

—No —dije—. Ya lo veo. De hecho me parece extraordinario. Si yo fuera usted, me costaría mucho mantener esa compostura. —Su calmada e inesperada ecuanimidad era tal que me preguntaba qué drogas le habrían dado en el hospital. No era simplemente un fuerte contraste con su anterior comportamiento, era directamente inhumana—. Pero quizá —sugerí—, prefiera hacer borrón y cuenta nueva y olvidarlo todo. Creo que probablemente sea muy sensato.

Me miró fijamente, con los ojos saltones, la boca abierta. —No comprendo—. Parecía que le costase sacar las palabras.

—Ya sabe —dije, empezando a sentirme abochornada, pensando, oh señor, acabo de conseguir enfadarla de nuevo—: Quiero decir, su reciente… eeeh…

—Mi reciente ¿qué? —insistió.

—Bueno —continué, intentando esquivar el asunto pero sin encontrar ninguna salida a este punto muerto—, me refiero a su desafortunada experiencia… al ataque… la policía me lo contó.

Vino a verme. Así es como me enteré. ¿Encontraron al culpable?

La señorita Wyckham se había levantado de la silla. El rubor intenso de su cuello había vuelto, de un carmesí más intenso ahora. Me di cuenta de que estaba enfadada, no avergonzada.

—No me han atacado nunca en mi vida —protestó—. ¿Por quién me toma?

Extendí la mano para calmarla, sentarla de nuevo. Había tardado más de una hora en preparar un *pudding* delicioso, y ahora amenazaba con fastidiar la ocasión que con tanto esfuerzo había preparado.

—Por favor, siéntese, señorita Wyckham —rogué—. Entiendo que prefiera no hablar de ello…

—¿Cómo me ha llamado? —interrumpió mis disculpas.

—Señorita Wyckham, por supuesto. Yo solo…

—Lo sabía —dijo triunfal, apartando la silla. Dejó la servilleta junto a su plato vacío—. No la conozco. Todo este rato he pensado que no la conocía. No me llamo señorita Wyckham, y nunca me he llamado así. Me ha confundido con otra persona. Me llamo Cox, Brenda Cox, y tengo documentos que lo demuestran. —Su voz se estaba volviendo más y más agresiva, con un tono dominante—. No la había visto en mi vida y definitivamente no me han atacado… bueno, al menos, no recientemente. Ahora me tengo que marchar.

Casi no podía esperar a llegar a la puerta. Me comí el *pudding* sola, pensando en el hecho de que mi primer intento de hacer de anfitriona no había sido un éxito sin reservas.

6

DESPUÉS DEL CHASCO ESTUVE melancólica y desanimada. Me sobrevino algún tipo de lasitud que sabía que no era sana. Al mismo tiempo era difícil saber qué podía hacer para quitármelo de encima. En mi aburrida ociosidad me convencí de que era víctima de una conspiración, de que de algún modo David había conseguido secuestrarme, o de que al menos me había atrapado con falsas pretensiones. Quizá ni siquiera fuera mi hijo. Pero ¿qué podía hacer?, ¿a quién recurrir? La policía creería que estaba loca. ¿Qué posible motivo tendría un hombre para aprisionar a una mujer que no fuera su madre con el pretexto de que lo era? En todo caso, las puertas no estaban cerradas: teóricamente no había nada que me impidiera marcharme.

No ayudaría tampoco explicarle a alguien lo fútil que sería tal intento. Que ya lo había intentado una vez, y que me trajeron de vuelta. Que habían cerrado la estación de tren. Que no sabía quién era, o a dónde debía dirigirme porque no tenía el coraje para irme. Era consciente de que mi coraje, como el resto de mí, estaba en marea baja.

Debatí la posibilidad de consultar a un abogado, pero decidí que tal acción no me conduciría a ninguna parte. ¿Podía, ya había oído esa fría voz preguntarme, demostrar que no era *su* madre? Quizá, con el paso de la edad, les den a los hijos la custodia legal de sus padres, una ley de la que no había oído nada porque rara vez se aplicaba. ¿Quería que me desahuciaran por quebrantarla?

Caí en la cuenta de que a muchas personas mi situación les parecería envidiable. Las exigencias que me hacía mi supuesta familia no eran onerosas tampoco, y a cambio estaba viviendo de manera bastante confortable. Me costaba explicar que no estaba

viviendo en absoluto, que me habían quitado mi libertad de pensamiento y de actuación como me la habrían quitado si me hubieran metido entre rejas. Sin lugar a dudas. ¿Pero quién me la había quitado? ¿Podía culpar realmente a David?

Reflexioné sobre estas cuestiones mientras observaba la luz atenuarse y brillando, cambiando con las nubes pasajeras, los árboles suspiraban al viento, la vieja Sybil se movía lenta y tenazmente entre sus plantas, la joven madre tendía otra colada del tendedor. Yo tan apenas salía ya.

Mientras tanto me convencía cada vez más de que alguien se movía lentamente dentro de la casa tras el anochecer. No todas las noches, normalmente un par de veces a la semana. Pero las noches en las que no oía nada eran probablemente tan malas o incluso peores que aquellas en las que los temidos sonidos se hacían audibles: furtivos escalones que crujen, puertas abiertas y cerradas cautelosamente, el sonido, como un suspiro o exhalación, o un cuerpo moviéndose en silencio por el espacio interior. Era más de lo que podía soportar. Ahora creía que se me estaba yendo la cabeza por completo. Me quedaba en tensión tumbada bajo las sábanas, con los oídos atentos a los sonidos soplones. A veces hundía mi cabeza bajo la almohada y temblaba de tanto sollozar o de maldecir.

Decidí controlarme. Hice alguna investigación y descubrí dónde estaba la biblioteca pública. Recordé que, enferma o no, había sido bastante feliz durante mi estancia en El cisne negro, si lo comparaba con mi estado mental actual, y que gran parte de mi equilibrio se había debido a la lectura constante, un invariable apetito por los libros. Saqué tantos libros como estaba permitido.

Pero me costó encontrar algo. *Observaba cómo mi mano se deslizaba por la hoja al firmar en el registro del hotel con un nombre y una dirección falsos* leí, y pensé, qué estúpida, he debido de sacar este libro antes. O quizá estaba leyendo estas páginas de nuevo, por mi falta de concentración. No había conseguido averiguar de qué iba eso, y no sabía cual era el argumento, incluso si ya había leído el libro antes.

Sabía que mi cabeza estaba aturdida por la falta de sueño profundo. Había pensado en la policía, o en un abogado. Sabía que no podía consultar a un miembro de la profesión médica. Tenía

unos recuerdos muy vividos sobre el destino de la señorita Wyckham, alias Brenda Cox. Cuando recordé el desgraciado incidente con la segunda, e intenté no pensar en ello, me preguntaba por qué le habían dado el alta en el hospital. La pobre mujer parecía ligeramente trastornada.

Sé que era cobarde por mi parte no esperar para enfrentarme con el intruso, pero tenía los ánimos muy bajos. En varias ocasiones me puse en pie y esperé en el oscuro descansillo, a veces durante una hora o más, procurando ver si oía el sonido de la llave en la cerradura abajo en el vestíbulo, pero eran las noches en las que no escuchaba nada. Sinceramente, no estoy segura de qué hubiera hecho si hubiera escuchado los sonidos del intruso en las noches en las que esperaba en camisón en el descansillo, escuchando, sin atreverme tan apenas a respirar: probablemente me habría retirado a mi dormitorio de todas formas, por pura cobardía, antes que enfrentarme a la situación. Después de todo, argumenté, nunca había entrado en mi habitación ni intentado hacerme daño de alguna manera, y sería estúpido provocarlo. Pero todo lo que oía en esas noches era el sonido de un ratón arañando bajo los tablones, y algún crujido ocasional de la madera de la casa al asentarse.

De nuevo, pensé en ir a la policía, y desestimé la idea. Pensé que no tenía prueba alguna de que mi estancia en esa casa fuera legal. No sabía quién era, ni podía estar segura de quién sería considerado el intruso, si yo o este fantasma que me molestaba por las noches.

La monotonía de esta negativa existencia bastante horrible se rompió solo una vez. No, dos.

La primera vez el sonido de timbre me sorprendió, era tan inesperado, durante unos pocos minutos no estaba segura de si debía contestar, rígida en una mezcla de precaución e incredulidad. Cuando abrí la puerta me vi agradablemente sorprendida de encontrar al vendedor de cepillos del cruce, al pie de mi puerta. Era obvio que no había llamado especialmente para verme, ni me reconoció ahora. Sin duda estaba haciendo las llamadas rutinarias puerta a puerta por el vecindario. Pero recordaba claramente sus agradables facciones, su cabello pelirrojo y la piel pecosa, y el timbre de su voz al preguntarme por cómo llegar a la vía Maiden en un pueblo en el que los dos éramos extraños.

Se tomó como algo normal que lo invitara a pasar. Yo sonreía

abiertamente, y sus modales eran de amistosa timidez, sin parecer en absoluto humilde. Sacó algunas muestras, extendiéndolas por el suelo del recibidor. Me sorprendió que parecía increíblemente próspero para tener un empleo tan antiguo, limpio, arreglado, con un aire de autoconfianza y una voz agradable. Hablaba bien. Le compré varios cepillos en un gesto de aprecio, y le pedí que se quedara a tomar el té. Para mi sorpresa aceptó. Había algo calmado en él, como si tuviera todo el día, algo poco frecuente en alguien que depende de las ventas para vivir. Empezamos a charlar de todo un poco. Varias veces me miró a los ojos sonriendo, pero sin mostrar ningún signo de que me reconociera. Quizá no le importara, de algún modo.

Noté que observaba los libros apilados sobre el aparador mientras yo iba y venía del salón a la cocina, dejando las tazas, sacando un plato con galletas o yendo a apagar el fuego cuando la tetera silbaba al llegar a la ebullición.

—Ah —dijo en tono complacido, cuando traje la tetera y la puse sobre la mesa—. También le gusta la poesía. —Abrió un tomo de poesía al azar y leyó en voz alta, bastante expresivamente:

> *En las imaginadas esquinas de la redonda Tierra tocad*
> *Vuestras trompetas Ángeles, y Ascended, Ascended De la Muerte,*
> *vosotras, innumerables infinidades*[24].

Escuché mi propia voz preguntándole si era él el ángel de la muerte, temblando por una repentina corriente de viento cuando estábamos en el cruce, mientras yo miraba dudosa la sala de recepción de la funeraria al patio delantero de la estación de tren y él caminaba hacia mí con su pesada maleta.

—Es maravilloso, ¿no cree? —dijo, dejando el libro—. La gente ya no escribe así.

—No, ya no lo hace —coincidí—. Tome una galleta.

Se tomó dos tazas de té, se comió tres galletas, y me dijo que tenía que irse para proseguir. Tenía que llamar a muchas más puertas antes del anochecer.

La segunda vez sonó el teléfono. Esto era un raro evento, y

esperaba oír la voz de David, llamándome madre y exigiendo que lo escuchara. Me preparé para media hora de devoción a sus problemas y logros, durante el cual también podría responder por mi comportamiento desde la última vez que lo había visto. Pero la voz, que sonaba distante, quizá debido a la línea, era la de una mujer.

—¿Eleanor? —preguntó la voz, como si dudara de la identidad de la persona que había respondido. De repente me puse a temblar, y el corazón me latía incómodamente. No sabía qué decir, o si pronunciar alguna palabra. Sin habla, agarraba el auricular con fuerza.

—Hola. ¿Eleanor? —La voz sonaba preocupada ahora—. ¿Eres tú?

—Sí —croé—. Sentí que tenía que decir algo.

—Suenas muy rara —siguió la voz—. ¿Estás segura de que estás bien? ¿Ha pasado algo?

—No —dije pesadamente, después de una extraña pausa—. Estoy bien. No ha pasado nada. —Era consciente de que se me rompía la voz, pero aparentemente eso no era audible por el teléfono.

—Ah, menos mal —dijo alegre la voz, expresivamente aliviada. Ahora empezó a hablar a toda prisa—. Escucha, no puedo parar ahora. Te contaré todas las novedades cuando te vea. Aterricé hace dos horas tan solo y aún no sé si voy o vengo. Aún no tengo la sensación de estar aquí… ya sabes a lo que me refiero. Solo quería asegurarme de que todo marchaba bien.

—Sí —dije sin convicción—. Sí. ¿Lo has pasado bien?

—Genial —dijo entusiasmada—. Absolutamente maravilloso. No puedo esperar a contártelo. Pero ahora me tengo que marchar. Dales besos a los niños ¿vale?

La palabra me conmocionó. *Niños*. ¿Cuántos había, pensé alarmada, y qué había sido de ellos?

—Sí, claro, por supuesto —dije en voz baja, intentando mantener el volumen de voz—. ¿Les digo algo más?

—No, no…

—¿Cuándo te veré? —Me atreví, consciente de que casi estaba suplicándole a alguien a quien no conocía, y que estaba convencida de no dejaría que colgara sin que esta desconocida me lo

prometiera.

—Bueno —dijo, un poco más imprecisa pero igualmente vivaz —. Ahora no lo puedo saber. Hay tanto que hacer tras todo este tiempo. Ya te lo imaginarás. Había tantas cartas que casi ni podía pasar por la puerta. Todavía no he abierto ni la mitad de las cartas. Y tengo tropecientas citas de negocios… pero te llamaré en cuanto se calmen las cosas y vuelvan a la normalidad. Entonces tenemos que quedar.

—Sí —dije un poco apagada—, tenemos que quedar. —No sabía como acabar—. Bueno —dije sin convicción—, gracias por llamar.

—Eleanor —la voz al otro lado del teléfono sonaba extrañada. Oí una breve inspiración antes de que hablara—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —dije a la defensiva—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. No hay un motivo. Pero suenas rara. Como si te estuvieras guardando algo. Pero no lo haces ¿no?

Había empezado a temblar de nuevo. —No creo— le dije a la voz—. No hay nada, que yo sepa.

—Oh, bueno, imagino que serán mis rarezas. Como he dicho, tengo *jitlag*, o como lo llamen. No estoy segura de si estoy aquí de verdad. Y a la vez, no estoy segura de haber estado fuera. Ya sabes. —Se rió alegre.

—Sí, ya sé —le contesté tristemente.

—Bueno, nos vemos pronto.

Colgó. El auricular ronroneaba en mi mano como un gato satisfecho ante un plato de leche.

7

MIENTRAS TANTO ME HABÍA IDO convenciendo de que mi intruso fantasma no era un fantasma. Encontré dos camisas sucias, y no eran baratas, en el cubo de la ropa. Había cartas comerciales, ninguna de ellas dirigida a mí, que alguien había dejado en el vestíbulo, desaparecían misteriosamente de vez en cuando. Finalmente, el sentido común prevaleció sobre mi cobardía y decidí buscar en las habitaciones del ático, en las que aún no había investigado, ya que no necesitaba más espacio. Había oído ruidos que provenían de arriba varias veces mientras temblaba en la oscuridad. Ahora encontré, en una habitación en el ático que daba al jardín, un completo vestuario masculino: trajes, varios pares de zapatos, ropa interior y camisas, incluso una bata colgada de la parte trasera de la puerta. La habitación contenía una estrecha cama en la que obviamente había dormido alguien y que estaba sin hacer, las mantas alborotadas y las sábanas arrugadas.

Busqué pistas, aunque no sé qué es lo que buscaba: rebusqué en los bolsillos, examiné etiquetas, pero no me decían nada y los bolsillos estaban vacíos. Una pequeña cómoda contenía algunos pañuelos y varios pares de calcetines, pero no había papeles, ni cartas, ni siquiera un diario. Sentí un repentino deseo de romper en trizas las camisas, embarrar y rasgar los trajes, y entonces tirarlo todo por la ventana. Se había apoderado de mí una repentina rabia, como si de repente descubriera que había sido usada como víctima de un plan organizado. Pero resistí la tentación y no hice ninguna tontería. Supe de inmediato que debía ser tan astuta como mi adversario. Tampoco podía contárselo a David. No había duda de que no era mi hijo en absoluto, y que simplemente había elegido a una ingenua y respetable fémina para encubrir ciertos actos

perversos que se centraban en esta casa. Por eso me había traído aquí. También por eso me había sugerido, aunque fuera indirectamente, que yo no estaba bien de la cabeza. Sin duda, si le hubiera contado sobre los extraños ruidos en la noche me habría sugerido que lo estaba imaginando, que se debía todo a un problema de nervios.

No puede evitar reír, con algo de amargura, por el modo en el que me habían engatusado. El tono de preocupación, la amenaza velada del señor White. Quizá no fuera ni siquiera psiquiatra, y simplemente me había dejado asustar. Era un blanco fácil durante mis días en el hotel. Pensé que podía ser parte de una conspiración, pero la idea de que quizá me hubiera convertido en una ignorante víctima nunca se me había ocurrido. Me había mantenido en guardia durante esos días, pero mi comportamiento precavido había sido únicamente el producto de mi subyacente incertidumbre.

Lo que no sabía, ni podía saber, era si simplemente había tenido mala suerte, había sido elegida al azar, por así decirlo, o si todo el asunto había sido preparado. ¿Me había elegido tiempo antes de llegar al hotel El cisne negro sin memoria y firmé en recepción con el nombre de Nelly Dean? ¿Me habían lavado el cerebro, como a la pobre señorita Wyckham, en alguna sala de hospital para liberarme después, aparentemente libre, para deambular sobre la faz de la tierra, pero habiendo sido realmente preprogramada para hacer lo que tenía que hacer? Esto, aunque fuera horrible, explicaría la extraña sensación que había tenido con frecuencia, de querer participar en algún tipo de plan determinado.

¿Qué hacer? Esa era la siguiente pregunta. Si hubiera querido deshacerme del ratón bajo los tablones hubiera puesto veneno en puntos estratégicos. Pero este método no servía para el intruso nocturno. En primer lugar, él nunca comía en la casa, al menos por lo que podía deducir tras examinar la cocina en busca de señales que lo delataran. Cualquier otro tipo de asesinato sería más difícil, ya que mi adversario era un hombre y probablemente más fuerte que yo, físicamente hablando. Además, me encontraría con el problema de tener que deshacerme del cuerpo después, y no confiaba en ninguno de los métodos sobre los que había leído. Era remilgada respeto a eso.

Tras días de cuidadosa consideración, decidí que solo había una

solución: echarlo con humo. Ya había decidido que cualquier intento de cambiar las cerraduras sería o bien poco fructífero o conduciría a cosas peores con consecuencias inimaginables para mí, ya que no conocía mi propia situación legal y no podía acudir a la policía. La estrategia que había ideado tenía varias ventajas, además de estar asociada en mi mente con la exterminación de plagas, un hecho que me gustaba. En primer lugar, podía hacer que pareciera un accidente. En segundo lugar, y quizá lo más importante, la acción era irreversible y yo no podría, por la cobardía, cambiar de opinión en el último momento. En último lugar, el intruso sería expuesto: con suerte su comportamiento ante el fuego me diría mucho más de lo que un cadáver o una puerta bloqueada pudieran decirme nunca. Si no salía huyendo, si no era derrotado por los humos, habría una confrontación de algún tipo, y quizá averiguara qué había sido todo esto. Solo necesitaba un poco de muda astucia.

Me obligué a permanecer despierta varias noches seguidas, pero no oí nada. Empecé a pensar que me lo había estado imaginando todo. Me costaba permanecer despierta largos periodos de tiempo, y a veces daba alguna cabezada, a pesar de todos mis esfuerzos, a altas horas de la madrugada. Sin embargo, una inspección del ático durante el día confirmó que no había movido ni tocado nada, todo estaba igual que el día anterior.

Cogí la costumbre de dormir durante el día y quedarme despierta toda la noche. Me dormía al amanecer y me ponía alerta y estaba totalmente despejada al atardecer. Mis oídos se hicieron sensibles a los sonidos más mínimos, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, como una criatura nocturna. Esas horas me parecían extrañamente relajantes, y no sentía ningún miedo. Era como si por fin hubiera abandonado cualquier intento de hacer algo con mi vida siguiendo una rutina, toda esperanza de tener una vida cronometrada, normal o no. Esperé bastante calmada, sentada en la oscuridad, escuchando los sonidos de la vida nocturna del jardín y más allá. Podía haberme quedado así sentada, en el armario bajo las escaleras con la puerta ligeramente entreabierta, hasta el fin de los tiempos.

Pero no fue necesario. Después de una semana oí una llave girando lentamente en la cerradura de la puerta. Debían de ser las cuatro de la mañana, porque el veraniego amanecer ya estaba

delineando la silueta de la cabeza del hombre al entrar por la puerta. Podía oír el primer canto de los pájaros en los árboles al fondo del jardín, como los oía cada mañana. Lentamente me metí en el armario cuando el intruso cerró la puerta. Oí sus pisadas crujiendo sobre mi cabeza, por el descansillo, y entonces se desvanecieron en el segundo piso.

Esperé casi una hora, entonces subí a hurtadillas al primer descansillo. Escuché un rato, pero no oí nada. En mi habitación eché una cerilla a la papelera que había preparado cuidadosamente de antemano, después de encender un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en el bolsillo de mi bata. Entonces volví abajo y salí por la puerta trasera del jardín.

Estuve ahí bajo los árboles, mirando hacia el contorno oscuro de la casa, mientras el cielo azul grisáceo empezó a tornarse en un blanco sucio. Los pájaros habían dejado de cantar. En la distancia el motor de un coche rompió el silencio, en una casa cercana un bebé comenzó a llorar, pero solo duró unos minutos. Pisé la colilla del cigarrillo y me encendí otro, porque estaba nerviosa, y deseaba profundamente que el fuego prendiera. Pensé que fumando podría controlarme a mí misma y a la situación. Y todo el tiempo observaba la oscura y silenciosa casa, una de una hilera, duros bastiones contra el amanecer. Tejados pendientes y ventanas inertes.

De repente el silencio de estas tempranas horas se vio interrumpido por el ululante sonido de unas sirenas. Sonaron más alto, más cerca, y dejaron de sonar en el otro extremo de la oscura fachada. Había otro sonido, hombres llamándose, el chirrido de metal rotando, un tremendo estruendo, el sonido de una ventana de guillotina que se levantaba. Varias luces amarillas aparecieron en las casa cercanas al despertarse los vecinos, pero no apareció ninguna luz en la ventana del ático que había estado observando.

Volví a la casa y entré por las puertas de cristal, que estaban sin el cerrojo echado. En el vestíbulo encontré un bombero con casco sujetando la boquilla de una manguera. La había desenrollado a lo largo del camino de grava del jardín, donde había varios bomberos en grupo cerca de dos enormes camiones rojos. Pude oler el humo, pero la casa parecía extraordinariamente seca e intacta. No tanto cuando cayó una gota de agua de la manguera del bombero.

Yo estaba ahí sin que se dieran cuenta. El bombero le hablaba a un hombre que estaba al pie de la escalera vestido con un pijama de rayas. Al oír su voz, estudié su apariencia, y empecé a sentir una opresión en el pecho. Cualquier palabra era ahogada por el pulso tamborileante en mis oídos, seguido de un pitido de alta frecuencia. Ya había visto antes a este hombre que estaba ahí en pijama. Sin duda. Era mi inepto seductor en el hotel: George Wilkinson. El hombre que había desaparecido tan rápido como apareció.

Ahora se giró y me sonrió, como si hubiera sabido todo el tiempo que yo estaba detrás. Se me heló la carne. Estaba atónita, congelada.

—Está bien, agente —decía ahora con su voz más cosmopolita y segura—. Me temo que mi mujer es muy despreocupada al fumar en la cama. Se lo he dicho un montón de veces. Tiene insomnio, ya sabe. Pero conseguí apagarlo antes de que llegara aquí.

El bombero me vio entre las sombras por primera vez.

—Tengo que comprobarlo —dijo dudoso, y subió por las escaleras.

George y yo nos miramos, sin decir palabra. El bombero bajó pesadamente las escaleras y se retiró por la puerta principal, llevándose la manguera. —Muy bien, compañeros— gritó, y cerró la puerta tras de sí.

George se volvió hacia mí de nuevo, y sacudió la cabeza más por pena que por enfado.

—Mi querida Nelly —dijo condescendiente y con gesto de reproche a la vez—. Hemos estado a punto de tener un accidente serio. Tienes que aprender a controlarte mejor y ser más cuidadosa. Los vecinos van a empezar a hablar.

* * *

Ahora estoy convaleciente en un sitio muy agradable, una vieja casa que cuenta con sus propios terrenos. El césped se extiende hasta los viejos árboles maduros, incluyendo un cedro y unas delicadas hayas rojas. El servicio aquí es muy bueno, aunque la elección del menú algo limitada. Aún así, es agradable no comer sola día tras día. Todo el mundo es muy amable, y reconozco

algunas viejas caras del pasado. Sybil está aquí, y sigue hablando sobre su hijo, al que han hecho presidente de una organización importante.

Por ahora no me han molestado las visitas, cosa de la que estoy muy agradecida. No quiero verme involucrada en más tramas, y me he vuelto suspicaz con los motivos de la gente con buenas intenciones.

Ahora no leo mucho, y rara vez veo la televisión. En su lugar paso muchas horas sentada en una silla sobre el césped, observando la naturaleza: las pasajeras nubes cuyas formas mutan, los destellos de las hojas, una abeja metiéndose borracha en otra flor más. Había sido un buen verano, pero ahora se acortaban los días y las hojas pronto se teñirían bermejas y se caerían. Pronto hará demasiado frío para sentarse fuera.

Mientras tanto la gente viene a charlar conmigo de vez en cuando. Un cajero me cuenta que lo echaron por error por haber cogido algo de dinero, que había sido víctima de un complot orquestado por compañeros celosos. Un policía retirado me dice que el mundo está lleno de asesinos. La señorita Wyckham camina durante horas entre los árboles, y no habla con nadie.

Este lugar estimula un extraño letargo que es nuevo para mí. Me siento en el jardín día tras día. Hay una interesante variedad de insectos que me divierten: hormigas, escarabajos negros, una curiosa criatura con alas verdes transparentes, alguna mariposa ocasional. Pero cada vez hay menos, y he observado bandadas de aves llamándose y juntándose para migrar. Las flores, también, son menos cada vez, más pesadas, de unos colores rojizo oscuro. Ahora oscurece temprano, y las sombras se alargan sobre el césped a media tarde, incluso antes de la merienda. Me esperaban oscuras tardes, y largas y frías noches. No sé a dónde iré desde aquí.

EVA FIGES (15-04-1932 / 28-08-2012). Eva Figes (Eva Unger de soltera) nació en Berlín y se trasladó a Inglaterra siendo aún una niña al estallar la Segunda Guerra Mundial. Estudió en el Queen Mary College de Londres y trabajó en diversas editoriales hasta la publicación de su novela *Equinox* (1966), a la que seguiría *White Journey* (1967) y una docena más. Es además autora de una importante obra en el campo de la crítica literaria y el feminismo, ámbito en el que destaca su obra ya clásica *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad* (1970), así como de tres volúmenes de memorias y recuerdos. También escribió memorias sobre su infancia en Berlín y sus experiencias en un refugio nazi para judíos en la Alemania de Hitler.

Durante la década de los 60 se la asoció con un grupo de escritores experimentales británicos, cuyo líder era B. S. Johnson.

Entre sus obras cabe destacar la novela *Light* (1983) que recuerda al estilo de Virginia Woolf, *Woman Letters in Wartime 1450-1945* (1993), *Little Eden: A Child in Wartime* (1978) y *Viaje a ninguna parte* (2008).

Tuvo dos hijos Orlando Figes, académico mundialmente reconocido por sus escritos sobre cultura rusa y la revolución rusa y Kate Figes, escritora.

Notas

[1] Figes en «Symposium on the State of Fiction». *The New Review, The Observer*, vol. 5.1, junio h, p. 39. <<

[2] Ver Clare Colvin (1983). «Mystery Moves», *The Times*, 23 mayo, p. 17; Julia TofantSuk (2007). «Time, Space and (Her). Story in the Fiction of Eva Figes», en Ann Heilmann and Mark Llewellyn (eds). *Metafiction and Metahistory in Contemporary Women's Writing*. Hampshire and New York: Palgrave Macmillan, pp. 59-72, p. 65. < <

[3] Yo era la última persona, con un pasado en blanco y, en el presente, un futuro igualmente en blanco, que ignorase la sabiduría que quizá se hallara entre estos miles de páginas. ¿Quién sabe qué tipo de acertijo resolvería cualquiera de estos libros? <<

[4] Incluso figuras importantes de la época se interesaron por el tema e intentaron solucionar el misterio de la extraña desaparición de Christie: el escritor Sir Arthur Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes (1881) llevó uno de los guantes de la escritora a un medium, y Dorothy L. Sayers visitó el lugar de la desaparición, utilizándolo después en su novela *Unnatural Death* (1927). < <

[5] El estado de fuga puede proteger a la persona de un posible suicidio, o ayudarla a evitar una situación que resulte traumática o demasiado dolorosa. < <

[6] De la que se hizo una versión fílmica homónima en 1983, una película de misterio dirigida por Maurice Hatton y co-protagonizada por Eileen Atkins, Anthony Bate y Nicholas Ball. < <

[7] «[I] t is nice to escape from the self, you know, because so often, one is writing about the interior self, which inevitably is part of oneself as well» (Almagro, Manuel y Carolina Sánchez-Palencia. 2000. «Eva Figes: An Interview». *Atlantis*, Vol. XXII, num 1, junio 2000:177-86). <<

[8] N. de la T.: En el original, «*how many bushels make a peek*». <<

[9] N. de la T.: En el original, «rods, poles and perches» se refiere a antiguas medidas anglosajonas de longitud que corresponden a unos 5 metros. < <

[10] N. de la T.: Un *gill* es una unidad de volumen equivalente a un cuarto de pinta, es decir, unos 142 mililitros. El galón imperial o galón británico equivale a unos 4,5 litros. < <

[11] N. de la T: La canción «Alice Blue Gown», cuyo título hace referencia al color preferido de Alice Roosvelt, hija del Presidente Roosevelt, y que se puso muy de moda en los años cincuenta, fue interpretada por Edith Day en el musical *Irene* (1910). Posteriormente se convirtió en un tema muy popular y fue interpretado por artistas tan diversos como Judy Garland o Frank Sinatra. < <

[12] N. de la T.: Estas líneas hacen referencia al Soneto Sacro VII del poeta metafísico John Donne: «En las imaginadas esquinas de la redonda Tierra tocad / Vuestras trompetas Ángeles, y Ascended, Ascended / De la Muerte, vosotras, innumerables infinidades / De almas y de vuestros dispersos cuerpos, marchad». <<

[13] N. de la T.: *Yardas* en el original. < <

[14] N. de la T.: En el original: «*The element of fire is quite put out, / The sun is lost, and the arth, and no man's wit / Can well direct him where to look for it*». *Estos versos pertenecen al poema «An Anatomy of the World»*, de John Donne, publicado en 1896. <<

[15] N. de la T.: En el original, la cancioncilla infantil para echar a suertes algo dice: «*Eeny meeny miny moe, catch a nigger by the toc*». <<

[16] N. de la T.: En el original, la rima infantil dice: «*One potato, two potato, three potato, four, five potato, six potato, seven potato, more*». < <

[17] N. de la T.: En el original, dice «*Glad that I live am I…*»; este verso pertenece al poema «*A Little Song Of Life*» (1909) de Lizette Woodworth Reese, que se convirtió en una popular canción infantil a principios de los años sesenta. La popular rima continúa así: «*Glad that I live am I; / That the sky is blue; / Glad for the country lanes, / And the fall of dew. / After the sun the rain, / After the rain the sun; / This is the way of life, / Till the work be done. / All that we need to do, / Be we low or high, / Is to see that we grow, / Nearer to God on high*». Sin embargo, el ingenio o la mala memoria de Nelly parecen haber transformado ligeramente algunos versos: «*Glad for the country rains*» (en vez de *lanes*, debido probablemente al tiempo lluvioso que presencia la protagonista) y *And the fall of night / When the day is done* (en vez de *This is the way of life / Till the work be done*). Es posible que se cantaran varias versiones de estos versos, ya que esto suele ocurrir con este tipo de retahílas populares, como en el anteriormente mencionado «*Pito, pito*, gorgorito», que también se cantaba en muchas regiones españolas como «*Pinto, Pinto*, gorgorito». <<

[18] N. de la T.: Ver nota 5. < <

[19] N. de la T.: Este verso pertenece a la tragedia de William Shakespeare *El rey Lear* (1608), tercer acto, segunda escena. < <

[20] N. de la T: «Prefiero libertad con pobreza, que prisión con riquezas». < <

[21] N. de la T.: Literalmente, «tendrás tu cuerpo libre». < <

[22] N. de la T.: El *whist* es juego de naipes. < <

[23] N. de la T.: Beowulf es el nombre del héroe del clásico poema épico anglosajón homónimo, datado de entre el siglo VIII y principios del siglo XI. < <

[24] N. de la T.: Ver nota 5. < <